

GIOCONDA BELLI

Waslala

LA BÚSQUEDA DE UNA CIVILIZACIÓN PERDIDA

se

Lectulandia

Melisandra balancea sus piernas sobre el río que corre lentamente junto a la hacienda de su abuelo. Aguarda, con la calma propia de los habitantes de Fagua, la llegada anual de los contrabandistas que traerán las últimas noticias del mundo. Pero, esta vez, un forastero desconocido le propone a Melisandra emprender juntos la aventura con la que siempre soñó: encontrar Waslala, el paraíso en cuya búsqueda se perdieron sus padres, un lugar que parece haberse esfumado dejando tan sólo la huella sutil de un ideal imposible, un sueño maravilloso grabado en el recuerdo de unos pocos.

En esta novela, Gioconda Belli, celebrada autora de *La mujer habitada*, recrea con vigorosa voz uno de los mitos que acompañan al hombre desde el origen del pensamiento: la búsqueda de la Utopía.

Lectulandia

Gioconda Belli

Waslala

Memorial del futuro

ePub r1.0

German25 20.07.18

Título original: *Waslala*
Gioconda Belli, 1996
Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*a Humberto y Gloria
mis padres*

*En memoria de José Coronel Urtecho
y María Kautz*

a Camilo y Adriana

UTOPIÍA: Palabra creada
por Tomás MORO,
del prefijo griego *ou*, «no»,
y *tópos*, «lugar».
Literalmente: «lugar que no es».

«Hay quienes quieren llegar a la luna,
mientras nosotros aún estamos
tratando de llegar a la aldea».

(Julius NYERERE
presidente de Tanzania, 1962-1985,
refiriéndose al estado de las
comunicaciones en África).

*Come, my friends.
'This not too late to seek a newer world.
Push off, and sitting well in order smite
The sounding furrows; for my purpose holds
To sail beyond the sunset, and the baths
Of all the western stars, until I die.
It may be that the gulfs will wash us down;
It may be we shall touch the Happy Isles,
and see the great Achilles, whom we knew.
Tho' much is taken, much abides; and tho'
We are not now the strength which in old days
Moved earth and heaven, that which we are, we are,
One equal temper of heroic hearts,
Made weak by time and fate, but strong in will
To strive, to seek, to find and not to yield.*

Lord Alfred TENNYSON, «Ulysses»

Viajeros en el río

Era una lástima que cuando se fuera no pudiese llevarse el río anudado a la garganta como una estola de agua. Le era difícil imaginar la vida sin aquel caudal cuya tumultuosidad o mansedumbre marcaba las estaciones, el decurso del tiempo.

El río era su memoria. Le bastaba fijar los ojos en la corriente oscura que, atrapando el reflejo del sol, se lo llevaba y convertía en un líquido mercurial, para evocar la historia de cuanto la circundaba.

Recorrió con la mirada el trecho que era su paisaje, las aguas aún un poco turbias por la resaca del invierno. Frente a la hacienda el río era ancho. En medio de la corriente, islotes cubiertos de vegetación, de palmeras, arbustos y carrizales daban la impresión de un camino que los árboles abrieran para pasar a saltos desde el otro lado. La vegetación espesa, follaje, troncos, tallos multitudinarios, lucía, a esa hora de la mañana, envuelta en un aire blancuzco y misterioso de cielo bajado a la tierra. En la orilla opuesta, sobre las copas más altas, la bruma se deshilachaba en cabelleras frondosas.

El río era reconfortante, un gran manso animal doméstico, pero también era su criatura mítica: la serpiente con alas verdes sobre cuyo lomo cabalgaría muy pronto cuando al fin saliera a descifrar los acertijos que la rodeaban desde la infancia. ¡Ah! Si tan sólo se dejara montar, ella le pondría bridas y juntos se abrirían paso hacia las tierras del interior.

Se imaginó a horcajadas. Imaginó la sensación de agua entre las piernas; el río sosteniéndola, llevándola; la brisa contra su cara. Echó la cabeza hacia atrás, alzó los brazos y, sentada sobre el muelle, se desperezó arqueando el cuerpo.

En la ribera las garzas hundían su pico largo en el agua moviéndose sobre sus piernas altas y delgadas como muchachas que temieran mojarse las faldas.

Tenía el presentimiento de que los contrabandistas llegarían ese día. Ya el bongo de Pedro había bajado a recogerlos a Greytown. Era la época, además. Las lluvias amainaban. Se levantó ágil, sacudiéndose las palmas sobre las caderas. Vestía mono azul. Era joven, delgada, fuerte. El pelo rojo pajizo, corto, enmarcaba su cara espolvoreada de pecas donde sobresalían los ojos verdes, la nariz larga y bien definida y la boca pequeña, de labios carnosos. La fisonomía de su rostro era a la vez graciosa y extraña. Su abuelo decía que era una combinación de ave y felino.

Se acomodó sobre la cintura la bolsa de herramientas y se dirigió hacia la casa por un sendero bordeado de cocoteros enanos.

Mercedes, una mujer mayor de rotundos brazos morenos y cara redonda, el pelo recogido en trenza, se mecía con expresión ausente siguiendo el lampazo con que metódicamente limpiaba el piso de la amplia sala-comedor. Retornó de su ensimismamiento cuando la sintió llegar.

—Tengo la sensación de que nuestros visitantes vendrán hoy —anunció Melisandra—. Será mejor que nos cercioremos de que nada nos hace falta.

—No hay razón para apurarse —dijo Mercedes dejando su tarea, caminando tras ella—. No sé por qué este año te has puesto tan nerviosa con los preparativos. Siempre estamos listas. A mí me parece que no han terminado de irse cuando ya están de vuelta.

Melisandra tomó las llaves que colgaban de un clavo cerca del refrigerador. Abrió el pesado candado con un movimiento preciso y corrió las puertas de madera. La despensa olía a humedad. Era un cuarto largo de paredes con anaqueles. Grandes sacos de granos se apilaban sobre tarimas de madera en el suelo. Dio un tirón al cordel con que se encendía la bujía. Su memoria de las provisiones estaba tan organizada que le bastaba echar allí una mirada para saber lo que debía mandar a traer al pueblo río arriba.

—Nos hará falta café —dijo—. Toman mucho café.

—No creo —dijo Mercedes, acercándose a la reserva de café—. Me parece que hay suficiente.

—¿Ya arregló las camas Helena?

—Ya, hija. Hasta flores puse yo en los floreros.

—¿Recogieron los huevos?

—Claro que sí.

—¿Los baños están limpios?

—Ya te dije que todo está listo. Anda, arréglale los papeles a tu abuelo. No debe tardar en volver.

Salieron de la despensa. Melisandra echó una mirada a su alrededor. El ambiente central de la casa de techo alto y con tejas estaba rodeado de habitaciones. Frente al río, abriéndose hacia el corredor, se encontraban la suya, el estudio y la habitación de su abuelo. El piso de ladrillos de barro rojos relucía. Olía a limpio. Mercedes había hecho bien su trabajo. Se encaminó al estudio. A diario sacudía los papeles del abuelo procurando no alterar el desorden que él repetía sistemáticamente. Pasó el plumero por el escritorio y acomodó en nítidas pilas los legajos emborronados de notas de sus numerosos proyectos. Dejó que sus ojos se detuvieran aquí y allá. Su mirada se posó sobre el libro de tapas negras que él publicara quién sabe cuánto tiempo atrás, abierto sobre un atril en un pasaje subrayado: «La soledad es cada vez mayor y más bella en el río. Tal vez el río se pueble un día como pensaba Squier; naveguen barcos y gasolinas; pasten caballos y ganados de raza en sus llanos y en los gramales de las lomas; se miren en sus orillas hermosas casas tropicales y en muchas de ellas libros y retratos de poetas. Tal vez la soledad y la belleza primitiva queden sólo en los libros. Tal vez la selva vuelva a cubrirlo todo. Todo depende». Sintió un escalofrío de belleza y compasión. Leyendo el texto era imposible saber si él deseaba o no que el río se poblara. No se comprometía ni con una posibilidad ni con la otra. La duda era el tema constante de la vida de su abuelo. Creía firmemente y con la misma firmeza

descreía. Soñaba, pero temía los sueños. Empezaba los proyectos y a medio camino los abandonaba. Acomodó los legajos. Cuánta investigación, cuántos planes de poemas, cuentos, novelas, ensayos, descubría sobre su mesa. El solo hecho de concebirlos, de verlos ya realizados en esquemas, sinopsis y anotaciones infinitas, parecía serle suficiente. Hablaba de ellos. Se entusiasmaba imaginando aportes, rupturas, innovaciones. Jugaba. Luego pasaba a otra cosa. La curiosidad insaciable era su mayor encanto. Quizás no le hacía falta culminar lo propio. Encontraba, al parecer, igual gozo en el trabajo bien logrado de otros. O quizás temía enfrentarse a su talento; enfrentarse a la posibilidad de que la obra terminada no alcanzara a ser lo que, potencialmente, podría haber sido. Era lo que, a juicio de ella, debió sucederle con Waslala. Él mismo admitía que sus dudas fueron quizás las responsables de que nunca pudiera volver, de que su engendro se le evadiera de puntillas, yéndose a vivir su propia, autónoma, oculta realidad. Nunca pudo encontrar el camino de regreso. Waslala se le convirtió en una obsesión. Tanta energía dedicó a la recreación de la quimera que toda aquella casa estuvo a punto de naufragar en la nostalgia por un lugar que sólo él conociera. Era un maestro de la palabra y sus vívidas evocaciones producían un anhelo tan intenso que al fin ella llegó a comprender, y quizás hasta perdonar, el abandono de sus padres desaparecidos en la búsqueda. Con suerte, esta vez ella también se iría. Empezaría el viaje. Desde la muerte de su abuela lo estaba planeando. Cada año se lo proponía sólo para que a última hora le flaqueara la voluntad y el valor para enfrentar el rostro del abuelo. La sola idea de tener que decírselo le producía malestar físico. Su soledad la desgarraba aun cuando él hiciera lo posible por convencerla de cuan bien la toleraba. Se encerraba horas y horas en el estudio. A ratos tomaba notas frenético, a ratos simplemente se quedaba absorto, quieto, sosteniendo un libro entre las manos como si le bastara el contacto silencioso para volver a experimentar el apretujamiento de las palabras en la página.

Enderezó el retrato de Walt Whitman sobre la pared y terminó la limpieza justo en el momento en que escuchó el portazo que anunciaba el regreso del anciano de su caminata matutina. Nunca se acostumbraría a la puerta de cedazo con resortes que ella instalara en el corredor. Entraba y la soltaba haciendo temblar toda la casa asustándolos a todos y asustándose él más que nadie. Lo halló en el comedor preguntando a Mercedes por su paradero, apoyado en el bastón con sus dos manos, la cadera ligeramente alzada. Ni en su más avanzada edad perdía la coquetería, la prestancia, el aire aristocrático. La miró con el azul de sus ojos nublados, levantando la nariz larga y aguileña como si persiguiera un olor perdido hacía mucho.

—Buenos días, mi hija —saludó, con expresión inquisitiva—. Noto algo. ¿Qué es lo que noto diferente?

—El piso, don José —respondió Mercedes—. Generalmente lo limpio más tarde.

—Los visitantes están por regresar —intervino Melisandra—. Si mis cálculos son correctos hoy mismo deben llegar.

El viejo se sentó de medio lado sobre la banca del comedor.

Colocó el bastón contra la mesa y estiró una pierna pasándose la mano por la rodilla. Con gesto abstraído se quitó la boina vasca negra y acomodó hacia atrás el pelo blanco aún abundante.

—Mientras más viejo me pongo, más rápido pasa el tiempo.

—Es que camina sobre el río. No hace ruido —sonrió Melisandra.

—No sé por qué insisten en llamar visitantes a los contrabandistas —refunfuñó Mercedes desde la cocina donde freía huevos para el desayuno.

—Son visitantes porque nos visitan —respondió el viejo, burlón—. Además, no todos los que vienen suelen ser contrabandistas. Sería incorrecto designarlos a todos por la profesión de unos cuantos.

—La mayoría lo son —insistió Mercedes—. Sabe Dios a qué negocios raros se dedican cuando llegan al interior.

—Tienes que reconocer que no tenemos muchas alternativas —siguió don José—. Sólo los contrabandistas se atreven a no olvidar que países como Fagua aún existen. De no ser por ellos no sabríamos, ni siquiera una vez al año, qué de nuevo hay en el mundo.

Mercedes se acercó a la mesa con sendos platos.

—¿Sabías, Mercedes, que desayuno quiere decir romper el ayuno? —continuó—. Significa lo mismo en inglés: *breakfast*, *break the fast*.

—Siempre fui dura para el inglés —farfulló Mercedes—, aunque me lo metieron hasta en la sopa.

—Se equivocaron con ese método —rió Melisandra.

—Me pregunto quiénes vendrán esta vez —dijo el anciano—. Recuerdo hace muchos años un estudiante tozudo que pasó viajando hacia el Sur en una bicicleta con flotadores. ¡Qué cosas no podría contar yo sobre los viajeros del río!

Muchos viajeros habían pasado por allí desde que su mujer lo convenció de abandonar la ciudad e instalarse en la casa de madera pintada de verde y amarillo desde donde, en el crepúsculo, sentados en su corredor con barandas, contemplaban el agua fluir hacia el Atlántico. Le parecían siempre los últimos, los viajeros rezagados de las expediciones a El Dorado o a las fabulosas minas de oro en California; seres de miradas afiebradas que transitaban el río como si viajaran hacia el fin del mundo, con los mismos ojos de asombro que habrían tenido los conquistadores españoles o los piratas ingleses deslumbrados ante los árboles gigantes, la lujuria de colores, los pájaros deslizándose en el aire, altos y soberbios. En los ojos de los modernos navegantes, cuántas veces no vio él la codicia con que surcaban el río los filibusteros, los comerciantes, el comodoro Cornelius Vanderbilt, cuando instaló su Compañía del Tránsito para transportar a los buscadores de oro por una ruta corta y segura del Atlántico al Pacífico y extender su imperio naviero.

Río abajo, río arriba, viajaron los extranjeros cargando delirios de grandeza, sueños, quimeras de canales interoceánicos, mitos de lo que se podría hacer con ese país si sus habitantes se traicionaban los unos a los otros y se vendían al mejor postor,

ofertas sin descanso que invariablemente resultaban en guerras, guerras que ya para estos tiempos eran endémicas, que empezaban y terminaban en ciclos inagotables y cuyas causas ya ni se indagaban, ni parecían tener importancia. Se le cansaba la memoria tratando de sacar cuentas y recordar el inicio del caos, la transformación del país en campo de batalla, nación de guerreros, de caballeros andantes y maleantes. No le era posible definir con exactitud el momento en que el desarrollo de Fagua empezó a evolucionar y el país inició su retorno a la Edad Media, perdiendo sus contornos de nación y pasando a ser, en los mapas, una simple masa geográfica como lo eran antes las selvas del Amazonas y ahora vastas regiones en África, Asia, la América del Sur, el Caribe: manchas verdes sin rasgos, sin indicación de ciudades: regiones aisladas, cortadas del desarrollo, la civilización, la técnica; reducidas a selvas, reservas forestales, a función de pulmón y basurero del mundo desarrollado que las explotó para sumirlas después en el olvido, en la miseria, condenándolas al ostracismo, a la categoría de *terras incognitas*, malditas, tierras de guerra y epidemias adonde nadie llegaba salvo los contrabandistas. Ellos eran ahora el único contacto con el mundo exterior, los únicos con quienes él saciaba su curiosidad sobre el devenir fuera de aquellas soledades. Se llevaban minerales y sabe Dios qué otras cosas de Fagua y traían a cambio armas, lotes de mercancías caducas, artefactos, objetos que en Fagua eran codiciados porque, después de todo, a cierto adelanto se habían acostumbrado antes de que se les descartara y se les declarara insalubres, un virus maligno que amenazaba, con su mera existencia, la vida civilizada, avanzada, afanada ahora con la idea de la exploración espacial, de emigrar en masa y empezar de nuevo en otra galaxia donde no se filtrara nunca por ninguna ranura la noción de otros seres humanos subsistiendo en condiciones primitivas, míseras, reproduciendo su pobreza, sus guerras, sus plagas sin control.

Y, sin embargo, en el río él leía, escribía poesía, honraba a los clásicos. Hasta tenía un retrato de Whitman en su estudio, y predicaba el amor a la belleza, al arte, a la filosofía; la nostalgia por Waslala, que algún día se llevaría a su nieta y lo dejaría sumido en aquella soledad sagrada.

Caía la tarde. Melisandra revisaba las tejas del techo de la casa cuando creyó escuchar, lejano aún, el bronco mugido de la caracola de Pedro. Un alboroto de garzas se alzó en las márgenes distantes del río. Puso el martillo a un lado. Se sacó el clavo que tenía en la boca y se aprestó a bajar. En lo alto de la escalera la detuvo el espectáculo del sol poniéndose entre la vegetación, el sol enorme, redondo, encendido, cayendo desde el cielo como el huevo de un animal mítico, atravesando sin tocar los tupidos palmares, las verdes arcadas de los árboles, las islas del centro del río con sus lagartos perezosos.

En la luz amarilla del atardecer divisó la cresta del Castillo de la Inmaculada, con sus torreones de cuento encantado sobre los que ondeaba la bandera blanca de territorio neutral que le encasquetara *Mr. Davies*, el excontrabandista que se quedó a vivir allí. Recordó la ceremonia vespertina de su abuela María: al atardecer, religiosamente, hacía un alto en su trabajo, se quitaba la gorra de béisbol o el sombrero de paja, para descubrirse respetuosamente ante el sol crepuscular en un rito de Walkiria que le vendría quizás de sus abuelos alemanes. No quería pensar en ella ahora que por fin se proponía desobedecerla, emprendiendo el viaje a Waslala. Su abuela siempre se opuso a que ella se marchara en busca de sus padres. Mientras vivió nunca tuvo el valor de desafiarla. Frente a la María del Río, jamás hubo otra alternativa que la obediencia. Aun después de muerta poseía el poder de hacerse obedecer.

Sonó otra vez la caracola de Pedro, esta vez más cerca, y Melisandra escuchó los resortes de la puerta de cedazo y supo que su abuelo estaría ya en el corredor, apoyado en las barandas, con su camisa blanca limpia, su bastón y su boina, atisbando el último jirón de luz que acompañaría al barco hasta el desembarcadero. Presurosa, bajó la escalera.

—Melisandra, ya se oye muy cerca la caracola de Pedro —dijo el viejo—. ¿Ves algo?

—La punta del bongo —contestó ella, refiriéndose a las grandes canoas del río—. Debe traer buen cargamento porque apenas si se le ve cuerpo en el agua.

Se situó a su lado. De la bolsa de herramientas que colgaba de su cintura sacó un viejo peine azul. Lo pasó mecánicamente por su pelo.

La embarcación avanzaba rápida y sordamente partiendo el río en dos, quebrando el reflejo enmarañado de los árboles, atravesando la tarde. La envolvía una luz de hoguera encendida en la profundidad del agua, la refulgencia del sol sumergido.

El viejo y la muchacha, quietos, asomados sobre la baranda, miraban la lenta aproximación del barco, lo veían crecer y definirse, escuchaban cada vez más cercano el golpe de los remos en el agua. Melisandra se escupió las manos, frotándoselas

contra las caderas. Estaban ásperas de polvo, las uñas ennegrecidas por el trabajo. El abuelo la miró de reojo comprobando su falta de vanidad. Se parecía mucho a su mujer, quien jamás había dado importancia a su apariencia. Hasta el día de su boda vistió de pantalón caqui y por velo se amarró a la cabeza un sencillo pañuelo blanco con un nudo en cada punta. Igual que la abuela, sin embargo, la nieta emanaba una vitalidad animal, sensual. Su descuido, en vez de opacar su natural belleza, daba a ésta una calidad montaraz, primigenia, de criatura recién inaugurada, libre, perfecta. Parecía la estatua de la muchacha griega que lanza la jabalina.

El bongo se aproximó. La figura de Pedro emergió de la paneta iluminada por el rojo del cielo reflejado sobre el material transparente del cobertizo donde viajaba el pasaje. Algún personal y colonos de la hacienda aguardaban en el muelle. Fermín, joven, enjuto, cobrizo, de pantalones arremangados y descalzos pies grandes, recibió la soga que le lanzó el remero de proa y aseguró la embarcación.

Desde la casa, Melisandra y el abuelo observaron las maniobras, el movimiento de los remeros estabilizando el bongo para que descendieran los pasajeros. Pedro saltó a tierra. Era un hombre compacto y fuerte. Vestía pantalones caqui arremangados en los tobillos, botas de hule y una camiseta blanca, sin mangas, que dejaba ver sus brazos musculosos y la barriga protuberante producto de su afición por la cerveza.

Uno a uno descendieron los viajeros. Eran seis. Melisandra reconoció a Hermann, Maclovio y Morris. El resto del pasaje lo completaban un hombre y dos mujeres rubias.

Se acercaron por la vereda seguidos por los remeros con el equipaje.

—Don José, ¡qué gusto verlo! —Saludó Pedro, subiendo a zancadas los escalones de la casa alzada sobre pilotes—. ¡Y a ustedes también! —añadió volviéndose a Melisandra y Mercedes.

Subieron detrás de él los pasajeros. Pedro hizo las presentaciones de costumbre, siguiendo el protocolo respetuoso y afable que repetía cada octubre cuando dejaba descansar dos o tres días a los viajeros en la hacienda, antes de continuar el viaje río arriba hacia el interior.

Mientras las mujeres, Krista y Vera, holandesas, estrechaban la mano de don José, Raphael, un hombre alto de unos treinta y cinco años, con un aire contradictorio que lo hacía verse alerta y desgarrado a la vez, fijó su atención en Melisandra. Le sonrió con una expresión de reconocimiento, a la que ella se descubrió respondiendo cómplice.

—Raphael es norteamericano —dijo Pedro, mientras éste saludaba a don José.

—Es bueno verlo, don José. Sigue usted sin envejecer un día —se entrometió Maclovio, un argentino de barba cerrada, cincuentón, con porte de hombre joven, dado a las bromas y a los negocios turbios.

Con familiaridad, Hermann y Morris se acercaron también a saludar al abuelo y a la nieta. Hacía ya varios años que pasaban por allí. Hermann era alemán, traficante de

oro; tenía pelo rubio entrecano, manos anchas y la cara cuarteada por el mucho sol que le cayera en la vida. Morris, el científico que investigaba los niveles tóxicos en los cargamentos de desechos que llegaban a Fagua, poseía un brazo metálico que, además de prótesis, estaba provisto de instrumentos que le servían para su trabajo. Era alto, negro y delgado, con andar de persona cansada y ojos que nunca dejaban de estar tristes.

—Pasen adelante, pasen adelante —dijo el anciano—. Querrán refrescarse.

Hermann, Maclovio y Morris intercambiaron sonrisas de entendidos con Melisandra ante el juego del abuelo, que invariablemente fingía una hospitalidad sin premeditación. Seguidos por los marineros con el equipaje, el grupo se desplazó hacia el interior de la casa.

—Me recuerda mucho los grabados antiguos de las colonias holandesas en los trópicos —dijo Krista, la mayor de las holandesas, ojeando a su alrededor. Se movía con brusca seguridad. Era de contextura más bien recia y llevaba el cabello rubio muy corto. Vera, la más joven, de grandes ojos azules y pelo lacio de un rubio cafezusco hasta los hombros, la seguía, asintiendo con la cabeza.

Melisandra las observó con curiosidad. Su mirada se cruzó con la de Raphael. Tuvo la sensación de que sabía exactamente lo que estaba pensando. Tenía un rostro afable. Los ojos pequeños y sagaces no descuidaban detalle. Intuyó que se sentía distante, aparte, diferente de los otros. No tenía aspecto de contrabandista. Ya habría tiempo de conocerlo cuando se recuperara del vaivén del río y la tierra firme le devolviera su verdadera naturaleza. Por lo pronto, había que despachar a los remeros. Pedro los esperaba para regresar a Greytown.

Anocheía cuando los visitantes terminaron de acomodarse en sus habitaciones. Mercedes salió a prender los faroles del corredor. Estaba contenta porque Hermann le había traído las medicinas que se aplicaban a la piel en parches y que, en un instante, le quitaban sus constantes dolores de cabeza, sin darle malestares de estómago. A la vieja doméstica le costaba entender el motivo de la fascinación de don José y la nieta con aquellas personas; la razón de las atenciones de que los hacían objeto.

Hermann y Morris le resultaban simpáticos, pero desconfiaba de las historias de Maclovio. Estaba segura que exageraba, si es que no mentía, cuando quería deslumbrarlos hablándoles de trenes que corrían sobre rieles de aire, aceras que se movían solas y máquinas que ejecutaban oficios domésticos. Lo único que la hacía pensar que fuera de Fagua el mundo cambiaba a gran velocidad era el brazo del Morris con sus instrumentos. Se quedaba alelada contemplándolo deshacer los nudos de la mochila con una destreza inverosímil o viéndolo usar las puntas de los dedos como linternas para alumbrar los recovecos del cuarto y cerciorarse de que ningún alacrán lo picaría en la noche. Se imaginaba lo práctico que podría ser un instrumento así para manejar el lampazo y fregar los pisos.

Terminó de encender los faroles y se disponía a entrar de nuevo a la casa cuando se topó con Raphael.

—¡Santo Dios! Me asustó. —Dio un respingo.

—No se asuste. Sólo venía a ver la luna —se excusó, amable, Raphael.

—No es buena hora para estar aquí afuera. Hay muchos mosquitos.

—Estoy bien protegido —la tranquilizó—. No se preocupe. He tomado tantos preventivos para las picaduras que debo tener la sangre amarga. ¿Se enferma mucho la gente por aquí? —se interesó, asomándose sobre la baranda.

—Me imagino que como en todas partes —respondió Mercedes, rehuendo hablar de enfermedades porque era muy susceptible a sentirse aquejada por cualquier mal descrito en su presencia. Con el pretexto de que debía ocuparse de la cena, se internó en la casa.

Raphael caminó por el corredor hasta llegar frente al río. Podía oír la noche, escuchar el chisporroteo de las luciérnagas al encenderse, el graznido lejano de pájaros nocturnos, el sigilo del agua deslizándose hacia el Atlántico. Desde que el barco fletado entrara a la bahía de Greytown y se hiciera el traspaso al bongo de Pedro, le empezó aquella sensación de estarse zambullendo en una sustancia densa, una atmósfera que sostenía los objetos, las personas, hasta el río, apenas en contacto con la tierra, a punto de levitar ingravidos, igual que en una pintura *naïf* donde todo existía superpuesto en un mismo plano y donde la muchacha pelirroja, el abuelo, los remeros y los contrabandistas, flotarían agigantados, volando sobre la cinta acuática. Sería quizás la humedad del ambiente, la selva tropical y sus pájaros extraños, los responsables de la sensación de irrealidad, de la perspectiva alterada. Hasta el tiempo padecía una metamorfosis líquida y por momentos tenía la necesidad de apretar algún objeto, como ahora apretaba la madera del barandal, para convencerse de que los principios newtonianos de la gravedad seguían intactos.

Se sacudió un mosquito que pasó zumbando cerca de su oído. No tenía aún ningún dato de peso para su reportaje, pero Alan tenía razón: Waslala era una buena coartada. Bastaba mencionarla para que la gente se soltara a hablar. Se trataba, efectivamente, de una obsesión colectiva, de un enigma que todos allí querían contribuir a descifrar. No acertaba a ver claro qué relación tendría con la filina, pero apenas tenía dos días de viaje río arriba. Nada lograría impacientándose. Aquel descanso le vendría bien. Se sentó sobre las gradas y abrió el comunicador, delgado, compacto, que llevaba colgado del cuello.

—Brad —dijo. Pocos segundos después, Brad, su editor, lo miraba desde la pequeña pantalla.

—¿Dónde estás? —preguntó éste.

Había llegado sin problemas, le dijo. Mareos en el viaje por mar, pero aparte de eso, ninguna novedad. El río era absolutamente fantástico. El capitán del bongo, todo un personaje; los contrabandistas. Le refirió su arribo a la hacienda; el abuelo poeta, la nieta. Era un gran escenario si lograba el reportaje.

—Sólo te pido que no descuides las precauciones. Recuerda que el Departamento de Estado es bien claro en sus advertencias sobre los riesgos de viajar por allí; las plagas, las epidemias.

—Me cuidaré, Brad, pero ya sabemos que esas directivas están hechas para los ignorantes.

—No sé, no sé. Recuerda que ni siquiera las patrullas de la Policía Ambiental tocan tierra. Incursionan por aire.

—Porque las talas ilícitas se aprecian mejor así. No podrían hacerlo de otro modo. La selva aquí es fabulosamente espesa. Increíble. Aquí hay oxígeno para rato. Puedes estar tranquilo.

—Eres incorregible —rió Brad—. Pero bueno, no más. Cuento con tu experiencia.

—No creo haber tenido ninguna semejante. Créeme que me siento un poco indefenso aquí. Será interesante. ¿Escuchas lo que te debe parecer un chirrido de la estática? Son los insectos. Miles y miles de insectos.

Se despidió y cerró el comunicador. El brillo de la pantalla atrajo un buen número de bichos voladores. Los sacudió con aprensión levantándose en dirección al interior de la casa.

Se encontró con Melisandra, que salía. Olía bien. Acababa de tomar un baño. Tenía el cabello mojado.

—La cena estará lista pronto —anunció ella, frotándose el pelo para secarlo en la brisa.

—Me disponía a entrar. Pero si no te molesta te acompaño —dijo Raphael, siguiéndola, volviéndose sobre sus pasos hasta encontrarse nuevamente sentado en los escalones a su lado.

—Sois muy gentiles dándonos albergue por unos días —comentó.

—El río es muy solitario —dijo Melisandra—. Es bello, pero vivimos aislados. Nos gusta tener visitantes. —Sonrió, mirándolo de lleno en los ojos.

—Es tan trillado lo que voy a decir que debería callármelo, pero como es una novedad para mí, hago la observación: Desde que te vi me pareció que nos conocíamos —dijo Raphael—. No lo digo como un cumplido. Soy sincero.

—No veo por qué sería un cumplido que alguien pensara conocerlo a uno. Claro que, en nuestro caso, es imposible.

—Por supuesto. Nunca has estado en Nueva York, ¿verdad?

—¡Nueva York! —suspiró ella—. Por supuesto que nunca he estado en Nueva York...

Quería viajar, dijo, pero no le había sido posible. Primero por su abuela. Ahora porque le costaba vencer el temor de dejar a su abuelo.

—Tu abuelo se ve muy sano.

—No es su salud lo que me preocupa. Es su imaginación. Desde que murió mi abuela quedó un poco delicado. Pasó meses hablando con ella, pretendiendo que

seguía viva, que salía a trabajar cada mañana. Le preguntaba por su vida al otro lado. Hacía que Mercedes le sirviera el desayuno. Era tan convincente que por poco terminamos nosotros también hablando con ella. No sé de dónde saqué yo la presencia de ánimo para conservarles el juicio a todos. Si me marchó, podría recaer.

—¿Estás resignada entonces a poner tu vida en suspenso hasta que él muera? —inquirió Raphael.

—¡Claro que no! Sobre todo porque estoy convencida que no morirá nunca. Al menos vivirá como Matusalén. Ya tiene más de cien años.

—Pues yo necesito un guía para mi viaje al interior —dijo—. Podrías venir conmigo.

—Sería pretencioso de mi parte. Nunca he estado en el interior —sonrió ella.

—¿Te quedarás entonces? ¿Nunca saldrás de aquí?

—Lo más curioso de todo esto —Melisandra se volvió hacia el río— es que, a pesar de mis temores, he decidido no postergar más mi viaje. Pero yo llevo otro rumbo. Ya hablaremos después. Por lo pronto, deberíamos ir a cenar.

Raphael la siguió al comedor. Sentado a la cabecera, don José reía de buen humor. En sus ojos vivaces se advertía claramente que la conversación era su elemento y que, en el río, una mesa concurrida era un acontecimiento del que no gozaba a menudo. El mantel era sencillo, de cuadros rojos y blancos. Los invitados ocupaban los largos y pesados bancos laterales. Melisandra se sentó al lado del abuelo e indicó a Raphael que se deslizara junto a ella.

Las caras de los recién llegados recuperaban paulatinamente sus expresiones habituales, las que debían tener en su remota cotidianidad. Hermann, Morris y Maclovio, sobre todo este último, acapararon la conversación.

—Sí, ahora ya estamos en la semana de tres días de trabajo —decía Hermann, respondiendo a don José—. Abunda el tiempo libre. Ya le digo, dentro de poco no habrá más que oficios altamente especializados. Es absurdo. La robótica avanzó demasiado rápido. La gente no se ha podido adaptar todavía al ocio. Y si sumamos a eso el hecho de que la esperanza de vida se prolonga cada vez más, no es de extrañar que proliferen los viajes suicidas. Barcos enteros salen de Hamburgo, llenos de gente que quiere morir pacíficamente, viendo el mar.

—No puedo entender que haya quienes no aprecien el tiempo libre —se asombró don José—. Hay tanto que leer... Nunca ha sido uno de mis problemas. Pero qué interesante, ¿no? Sólo se puede explicar si se comprende el cambio que significó el paso de la lectura al vídeo. La imaginación activa versus la pasividad de recibirlo todo ya imaginado por otro. La pérdida de la imaginación es una tragedia. Quizás una de las mayores tragedias que veremos en este siglo.

—¿Qué es eso de viajes suicidas? —preguntó Melisandra.

—Turismo de la muerte. —Se volvió hacia ella Raphael—. Los barcos salen hacia aguas internacionales donde no rigen las leyes que condenan la eutanasia o el suicidio. Es un crucero de lujo, sólo que no hay regreso. Se puede escoger un cóctel

letal intravenoso o el descenso hacia un compartimento en el interior del barco donde hay un escape de monóxido de carbono. Muerte indolora y colectiva. Se ha vuelto un gran negocio... Entiendo que el cupo está siempre lleno y hay largas listas de espera. No es una práctica nueva. Se inició hace ya bastantes años.

—Preferiría el sistema de una cierta secta agnóstica —dijo don José— que operaba en Inglaterra. Cuando alguien decidía privarse de la vida, firmaba un acuerdo. Alguno de los otros se encargaba de liquidarlo; sólo que al voluntario no le estaba dado saber cómo ni cuándo le llegaría la muerte. Una especie de imitación de la vida misma. Un concepto más imaginativo.

—Qué conversación para levantarnos el espíritu —exclamó Maclovio.

—Hay pocas cosas en las que coincido con Maclovio —intervino Hermann—. Ésta es una de ellas. ¿Cómo va tu trabajo, Morris?

Continuaba con su estudio sobre el nivel tóxico de los cargamentos de basura, dijo, pero aún no tenía las pruebas contundentes que necesitaría para que su reporte ante las Naciones Unidas tuviera el efecto deseado.

La conversación continuó animadamente mientras los comensales daban cuenta de los pollos que Mercedes había desnucado, pelado y guisado con la celeridad de la que sólo ella era capaz.

Melisandra abordó a las holandesas sentadas frente a ella y así se enteró que no era la primera vez que llegaban a Fagua. Anteriormente habían seguido una ruta terrestre, pero el incremento de la actividad armada las convenció de tomar la del río.

Se dedicaban al estudio de la medicina natural y a la recolección de hierbas exóticas que luego convertían en fármacos para curas alternativas. Vivían en una matría, le dijeron, y en las matrias las mujeres buscaban volver a un estilo de vida anterior al patriarcado y reivindicar el respeto y prestigio social de las curanderas y el herbalismo.

En este viaje, sin embargo, le confesaron, querían visitar Timbú. Pensaban que allí podrían adoptar un niño huérfano. No habían logrado ponerse de acuerdo sobre ningún donante en los bancos de semen y, además, ya que era físicamente imposible tener un hijo biológicamente de ambas, preferían que no lo fuera de ninguna.

Raphael escuchaba con expresión ausente. Melisandra notó que tenía los ojos fijos en sus manos; y que aguzaba el olfato, como si la empapara un olor especial.

—Y usted, Raphael —le preguntó—, ¿a qué se dedica?

—Soy periodista —respondió.

—¡Qué cosas! —Intervino don José—. Periodistas sí que no he visto por aquí desde hace más tiempo del que recuerdo. Se aburrieron hasta de nuestras guerras. Nadie se interesa ya por noticias nuestras...

—A propósito de las guerras —dijo Raphael—. No se nota mucha actividad bélica por aquí. Ustedes parecen vivir en paz.

—El río es neutral —explicó Melisandra—. Hace años se llegó a un acuerdo tácito de no guerrear por aquí. Tendría efectos nefastos sobre las reservas forestales y

usted sabe que eso está protegido por la compañías ambientalistas. Aun así, a veces...

—Este país ya no sabe existir sin guerra —la interrumpió don José—. A mí hasta me parece que la paz sería una catástrofe. El resto del mundo parece pensar lo mismo. Por algo vienen a parar a estas regiones todos los arsenales en desuso. Pero no hablemos de guerra. Ya podrán hablar de la guerra río adentro. La guerra nunca me ha interesado. Yo soy un enamorado de la civilización, de los progresos del hombre, de las letras. Nada tengo que ver yo con la guerra. La guerra es lo contrario al pensamiento, a la palabra, al diálogo. Nadie habla en las guerras. Todos disparan. Se matan sin conocerse. No les interesa conocerse. Al contrario, no quieren conocerse. Huyen los unos de los otros. Se refugian detrás de sus fusiles. Se refugian de las palabras, del diálogo. Si pudieran hablar no habría guerra. Pero hay quienes encuentran dignidad en esto. Es muy antiguo el culto de las armas y la muerte. Aunque yo no sabría decirle qué es peor, si la guerra o la avaricia. Por lo menos en Fagua ya casi no se utiliza el dinero. No se hace mucho con dinero en una sociedad desorganizada por la guerra.

Mientras el abuelo hablaba, Melisandra observó atentamente a los recién llegados. Su vecino en la mesa la había soltado de la emanación magnética de su contemplación y escuchaba interesado la filípica ardorosa del anciano, atraído, como les sucedía a todos, por la pasión de sus palabras de malabarista, de mago. Ella a menudo se preguntaba si el abuelo echaba de menos a los visitantes por las noticias que le traían o por el papel de público que jugaban para las disquisiciones de su mente, que nunca se cansaba de contraponer y especular con las ideas.

El viejo terminó su disertación sobre la avaricia y el dinero, pero antes de callar, recordando el origen de su diatriba, se volvió a Raphael, quien ponderaba intrigado el desparpajo y lucidez de su monólogo, y le preguntó si no tendría inconveniente en decirles qué lo traía por allí.

—De ningún modo —dijo Raphael, sonriendo cortésmente—. Una persona que ha viajado por Fagua me habló de la existencia de un sitio fantástico, la última utopía: Waslala.

Melisandra se sobresaltó. Nunca había llegado nadie con la sola intención de encontrar Waslala y ahora aparecía él y le proponía que lo acompañara. Sus miradas se cruzaron. Otra vez el reconocimiento. Los pensamientos se le convirtieron en una multitud queriendo pasar al mismo tiempo por una estrecha puerta.

Hermann, Maclovio y Morris fijaron sus ojos en don José. Le habían informado a Raphael que el anciano sabía de Waslala más que ninguno. Ahora esperaban que éste pudiera comprobarlo. Se hizo un silencio.

—¡Ah! —exclamó por fin don José, echándose hacia atrás en la silla y tocándose la punta de la nariz con expresión ausente—. ¡Waslala! ¡Quién en Fagua no quisiera encontrar Waslala!

—Quizás alguien querrá ir conmigo. Necesitaré un guía —dijo Raphael suavemente, fijando los ojos en Melisandra, quien sintió que le hurgaban las entrañas.

—Debe visitar a Engracia, en Cineria —dijo el viejo—. Ella podrá ayudarle.

Al contrario de lo que se esperaba, don José no se extendió sobre el tema de Waslala. Se detuvo y calló. Distante. Su picardía dio paso a una inconfundible y silenciosa congoja. Melisandra pensó que no lo había visto antes así frente a los visitantes. Con ella, hablando de Waslala, le sucedía a veces. Descendía a quién sabe qué honduras y melancolías recordando a la hija y al yerno desaparecidos. Su dolor nunca dejaba de asustarle, sobre todo porque contrastaba con sus propios sentimientos. Más que amor profesaba un confuso y secreto rencor hacia esas figuras desleídas de su memoria. Necesitaba desentrañar su misterio no por ellos, sino por sí misma. ¿Presentiría algo su abuelo? ¿Habría adivinado sus planes o captado la intención de las palabras de Raphael?

—Morris conoce muy bien a Engracia —dijo Maclovio, dando a entender más de lo que decía, con la evidente intención de disipar la atmósfera tensa que se había posado sobre la mesa.

Morris no hizo caso de la alusión.

—No se trata de buscar un punto en el mapa —dijo el científico—. Es mucho más complicado.

—Es un mito —agregó Hermann.

—Ya habrá oportunidad mañana para hablar de eso —dijo don José levantándose abruptamente—. Se ha hecho tarde. Ustedes deben de estar cansados. Hicieron una larga travesía. Yo lo estoy, y eso que sólo tuve que recorrer el día.

Se puso la boina, tomó su bastón y, sin más, se retiró a su estudio.

Vestida totalmente de negro, con una boina vieja del abuelo, las manos en los bolsillos, Melisandra se deslizó sigilosa fuera de su cuarto, atravesó el comedor y bajó los peldaños de la parte posterior de la casa. La noche era fresca. Hacía más de una semana que no llovía, pero la tierra aún estaba húmeda. Caminó aprisa por la vereda que conducía a la apartada casa de Joaquín, cerciorándose de que nadie pudiera verla. Cualquiera día podría suceder si se descuidaba.

Joaquín había dejado la puerta sin tranca. Sentado frente a la mesa, fumaba limando un machete. La miró pretendiendo sorpresa, fastidio, ante la aparición inoportuna. Era siempre igual. Sin decir palabra, ella pasó el cerrojo, se quitó la boina y se sentó en una tosca silla frente a él. Joaquín bajó los ojos concentrándose en el filo del machete. ¿Por qué iba a verlo?, pensó ella. Se levantó y se asomó a la ventana.

—Si estás muy ocupado, me voy —dijo por fin.

—Podrías poner a hervir agua y hacerme café —dijo él—. ¿O estás muy cansada después de atender a tus visitas?

No dijo nada. Moviendo las ollas, golpeándolas unas con otras, puso el agua para el café.

—¿Cuántos llegaron?

—Hermann, Maclovio, Morris, dos mujeres y un hombre desconocidos.

—Me lo dijo Pedro.

—Ya sé. Lo que no sé es por qué me lo preguntas.

—Para tener algo que decir. Siempre reclamas que no tengo mucho que decir. ¿Qué trajeron?

—No sé. Me imagino que lo de siempre: libros para mi abuelo, provisiones, medicinas para Mercedes, monos para mí, chocolates... —Sonrió, poniendo el café sobre la mesa—. Eso es lo que más me interesa: los chocolates.

—A mí lo que me interesa son las municiones. Se nos están agotando. Sería peligroso que nos quedáramos sin posibilidad de defendernos. ¿Qué cuentan de nuevo?

Joaquín era fuerte. Cincuenta o más años, manos grandes de dedos cuadrados, brazos musculosos; su cara parecía hecha para otra contextura física: fina, angulosa, el pelo negro lacio, los ojos negros, desconfiados, como de un animal herido a traición que siempre estuviera alerta, listo para saltar. Podía ser su padre. La vio crecer. Le ayudó a tomar las riendas de la hacienda. Aceptaba que su amor rayaba en el incesto. No sabía si la quería como hija o como amante. Su indiferencia se disipó en pocos minutos. Ahora la miraba con dulzura, con hambre. Así era Joaquín: ángel y demonio. Podía pasar del uno al otro sin transición.

Le narró la conversación a la hora de la cena. A él le hizo gracia la idea de los suicidios colectivos.

—Es el colmo, ¿no? —dijo—. Llegar a tener todo en la vida sólo para aburrirse. Toma nota tú que te deslumbras con la civilización...

El periodista tenía la intención de encontrar Waslala, dijo Melisandra, adoptando un tono casual. Era una feliz coincidencia, justo cuando ella decidiera marcharse.

—Dice que necesita un guía. Le voy a proponer que me lleve a mí.

—No seas ridícula. Tú nunca has estado en el interior. Si te lleva será por otra cosa.

—Estás celoso.

—Por mí puedes hacer lo que quieras. Es cosa tuya.

—Hasta hoy no había venido nadie con la misión expresa de buscar Waslala. Es una señal. Tengo que irme. Mi abuelo lo presiente. Se puso muy taciturno en la cena.

—Eres terca. No hay quien te quite de la cabeza la idea de ese viaje.

Alzó la taza de café y la bebió hasta el fondo. Se levantó y se le acercó por detrás. Tomándola del pelo, le alzó la cara y la besó en la boca.

—Me tienes que ayudar, Joaquín —dijo ella, deslizándosele de las manos, poniéndose de pie—. Si tú me ayudas me puedo ir tranquila.

—Te gustó el hombre ese. A mí no me engañas —le dijo él, siguiéndola y tomándola de nuevo por los hombros.

—No digas tonterías —sonrió ella, coqueta, mirándolo fijamente, pensando que sólo existía una manera de apaciguar a Joaquín—. Para ese hombre todos nosotros somos unos salvajes. Hará su reportaje y se irá. Nosotros nos quedaremos.

Se le acercó. Le tomó el rostro en las manos. Lo besó. Le pasó las uñas por la espalda. Joaquín se arqueó. Respiraba pesadamente. Melisandra se le escurrió juguetona hacia el otro lado de la mesa. Se empezaron a perseguir por la pequeña habitación, moviendo los pocos muebles. Ella riéndose, él mirándola entre divertido y rabioso.

Era como su abuela, le decía él entre dientes; nadie la iba a detener; testaruda, tenaz.

—Sólo yo te sé domar, Melisandra. —Saltó sobre ella. La alzó entre sus brazos, sosteniéndola mientras ella forcejaba, y la llevó a la cama de lona. Forcejaron un poco más, riendo y gruñendo en un juego de gatos monteses. Joaquín le bajó la cremallera del pantalón y empezó a acariciarla bruscamente. A medida que ella se fue desentendiendo del juego y hundiéndose en las sensaciones, él cambió el ritmo y se tornó lento, premeditado, dulce, besándola, removiéndole el pelo, mordiéndole los pechos, dejándola desnuda, hundiéndose en ella, sacudiéndola, alzándola hacia el orgasmo, apretándola mientras ella temblaba en largos espasmos. Cerró los ojos, hundió la cabeza en su hombro. La sintió contra sí, inquieta, estremecida, un pájaro que ya no podría retener.

Melisandra esperó la madrugada, la niebla sobre el río, el canto de los gallos. Ni siquiera deshizo la cama. Al regresar, se acostó sobre el cobertor, pero esta vez su cuerpo saciado de saliva y semen no se relajó. Apenas dormitó, espiando el sol, alzándose sobre el codo para ver el amanecer anunciarse sobre el agua. A las cinco se bañó y a las cinco y media llamó a la puerta de la habitación de su abuelo.

Cuando entró, estaba sentado sobre la cama, el bastón en la mano, un calzoncillo amplio y blanco hasta las rodillas y una camiseta también blanca de cuello redondo. Se veía frágil, despeinado, la barba canosa y gris sombreándole el rostro.

Ella se le acercó y lo besó en la mejilla. Se sentó a su lado. No solía entrar a su cuarto a esa hora y le impresionó la soledad y la cantidad de recuerdos que pesaban en el aire.

Sobre la cómoda donde guardaba sus camisas, vio las fotos desteñidas de la abuela. Quitó la vista rápidamente. En la mesa de noche, un vaso de agua a la mitad, los anteojos, la libreta con anotaciones a lápiz.

—Sabes que todas las noches, cuando me acuesto, mi cama está caliente —dijo él—. Ella está aquí.

Melisandra sonrió y le apretó la mano. La sintió delgada, suave, entre las suyas.

—Tienes suerte, abuelo. Yo todavía no he logrado sentir a mi mamá. Mis sábanas siempre están frías.

—Estará viva. Yo espero que esté viva. Me la imagino a veces secando ropa en el Corredor de los Vientos. —Guardó silencio durante un buen rato—. ¿Qué pasó? —preguntó de pronto, volviéndose a mirarla—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Me quiero ir con el periodista, abuelo. Voy a proponerle que me lleve de guía.

El viejo metió el bastón en una de sus zapatillas, la alzó en el aire y la dejó caer.

—Me lo supuse —dijo—. Anoche se dirigió a ti cuando dijo eso. Lo dijo para ti, inequívocamente. Qué cosas, ¿verdad? Se llama Raphael. El personaje de Tomás Moro, el que descubre la isla llamada Utopía, se llamaba Raphael también... Pero no sé cómo podrías tú servirle de guía.

—No encontrará a nadie que sepa más que yo de Waslala.

Engracia podría darle un guía, pensó él. No tenía Melisandra que arriesgarse con una persona que apenas conocía.

—Desistí, hijita. Aquí estamos bien. Waslala es el lugar que no es. No te puedes perder tú también. —La miró con angustia, insistente, con los ojos brillantes, hijos.

—No me voy a perder, abuelo. Tú regresaste. Otros han regresado. Tengo que ir. Ahora. No quiero seguir esperando.

No sabía los peligros con que se toparía, le dijo. Si sólo estuviera su mujer, pensó.

No tenía su fuerza. Comprendía a Melisandra. Él mismo, para suavizarle la ausencia de los padres, para justificar su propia culpa, delineó los trazos del lugar perdido, el mito, el sueño. Demasiado tarde se percató de que la historia de su hija podría repetirse; que, en vez de disuadir a la nieta, la alentaba. ¡Ah! Si sólo estuviese viva su mujer.

—Déjame hablar con ese Raphael —le dijo, acomodándose el pelo con la mano—. Sólo déjame hablar con él. Necesito tiempo. Dame un poco de tiempo.

Melisandra salió. El viejo apoyó la cabeza sobre el mango del bastón, cerró los ojos. Cuántas veces no le quedaría más que eso: cerrar los ojos, no ver, escapar. No se podía vivir si uno no se protegía de ciertos dolores y pretendía que le sucedían a otro, alguien que guardaba parecido con uno mismo, pero que era lejano, estaba en el reverso del espejo sufriendo, mientras, de este lado, el dueño de la imagen se recomponía, se ponía de pie, se levantaba de la cama, se vestía. Desde que escuchara a Raphael la noche anterior y viera la cara de su nieta, las miradas de ambos cruzarse, más densas a medida que transcurrían las horas, espesos los ojos con la exaltación del mutuo hallazgo —ese conocimiento insondable del hombre y la mujer— que encuentran cada uno en el otro a su pareja aun antes de saber que la encontraron, él supo que ya nada podría detenerla: ahora que rebasaba los veinticinco, emprendería el viaje que, secretamente, preparaba todos los años, esa obsesión que la perseguía desde niña y la hacía escapar la vigilancia de su abuela y esconderse en el bosque de caucho hasta que Joaquín la encontraba y la llevaba a la casa pataleando, furiosa, gritando que quería saber dónde estaban sus padres, que se iría a Waslala a buscarlos, que era a ella a quien le correspondía llegar al lugar mágico en cuya búsqueda su padre y su madre desaparecieron.

Debía él, al fin, permitir que ella se marchara; quedarse solo como quedó al morir su mujer, cuando por mucho que otros lo rodearan, Melisandra incluso, intentando consolarlo, él no hallaba respiro, ni compañía, más que cuando, en su habitación, la imaginaba otra vez viva y hablaba con ella para espanto de quienes pensaban que el duelo le había hecho perder la razón.

No le quedaría más que aguardar, resignarse como se resignó cuando su hija partió con su yerno y les dejó a la niña de tres años que no cesaba de llorar, ni quería dormir, hasta que la abuela, agotado todo recurso, la obligó a tomar leche con azúcar y ron.

Nadie más que él era el responsable. Suspiró. Caminó varios pasos por el corredor sin saber adonde dirigirse, como si efectivamente hubiera dejado en manos de otro el rumbo de sus movimientos.

Cuando Raphael despertó, amanecía. Durmió poco. Al llegar a la cama estaba tan exhausto que pensó se dormiría no bien pusiera la cabeza sobre la almohada, pero el silencio lo mantuvo despierto. Un silencio activo, el urdir de la vida en la selva y el río; los insectos, las ranas, los búhos; la noche original, primigenia, intocada. Había metido la cabeza bajo la almohada para dejar de pensar, para dejar de oír el eco de las palabras de Melisandra y el viejo en su cabeza. ¿Qué era distinto en ellos? ¿Por qué sentiría la necesidad de olerla, husmearla como animal? Ahora Melisandra quizás se iría con él. La invitó a servirle de guía en un arranque que se hizo palabras antes de que pudiera detenerse. Sintió que debía rescatarla, tirarle la cuerda —rescatarla de qué, por qué, se preguntó—. Le bastó hablar unas pocas palabras con ella para conocerla. Desde que la vio sobre el muelle al lado del anciano impecablemente vestido, recibéndolos, pensó haberla visto antes y experimentó la curiosa sensación de que otro ser humano, por el solo hecho de existir, lo liberara de la soledad.

Quizá fue muy lejos envolviendo a Melisandra en lo que no era más que su manera de ocultar el verdadero motivo de su viaje. La presencia de ella lo forzaría a alterar sus planes y quizás toda la aventura resultaría un fiasco. Sin embargo, debía confiar en su instinto y su instinto le decía que, a través de Melisandra, de Waslala, llegaría a la filina, si es que en el proceso no descubría, además, el origen de su impulso descabellado que seguía pareciéndole lo más asombroso de cuanto en el viaje le aconteciera.

Brad lo objetaría, sin duda, pero las circunstancias lo obligaban a darle su confianza. Como siempre.

Se levantó a las siete de la mañana. Por la rústica ventana de cedazo de su cuarto vio el pequeño jardín con rosas sembradas en parterres, enfermizas, mustias, y al fondo la enredadera de buganvillas intensamente violeta subiendo sobre la baranda. Se puso la ropa de correr, se lavó la cara en el lavamanos y salió al comedor. Mercedes barría la casa.

—Buenos días —saludó él—. Voy hacer un poco de ejercicio.

—Hay una vereda a lo largo del río frente a la hacienda —dijo ella—. La verá cuando llegue al desembarcadero. Vaya a caminar allí, no sea que se pierda. Tal vez logre ver los manatíes. Salen a solearse temprano en la mañana.

—¿Manatíes? No sabía que hubiera manatíes aquí.

—Bueno, antes se veían más. No sé qué les habrá pasado. Pero todavía hay bastantes. ¿No quiere desayunar?

—Después. Muchas gracias.

Lo vio salir por la puerta de cedazo y lo observó cuidadosamente por detrás, notando las piernas fuertes. Volvió a la escoba, descargando en ella sus reflexiones.

Le daba lástima que Melisandra no pudiera hacerse con un hombre así que se la llevara a otra parte. En su larga vida, había visto cantidades de mujeres jóvenes emigrar al norte. Venían después las cartas, las noticias de los matrimonios. Pero esas oportunidades ya no se daban. Ahora era muy peligroso emigrar. Era muy difícil. Casi nadie lograba cruzar la muralla.

Cuando Melisandra entró al comedor, don José conversaba con Mercedes, comentando sobre el brazo de Morris que, según él, era un aparato tan sofisticado y avanzado que podía medir hasta el número de microbios y partículas químicas en un simple vaso de agua.

—La ciencia está ganando terreno, Mercedes. La muerte dejará de existir dentro de poco. El profesor Morris dice que ahora ya existen corazones mecánicos.

—¡Imagínese usted qué locura! Eso sí que es tocar a Dios con las manos sucias; negarle el derecho de llevárselo a uno cuando Él dispone —respondió ella, tratando de borrar de su mente la visión de horror de pechos abultados que le había evocado la mención de corazones mecánicos—. Eso es contra natura.

—¿Qué es natural y qué no es natural? La luz eléctrica no es natural...

Melisandra dio un beso al abuelo, llenó su taza de café y se acomodó al lado del viejo mientras Mercedes le freía huevos, musitando que no había comparación entre la luz eléctrica y un corazón artificial, sin querer dar su brazo a torcer, pero obviamente confundida por la observación del anciano.

—¿No se han levantado nuestros huéspedes? —inquirió Melisandra

—El periodista fue a hacer ejercicio. Dijo que desayunaría al regreso.

Melisandra fijó los ojos en el anciano. No cejaría, pensó él.

—¿Por qué no vas a caminar, abuelo? Tal vez lo encuentras.

—Ah, hijita, hijita. Me recuerdas tanto a tu abuela. ¿Te habló de la vez que cazó un jaguar cerca de aquí? Ella sola. Amarró el animal al jeep y lo arrastró por el camino. Nos estaba matando todos los venados. Me parece que la estoy viendo aparecer de madrugada, roja como una leona, la polvareda detrás del vehículo, los chavales siguiéndola para ver el jaguar muerto. Con los dientes le hizo un collar a tu mamá. ¡Qué mujeres ustedes! ¡Qué va a poder hacer uno!

Estaba orgulloso de ellas, pensó Melisandra, descartando su gesto de impotencia. Pastor de las Amazonas. Le brillaban los ojos azules cuando se levantó, se encasquetó la boina y, acomodándose la camisa blanca dentro de los pantalones, tomó su bastón y salió tras su infaltable portazo.

Don José encontró a Raphael en el muelle, contemplando abstraído una pareja de libélulas que copulaban veloces en el aire, impúdicas, ronroneando.

—*Mens sana in corpore sano...* A ver si quiere continuar sus ejercicios acompañándome a caminar —dijo, apoyándose en su bastón.

Raphael lo siguió por la vereda que bordeaba el río.

—¿Qué son aquellos torreones que se ven desde aquí? —preguntó—. Parecen parte de una antigua fortaleza...

—Es el castillo de la Inmaculada Concepción. Desde esa posición, los españoles controlaban el tráfico e impedían que los ingleses pasaran río abajo a sus territorios. Los ingleses dominaban Greytown, donde ustedes desembarcaron. Ese era su puerto en el Atlántico. Inicialmente fue guarida de piratas. Allí tuvieron su reino los corsarios hasta que el mismo lord Nelson se personó por aquí. En este río que está viendo navegó el perseguidor de Napoleón. Aquí empezó la notoriedad que lo llevaría hasta Trafalgar...

Usando el bastón como puntero de profesor y arma para apartar la maleza, don José avanzó con paso lento, pero sin titubeos, hablando sin pausa sobre aquel manso cuerpo acuático donde se escenificaran, en siglos anteriores, cruentas batallas protagonizadas por ingleses y españoles. Una de las más célebres, decía, había sido la de Rafaela Herrera, una muchacha de dieciséis años que, al morir su padre en uno de los asaltos al castillo, se negó a rendirse e hizo bajar sobre el agua sábanas ardientes que causaron el incendio de la armada inglesa y la fuga de los súbditos de Su Majestad...

—Y ahora pasan los contrabandistas... —dijo Raphael.

—No todos son contrabandistas. Nosotros somos personas honorables, ¿sabe? Nunca se aloja en mi casa sino un grupo selecto de estos viajeros que yo considero comerciantes, mercaderes modernos que, por nuestras propias condiciones, recurren al trueque, al intercambio. Le expliqué que el dinero no sirve de mucho.

—Usted decía que hay un fuerte tráfico de armas; habló de los arsenales en desuso.

—Creo que Maclovio se dedica a eso. No estoy seguro, pero mi nieta piensa que, entre todos los que conocemos, es el más oscuro. A mí me gusta su habilidad para contar cuentos. Nos mantiene al tanto de los últimos avances de la tecnología. Tiene la sensibilidad latinoamericana para saber qué cosas nos pueden parecer más fantásticas.

—Me pregunto qué puede obtener Maclovio aquí a cambio de las armas —dijo Raphael, inclinándose para cortar una pequeña y silvestre flor amarilla.

—¡Sabe Dios!, hijo. ¡Sabe Dios!

—Se dice que Fagua produce drogas muy cotizadas... —dijo Raphael, interrogante.

Don José se detuvo. Se tocó la nariz.

—¿Drogas? Según mi entender, la apetencia por las drogas que antes producían estas regiones decayó desde la aparición de las sintéticas. ¿No es así, acaso? Volvió a caminar.

Las drogas sintéticas que alteraban la conciencia sin adicción ni efectos nocivos para la salud no habían tenido todo el éxito esperado, explicó Raphael.

—Las prohibidas, don José, las que acarrearán riesgo siguen teniendo gran

mercado, produciendo ganancias cuantiosas para los traficantes. ¿Ha oído hablar de la filina?

—¿Filina? ¿Qué es eso?

—Una mutación genética; un híbrido de marihuana y cocaína.

—El nombre me suena, pero no, no sabría decirle. Quizás Melisandra sepa más que yo..., aunque mi nieta nunca ha estado en el interior. Le convendría más hacerse con un guía con cierta experiencia.

—Si no se va conmigo, se irá con los próximos que pasen. Usted lo sabe.

Don José fijó los ojos en la ribera opuesta. Guardó silencio.

—¿Y cómo es que usted conoce Waslala? —inquirió por fin—. Nunca había transitado nadie por aquí con la intención exclusiva de buscarla.

—Tengo un amigo que ha viajado por Fagua: Alan Tomlimson. Él me habló de Waslala.

—¿Alan? ¿El inglés? Raphael asintió.

—Hablé largamente con Alan sobre el tema. Pensaba que él se aventuraría a buscarla, pero jamás regresó. Un hombre muy especial, Alan. Así que es su amigo... Ya ve, hombre, qué cosas...

—Cuando éramos estudiantes, compartimos la misma habitación en la Universidad. Me habló tanto de Waslala que al fin me convenció de venir a escribir la historia —dijo Raphael pensando que, claro, cómo no se le ocurriría antes. Qué otro que don José podría haber sido el viejo al que Alan se refiriera. El viejo iluminado, utopista, a quien su amigo le atribuyera la destreza de sacarse de la manga, no un simple conejo, sino un mundo entero.

Llegaron al punto donde la vereda doblaba hacia la casa.

Don José alzó los ojos y miró las islas del centro del río con expresión ausente.

—Quizás me quede únicamente esperar que su nombre sea un buen augurio.

—¿Mi nombre? —sonrió Raphael.

—El personaje de Tomás Moro; el marinero que descubre la isla, la Utopía, tiene su nombre: Raphael, Raphael Hythloday.

Más tarde, Melisandra se asomó al estudio del abuelo y lo vio sentado frente a su escritorio con la mirada fija en el pisapapeles transparente. Ni siquiera se había percatado de los que utilizaban su parafernalia cibernética, acontecimiento que nunca dejaba de atraerlo y hacerlo revolotear alrededor de ellos, insistente y pertinaz, como sólo él sabía serlo. Se quedó mirándolo un rato desde el umbral de la puerta. Habría dado cualquier cosa por no verlo sufrir y, sin embargo, esta vez no podía impedirlo.

Sintió que le tocaban el brazo. Raphael estaba a su lado. ¿Se sentía bien?, le preguntó. Dijo que sí, sonrió, se recompuso.

Caminaron ambos hacia un extremo del corredor.

—No quisiera haberte causado problemas... —empezó a decir él.

—Ningún problema —lo interrumpió ella—. Me iré contigo. No sabré mucho del interior de Fagua, pero estoy segura que encontraré Waslala. Mi abuelo fue uno de sus fundadores. Ir conmigo te facilitará el viaje. Nos conviene a ambos. No te arrepentirás de habérmelo propuesto.

Entraron de nuevo en la sala. Don José estaba detrás de Morris, cuyo comunicador imprimía una larga cinta de papel. Se volvió hacia ellos. La miró. Ella bajó los ojos. Sería terrible despedirse. Su abuelo era viejo. Quizás ya no estuviera a su regreso. Necesitaba ocuparse, ahuyentar esos pensamientos.

Él se acercó.

—Mañana regresa Pedro —musitó, rozándole el brazo—. Esta noche quisiera hablarles a Raphael y a ti de Waslala.

Poco después, Melisandra salió de la casa y se dirigió al redondel donde terminaba el camino de grava que cruzaba la hacienda y la comunicaba, por tierra, con las poblaciones vecinas. El centro del círculo lo marcaba un viejo y herrumbrado tractor Caterpillar D4, sobre el que crecía una enredadera de campánulas azules. Era el monumento que su abuelo hiciera colocar allí en memoria de su abuela; la primera, única y última persona que manejara aquel aparato. Bajo el cobertizo, a la derecha, se hallaba otra de las reliquias de la hacienda: el jeep SAM eléctrico, regalo del gobierno. Melisandra se situó detrás del volante y se alejó tras una polvareda.

Encontró a Joaquín en el bosque de caucho reparando de nuevo la tubería que suplía de agua al gallinero. Lo vio adelantarse hacia ella quitándose el sombrero de paja.

—¿Qué te trae por aquí?

—Mañana me voy, Joaquín —dijo ella, suave pero firme—. Quiero dejarte las

cosas claras y en orden.

Se quedaron uno frente al otro en silencio. Él sacó un pañuelo azul grande y sucio que tenía metido en la cintura y se secó el sudor sin mirarla.

—Tu abuelo se puede morir cualquier día. ¿Ya pensaste en eso? —dijo, por fin, fijando en ella sus ojos con dureza.

—No se va a morir —dijo ella—. No me chantajees.

—Podrías esperar a que se muriera. Van a pasar otros hombres, sabes. El periodista ese no es el único.

—No tenemos tiempo para escenas de celos, Joaquín. Prometiste que me ayudarías.

—Claro, ayudarte. Hacerme cargo mientras tú te vas a vivir tu aventura.

Le salían las palabras como si las escupiera. Joaquín no era buen perdedor. Las reglas de la relación estuvieron claras desde el principio. Ninguna expectativa. Melisandra no respondió. Con el pie hacía círculos en la tierra.

—Entiende que sólo quiero protegerte —dijo él.

Si ella callaba y no seguía el juego, reaccionaría, dejaría de hostigarla, sentiría vergüenza. Joaquín no sabía controlarse. Hacía daño, insultaba y luego se arrepentía.

—¿Quieres que hablemos ahora o prefieres que vuelva más tarde? —preguntó ella, suavemente, dirigiéndose al jeep. Él la siguió.

—¿Qué hago si se muere tu abuelo?

—Lo entierras al lado de mi abuela, Joaquín.

—¿Con cura o sin cura?

—Con cura.

Subieron al jeep. Recorrieron la hacienda. El trabajo estaba dividido entre las distintas familias a quienes su abuela ofreció refugio después de una plaga de paludismo que diezmó las aldeas vecinas.

Con mínimos recursos e incansable trabajo, la tierra producía vegetales y granos suficientes para el autoconsumo de sus habitantes. Contaban también con una granja de pollos y cerdos y un pequeño hato de animales para carne y leche. Melisandra informó a cada familia de su próximo viaje. Waslala al fin. Nadie se extrañaba. La miraban con envidia y nostalgia. Estaban acostumbrados a que los jóvenes se fueran. Constantemente se marchaban los adolescentes a guerrear. Melisandra a menudo recibía los cadáveres, presidía los entierros, consolaba a las madres. Ocasionalmente llegaban hombres armados queriendo ganar adeptos para sus causas. A veces había que sacarlos por la fuerza. El río era neutral, pero la neutralidad requería que pudieran defenderse. Al volver a la hacienda atravesaron el bosque de caucho; los árboles enormes con sus hojas lustrosas y brillantes.

—Siempre sabías cómo hallarme aquí, Joaquín —dijo, volviéndose hacia él.

Él movió la cabeza en un gesto de impotencia.

Maclovio encontró a Fermín a cierta distancia del muelle, sobre la vereda. En uno de los islotes del río dos manatíes salían a asolearse arrastrándose torpemente por la arena.

Cerciorándose de que nadie los veía, el argentino sacó una bolsa de su mochila e hizo el gesto de entregársela al muchacho.

—No creo que se vaya a poder esta vez —dijo éste, deteniéndolo.

Maclovio bajó el brazo. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa. Ofreció uno al muchacho, que lo tomó con un gesto rápido.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Maclovio, procurando que no se le notara la impaciencia en la voz. Fermín era su informante y cómplice. Se encargaba de hacer los trasiegos de armas desde Greytown al interior, cada vez con mayor reticencia. Últimamente, Maclovio debía recurrir a la persuasión, hacer esfuerzos para no ponerse violento. Los contactos en el río eran esenciales para él. Años tardó en establecer en la hacienda una red eficiente para recoger las armas en el puerto y descargarlas en una bahía resguardada río arriba, cerca de Las Luces. Claro que si comparaba estas dificultades con los riesgos que corría en Nueva York colocando la filina, convencer a Fermín era una molestia irrelevante. No era para alterarse, pensó, excepto que Fagua atravesaba un período de calma entre guerras. Era cuando el negocio andaba mejor. Por esto se sentía poco dispuesto a la paciencia. Los clientes, ávidos de armas, estaban dispuestos a cambiar a su propia madre por un buen fusil.

Tenía miedo a ser descubierto, dijo Fermín. Melisandra sospechaba. Lo miraba con desconfianza, lo hacía espiar. No quería incautar la panga grande de la hacienda para hacer el traspaso y arriesgarse a que Melisandra lo descubriera y los expulsara, a él y a los otros dos, de la tierra que les dio para trabajar. Si eso sucedía tendrían que irse a la ciudad y enrolarse como mercenarios.

—Un viaje más, Fermín —pidió Maclovio—. No me pueden fallar ahora que tengo el cargamento más grande parado en el barco. El Capitán no esperará mucho. Lo tirará al agua y se marchará si no lo recogen ustedes en los próximos días... Melisandra no se enterará...

No podían desperdiciar esta oportunidad, insistía el argentino.

—Usted no la conoce bien. Ella se entera de todo. Parece muy suave, pero aquí bien sabemos que cuando se decide a actuar, puede ser implacable. A mí me sentó toda una noche, solo, con el cadáver de mi hermano, para que se me quitara la idea de irme a guerrear. Mi pobre hermano. Ya olía mal...

—Pues bien que te sirvió —masculló Maclovio—. Si de algo se ha enterado Melisandra, la culpa la tienen ustedes.

No dudaba de que ellos hubiesen despertado sus sospechas. Los delataría el efecto

de las drogas livianas que les llevaba o el whisky barato o los cigarrillos y las comidas enlatadas. Ella no era tonta y sabría que algo ofrecían a cambio. Paciencia, se repitió Maclovio, tentado a cambiar su tono conciliador, casi de súplica, con la violencia, la amenaza. Malditos ellos y maldita muchacha. Si no entregaba las armas no podría cumplir con sus compromisos. No era cosa de andar jugando, después de todo. En dos meses lo esperaban en Nueva York con su cargamento de hojas de filina. Sin las armas, los Espada no lo dejarían sacarla o, peor aún, cualquier grupo defraudado podría incendiar las plantaciones; sus plantaciones, su imperio.

—Me da pena por ustedes —dijo Maclovio—. Con esa actitud nunca van a progresar. Si son discretos, no pasará nada.

—Las mujeres de esa familia son medio brujas —respondió Fermín—. Todo el mundo le tenía miedo a su abuela. Usted habla porque no sabe.

Fermín rehuía su mirada. Miraba hacia el suelo. Se miraba los pies toscos. Nunca miraban a los ojos estos condenados, pensó Maclovio.

—Pues yo no le tengo miedo a Melisandra —lo desafió—. De alguna manera me las ingeniaré para distraerla. Pasado mañana ustedes irán al barco y yo me encargaré de que ella no se entere. Toma, llévate esto. —Le alargó la bolsa—. Dile a los otros que se preparen.

Fermín alzó los ojos y lo miró sin convencimiento. Una garza levantó vuelo a la orilla del río y pasó batiendo alas sobre sus cabezas.

Al regresar, Melisandra se topó con Morris inclinado sobre la baranda del corredor. Abrumado por el calor, miraba el río como si los efluvios del agua lo aliviaran de la sensación de estarse disolviendo en el vaho de las dos de la tarde. Ella se preguntó si el brazo metálico acusaría la elevada temperatura y le molestaría, cómo sería convivir con un pedazo de maquinaria adherido al cuerpo. Lo saludó. Morris le dijo que aquel calor le recordaba su niñez en Washington, D. C., los veranos húmedos y hostiles en que la gente se mataba sin poder soportar la mutua cercanía y él huía del mal humor endemoniado de su madre, que la emprendía contra él y sus hermanos sin ton ni son. Le hubiera gustado quedarse y escucharle, pero se excusó explicándole que al día siguiente los acompañaría en el viaje hacia el interior y que debía dejar arreglados los asuntos de la hacienda antes de marcharse.

El científico la vio entrar al interior de la casa y volvió a su ocupación de mirar el río. ¡Ah! El trópico, pensó, sintiéndose cansado y viejo. Más que las incomodidades físicas, su alma de innovador resentía la constatación de que la técnica y los avances de la ciencia no habían logrado más que separar irremediamente al mundo. Lo de aquí tan lejano de lo de allá. La brecha enorme. Ríos infranqueables. Y él, terco, navegándolos, convencido de que no todo estaba perdido, empeñado en cruzar de un lado al otro. Pensó en Engracia y su basurero. La evocó con los adolescentes, sus rebuscadores, viviendo en el edificio, entre la plumilla malsana de las pacas y el olorcillo rancio, pertinaz, que a él le costaba meses desterrar; los muchachos abriendo los contenedores sellados, clasificando los desperdicios, apartando cuanto consideraban utilizable. No le asombraba ya el uso que se daba aquí al descarte del mundo civilizado. Desde que a un ejecutivo avisado se le ocurriera incluir chatarra, maquinaria de descarte, *junk*, *scrap*, en los cargamentos de basura y enviarla sin triturar, las puertas del mundo pobre y olvidado se abrieron para el desperdicio. Recibían cualquier cosa. En Fagua, las casas se amueblaban con el derruido mobiliario de los contenedores; los electrodomésticos se reparaban, se les daba uso a los mil y un objetos que las sociedades acaudaladas reemplazaban por otros nuevos, más modernos. El problema era que, en el amasijo de trastos inocuos que llegaban en las barcas, las compañías inescrupulosas ocasionalmente introducían desechos tóxicos y peligrosos. Hacía varios años que él acumulaba pruebas. Quizás nunca servirían de nada. Quizás la única verdadera razón por la que continuaba regresando era su amor por Engracia.

Fermín pasó frente a la hacienda con un buen número de vacas que llevaba a abrevar a la orilla del río. Montado sobre un caballo viejo el muchacho movía su látigo haciendo espirales en el aire denso. Iba sin camisa, descalzo, apenas con un remedo de silla de montar.

Distraído en su contemplación, Morris no se percató de la aparición de Maclovio en el corredor. Su voz lo sobresaltó.

—Siempre igual el río, ¿no? —comentó Maclovio, irónico.

El argentino no le caía bien. Lo había conocido en el interior de Fagua en un viaje previo. No sabía muy bien lo que hacía, con qué cosas traficaba. Era incondicional de los Espada, le informó Engracia, cuando se animó a hacerle confidencias.

—¿No sabes por casualidad dónde está Melisandra? —preguntó Maclovio, adoptando un tono casual y desinteresado.

—Dijo que iba a arreglar las cosas para viajar mañana con nosotros —respondió Morris.

—¿Estás diciendo que ella te dijo que va a viajar con nosotros mañana? —repitió, incrédulo.

—Eso mismo. Eso es lo que dijo. ¿Te molesta acaso?

—No, claro que no. Pero no me vas a decir que es lo usual... Que yo sepa, nadie de aquí nos ha acompañado nunca al interior... —dijo Maclovio con sarcasmo.

Era perfecto para él. No sabía qué le habría picado a la muchacha, pero era perfecto para él. A pesar del aplomo que fingiera ante Fermín, no había hecho más que tratar de pensar en alguna manera de ponerla fuera de juego sin poder encontrar ninguna. ¿Cómo se iba a imaginar que ella misma tendría la gracia de borrarse de allí y dejar el campo libre para que el trasiego de sus armas pudiera realizarse sin contratiempo? Dejaría instrucciones para la noche siguiente. Cuando desembarcaran en Las Luces, él mismo se encargaría de recibir el cargamento y asegurar la buena marcha de sus planes. Ya se vería después cómo mejor aprovechar este golpe de suerte. En el interior del país él tenía sus contactos. No sería difícil mantenerla alejada una buena temporada.

La lámpara sobre el escritorio de don José era la única iluminación en el estudio. Frente al anciano, acomodados sobre un sillón desvencijado bajo la ventana, Melisandra y Raphael lo escuchaban, tomando sorbos del café humeante preparado por Mercedes. Pequeños insectos revoloteaban incesantes atraídos por la luz. Las palabras flotaban en el murmullo del río.

—Quien piense que la soledad es la ingrata retribución de aquel que escoge una vida de contemplación y estudio, está equivocado. Mi vida ha estado siempre plena de gentes. Pensadores, escritores, personajes de la literatura me han acompañado tan sólidamente como si estuvieran a mi lado en carne y hueso. En ocasiones mi mente bulle tan ruidosa de conversaciones que tengo que evadirme a las riberas del río e invocar el silencio del agua para acallarlos. Hubo épocas en que estos seres se posesionaron con tal fuerza de mi imaginación que oí, atado junto a Odiseo al mástil del barco, el enloquecedor canto de las sirenas y vi, desde un recodo del cuarto de Edipo, el suicidio desesperado de Yocasta. Sufrí alucinaciones en las que hablaba con *Mrs. Dalloway* y *Mrs. Ramsey*. Pasaba noches conversando con Cervantes y Borges sobre la posibilidad de que alguien reescribiera el *Quijote* sin jamás haberlo leído. Fue entonces cuando mi mujer me internó por unos meses en el sanatorio El Chapuis, pensando que quizás había perdido la razón. Pero, claro, loco no estaba. Ella y los médicos debieron admitirlo. Me encontraba hacinado en mi propia mente, compartiendo su reducido espacio con demasiadas otras voces y en ocasiones los paisajes donde vagaban las almas de Heathcliff y Cathy o donde encallaban los galeotes españoles de García Márquez o las ciénagas o el vasto Magdalena, se personaban en mi vida como dimensiones alternas a la realidad en las cuales yo podía andar o navegar por horas sin fin.

»Padeciendo claramente del síndrome que aquejara a Alonso Quijano, no tardé mucho en salir yo también en búsqueda de mis propios molinos de viento. Por ese entonces Fagua existía en los mapas como una nación con perspectivas. Las guerras no eran aún endémicas. Los tiranos eran sucedidos por gobernantes blandengues auspiciados por militares. Bajo estas administraciones benignas e intrascendentes se abrían espacios propicios para que se juntaran intelectuales y políticos iluminados que, ni cortos ni perezosos, anunciaban poseer la fórmula mágica que daría estabilidad y progreso al país. Considerándolos deleznable y oportunistas, me uní a un grupo de poetas que, a partir de un método distinto, recurriendo a las posibilidades de la imaginación, de la mitología acumulada, de la experiencia colectiva encontrada en la literatura humanista y en la poesía de todos los tiempos, se proponían crear un modelo de sociedad totalmente nuevo y revolucionario, basado en una ética que repudiaba el poder, la dominación y concedía a cada individuo la responsabilidad de

la comunidad.

»Durante noches y días de febriles sesiones, nos encontramos vociferando y llorando ante los obstáculos y las posibilidades de nuestros grandiosos e imposibles sueños. Provistos de cuanta literatura utopista pudimos acumular, delineamos posibles modelos, desarrollamos incontables simulaciones. Apenas dormíamos, abotagados por el humo de los fumadores y los vapores etílicos de los que no podían pensar sin una buena dosis de alcohol en la sangre. No era fácil darle rienda suelta a un grupo de poetas y luego esperar que se comportaran como fríos sociólogos —sonrió don José—. Varios meses llevábamos en ese ejercicio desaforado cuando mi gran amigo Ernesto, un poeta callado, sabio, con profundos conocimientos de la física y del cosmos, nos planteó el problema esencial que encontraba en nuestras propuestas: estábamos partiendo de cero. Nuestro modelo sólo era aplicable en un hipotético principio del mundo. “Casi se remontan al Big Bang”, nos dijo, sorbiendo filosóficamente un trago de ron puro. “O a un tiempo después de la hecatombe nuclear, o de una catástrofe de tal magnitud que obligue a hombres y mujeres a replantearse el modo de existir”. Admitió después que estaba obsesionado por la idea de cómo simular ese comienzo aséptico e hipotético que hacía falta en nuestras especulaciones, pues lo consideraba esencial para el éxito del experimento.

»“Necesitamos la isla para construir la Utopía”, me dijo. “Hay que crear el núcleo original, descontaminarlo a través de varias generaciones hasta que sólo lo conformen hombres y mujeres que nunca hayan conocido la ambición, el poder, la avaricia, la violencia, el mal. Se trata de construir la primera célula, la partícula, el primer organismo vivo”.

»Esta célula social, insistió Ernesto, tendría que desarrollarse en un ambiente estéril, un vacío... y debía, por un tiempo no cuantificable, prescindir por completo de la tentación de multiplicarse.

»No llegamos a consenso sobre lo último. De eso nos ocupábamos cuando un golpe de Estado, una nueva guerra, nos cayó encima.

»Esta vez el líder de la conspiración militar decidió cambiar la historia del país radicalmente y eliminar de cuajo y raíz cualquier subversión o futura aspiración de democracia. La represión que desató fue feroz. Forzados a escondernos, observamos los acontecimientos mortificados por sentimientos ambiguos: por un lado no queríamos tan triste suerte para el país, por el otro intuimos que al quebrarse el orden establecido se abriría un espacio para el retiro, el espacio mental necesario para que unos cuantos, sin otra salida, se animaran a suscribir y ser parte de un proyecto de innovación desde el mero fondo de las cenizas, desde el fin de toda alternativa conocida hasta entonces.

»Mientras gestaba la idea de la célula, Ernesto exploró posibilidades por su cuenta. Nos habló de un sitio en el Norte del país. Nos describió su gran belleza natural, el arroyo que lo atravesaba, las montañas, la selva tropical magnífica. Consideraba retirarse allí algún día, nos dijo, y ejercer su vocación magisterial.

Enseñar a pintar, a hacer poesía y a labrar la madera a los pobladores de una cercana comunidad campesina. Era un sitio inusualmente fresco, recuerdo que agregé, donde los sueños eran vívidos y fantásticos. Una de las noches que pernoctó allí soñó con una ciudad plateada cuyo nombre, “Waslala”, estaba grabado en los troncos de viejos y monumentales ceibos.

»Decidimos que su sueño era visionario. Hacia Waslala debíamos dirigirnos lo antes posible, si es que no queríamos terminar en alguna mazmorra, torturados salvajemente o asesinados.

Era una noche clara y de viento. El chisporroteo de las luciérnagas se unía al croar de las ranas y al graznido de pájaros nocturnos, acrecentando la nostalgia de las palabras quedadas de don José, quien, a ratos, emocionado por sus recuerdos, alzaba la voz y se apoyaba en su bastón cual si fuera a levantarse, sólo para retornar a la racionalidad de su discurso, llamándose él mismo al orden pues se proponía llegar al final de su historia sin que la pasión lo dominara.

—Desde distintos puntos de la ciudad, ocultos y corriendo incontables peligros, logramos llegar a Waslala. Sólo dos de los poetas, detenidos en el camino por el ejército, murieron en el intento, guardando celosamente el secreto.

»Tardamos tres días en reunirnos todos. Las parejas llegaron con sus hijos. Yo me encontré separado de mi mujer, a quien el golpe de Estado sorprendió en el río. Inicialmente nos acomodamos en construcciones de techos sin paredes que levantamos comunalmente. Déjenme ahora que les cuente cómo era Waslala: en el lugar donde terminan las llanuras del Pacífico, al otro lado de la cordillera de volcanes que divide el país, en medio de la selva, más o menos en el centro del territorio nacional, en uno de los valles pequeños y casi idénticos, existía este lugar privilegiado por la naturaleza. Limitaba al norte con la selva del río Waiki, al este con un valle feraz de tierra negra; al oeste se extendía un vasto bosque de pinos y al sur corrían la cordillera Central y el río Humo. Al estar situada en la confluencia de estos diversos paisajes, Waslala contenía en sí un extraño y único fenómeno climatológico: se podía pasar del clima cálido al templado con sólo caminar unos cuantos metros a través de un corredor donde se arremolinaba el viento.

»En el valle templado establecimos la comunidad. Construimos viviendas, abrimos senderos, parques. En el Corredor de los Vientos la ropa se secaba en cuestión de minutos y formaba una alegre algarabía de trapos de colores que flotaban en el aire sin caerse.

»La extensión de nuestra comunidad la demarcaban cuatro ceibos gigantes. Cuando llegamos con nuestros bártulos nos reunimos con el alcalde de vara del poblado campesino asentado sobre las faldas de una colina al sur. Siguiendo las señales recibidas en un viejo sueño, él nos asignó ese lugar no sin antes realizar una ceremonia donde pedimos permiso a los viejos y centenarios árboles para invadir su espacio vital.

»¡Ah! ¡Cómo poder transmitirles las experiencias de esos días...!

»Aliviados de la persecución, poseídos como estábamos todos por un espíritu de pioneros, por el altruismo e idealismo de nuestra misión, nos esforzábamos a cual más por cooperar entre nosotros; por dejar de lado las mezquindades y pequeñeces de nuestro carácter y comportarnos como creíamos correspondía a un grupo humano que se dispone a convivir no sólo material sino espiritualmente.

»Yo construí mi pequeña vivienda en las márgenes del arroyo para no añorar el susurro del agua. Por mi dedicación a oficios sedentarios tuve inicialmente muchas dificultades con el trabajo manual y con mis músculos. Con la ayuda de los demás, sin embargo, mi casa fue tomando forma y hasta me construí un estudio muy parecido a éste.

—Hiciste gala de dotes de arquitecto —comentó Melisandra sonriendo quedamente.

—Yo estaba irreconocible. No me hubieras conocido pelando gallinas, o cocinando. Hice cuanto se requería: ayudé a secar cuero, a acarrear piedras para hacer el mortero de los cimientos, corté madera... Me sentía joven y fuerte. El arroyo de Waslala era para mí el Tigris y el Eufrates del Paraíso Terrenal. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que en esos días fui plenamente feliz.

—¿Y su mujer? —preguntó Raphael.

—Era mi única congoja. Teníamos meses de estar separados. Yo la sabía en el río, segura; pero no tenía manera de darle a conocer mi paradero, ni podía salir a buscarla o enviar por ella sin poner en peligro el secreto de nuestra ubicación. Me concentré en el trabajo diciéndome que debía esperar el momento propicio.

»Pasó más de un año hasta que un campesino nos informó que el general que nos perseguía había sido asesinado por sus subordinados y que en Fagua se intentaba de nuevo experimentar con la libertad y la democracia. Cuando decidí salir a buscar a mi mujer, ya en Waslala habíamos logrado disponernos para la vida cotidiana. Nuestras huertas de clima templado y cálido empezaban a dar fruto, nuestra granja de conejos y gallinas se multiplicaba, los talleres de cuero, carpintería, mecánica, cocina y artes estaban funcionando, así como nuestra pequeña escuela. Vivíamos en un estado de paz inefable, rodeados de los ceibos y los distintos paisajes que embellecían nuestras ventanas, abandonándonos a largas conversaciones en las tardes después del trabajo y haciendo vigorizantes caminatas y expediciones los fines de semana. Los otros poetas y yo no cesábamos de maravillarnos de lo bien que iba resultando nuestro experimento. A Ernesto no le dolía la cabeza y podía dormir las noches de un tirón. Yo, en cambio, a pesar de sentirme feliz, no podía descansar. No dejaba de inquietarme la mansedumbre en la que nos estábamos instalando. Involuntariamente sentía que nos dejábamos llevar por la tendencia a aislarnos de tal manera que incluso nuestros contactos con la vecina comunidad campesina empezaban a espaciarse.

»Por esos días comencé a preguntarme si la célula algún día se reproduciría o si no existiría el peligro de que nos encerráramos hasta el punto de que llegáramos a repeler las influencias exteriores, convirtiéndonos en una especie de moderna Avalón,

una isla de brumas inalcanzable para el común de los mortales, una fortaleza inexpugnable. Esta idea no me entusiasmaba. Siendo como he sido un amante del desarrollo de las ideas, de la riqueza presente en el exotismo y en la diversidad de las culturas, sentía una nostalgia quizás prematura ante la idea de vivir aparte y fuera del caldo de cultivo donde se desarrollaban las nuevas y siempre interesantes corrientes de pensamiento. Se lo comenté a Ernesto y me reprochó mi impaciencia. No podría ser feliz allí, me dijo, de no tener yo claridad sobre la noción fundamental de que Waslala crecería, inicialmente, en un terreno prácticamente aséptico, apartada, efectivamente, del ruido de los conflictos externos. Debíamos, insistió, aceptar generosamente la posibilidad del sacrificio de nuestra sed intelectual si es que queríamos ver nacer la generación capaz de construir, sin nuestras imperfecciones, la verdadera Utopía.

»Muchas veces he pensado que las dudas y temores que albergué conspiraron contra mí. La falta de fe, las vacilaciones intelectuales, interfirieron quizás con la energía colectiva que envolvía Waslala, y la tornaron inaccesible para mis ojos. No sé.

»Lo cierto es que nunca más pude divisarla, nunca más pude encontrar los árboles de ceibo, ni los atardeceres que se convertían en remolinos en el Corredor de los Vientos.

Don José calló abruptamente. Por largo rato sólo se escucharon en el estudio los sonidos de los grillos y el croar nocturno de las ranas.

Melisandra miró los ojos de su abuelo, húmedos y resplandecientes; los miró como si pensara que al asomarse a ellos podría vislumbrar, a lo lejos, el arroyo, la selva húmeda y verde; el aire de Waslala tan frágil y tan limpio que permitía mirar, a simple vista, los mares rojos de Marte y los anillos de Saturno. Con cuánta poesía solía evocar él aquel lugar embelleciéndolo para sus ojos, dibujándolo para que ella lo imaginara como un espejismo rutilante.

Raphael, quien tomaba notas en el comunicador, se quedó en suspenso esperando que el anciano continuara, temiendo interrumpir su silencio. Observó los ojos azules del poeta intuyendo que le estaba siendo dado participar en un rito, una suerte de canto evocativo para traer aquel lugar misterioso a la vida; nombrarlo para que existiera. A pesar de la minuciosa descripción de los límites geográficos de Waslala, que facilitara el hallazgo, sus palabras estaban cubiertas de neblina, de vagas referencias.

—Pero —se atrevió al fin a decir— ¿cómo es que, sabiendo tan bien dónde estaba localizada Waslala, nunca más pudo llegar hasta allí?

—Llegué —respondió don José, sin verlo, su mirada perdida en un inexistente punto del espacio—. Siguiendo las coordenadas geográficas llegué a lo que debió de ser la ubicación exacta. El misterio —dijo, volviéndose a mirarlo— es que el lugar ya no existía. Los ríos no estaban en la misma posición; no había un valle entre ellos, ni entre la selva y las montañas. No encontré los ceibos, ni el Corredor de los Vientos.

»Encontré solamente al viejo campesino, el alcalde de vara que nos asignara el lugar, quien me pareció tan perdido como yo. No me reconoció y lo único que pude lograr fue que dijera lo que yo ya sabía: Waslala había desaparecido. “Fueron los ceibos” me dijo, “los ceibos se la llevaron”. En su mitología, que proviene de raíces mayas y aztecas, la ceiba es un árbol sagrado, el árbol que sostiene el mundo; si desaparece la ceiba, el mundo que sostiene desaparece con ella.

—Pero ¿cómo pudo desaparecer? —insistió Raphael.

—Las mitologías están llenas de lugares semejantes —prosiguió don José—. No es improbable, por otro lado, y esto es algo con lo que personalmente he especulado, que lo que semejaba un fenómeno climatológico (el Corredor de los Vientos y el aire templado de Waslala) no hayan sido más que restos de una ranura en el tiempo-espacio a la que, por un azar, accedimos.

—Pero hay personas en el interior del país que afirman haberla visto, ¿no es cierto? —preguntó Raphael.

—Hay relatos de viajeros, sí, que afirman haber vivido un año o dos en Waslala, sólo para luego, usualmente al despertar, haberse encontrado solos en un paisaje distinto.

—Así que no es un asunto de mapas, ni guías —dijo Raphael.

—Exactamente. Es un asunto de instinto; de llegar al lugar aproximado y dejar que los guíe una corazonada, el olfato. No sé, no soy la persona más indicada. Yo nunca pude regresar. Quizás Waslala ya no exista. Quizás está allí para ustedes. Quizás sea un problema de tener ojos para verla... ¡Quién puede saberlo!

»De no haber sido por mi mujer, todavía andaría yo errante buscándola, buscando los árboles de madroño, los ceibos enormes.

Don José guardó silencio, se puso la boina y se frotó los ojos cansados.

—Waslala se convirtió en una leyenda nacional —intervino Melisandra, levantándose y mirando por la ventana—. El lugar inalcanzable. Además de los relatos de personas extraviadas que afirman haber estado en Waslala, otros dicen haberla visto en una neblina o al final de un camino que, por más que se ande, no se acorta. Uno de nuestros tantos gobiernos se propuso traer a sus líderes a la capital para que les enseñaran el secreto del buen gobierno. Las patrullas enviadas por todo el país no pudieron encontrarla. Volvieron con más leyendas y fantásticas historias. Otro gobierno, más reciente, decretó la muerte de Waslala. Prohibieron toda mención del nombre y condenaron a la cárcel a quienes se empeñaban en su búsqueda. Por esa época, hombres, mujeres, niños y sobre todo los responsables de la prohibición se despertaban soñando noche a noche, obsesivamente, con Waslala. Por ese tiempo se fueron mis padres. Es posible que aún estén allí.

—Todo es posible —dijo don José.

—No nos vendría mal caminar un rato —dijo Raphael cuando salieron del estudio.

Se encaminaron a la vereda del río. La noche era clara bajo la luna y ella andaba

con firmeza delante de él, su cabeza redonda enmarcada por el halo rojizo del cabello. El viento hacía sonar las palmeras y crujir las altas ramas de los árboles. Ninguna realidad virtual podría reproducir esto, pensó él, y, sin embargo, no podía evitar la sensación de estar viviendo un juego de imágenes, una realidad de bordes desleídos que se codeaba y confundía con la fantasía. ¿Qué era más fantástico, Waslala o la filina? ¿Qué historia valía más la pena?

¿Se entrecruzarían ambas en el interior del país? ¿No empezaría la ranura del tiempo allí mismo? Llegaron al muelle. Melisandra subió los peldaños de madera, caminó hasta el borde y se sentó con las piernas colgando sobre el agua. Él se sentó a su lado.

—Pensarás que estamos locos —dijo ella.

—No, no —dijo él—. Claro que yo vengo de donde nadie cree ya en las utopías. Es explicable que me preocupe la posibilidad de que tu abuelo se haya tomado demasiado en serio su imaginación. Pero ése es el reto. Ya veremos. Tendremos que comprobarlo nosotros mismos.

—Me dijo mi abuelo que conociste a Alan. Distes crédito a su historia. Si no, no estarías aquí... —sonrió Melisandra; su sonrisa blanca, brillante en la oscuridad.

—No soy un periodista escéptico. Ésa es mi gran debilidad, pero también mi gran virtud —dijo, haciéndole un guiño.

—Me impresiona tu modestia.

—La modestia es una virtud mediocre.

Melisandra rio.

—Eres muy hermosa —observó él, mirándola atentamente, comentándolo más consigo mismo que con ella.

—Voy a echar de menos el río —dijo ella, mirando el reflejo de sus pies en el agua.

La despertó el sonido ronco y lejano de la caracola de Pedro en la madrugada. Se asomó por la ventana y vio la luz rosada del amanecer hacer mella en las siluetas de las palmeras al otro lado del río. Sacudió la cabeza y se pasó las manos por el pelo. Había dormido poco y mal. Oír a su abuelo la noche anterior fue rememorar la vida a su lado; reconocer cuan preciosas le eran sus palabras; volver a debatirse entre el amor filial y Waslala. La cercanía de Raphael en el muelle, lo que él provocaba en ella, le hizo dar vueltas en la cama, inquieta, impidiéndole conciliar el sueño.

Dio un vistazo a su alrededor. En poco tiempo, aquella habitación sería una memoria más, como lo sería el rostro de su abuelo, Joaquín, el mismo río que durante toda su vida fuese el cordón umbilical perenne y estable del único mundo permitido.

Cuando salió al comedor, don José aguardaba con su pantalón negro y camisa blanca bien planchados, olor a agua de colonia, la boina y el bastón sobre las piernas. Lo besó y se sentó a su lado para desayunar. Dio los buenos días a Mercedes.

—Todavía te puedes arrepentir, Melisandra —suplicó ella—. Toda la noche me he pasado sin poder dormir, pensando que este viaje es una locura.

El viejo fijó los ojos en la nieta. La esperanza de que se hubiera arrepentido se esfumó rápidamente de su mirada.

—Cada quien debe hacer lo que debe hacer —suspiró resignado.

Los gemidos de la caracola de Pedro se oían más y más cercanos. Como alzados de sus sueños por un encantamiento que los convocara, los visitantes convergían en el comedor uno tras otro, colocando sus mochilas y aparatos sobre las mesas y en el suelo.

Raphael se acercó a don José y Melisandra. Pensó que el viejo estaba vestido para que ella lo recordara nítido y digno en blanco y negro. El pensamiento lo conmovió. Debía serle difícil dejarla ir. Por un momento se sintió culpable; el villano llevándose a la bella del pueblo. Discreto, guardó silencio.

El desayuno terminó al tiempo que el bongo de Pedro atracó en el embarcadero.

Mercedes secó sus manos en el delantal y salió al corredor a observar de pie, a corta distancia de don José, los preparativos, los remeros acercando el bongo, atándolo y empezando a cargar el equipaje de los viajeros. Ahora ella tendría que asumir en la hacienda el rol de madre universal de todos, oír las quejas, mediar en las disputas, interceder ante el anciano, calmarle los ímpetus a Joaquín. Nada de eso le importaba si su Melisandra volvía. Lo que no podía soportar era la idea de que le pasara lo mismo que a sus padres. Mercedes rezó en silencio, mirándola disponer, hablar con los caporales, las mujeres aglomeradas en el muelle para despedirla.

—No te preocupes por Melisandra —le dijo Hermann, el alemán, acercándosele por detrás y hablándole al oído—. No es de las que se pierden.

—Cuídela de ese Maclovio —le susurró Mercedes—. Ese hombre no me gusta.

—Has de saber que Fagua está llena de Maclovios, Mercedes —aseveró Hermann, cubriendo con sus ojos azules, nobles y reflexivos, la reunión en el embarcadero.

Las mujeres holandesas pasaron cargando sus mochilas. Ambas habían descansado con dedicación, durmiendo y realizando lánguidas caminatas, sin mostrar particular interés por comunicarse con nadie. Envueltas en su misterio, desaparecerían de allí como si nunca hubieran llegado.

Mercedes miró a Hermann, interrogándolo con la mirada sobre su opinión.

—No me preocuparía por ellas —dijo Hermann—. Sólo quieren ser madres. Hay que reconocer que, en estos tiempos, es admirable que prefieran un niño huérfano a un bebé de probeta.

—Ni sé qué es eso, ni quiero saber —dijo Mercedes—. Pero esas dos no se me hacen nada maternas.

—¡Ah, Mercedes, Mercedes! —exclamó Hermann—. Eres dura con las de tu mismo sexo.

—Soy estilo antiguo, Hermann. Yo no puedo entender esas parejas modernas de ahora de sólo hombres o sólo mujeres. Que hagan lo que quieran, pero que no cuenten con mi entendimiento.

Encogiendo los hombros, pues sabía que intentar disuadirla de su manera de pensar era caso perdido, Hermann se inclinó para abrazarla y despedirse, prometiendo hacer cuanto pudiera por cuidar a Melisandra.

Morris también llegó a despedirse de ella. Le simpatizaba el científico. Aunque era callado y taciturno, tenía aire de hombre de bien. En esa carnada de visitantes, el único mal bicho era Maclovio.

—Adiós, Merceditas —le gritaba éste maliciosamente mientras se encaminaba al muelle, y ella le sonrió levantando la mano, porque no quería hacer nada que pudiera enemistarlo con la hacienda, mucho menos ahora que le tocaría viajar con Melisandra.

Pedro escuchó a don José recomendarle una y otra vez la seguridad de la nieta. Debía dejarla junto con Raphael y Morris donde Engracia. Ella los cuidaría y les facilitaría los medios para viajar al interior. El marinero miró con recelo a Raphael. No contaba con la inclusión repentina de Melisandra en el pasaje, aunque de sobra conociera su deseo de emprender aquel viaje.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana cuando al fin terminó ésta de despedirse de mujeres, hombres y niños. Joaquín no apareció por ninguna parte.

El resto de los viajeros terminó de acomodarse en la popa del bongo. Pedro indicó a la muchacha que debían partir y ella fue a buscar al abuelo para llevarlo del brazo hasta el embarcadero. Allí se despidieron finalmente. Mercedes la apretujó llorando.

Ella aspiró hondo su olor a talco, a limpio, y luego se apretó contra el abuelo cerrando los ojos por un rato largo hasta que la concentración con que quiso transmitirle su amor, su fuerza para que no se fuera a morir antes de su regreso, le dolió en el ceño y le aflojó las lágrimas. Don José se esforzó por conservar su aire de aristocrática dignidad, pero le dio por tocarse repetidamente la punta de la nariz.

—No me quiero pasar el resto de la vida esperándote, hija —le dijo—. Vuelve pronto —añadió, y se quitó la boina en un gesto que Melisandra interpretó conmovida como su manera de llorar en público.

Pedro se colocó en la paneta y bajo el sol amplio y cálido de aquella mañana azul de octubre sonó con aire definitivo el bronco y prolongado mugido de la caracola. Uuuupaaaaa, gritaron los remeros al unísono, hendiendo el agua. El bongo se remontó río arriba.

Río arriba

El bongo de Pedro, «La Reina», era una canoa de grandes proporciones; una versión menor y más alargada del Arca de Noé. Construido de tablazón de cedro, largo, hondo y angosto, contaba con una tripulación de diez remeros, cinco a cada lado, que ocupaban los extremos de unas bancas largas, transversales, que iban desde la proa hasta donde empezaba, en la popa, el cobertizo para los pasajeros. Pedro, a cargo del timón, ocupaba la paneta, el sitio más alto, un angosto puente detrás del cobertizo desde donde controlaba la navegación por medio de los sonidos de su caracola.

A pesar de los intentos de modernizar el transporte fluvial nada pudo desplazar la efectividad de esta embarcación primitiva. Sus características se prestaban sin problemas a los humores y distintas profundidades del río, así como a los abusos de los marineros. Una compañía de inversionistas norteamericanos, muchos años atrás, intentó introducir lanchas con motores de avión que se alzaban a ras del agua, pero de ellas sólo quedaban los cascos olvidados donde se divertían las algas y los niños. Perecieron víctimas de los olvidos de los capitanes y mecánicos locales, que nunca entendieron bien la mezcla de aceite y gasolina que requerían o que, creyéndose Elías en el carro de fuego, las estrellaron, borrachos, contra las rocas. Los bongos, en cambio, sobrevivían casi inalterables. En los relatos de viajeros del siglo XIX se leían descripciones que se aplicaban, con ligeras modificaciones, a éstos. Algunas mejoras se habían efectuado: la parte superior del cobertizo de «La Reina» era de un material plástico novedoso, totalmente transparente, que permitía a los pasajeros disfrutar del paisaje al tiempo que los protegía de los nocivos rayos del sol.

El suelo del cobertizo era de madera. La esterilla sintética que lo recubría se limpiaba fácilmente sacudiéndola al lado del barco. El espacio techado para los viajeros no era muy amplio. Durante el día podían pasearse por entre los remeros, sentarse en el tramo central de las bancas o asolearse sobre la superficie del cobertizo. Una batería liviana y recargable alimentaba una ristra de pequeñas bombillas de pocos vatios que servían como iluminación nocturna.

El capitán no tuvo inhibiciones para dejar muy claro que Melisandra era para él la persona de mayor nivel que viajaba en su bongo. Los demás podían acomodarse como quisieran, pero para ella reservó el lugar debajo del puente de mando, al fondo de la popa, donde la curvatura del barco formaba un espacio holgado y protegido. Melisandra aceptó la deferencia. Dejó sus cosas y luego de unas cuantas transacciones, acuerdos y reajustes, los demás pasajeros se acomodaron bajo el cobertizo, estableciendo cada uno su espacio mediante la disposición de las mochilas. Raphael subió a sentarse junto a Melisandra. En pocos minutos se disiparían las imágenes de la hacienda, del viejo y sólo quedaría el río, el momento presente, el sonido de la vida deslizándose hacia rumbos inciertos. Melisandra contempló con los

ojos húmedos el último perfil de la hacienda, el muelle, las figuras empequeñeciéndose. La casa se perdió entre la vegetación espesa de la ribera. El tosco muelle de madera, con los rugosos pilotes rojo vino, le dijo adiós como brazo abierto. El bongo sorteó los islotes poblados de manatíes durmiendo desmadejados bajo el sol. Río abajo, el túnel de árboles entrecruzados semejaba un pedazo de noche misteriosa. En poco tiempo, de aquel paisaje sólo permaneció el agua resplandeciente del río, manchada aquí y allí, fugazmente, por el paso de bandadas de pájaros que alzaban vuelo ante el avance de la embarcación.

Melisandra cerró los ojos. La hacienda se disolvía. Su piel guardaría sus paredes, igual que las paredes guardarían sus cambios de piel, las crisálidas descartadas, sustituidas por otras sucesivamente más largas, de contornos mejor definidos; el tejido crecientemente más denso e intrincado. Con el paso de los días le ocurriría quizás lo que a su abuelo con Waslala: lo real se convertiría en lo imaginado; la casa y el viejo adquirirían perfiles, rasgos inusitados que ella les adjudicaría en la soledad para preservarlos como talismán, memoria amable que la reconfortara. Se quedaba sola. Emergería de la aguas, de la espuma, a recrear el mundo, un mundo sólo de ella. Sintió el vacío. Terminaba la seguridad y empezaba el toma y daca de la vida. Quizás a su regreso el abuelo ya no estaría. Sus conversaciones, su vida, lo que él viera y experimentara, se perderían con él. Ya no podría ella, vicariamente, vivir en el reflejo, imaginarse en la vida de él, ampararse en fantasías sin riesgos. Cuando él muriera ya no habría nadie más vestido así, no habría boina y bastón, ni conversaciones autoalimentadas, autosostenidas por horas sin fin. Rogó al espíritu de su abuela que lo protegiera. Contaba con que Joaquín mantendría la hacienda segura. «No llegó a despedirme», pensó. Lo imaginó solo, haciendo cualquier cosa menos admitir que ella le dolía. Experimentó tristeza, pero también un sentimiento de liberación.

Abrió los ojos. Se volvió hacia la proa. El río perdía caudal, los árboles cerrándose en arcos extendían sus sombras sobre el agua. Aspiró hondo para distender el espasmo que le apretaba el esternón.

Raphael puso su mano sobre la de ella. La presionó suavemente.

—Volverás —dijo—. Y tu abuelo te estará esperando. Querrá tener noticias de Waslala.

—Gracias. —Ella lo miró con un esbozo de sonrisa—. Pero tiene 120 años. No sé cuánto tiempo más vivirá.

—Lo suficiente. La curiosidad rejuvenece. Mi tío preferido es muy viejo también, pero a menudo pienso que está lleno de juventud.

—¿Qué hace tu tío? —Se volvió hacia él brindándole toda su atención, obligándose al cese de las visiones trágicas, la culpa.

—Fue profesor universitario. Ahora se dedica a la cibernética. Elabora programas. Arma y desarma ordenadores. Él fue quien me proveyó del primero que usé cuando me inicié en esta profesión.

—Cibernética —suspiró Melisandra, mirando al río—. Qué lejos de aquí suena

esa palabra. Hubo una época que sentí gran fascinación por las máquinas; perseguía a quienes se alojaban con nosotros para que me las enseñaran. Hasta que comprendí que, para mí, era un ejercicio inútil que no conducía a nada.

—Renunciaste a la curiosidad.

—A ese tipo de curiosidad. Primero tengo que entender lo más cercano. No me interpretes mal. Pero pienso que la mera acumulación de conocimientos no es suficiente. Saber por saber solamente. Mi abuelo vive soñando con la civilización, al mismo tiempo que la desprecia.

—Nos pasa un poco a todos, me parece. Nos sorprende que la capacidad con que hemos dominado la materia no se traduzca en un mayor dominio de nuestra propia naturaleza. —Raphael ajustó el objetivo de la pequeña cámara que llevaba sujeta a la visera y con la que no cesaba de filmar.

—Ya veo que no voy a echar tanto de menos a mi abuelo como pensé —sonrió—. A ti también te gusta filosofar.

—Filosofando se me ocurren buenas ideas para mis reportajes. Los contrastes son una fuente inagotable de material... Mira, por ejemplo —dijo, señalando la ribera—, aquí vamos navegando en este paisaje deslumbrante y, sin embargo, según entiendo, esta vitalidad de la tierra en los trópicos se utiliza ahora para hacer experimentos genéticos con plantas y crear drogas muy potentes.

—Yo pienso que mi abuelo hace tiempo se ofreció voluntario para probar una droga que alarga la vida. Entre los viajeros solía visitarnos un médico con el que se encerraba largas horas en el estudio. Luego me comentaba que la ciencia estaba muy cerca de vencer la decrepitud y la muerte. Hace dos años que el médico ya no pasa. Me pregunto si es que los sujetos del experimento habrán comenzado a morir.

—Es posible que haya quienes viajen aquí con el propósito de poder experimentar drogas nuevas en seres humanos. Usarlos como cobayas. En el mundo moderno se castiga la crueldad con los animales. Cada vez más personas se oponen a que se utilicen en los laboratorios. Sin embargo, me temo que a muy pocos les importe la suerte que corran ustedes. Te mencionaba las drogas. Hay una mutación genética de cocaína y marihuana, la filina, que se desarrolló supuestamente en Fagua y que le está ganando la batalla a las drogas inocuas con que, supuestamente, se erradicarían las dañinas.

Melisandra se agitó de forma casi imperceptible. Miró a través del cobertizo. Morris y Hermann conversaban. Las holandesas y Maclovio estaban sentados en la proa del bongo.

—He oído algo sobre esa droga —dijo ella, bajando la voz, indicándole que detuviera la cámara—. Pedro sospecha que ciertas cantidades salen de Greytown, pero no hemos querido seguirle la pista. Es peligroso. Los Espada son enemigos de temer.

Era verdaderamente lamentable, agregó, pero en Fagua cada cual se ocupaba exclusivamente de lo propio. Era suficiente trabajo.

—Mejor cambiemos de tema —susurró—. Maclovio y los Espada son socios.

Pasaban tan cerca de la orilla que era posible ver sobre los árboles de la ribera los ojos grandes y redondos de las lagartijas verdes, rugosas.

Raphael miró la espalda de Maclovio. Era el hombre clave. No le cabía la menor duda, pero era muy hábil. Él lo había tratado de acorralar fingiéndose simplemente curioso, haciéndole las obvias preguntas, pero Maclovio sabía escurrirse, jugar al truhán simpático. Le admitió sin mayores escrúpulos su papel en el tráfico de armas. «Uno tiene que vivir, che. No se puede ser más papista que el Papa». Las cambiaba por objetos arqueológicos, le dijo. Verdaderas maravillas que él vendía muy bien en los mercados de arte. Las salvaba, insistió, de la destrucción. No era saqueo, sino salvamento. No le importaban a nadie allí. Durante la estadía en la hacienda, cada vez que se le aproximó, Maclovio se dejó observar. Lo acompañó incluso al poblado cercano. El observador observado, pensó Raphael, con jocosos ironía. No era tonto. El argentino hasta le preguntó sobre sus motivaciones para escribir el reportaje sobre Waslala. ¿Le interesaba realmente a su editor?, inquirió, sin ocultar su escepticismo.

—Así que, por eso de los contrastes, viniste a Fagua a buscar Waslala. Para poder blandir ante el mundo la idea de que en este desafío se ha podido construir una sociedad perfecta. No sé por qué —dijo, irónica— percibo cierto cinismo en tu intención.

—El cinismo es una desviación profesional, pero estoy convencido de que no es un mal voluntario. Es difícil no ser cínico hoy en día —le respondió, mirándola brillar como cobre bruñido sobre el cobertizo—. El cinismo no deja de ser una protección... Y ahora, con tu permiso, voy a bajar a revisar el correo electrónico. Mi editor es un hombre muy nervioso... —dijo, descolgándose del techo hacia el interior del bongo, donde los demás viajeros se ocupaban de lo mismo, sentados en distintos lugares de la embarcación.

Los remeros habían empezado a entonar el sin son de una cancioncita monótona con la que acompañaban sus rítmicos movimientos.

Melisandra se tendió boca arriba, aspiró hondo. La angustia descendía de nivel a medida que se alejaban. Al poco tiempo, su cuerpo, arrullado por el sonido del agua, del viento y de la acompasada melodía, se relajó bajo el sol.

Desde el interior del cobertizo, Hermann alzó los ojos y vio, a través del halo rojo de la cabeza de Melisandra, el entretejido verde de los árboles extendiendo sus ramas de una a otra orilla; llamas verdes fluyendo desde un encendido centro.

El río era su paisaje favorito. En Bremen, ya fuera en su casa o deambulando en invierno por la plaza del mercado con sus edificios medievales, la memoria de estos parajes con frecuencia le humedecía los ojos y le provocaba una insufrible nostalgia. La tecnología no lograba despertar en él el asombro que le provocaba la naturaleza indoblegable. En los campos de Alemania era todo tan civilizado...: los bosques moribundos circunscritos rígidamente a límites impuestos, las verdes extensiones de pasto cultivadas y aradas, los parques cuidadosamente conservados. En cambio aquí

uno sólo tenía que remontar el río para recuperar la perspectiva perdida y advertir la pequeñez del hombre frente a la exuberancia de siglos de verdor.

A mediodía los remeros echaron ancla bajo un tupido palmar. Con los pantalones subidos hasta media pierna desembarcaron en el estrecho tramo de costa a preparar el almuerzo. De la mata de plátanos que llevaban, amarrada a uno de los pilares del cobertizo, cortaron el racimo y prepararon, sobre el improvisado fogón, una cocción de carne salada, plátano y arroz.

La arena era oscura y fina y por las huellas se podía deducir que era un lugar preferido por los lagartos para tomar el sol. Maclovio narró cómo la primera vez que pararon a almorzar allí trató de abrirse paso a través de las palmas sin poder avanzar ni dos pasos. Los únicos que vivían dentro de esa selva, dijo, con conocimiento de causa, era una tribu de indios guatusos que, igual que monos, se desplazaban en manadas sobre las copas de los árboles donde residían durante toda la estación lluviosa. Esos indios habían sido descubiertos hacía dos siglos por un norteamericano de California que, hecho prisionero, tuvo la suerte de que la hija del cacique se enamorara de él salvándolo de una muerte segura. El viajero la desposó, pero cuando llegaron las lluvias y la tribu inició su vida simiesca arriba de los árboles, el californiano no pudo resistirlo. Huyó abandonando a la princesa.

—Hay contrabandistas de animales que se han llevado niños guatusos y los han vendido como chimpancés por equivocación —dijo—. Los compradores no se percatan hasta que los «monitos» empiezan a pedir los bananos hablando... Te imaginas, che, el remordimiento —añadió, riéndose estrepitosamente, rompiendo abruptamente el encantamiento de la historia de la princesa.

—No es cosa de risa —farfulló Morris, levantándose y sacudiendo arenilla de su brazo metálico.

—Me estoy riendo de la estupidez de los contrabandistas —pretextó Maclovio.

—Temo ese tipo de estupidez. No me río de ella —siguió diciendo Morris, mientras se subía las perneras de los pantalones para retornar al bongo.

Hermann apuró agua purificada de su cantimplora y se levantó también. Bruscamente, Maclovio lo transportó a la realidad haciendo añicos el romanticismo que toda la mañana lo envolviera en una fantasía bucólica. Sí eran bellas esas selvas, pero el triunfo de la naturaleza cobraba un alto precio a sus habitantes poniéndolos, al igual que a todas sus otras criaturas, a merced de depredadores como ellos. Él también abandonaría Fagua cargado de oro. Oro que obtendría a cambio de bagatelas, de maquinaria obsoleta comprada en subastas de bienes que ya nadie quería y que él adquiriría a bajo precio. Nada importaba que en cada viaje procurara mejorar la mercancía que intercambiaba. La mejoría era mínima y, al final, él no era nada más que otro contrabandista.

En sus primeros viajes, él también comparó a los niños morenos y desnudos con los monos, asombrado de su flexibilidad de simios. Sólo que sus nociones de lo salvaje se había transformado. Después de su segundo o tercer viaje a Fagua se dio

cuenta de que ya no regresaba por negocios sino por algo que cada vez tenía menos relación con el contrabando del oro. Él también quería encontrar Waslala. No la que buscaban los demás, sino la suya propia.

Pedro sopló la caracola y el barco, con el impulso de los remeros, abandonó la ribera y se desplazó rápido sobre el agua.

A las cinco de la tarde, la cuadratura perfecta de los remeros, el murmullo de la melodía antigua y misteriosa con que acompañaban a golpe de remo, cesó de pronto. Simultáneamente levantaron las paletas del agua, se quitaron los sombreros y pañuelos de la cabeza y recitaron una avemaría roñe y devoto seguido de un padrenuestro. «Dios te salve, María, llena eres de gracia», rezó a coro la tripulación.

Melisandra se quitó la gorra de tractorista y se colocó frente al sol. Sintió orgullo de pertenecer al río, de ser parte de aquello.

Una bandada de loros cruzó el cielo alborotando el aire. La oración terminó. Los remeros se inclinaron sobre sus palé alzaron de nuevo los remos y estallaron en risas y comentarios. El momento solemne de pocos minutos antes le pareció a Raphael un sueño antiguo, una alucinación de su mente.

—No está en nuestro carácter ser solemnes por mucho tiempo —dijo Melisandra a modo de explicación, viendo la expresión desconcertada de su vecino.

—Todo esto me hace recordar los cuentos que oía contar a mi abuelo sobre los marineros de los barcos a vapor que navegaban en el Misisipi hace dos siglos —dijo Morris, sentado junto a ellos—. Nunca estuve allí, pero siempre tuve nostalgia de esa gente. Vivían una buena vida. Se contaban cuentos y mentiras, auténticas fábulas.

—Si quiere oír cuentos, espere a que caiga la noche —dijo Pedro desde la paneta—. En eso no hay quien les gane a estos mentirosos.

—Sólo yo —gritó Maclovio desde abajo, sacando la cabeza del Masterbook tras el cual se había refugiado luego de que los demás le decretaran la ley del hielo a propósito de su escarnio de los guatusos.

Dejaron atrás las islas de camalotes y carrizales abundantes en la parte menos profunda del río. Desde allí habían visto perezosos lagartos lanzarse al agua y nadar curiosos hacia ellos abriendo con desgana sus ominosas fauces. «Saluda a tus parientes, Maclovio», gritó Hermann, causando la hilaridad del pasaje.

El río se abrió en una suerte de ensenada y el Castillo de la Inmaculada Concepción apareció como una visión de otra realidad, montado sobre una lengua de tierra que bajaba en pendiente hacia el agua. La bandera blanca de territorio neutral ondeaba en la más alta de sus torres. No se detendrían allí, anunció Pedro. Estaba por caer la noche y el sitio era célebre por la cantidad de serpientes venenosas. Algún día tendría que ir a explorar esa edificación, se dijo Raphael mirando las murallas, la espesa vegetación de las laderas sobre las cuales sobresalían, altivos y oscuros, los torreones antiguos de la fortaleza.

El río corría ahora al lado de riberas altas que anunciaban el punto de confluencia con el Colorado. Altísimas palmas se mezclaban aquí con árboles centenarios y enormes en cuyos robustos troncos crecían gran cantidad de parásitas y orquíaceas. De sus ramas se desprendían lianas gigantescas de manera que los árboles semejaban pescadores inmóviles, eternamente apostados sobre la corriente. La multitud de pájaros de brillante plumaje que se lanzaban sorpresivamente de las altas ramas, cual flores que se echaran a volar, provocaba las exclamaciones de Raphael, quien, sentado al lado de Melisandra sobre el cobertizo, no cesaba de asombrarse ante la belleza de aquel paraje que, envuelto en la luz rojiza del sol poniente, era la visión más poética que él jamás recordara haber tenido en su retina.

Melisandra alzó la cabeza, fijando su atención en un árbol que se contorsionaba para hundir su copa en el agua.

—Los árboles son como las personas, ¿no crees? Es posible imaginarles un carácter: los tímidos, los arrogantes, los sabios, los sensuales.

Oscurecía cuando Pedro dio la orden de anclar. El aire se llenó de luciérnagas y otros insectos menos agradables a la vista y al tacto. Pedro recomendó que no se hablara en voz alta para no alborotar a los mosquitos y encendió las ristras de bombillas del bongo, cuyo reflejo daba al lugar el extraño ambiente de un flotante carnaval pueblerino. Los remeros se lanzaron al agua uno tras otro. Limpios y frescos, repartieron las raciones de tortillas con queso y café que constituían la cena. Luego se acomodaron en las bancas y se pusieron a fumar unos rudimentarios cigarrillos que liaron allí mismo conversando animadamente entre ellos.

La mayoría no pasaba de los treinta años, pero el sol y la vida a la intemperie daba a la piel de sus rostros una consistencia rugosa que los avejentaba. Ninguno superaba a Pedro en estatura, lo cual no era mucho decir. Poseían los brazos musculosos de fornidos levantadores de pesas.

—A ver, muchachos —pidió Pedro desde la paneta donde también fumaba—, regálenle unos cuentos del río a nuestros pasajeros. ¡Filemón, cuéntales el cuento del aparecido de La Bartola!

—No es cuento —respondió el aludido, un marinero que lucía en su sonrisa, orgullosamente, tres dientes de oro—. Yo lo vi con estos ojos. —Su voz tomó un tono bajo y bisbiseante. Los pasajeros se acercaron para escucharle—. Iba yo en medio del río rumbo a Las Luces en mi pipante —dijo Filemón, lanzando una gran bocanada de humo de su cigarro—, cuando se vino un gran temblor de tierra que sacó todo de lugar y sacudió el agua de un lado al otro. Los lagartos salieron brincando del agua a caer en la costa; los monos daban alaridos. Era una locura —dijo el hombre, gesticulando—. En menos que canta un gallo se me llenó el pipante de pescados y me cayeron del cielo dos loros y una lapa, que me dejaron aturdido y casi incapaz de seguir remando. La corriente me arrastró río abajo y me di cuenta de que una ola,

causada por el terremoto, llevaba al pipante directo a estrellarse contra las costas de la isla La Bartola. Me encomendé a Diosito lindo, pensando que iba a terminar mis días desquebrajado contra un palo de cocotero, pero cuando me vine a dar cuenta estaba lleno de arena, boca arriba y medio muerto sobre la costa, con los pedazos de mi pipante desperdigados por todos lados. Me toqué las costillas, la cara, para ver si estaba vivo. Al principio pensé que la muerte se estaba riendo de mí, haciéndome trucos. Pero después, cuando comprobé que me había salvado de milagro, me arrastré hasta donde el agua ya no me mojaba y no supe en qué momento, me quedé dormido boca abajo. Cuando desperté era de noche. Me acuerdo de que la luna estaba enorme y con el aro rojo que se le pone cuando hay terremotos. A mí me dolía desde el dedo chiquito hasta el último pelo de la cabeza y tenía un frío de mil demonios. Estaba en un playón desguarnecido donde sólo vi unos árboles espinosos, palmeras y bananas. Como La Bartola no era un lugar que yo conociera bien, me metí en un círculo de rocas en el fondo y corté unas hojas de plátano para cobijarme. No soy miedoso. No me había ni acordado de los cuentos de los marineros ingleses, que están enterrados en la isla y que, según se dice, aparecen en la noche a trabajar en un barco fantasma para regresarse a su país. Pero créanme que cuando unos pasos me despertaron, la sangre se me hizo hielo y me acordé de los tales fantasmas. No quería sacar la cabeza, pero la curiosidad me dominó. De los nervios me temblaban los dientes. No había terminado de divisar al hombre que andaba por la costa cuando él gritó: «¿Quién vive?». Del susto, en vez de esconderme otra vez, salté, me puse de pie y no atiné más que a decir que era un náufrago. Cuando me percaté estaba a mi lado, mirándome de pies a cabeza con una gran altanería, ordenándome a gritos:

»—¡Identifíquese!

»—Filemón Rivera; marinero; vecino de Las Luces —dije yo, sin saber que más añadir.

»El señor aquel me observó con su aire arrogante y se sentó sobre una roca. Estuvo tanto rato callado que pensé que había perdido todo interés en mí. Me fijé que andaba vestido con una ropa extraña. Ridícula, si quieren que les sea franco: los pantalones bombachos azules le llegaban a la rodilla, llevaba unas medias blancas como de mujer, una faja ancha con una gran pistola, una capa roja y un sombrero que parecía un barco al revés. Tenía cara de extranjero: quijada fuerte, narizón, con unos ojos azules calenturientos. De no haber sido por la ropa y porque cuando el viento soplaba se le desvanecía un brazo, una pierna o la mitad del cuerpo, igual que le pasa a una sombra sobre el agua, no me habría percatado yo de que se trataba de un fantasma. Tan real era su presencia.

»Luego de un largo rato durante el que ninguno de los dos hablamos, yo pensé que ya que la Divina Providencia me había puesto en esa situación, más me valía averiguar algunas cosas que sólo saben los muertos, así que le metí plática.

»—Yo le di mi nombre, pero usted no me dio el suyo —le dije para ver si le sacaba palabra.

»—Primer vizconde Horacio Nelson, barón del Nilo y de Burnham Thrope, almirante de la Marina Británica —me dijo.

»—Con un nombre así, no veo qué anda haciendo penando por aquí tan lejos de su tierra —le dije yo.

»—Tan lejos como el alma me lo permite. Usted, pobre ignorante, no sabrá nada de mis hazañas —me dijo con su tonito prepotente—. Por una de éstas, mi mayor victoria es que vine a parar aquí. Ha de saber que hasta en la muerte se cometen injusticias..., ya muerto me ha tocado tener que esconderme aquí de ese enano con ínfulas. Imagínese..., perseguirme a mí, siglo tras siglo —me dijo el fantasma, colérico.

»—Pero ¿quién lo persigue? ¿Por qué? —le pregunté yo, que casi nada le había entendido.

»—Me persigue porque lo destruí, porque dispersé su ejército, porque lo hice morder el polvo y morir en el destierro, en una isla como ésta —me dijo, sin dejarme nada en claro.

»—Por lo menos lo persigue por algo importante... —atiné a decirle. Entre la cólera y el viento que soplaba a ráfagas, el pobre fantasma casi estaba deshecho. Se le borran grandes pedazos porque le dio por moverse y hablar caminando de un lado al otro.

»—Pero ¿cómo va haber justicia si ese mequetrefe ha logrado arrinconarme aquí? —se quejaba—. Me ha obligado a venir a vivir mi eternidad en esta isla, en el propio sitio donde la fiebre amarilla convirtió en derrota una de mis primeras victorias. ¡Hasta más famoso que yo terminó siendo el condenado! Los franceses le han dedicado museos y mausoleos. En cambio a mí, en Inglaterra, me tienen arriba de una columna, cagado por las palomas —se quejó, envolviéndose en su capa y acercándoseme tanto que hasta sentí su aliento helado.

»De repente se me quedó mirando como si se percatara por primera vez de estar hablando conmigo. Dijo que estaba perdiendo su tiempo conversando con un naufrago cualquiera, que sus marineros no trabajaban si él no los supervisaba.

»—¡Hasta nunca!

»Se despidió y se esfumó —dijo Filemón, terminando su historia—. Se hizo humo antes de que le pudiera preguntar sobre lo que realmente me interesaba. No sabía escuchar el hombre. Se veía que estaba acostumbrado a que le escucharan.

—Qué imaginación la tuya, Filemón —gritó Maclovio—. En el próximo viaje te cuento lo que me dijo el fantasma de Perón...

—Pues has de saber, Maclovio —intervino Melisandra—, que lord Nelson sí peleó en el río. La batalla de La Bartola sucedió en 1780. Está en los libros de historia.

—En la historia podrá estar; lo que no creo es que Nelson esté por aquí —replicó Maclovio.

—Lo que pasa es que ustedes ya no creen en nada..., es un problema que

nosotros no tenemos —afirmó Melisandra con aire de socarrona superioridad.

Los remeros ofrecieron nuevos cuentos, pero se hacía tarde y Pedro dispuso que era mejor que se fueran a dormir, pues al día siguiente debían zarpar muy temprano.

Raphael compartió el suelo del cobertizo con Maclovio, flanqueado por las hamacas donde dormían las holandesas, Hermann y Morris. Melisandra se acurrucó en el espacio privilegiado bajo la paneta. Los remeros, por su parte, ocuparon los bancos. Pedro apagó las luces y en pocos momentos sólo se oía el lamer de las olas contra la cubierta del bongo y el graznido de los pájaros nocturnos.

Envuelto en su mono de malla para protegerse de los mosquitos, Raphael durmió profundamente. Cuando abrió los ojos y buscó la silueta de Melisandra sólo alcanzó a ver, en la penumbra del amanecer, su cobija perfectamente doblada. El bongo se deslizaba sordamente bajo el impulso de los remeros. Los demás pasajeros dormían semejando crisálidas de insectos gigantes. Se inclinó y vio a la muchacha de pie en la proa de la embarcación envuelta en un rebozo oscuro. Se despojó de su envoltorio blanco, lo dobló cuidadosamente y luego de guardarlo en su mochila se puso de pie. Lo que vio lo hizo dudar de su salud mental y aferrarse a uno de los pilares del cobertizo: el agua del río estaba totalmente roja. No un rojo café o púrpura, sino sangre, encendido; de una textura orgánica, densa. Amanecía sobre aquel paisaje apocalíptico; el rosa del amanecer sumiéndolos visualmente en un incendio que la brisa fresca desmentía. Las copas de los árboles inclinados sobre el agua, más escasos ahora, eran de una calidad fosforescente, rotunda, intensa, que contrastaba con los troncos pálidos, blancuzcos, envueltos en retazos de brumas. Diríase que entraban a un infierno tropical, paralelo, de signo inverso, donde los castigos se trocarían por placeres de la carne y donde Pedro, convertido en un alegre Carón, los transportaría al festejo de los sentidos, con Melisandra, inmóvil, de pie, como un bello mascarón de proa.

Raphael se quedó quieto temiendo que el menor de sus movimientos quebrara el espejismo. Esperaba que la luz del sol tuviera ese efecto, pero, a medida que aclaraba, más rojo se veía el río, así que al fin decidió subir el techo y preguntarle a Pedro la razón de aquel fenómeno.

—Colorantes vegetales —dijo el marinero—. Hace poco más de una hora pasamos la bifurcación del Colorado. Una vez cada varios años, el río se pone rojo sangre por las infusiones de unas flores como lechugas que crecen en sus márgenes. Ésa es la razón científica... Ahora, habrá quien diga que es la sangre de todos los muertos que han perecido aquí, pero yo me inclino más por la idea de las lechugas.

Los pasajeros despertaron uno a uno y pronto se unieron a Raphael en el techo, poseídos por el silencio religioso de una visión sagrada. Sólo Maclovio comentó irreverente:

—Ni Moisés en toda su gloria vio esto, che. Porque la verdad es que el famoso Mar Rojo es más negro que Morris.

—Cuándo vas a aprender a callarte... —suspiró éste, haciendo un gesto con su brazo metálico.

Toda la mañana navegaron por el río rojo, sumidos en una suerte de trance hipnótico. Pedro no cesaba de tocar suavemente la caracola para balancear los efectos del color intenso. A la hora del desayuno repartió a viajeros y tripulación un té de

flores azules que les avivaría las nostalgias para que éstas los protegieran del presente.

Nunca supieron si fue por el té o por los efectos mágicos del río por lo que cada uno empezó a ver, en la sopa colorada, imágenes largo tiempo olvidadas que se deslizaban o saltaban sobre el agua. Melisandra y Raphael, sentados lado a lado, se mostraban, como si fueran peces de colores, sus recuerdos más antiguos, y fue en aquel trecho del viaje donde ambos recorrieron, en la distancia de unas cuantas millas, el trayecto hacia la intimidad que otros hombres y mujeres tienen que recorrer en numerosos días con sus noches.

Raphael pudo contemplar los roles trastocados de los abuelos de Melisandra, mientras ella veía el amor incondicional de sus padres adoptivos y las noches en vela del niño, temiendo que sus padres biológicos reaparecieran y quisieran llevárselo.

Vio el momento en que su tío Andrés le regaló la computadora vieja en que él empezó a escribir un diario y luego reportajes escolares. También vio, desperdigadas entre las crestas de la corriente, imágenes angustiosas de enfrentamientos callejeros. Raphael escondiéndose tras cubos de basura en una calle tenebrosa y gris, las balas pasándole al lado y un niño corriendo frente a él, casi al alcance de su mano, cayendo bajo las ráfagas de metralla.

—No lo salvé —murmuró Raphael—. Pude hacerlo, pero no lo hice. No sé por qué. Estaba filmando. Me quedé congelado, como si sólo la cámara, no yo, hubiera estado allí. Veo a ese niño constantemente. Se llamaba Lucho. La madre salió corriendo. A ella sí la detuve. Esos segundos de filmación me dieron fama y fortuna. Gran reputación en el gremio.

—¿Por qué estabas allí?

—Pasé más de un mes con una pandilla. The Coffins. Fue como cubrir un ejército en guerra. Sólo que esta guerra era en medio de los barrios bajos. Una guerra por símbolos, por callejones, con rituales fascinantes.

—Pero podías haber muerto por salvar a ese niño.

—Fue lo que dijeron. Nadie me lo censuró. Pero sólo yo pude haberlo salvado. En cambio, filmé su muerte. Fue excelente para mi carrera —sonrió con dolor—. Me convirtió en un producto codiciado, me creó fama de duro. Eso es muy bueno en esta profesión. Ahora me obligan a satisfacer sus expectativas; a correr mayores riesgos. Ha terminado por gustarme. Me da autonomía. Puedo cubrir casi siempre lo que se me antoja.

—¿Y Waslala es el reportaje con el que pensás redimirte?

—Quizás.

Se quedaron callados, contemplando ensimismados sus vidas diferentes, intercambiando de cuando en cuando frases, confidencias íntimas, pero guardando silencio y no dándose explicaciones cuando el agua hizo flotar a Joaquín y a una mujer morena, fúgicamente, entre los carrizos de la orilla.

Hacia las cuatro de la tarde, al volver el río a tornarse verdiazulado, alcanzaron

por un instante efímero a verse el uno en las nostalgias del otro.

Cuando al fin salieron del estado de trance, se sintieron lánguidos y exangües; como si hubieran hecho el amor.

Durante varias millas se prolongó el silencio dentro del bongo. Pedro nunca se cansaba de ponderar el poder hipnótico que el río rojo y la contemplación de viejos recuerdos tenía sobre sus pasajeros. A él y a sus remeros las visiones ya no los subyugaban porque, con los años, aprendieron que el truco consistía en resistir la tentación de ver sus propios rostros en el agua. Mientras no se vieran a sí mismos, mientras no los invadiera la nostalgia del tiempo pasado o el tiempo perdido, podían seguir remando y navegando sin perder el curso. En cambio, los demás, que sucumbían inocentemente al propio reflejo, tardaban muchas horas en recuperarse; algunos tardaban incluso días en volver a ser los mismos. Según Pedro, quien acertaba a navegar en el río rojo no salía de allí sin que algo muy profundo se le alterara en el alma. Para él, la experiencia era similar a la muerte, aquello de ver, en los postreros segundos, la vida de uno pasarle frente a los ojos; sólo que en el agua podía verse sin prisa, sin la parca tras los talones, sin dolor físico, sin miedo o angustia. La experiencia era, a la vez que regenerativa, profundamente triste y melancólica. Por eso, después de salir del Colorado, ya en las aguas azules, Pedro se esmeraba en conducir el bongo con mucha delicadeza y ordenaba a los remeros cocinar una sopa de pescado y mariscos que producía un calor equivalente al de muchos abrazos y disolvía la tristeza en un reconfortante y copioso baño de sudor. Después recomendaba una zambullida en las aguas frescas y ya cristalinas del río.

Después de la sopa y el baño, Hermann y Morris, desmadejados en una esquina del cobertizo, se ensimismaron en una conversación filosófica sobre la flecha del tiempo, mientras Raphael y Melisandra se instalaban con Pedro en la paneta para discutir sobre su desembarco en el muelle de Engracia.

Maclovio, quien fingía dormir en la hamaca de Hermann, escuchaba atentamente la conversación de los tres, pues tenía particular interés en poder seguir de cerca el rumbo de Melisandra, una vez que desembarcaran.

Si se quedaban con Engracia, pensó, no sería tan fácil vigilarlos. Ella era el único poder alternativo, la única a quien los Espada no podían doblegar ni controlar. No dejaba de admirarla. Era una mujer formidable, una enemiga de respeto; la líder sin liderazgo de los comunitaristas, ilusos seguidores, y supuesto legado de Waslala. Nunca entendió él de qué se trataba aquel legado. Lo único que los comunitaristas hacían era defenderse de los Espada, quienes controlaban la anarquía del país organizándola y dirigiéndola gracias a su poder establecido a sangre y fuego. Los Espada estaban en guerra contra todo el que no les pagara tributo o les rindiera pleitesía. Instalaban y derrocaban los gobiernos a su antojo y se encargaban del tráfico de drogas y de los juegos de azar, que eran el entretenimiento más extendido en Fagua, y el oficio diurno de las pandillas que, de noche, se enfrentaban bajo cualquier pretexto. Eran buenos socios, sus mayores clientes en el contrabando de

armas. Su única disputa con ellos databa de tiempo atrás, cuando él se opuso a secundarlos en el negocio de exportar huérfanos de Timbú, su pueblo, como lo llamaba él, porque allí tenía casa, respeto y, sobre todo, las plantaciones de filina. Nunca en su larga carrera lidiando con gánsters de toda clase se encontró él pareja como aquélla. Los Espada eran infatigables atizadores de las guerras de toda intensidad. La guerra era su medio de subsistencia, lo que les permitía acumular y usar su poder. Su organización militar se encargaba de azuzar y mantener en perennes escaramuzas a los grupúsculos cuyas querellas manipulaban y provocaban subrepticamente. Se afirmaba que nunca dormían y, efectivamente, Maclovio, que pasó en ocasiones semanas con ellos, jamás los vio dormir, por más que se desveló tratando de espiarles el cansancio. Al final concluyó que, como Napoleón Bonaparte, seguramente aprenderían a dormir de pie y con los ojos abiertos. Damián, el mayor de los hermanos, era una especie de Quijote equivocado que, si bien predicaba la redención de los pobres y oprimidos, en la práctica hacía lo imposible para asegurar que nunca dejaran de serlo y que más bien se convencieran de que ésta era la única manera digna de existir. Antonio, su hermano menor, práctico y astuto, carecía de tiempo para el romanticismo y era el más eficaz y feroz detractor del mito de Waslala, que, argumentaba, tenía sobre las mentes el mismo efecto soporífero que la religión. Por la intensidad de su inquina contra Waslala, cuya verdadera razón era práctica, Maclovio estaba seguro que él colaboraría, de muy buena gana, a distraer los esfuerzos de Melisandra y prolongar su estancia lejos de la hacienda. El periodista era la persona de mayor cuidado. Lo presentía. Habría que ganarlo, seducirlo, enredarlo en su propia coartada. Nadie lo iba a convencer a él de que Raphael tenía interés en la vaga leyenda de Waslala, pero Waslala era una quimera llena de encantos era obvio que él sucumbiría al menos ante los de su compañera de viaje.

Al atardecer del día siguiente llegarían a Las Luces y desde allí, en dos o tres días de navegación, a Cineria. Hablando con Pedro y Morris, Raphael se formó una vaga idea de lo que encontraría: una ciudad del pasado, habitada por seres del presente. Los habitantes de Cineria, le aclaró el científico, sabían en qué época estaban, sólo que no lograban que sus vidas se entendieran con el tiempo. Querían la modernidad, pero no podían adquirirla. No tenían los medios. Los únicos medios de que disponían no hacían más que llevarlos al pasado, o, en todo caso, los mantenían en una especie de limbo, en un tiempo redondo que giraba en círculos sobre sí mismo. Las guerras eran difusas, los bandos se alternaban y no obedecían más que a causas arbitrarias. Era imposible tomar partido, opinaron. Los comunitaristas, que se podrían considerar los más razonables, los que aspiraban a un cierto orden, estaban tan infiltrados por los Espada que ya no sabían, entre ellos mismos, quién era quién. En Fagua se consideraba más importante «morir con honra que vivir con orden», sentenció Morris. El heroísmo era la única aspiración común.

Cineria... El nombre evocaba a Marco Polo, Cathay, regiones lejanas de la imaginación. Mientras sus contemporáneos se entretenían realizando experimentos para simular la vida cotidiana en Marte, pensó Raphael, él se alejaba de cuanto le era familiar para internarse en este mundo anterior, donde, aun cuando la historia no se diera por terminada, los historiadores habían sido diezmados. Irónicamente, tanto en su mundo como en éste, la historia no se escribía ya; en un caso, por considerarse finalizada; en el otro, por falta de cronistas.

Miró dormir a Melisandra en la noche lunar. Inmerso en la tinta negra de la oscuridad la contempló a su antojo, indefensa, plácida, abandonada a sueños que imaginó verdes y fecundos. El deseo de tocarla era casi dolor en las yemas de sus dedos. Debía estar echado a su lado, pensó, acunándola, cabía entre los dos la duda siquiera. Más tiempo pasaban juntos, más difusas se volvían las fronteras del uno y del otro. Se veían obligados a imponerlas, pero frecuentemente se rozaban, se encontraban en el gesto instintivo de acercarse, de comprobar con el tacto lo que los ojos revelaban. El impulso era fuerte y primario que ensordecía la voz que lo conminaba a contenerse, recitándole interminables advertencias sobre sospechosa inclinación por los amores imposibles, grandiosos. Fue Amelia la mujer que Melisandra avistara en el agua roja. La relación comenzó en el espacio cibernético y terminó en un pueblo blanco y colgado sobre los precipicios de una sierra, en España. Búsqueda. Eso había sido. Manera de rebelarse contra la ausencia de espontaneidad, de romanticismo; el protocolo de apareamiento en vigor con las complicadas negociaciones y contratos sobre espacios, finanzas, expectativas, las requeridas demostraciones de salud mental y física. Obviar el ritual no fue suficiente, sin

embargo. Se engañaron pensando que el método de aproximación alteraría los resultados. Al final, retornaron al punto de partida. Se refugiaron en la distancia; cada uno incapaz de transar. Se recostó en el pilar del cobertizo. Imaginó el cuerpo de Melisandra, firme, pulido, la carne brillante. Retiró los ojos. Las holandesas dormían juntas en la hamaca, acurrucadas la una en la otra, como dos madres con sus hijas. Las parejas del mismo sexo transaban, mientras entre hombres y mujeres la lucha por los espacios era implacable. ¿Qué pasaría cuando crecieran las niñas y niños de las matrias y homopatrias? ¿Se repetiría la historia al revés? ¿Las parejas de madres o padres afrontando la heterosexualidad de los hijos? ¿Terminarían las relaciones de pareja en el onanismo, la soledad del simulador virtual vomitando imágenes? ¿El amor descorporeizado, cerebral, cibernético?

En estas y otras meditaciones se pasó Raphael toda la noche, sin poder conciliar el sueño, durmiendo a ratos esporádicos, viendo pasar sobre su cabeza nubes zoomorfas, y fantásticas imágenes producidas por el sueño profundo de los otros durmientes.

El sol iluminaba el río cuando, finalmente, salió de su modorra al grito de «¡Mueran los ingleses!». Pasaban a la orilla de un islote insignificante donde crecían altas palmeras abriéndose paso en medio de la tupida vegetación. Los marineros, de pie sobre sus bancos, se habían levantado y, al unísono, con los brazos y puños alzados, gritaban «Mueran los ingleses», una y otra vez.

—Es una costumbre antigua —dijo Hermann a Krista a modo de explicación—. En este recodo del río, los ingleses hicieron en 1800 muchas bajas a los pagüenses. Parece que, desde entonces, es tradicional echarles maldiciones cada vez que se pasa por aquí. Es parte de la herencia antiimperialista de esta gente.

—No nos gustan los colonizadores —gritó Pedro desde su paneta—. Han sido peor que una plaga en este país. Primero nos arruinaron y luego se olvidaron de nosotros... ¡Mueran los ingleses! —añadió, alzando la voz con sentimiento.

—¡Mueran! —respondieron a coro los hombres.

Después del desayuno, Pedro y los remeros tomaron un largo baño pues querían estar frescos para el cruce del Remolino Grande que precedía la llegada a Las Luces.

Melisandra vio los cuerpos fornidos y cobrizos zambullirse y moverse gráciles en el agua transparente y no pudo suprimir el deseo de lanzarse también. Los hombres le abrieron un espacio protegido para que nadara, y retozaron con ella con una naturalidad y gozo que hicieron sentirse a Hermann como uno de los fisgones del cuadro donde Susana se baña ante la mirada expectante y curiosa de los viejos. Observó a los demás pasajeros contemplando la escena y pudo comprobar, aun en Maclovio, cierto traspasado pudor. El inocente disfrute de los marineros y la muchacha despertaba en ellos, extranjeros, la memoria de una espontaneidad perdida. Era irónico, pensó Hermann, que la familiaridad de Melisandra y los hombres les

produjeran la incomodidad de quien observa una transgresión.

Poco antes del mediodía, la atmósfera dentro del bongo se tornó tensa. Raphael notó que Melisandra oteaba inquieta las aguas aumentadas de caudal. La embarcación avanzaba trabajosamente.

—Estamos cerca del Remolino —explicó ella a Raphael—. Es el trecho más peligroso y mágico del río. Se cuentan historias fantásticas sobre el centro del remolino, pero intentar verlo ha sido la causa de más de un naufragio. La mirada, al posarse en él, se convierte en algo material; una soga, un cordel irrompible al que el agua se aferra con mano de hierro que la presa se hunde en el abismo. Por eso los capitanes toman precauciones, vendan a los pasajeros. Basta que alguien en una nave desacate sus órdenes para que la embarcación entera sea atraída irremisiblemente hacia el vórtice. Cada vez que paso por aquí me propongo verlo, pero el miedo es más fuerte que yo.

—Quizás pueda filmarlo —dijo él—. La cámara me protegerá del contacto directo —sonrió.

—Ni se te ocurra sugerirlo. Pedro te echará del barco. Dice que la gente de ahora tiene la manía de creer que todo se puede explicar y que éstas son leyendas nuestras —murmuró—. Lo cierto es que desde que soy niña he oído innumerables historias de accidentes. No es broma. Hay que seguir las instrucciones.

—No sé por qué tengo la impresión de que me lo dices para convencerte tú misma. Vamos, Melisandra, no puedes creer seriamente en esas supersticiones.

—No sé por qué no puedes creer tú que existan sinos inexplicables a los que es mejor no desafiar —dijo con pasión, recordando cómo en su último viaje con Fermín en la par se sorprendió siguiendo los círculos concéntricos del agua debajo del trapo, su mirada acercándose cada vez más y más dentro, poseída por el terror de un irrefrenable deseo.

Poco después de mediodía divisaron las enormes y extrañas rocas que parecían no sólo no pertenecer al río, sino incluso no tener ningún parentesco con el planeta Tierra; eran negras, lisas, bruñidas, como despeñadas desde un astro errante y misterioso. El Remolino Grande se abría en el ángulo abrupto que formaban al interponerse en la dirección del agua. Para pasar airosos, los barcos debían mantenerse muy cerca de la ribera opuesta, y desplazarse a lo largo de un sistema de sogas que colgaban desde los árboles de la orilla.

Pedro repartió las vendas negras y ordenó a todos los pasajeros sentarse en el cobertizo, con los ojos bien tapados. Él y sus marineros se encasquetaron unas viseras para ver sólo al frente. Tomadas estas precauciones, se inició el tenso cruce del Remolino.

El rumor del río en aquel trecho era plácido y desconcertante; el bisbiseo de una enorme serpiente de dos cabezas que se contara secretos de un extremo al otro, o que se engullera a sí misma en una inhalación de burbujas y gorgoteos.

Melisandra cedió su espacio bajo la paneta a las dos holandesas y se adelantó a

sentarse en uno de los bancos hacia proa. Aparentemente, desde el interior del bongo no se veía más que la bóveda del río. Sin embargo, ella se había dado cuenta de que, desde el pilar de babor, a través de uno de los agujeros de los remos era posible ver la superficie del agua y sería hipotéticamente factible tener una efímera, momentánea, visión del remolino, si es que en ese momento el cuerpo del remero no se interponía ante sus ojos. Era la única sentada hacia proa. Los demás se acomodaban en la popa, protegiendo celosamente sus máquinas cibernéticas de posibles vaivenes de la embarcación.

Un silencio denso y espeso se abría paso en la resolana del mediodía; hasta el canto de los pájaros sonaba débil y agónico. De vez en cuando oían también los graznidos de garzas y gaviotas yéndose a pique en el torbellino, a la pesca de los fabulosos peces con ojos humanos que contenía.

Disminuyó el caudal del río, aumentó su tumultuosidad y la velocidad de la corriente. En contraste, la caracola de Pedro mugía lento indicando a los remeros la sincronía con que debían de aferrar las cuerdas extendidas a lo largo de los árboles de la ribera para asegurar que la embarcación se mantuviera a distancia del remolino.

Melisandra afinó la trayectoria que seguirían sus ojos para ver a través del hueco del remo. La tarea se le facilitó al desplazarse los remeros hacia las cuerdas. A medida que acercaban al remolino, se percibía más tranquila. Una determinación fría y tenaz la embargaba. Veía el agua hacer espumarajos. Pensó en su abuelo, que estaría durmiendo la siesta en su mecedora, la cabeza echada hacia un lado, la boina en las manos sobre el regazo. El agua era ahora lisa, ondulante y se reflejaba en la bruñida y negra roca como en un espejo. Quizás ésa era la clave. Ver el reflejo —el escudo de Ulises, el brillo de la medusa—, no verlo directamente. Quizás así se diluyera el efecto mortífero, la atracción suicida. Alcanzaba a ver los círculos concéntricos, el agua moviéndose espesa, mercurial.

—Todo el mundo cierre los ojos —insistió Pedro desde la paneta.

Melisandra los mantuvo muy abiertos. Respiró con la boca para distender el anillo de hierro aferrado a su esternón.

Y por fin, lo vio: el negro tornasol, todos los colores por efímeros instantes, disolviéndose en arcos iris sucesivos; largas lianas y pájaros con expresión beatífica flotaban en diferentes niveles girando vertiginosamente. Vio la cara ávida de un marinero y el cuerpo desnudo de una mujer blanquísima cuya belleza le dio ganas de llorar. Vio cofres y barcos y sillas, puentes de mando de barcos fantasmas con sus capitanes en la pose digna con que se hundirían sin quejas ni alharacas; vio una orquesta entera inmóvil sobre sus violines, sus violas, sus flautas brillantes; vio madres asomadas sobre las caras de niños flotando boca arriba; vio mapas de regiones perdidas, catalejos, hermosos mascarones de proa, velas blancas limpiísimas; vio miles de relojes de arena hacerse y deshacerse en círculos infinitos y contempló finalmente el iris quieto del agua en el centro, hermoso como laguna del fin del mundo. Fue un instante. Se levantó. Quería ver más. Quería ver los peces con ojos

humanos, las sirenas. Quería oírlas cantar. Ya nada importaba sino eso. Era todo de una belleza tan profunda..., como asomarse al vientre, a la boca del útero y ver la misma sustancia de la vida y la muerte, el plancton, las algas, la arquitectura del universo. Si sólo pudiera subirse sobre el banco de los remeros para ver mejor.

—¡iiiiiiMelisandraaaaaaaa!!!!!!

El grito de Pedro paralizó el tiempo en la nave. Días más tarde, Krista recordaría aquellos minutos pegajosos en que cada movimiento dentro del bongo pareció requerir de denodado esfuerzo, como si el aire se hubiese almidonado y apenas pudieran moverse. Los tripulantes y el pasaje se quedaron mudos unos segundos, el tiempo necesario para que el caos se colara por una puerta mal cerrada, haciendo que capitán y remeros perdieran la concentración. El silencio fue sucedido por el desconcierto, los gritos, el desorden.

—¡Nadie abra los ojos! ¡Nadie abra los ojos! —gritaba Pedro, su voz una mezcla de rabia y desesperación—. Ustedes, no suelten las sogas —ordenaba dirigiéndose a los marineros.

Raphael, que hasta oír el grito estuvo calculando el momento de iniciar su filmación furtiva, se quitó la venda sin vacilar y alcanzó a ver a Melisandra en el momento en que ella levantaba la pierna para subirse al banco. El bongo se inclinó violentamente hacia un lado.

—¡No suelten los mecates! —se desgañitaba Pedro—. ¡No miren el remolino! ¡Todos a mirar al otro lado!

Antes de que los tripulantes abandonaran su oficio para rescatarla, Raphael llegó al lado de Melisandra y le echó encima los brazos con toda la fuerza de que pudo hacer acopio. Los dos rodaron por el suelo, al tiempo que el bongo se enderezaba de nuevo. Melisandra trataba de liberarse del abrazo de Raphael, pero él no se lo permitía, sosteniéndola sin ceder un ápice, abrazándola sobre el suelo de madera. Era como tener un gato montes agarrado por la fuerza, pero no duró mucho. Melisandra se quedó quieta de pronto, inmóvil, como muerta.

Maclovio, Hermann y Krista se acercaban corriendo entre los bamboleos de la embarcación. Maclovio, maldiciendo sin parar la curiosidad de las mujeres que no tenían bastante con la pérdida del Paraíso Terrenal. Raphael seguía en el piso sin soltar a su presa. Hizo un gesto a los tres para que regresaran a sus lugares. Ya no necesitaba su ayuda.

—No me pude contener —susurró Melisandra, todavía atenazada por los brazos de Raphael—. Lo siento.

—Eso debe de ser lo que pasa aquí —farfulló Raphael, sin soltarla, jadeando por el esfuerzo—; alguien no puede resistir la tentación de ver y todos en el barco se descontrolan y acaban de cabeza en el remolino...

Luego, muy cerca de su oído, le preguntó si había podido ver algo. Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo era?

—Como el principio y el final de todo —murmuró.

Después del incidente, para beneficio de Pedro y los remeros, Melisandra negó haber visto nada y más bien describió en los peores términos el vértigo que le produjera tan sólo atisbar el borde del abismo.

—Si no ha sido porque sólo lo vi en el reflejo de las piedras negras, seguramente a estas horas no estaría contando el cuento —dijo.

—Ni nosotros oyéndolo —intervino Maclovio, irónico.

Podían reprocharle lo que quisieran, pensó Krista, pero la admiraban silenciosamente, y esa noche, sin duda, aparecería en sus sueños como una fuerza telúrica, una Medusa con rojas serpientes brotándole de la cabeza.

Melisandra, en cambio, permanecía sobrecogida por el poder y magnetismo de las visiones. No atinaba a imaginar que habría sucedido si Raphael no le hubiera impedido asomarse al centro del remolino. Rota la fascinación que la atrajera, sentía vacío y tristeza a la par del gran alivio de estar viva.

Se acostó cuan larga era sobre el cobertizo, con profunda nostalgia por su abuelo y hasta por Joaquín. En vez de tres días, sentía que hacía mucho tiempo que se despediera de ellos. Le asombró la rapidez con que se diluían los recuerdos y el presente sorbía, como el remolino, los sonidos e imágenes del pasado más reciente.

Raphael se le acercó, conmovido. Todavía no se reponía de la visión de Melisandra a punto de lanzarse del bongo. Ni siquiera cedió a la tentación de mirar el objeto prohibido cuando se puso de pie para detenerla. Por primera vez en mucho tiempo, su instinto de indagar en lo desconocido fue totalmente anulado.

—¿Recuperada? —le preguntó.

—No sé si era el cielo o el infierno —dijo ella—. Pero estoy segura que vi la puerta de uno de los dos. No se recupera uno de esa aparición... Gracias —añadió, mirándolo dulcemente—. Me salvaste la vida.

Melisandra le extendió los brazos. Se abrazaron fuertemente.

—¡Ah! ¡Melisandra, Melisandra! —suspiró él, presionando la cabeza de ella contra su pecho.

Ella se separó con esfuerzo. Volvió a tenderse sobre el cobertizo. Él le acarició el pelo, delineándole el cráneo, los lóbulos, hasta que ella se quedó dormida.

Dentro del bongo los pasajeros se sumían en el silencio. Luego de tres días de navegación, la impaciencia de arribar al puerto y el cansancio de la travesía eran patentes en sus rostros y en sus movimientos.

Atisbando la silueta del puerto de Las Luces en el crepúsculo, Raphael no lograba explicarse los destellos que emanaba del perfil difuso del poblado. Semejaba un villorrio de espejo sobre el cual la imagen redonda y roja del sol se quebrara en

pedazos en una ilusión de calidoscopio. Se preguntó si estaría construido de aluminio, pero descartó la idea por descabellada y costosa. Dio la vuelta para expresarle su perplejidad a Morris. El científico, con la cara iluminada por el fulgor en el brazo, sonrió y le indicó con un gesto la inminencia de la solución al misterio.

La caracola de Pedro que acompañó la nave hasta el muelle atrajo, como si se tratase del flautista de Hamelín, una multitud humana en la que sobresalía una gran cantidad de niños; jovencitos desarrapados que se peleaban entre ellos por el privilegio de ser los primeros en acercarse a los recién llegados.

El estado de ánimo de Morris contribuía a que le afloraran las emociones muy fácilmente. Los tradicionales gestos de bienvenida de los habitantes del puerto: el viejo que siempre tocaba la trompeta en saludo; las grandes mujeres de anchos brazos y caras redondas que les llevaban pan fresco; el agente aduanero, joven y formal, dándoles las formas de declaración de impuestos que no servían más que para su solaz, porque le gustaba leer las direcciones lejanas e imaginarse calles que nunca conocería, le produjeron ganas de llorar. Se encontró dándole palmaditas afectuosas a los niños y a quienquiera que se acercaba a ofrecer sus servicios, pero se contuvo. No le gustaba sentir lástima y detestaba el paternalismo de quienes trataban a toda aquella gente, cualquiera fuera su edad, como criaturas inocentes y desvalidas.

Los vio aglomerarse, abalanzarse, disputar entre sí el traslado de los fardos al hospedaje. Se quitó de encima a una pareja de muchachos que lo hostigaban.

Raphael caminaba detrás de Melisandra con cara de desconcierto. Morris recordó su propia reacción la primera vez que desembarcara allí. Una cosa era el río y otra muy diferente el interior del país. Navegando aguas arriba luego de conocer al abuelo y la nieta, uno albergaba la impresión de haber entrado equivocadamente al País de las Maravillas con una Alicia pelirroja y un Sombrero Loco venerable y cuerdo. Las Luces era realmente la primera ventana para ver el deterioro causado por el olvido y la miseria; aunque también, debía admitir, era, como todo en Fagua, un monumento a la creatividad y a la necesidad de supervivencia.

El grupo de viajeros avanzó por la calle seguido por el tumulto de niños harapientos y por los cargadores que portaban los fardos. Maclovio se separó del grupo alardeando de la invitación a hospedarse en casa de su amigo el alcalde.

La lluvia y la falta de mantenimiento habían horadado el pavimento de la vía principal, convirtiéndola en una sucesión de cráteres rellenos de pedruscos. Algunos modelos de viejos SAM eléctricos transitaban despacio, pero la forma preferida de transporte eran las carretas tiradas por caballos. Raphael vio también gente en bicicleta y otros que empujaban carritos de supermercado destartados que, según le explicó Morris, eran parte del botín que llegaba a Fagua en los contenedores de basura.

Las casas que bordeaban el camino hasta la posada testimoniaban los portentos que podían lograrse con los desechos de los más favorecidos: viejas bañeras servían de abrevaderos de caballos a la puerta de algunas viviendas; claraboyas opacas y

cóncavas o viejas pantallas de ordenador cumplían la función de ventanas, mientras anchas puertas de vidrio irrompible servían de techo en las salas de las casas más grandes. Las puertas eran todas de aluminio de diferente origen. La casa del alcalde, dijo Morris, ostentaba la de un viejo submarino atómico; las de otras viviendas estaban construidas con la chatarra de viejos automóviles y hasta de aviones.

—Éstas son las luces de Las Luces —sonrió Morris.

—Hubo un tiempo en que se construían de madera, pero desde que se prohibieron las talas y se nos paga por producir oxígeno —explicó Melisandra—, se recurre a la imaginación.

—¿Qué le da ese color terroso a las casas? —preguntó Raphael.

—Se han vuelto a construir las casas de adobe, una mezcla de arcilla y paja que entró en desuso porque no resistía los terremotos —dijo Morris—. La Corporación del Medioambiente instaló varias fábricas de bloques de un adobe moderno que posee propiedades antisísmicas.

Una ciudad de lodo y aluminio, pensó Raphael, viendo la chatarra, los trozos de paredes y techos transparentes, las computadoras sin entrañas, usadas para guardar basura o para hospedar plantas: un cruce entre hábitat humano y corral de chatarra.

Subiendo la calle desde el atracadero llegaron a la posada El Astronauta, un pequeño y curioso edificio. Su techo consistía en tres viejos y enormes platos de antenas parabólicas convertidos en cúpulas. El dueño, *Mr. Platt*, se adelantó a recibirlos preguntando por noticias de don José, genuinamente complacido de verlos. *Mr. Platt* había llegado a Fagua muchos años atrás como un joven y meticuloso coleccionista de mariposas, pero el amor y la geografía le torcieron el carácter y el destino. Él y *Mr. Davies* eran reliquias de los tiempos en que los extranjeros buscadores de fortunas aún se atrevían a instalarse como colonos en las poblaciones del río.

—¡Qué gusto verlos! —repitió, mientras los conducía al interior vadeando la siempre creciente acumulación de objetos posibles que lo rodeaba. Las holandesas, Morris y Hermann se enfrascaron en animada conversación con él mientras Davies procedía hacia el interior con Melisandra, quien desde niña solía visitar la posada sin nunca terminar de deslumbrarla por la parafernalia extraña que *Mr. Platt* acumulara a lo largo de los años, intercambiándola por favores con los rebuscadores de basura o con los pescadores que otrora se hundían en el Atlántico para sacar langostas. Raphael admiró la colección de bruñidos catalejos, cada uno con su rotulito indicando cuando y dónde se encontrara. Melisandra lo llamó para mostrarle su pieza favorita: una mecedora cuyos balancines estaban colocados de tal manera que, en vez de la silla mecerse adelante y atrás, se mecía de lado a lado, imitando el movimiento de un barco. La colección incluía microscopios antiguos, máquinas de escribir, viejos teclados de computadoras, escalerillas marinas, antiguos cofres, tostadoras de pan, carretes de pesca, bicicletas, sierras de los tiempos en que cortaba madera, retorcidos alambres de resistencias... Las herramientas estaban colgadas del techo o se

alineaban sobre las paredes y los extremos del piso. Aunque eran muchas y el espacio ilimitado, su cuidadosa disposición revelaba el espíritu minucioso de *Mr. Platt*.

—Esta colección es muy apreciada a todo lo largo del río —dijo *Melisandra*—. Si se tiene paciencia, aquí se pueden encontrar piezas para reparar las más diversas máquinas.

Raphael se asomó por la ventana y vio las calles polvorientas, los niños jugando, una pareja de mujeres bajando hasta el pueblo; todo parecía del mismo color: las ropas, las caras... El polvo también flotaba en el interior de la posada envolviendo el ambiente en una luz sepia, la luz de un tiempo anterior.

—Hace calor —dijo, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

Mr. Platt los condujo al segundo piso, donde era más evidente la labor de añadidos que hiciera en la estructura desvencijada de lo que fuera la casa de su mujer, *Milagros*, cuando él la conoció y se enamoró de ella. Se acomodaron en tres habitaciones; *Melisandra* con *Krista* y *Vera*, *Raphael* con *Hermann*. A *Morris* le tocó la celda, como le decían a un pequeño cuartito donde a duras penas cabía un camastro.

Después de casi cuatro días en el espacio confinado del bongo, *Las Luces* era poco menos que París para *Hermann*. Tarareaba mientras recargaba las baterías del comunicador. Ahora, le dijo a *Raphael*, lo que les correspondía era ir al bar *El Equilibrista* y escuchar de la viva voz de los luceños las últimas noticias de *Fagua*.

Hermann se pasó la mano por el pelo rubio entrecano para quitarse un mechón que le caía sobre la frente. Estaba excitado y se notaba que le tenía cariño a aquel lugar, no por sus méritos, sino más bien por sus defectos.

—¿No te molesta la idea de que pueda existir tan cerca de cuanto consideramos civilizado un lugar tan pobre como éste? —preguntó *Raphael*, luego de comprobar el precario estado de las sábanas remendadas, casi transparentes, de los camastros donde pasarían la noche.

—¿De qué sirve que me moleste? —dijo *Hermann*, sobre la cama mientras se cambiaba los calcetines—. Hace tiempo que dejé de sentir lástima por esta gente. La verdad es que, en esencia, sus vidas y las nuestras son muy parecidas. Es más, a veces los envidio, envidio la precariedad de sus días, sus elementales preocupaciones. Cuando uno se tiene que preocupar por las cosas más elementales no queda tiempo para las neurosis y las angustias.

—¿La pobreza te parece menos neurótica y angustiosa? Estoy seguro que ellos no opinan de la misma manera. Pensarán que nuestras aflicciones son más deseables y tolerables —sentenció *Raphael*, también desamarrándose los zapatos.

—Es absurdo lo que estoy diciendo..., lo sé —suspiró *Hermann*, sacando una camisa limpia de su mochila—. A menudo tengo esta misma discusión conmigo mismo y no deja de asquearme mi romanticismo de colonizador.

—Lo que es indudable es que nunca estamos conformes —sonrió *Raphael*, acercándose descalzo, dándole una suave palmada en la espalda—. Todavía seguimos

creyendo en la Utopía. Por este motivo me interesa tanto encontrar la famosa Waslala...

—¡Ah! —exclamó Hermann—. El escéptico piensa que Waslala existe.

—Mientras más enigmática sea la pregunta, más tentadora la respuesta —exclamó Raphael, sonriendo con malicia.

—Y si no existe, ¿qué pasa con tu reportaje?

—Aunque sólo se tratara del viaje río arriba, el reportaje valdría la pena, pero mi editor no pensará lo mismo, estoy seguro. Quizás mi material pueda servirle a algún programador de viajes virtuales al trópico...

Hermann sonrió.

—Te conviene ir conmigo al bar —dijo, terminando de acicalarse, sugiriéndole con un gesto que se volviera a poner los zapatos—. Aquí se inventan la realidad virtual sin necesidad de tecnología.

El bar «El Equilibrista» se llamaba así por Lolo, el papagayo, que se emborrachaba bebiendo de los vasos de los parroquianos para luego balancearse peligrosamente sobre una barra colocada de un extremo al otro de las vigas del techo. Durante el día, Lolo cantaba viejos corridos mexicanos con su voz gutural de pájaro encantado, pero en la noche enmudecía tan pronto el alcohol se le introducía en la sangre y se dedicaba a caminar sobre la bruñida barra de aluminio haciendo piruetas de acróbata o quedándose, a ratos, suspendido sobre la cabeza de los clientes como un enorme murciélago anaranjado. El papagayo era el punto de mira, tanto de los que estaban al borde de la borrachera total como de los que llegaban para no estar solos con el pretexto de tomar tragos.

Aparte de esta atracción, el local era sencillo, con mesas y sillas de latón, piso de ladrillo de barro cocido y carteles anunciando cerveza y cigarrillos sobre las paredes.

Cuando Raphael y Hermann entraron, la atención se desvió del papagayo a los recién llegados. Igual que don José, los habitantes de Las Luces también esperaban ansiosos la llegada de los contrabandistas para que les ayudaran a combatir los estragos de la rutina.

—Cuando vengo aquí —había dicho Hermann a Raphael— tengo la misma sensación que un viajero interplanetario tendría al llegar a una colonia en la Luna. La gente está ávida de saber que ha pasado allá fuera, aunque ya ni siquiera manejen el lenguaje necesario para hacer las preguntas.

Por ser viernes por la noche el bar estaba muy concurrido. Hermann se acercó con dificultad a la barra estrechando manos y devolviendo los saludos efusivos de quienes, en un dos por tres, los rodearon para ganarse el privilegio de tenerlo cerca.

—¡Vengan para acá, vengan para acá! —llamó desde el fondo de la barra una mujer enorme.

—¡Florcita! —saludó Hermann, afectuoso, arrastrando a Raphael—. No has dejado de crecer.

—Hay que ocupar un buen lugar en este mundo, Hermann —dijo la mujer, sonriendo jovialmente—. Ven para acá y preséntame a ese joven. Hace tiempo que mis ojos no ven nada que valga la pena.

Raphael se acercó fascinado por la afabilidad que emanaba de todas las libras de más que Florcita tenía encima y estrechó su mano regordeta y extrañamente suave.

—Tú no eres comerciante —dijo ella, sin titubear. Él sonrió tomado un poco por sorpresa y empezó a decir que bueno, todo dependía de cómo se vieran las cosas.

—Raphael es escritor —intervino Hermann—. Periodista. Quiere escribir sobre Waslala..., si la encuentra.

Toda la atención de los parroquianos estaba centrada sobre el grupo que formaban

los tres. Raphael podía sentir el calor de las miradas rodeándolo en la atmósfera rancia del bar que olía a humo, aguardiente y tiempo estancado. La palabra Waslala provocó un suspiro colectivo.

—Jesús —ordenó Florcita al camarero—, acércale una silla a este muchacho.

Al momento, varios de los que estaban sentados junto al bar ofrecieron sus asientos.

—¿Cómo han estado las cosas por aquí? —preguntó Hermann.

—Lo mismo, amor, lo mismo —respondió filosófica Florcita—. Allí andan los Espadachines amenazando con emboscar la próxima barcaza. Si continúan hostigando el canal, dentro de poco no me extrañaría que las hicieran pasar por aquí...

—Las barcazas nunca podrán pasar por el río, Florcita —dijo Hermann—. Tendrían que dragarlo para que tuviera el calado suficiente... No podrían pasar el remolino ni los rápidos.

—Nunca se sabe, Hermann, nunca se sabe. En este país sucede cualquier cosa... —dijo Florcita, encogiendo los hombros.

—¿Y el Gobierno qué hace? —preguntó Raphael.

—¡Cuál gobierno, hijo! —exclamó Florcita—. Hace mucho que aquí el gobierno no cuenta para nada. Los únicos que mandan son los Espada. Los demás sólo nos defendemos de cualquier manera. Por eso es que estamos como estamos.

—El triunfo de la anarquía —dijo Hermann a Raphael—. El Estado no existe.

—Nos gobernamos solos, hijo —añadió la mujer—. El alcalde y unos cuantos de nosotros decidimos qué se hace y se deja de hacer; hacemos arreglos con quien sea para que nos dejen en paz. Eso se llama ser comunitarista. Ahora..., si algún día apareciera alguien que llegara de Waslala, lo escucharíamos.

—¿Por qué? —preguntó Raphael. ¿Por qué creerían que ellos saben qué hacer?

—Porque ellos viven felices —afirmó un hombre de mirada perdida.

—Nunca hay guerra en Waslala —dijo Jesús, el camarero.

—Los niños allí ni siquiera saben que existe la violencia —añadió otra mujer de manos toscas mientras se acomodaba el pelo en un pañuelo que ceñía su cabeza—. Nunca se pelean.

—Ellos han logrado domar los malos instintos humanos —señaló Florcita—. Waslala es un lugar de gente mansa.

—Por eso viven hasta doscientos años —dijo el hombre—. Y no le tienen miedo a la muerte.

—No se enferman —aseguró Jesús.

—Pero ¿cómo saben todas estas cosas si nadie ha estado allí? —inquirió Raphael.

—No es cierto que nadie haya estado allí —replicó Florcita—. No se han podido quedar, pero sí han estado, han sido desterrados de Waslala. Se mueren de tristeza en poco tiempo, se marchitan como plantas sin agua, pero no se van sin antes contar cosas sorprendentes.

—Pero ¿ustedes han conocido directamente a estas personas? —insistió Raphael.

El grupo movió la cabeza en sentido negativo, pero sus gestos indicaron que no consideraban que esto restara veracidad a sus afirmaciones.

—Ni que fuéramos tan testarudos como santo Tomás —dijo Florcita—. ¿Me vas a decir que uno tiene que ver para creer? Yo no necesito meter mis manos en las llagas de Cristo para saber que son verdaderas. Hay gente muy seria que ha visto y nos ha contado. Don José estuvo allí.

—Pero don José es un poeta —dijo Raphael, sonriendo malicioso—. Los poetas suelen ser visionarios.

—Aquí creemos en los poetas —dijo sin humor el hombre de la mirada ausente, clavando los ojos en Raphael.

—Pues de donde yo vengo ya nadie cree en lo que dicen los poetas —añadió éste mirando de manera cómplice a Hermann.

—¡Quién sabe! —exclamó Florcita, picaresca—. Tal vez no creen, pero quisieran creer. Además, no sólo es fantasía de poetas. Hay otra gente aparte de don José que ha dado testimonio, pero si no nos cree —hizo un gesto amplio con la mano hacia la puerta—, regrese a su país mañana mismo. ¿Para qué se va a arriesgar tierra adentro? Esta región es peligrosa.

—Les creo, les creo —dijo Raphael, consciente de que el espacio para las bromas se agotaba rápidamente—. Pero a mí no me pagan por creer. Me pagan por dudar, por hacer que la gente dude.

—Pues nosotros dudamos de muchas cosas que vemos —dijo Florcita—. Pero de Waslala, aunque no la hayamos visto, no tenemos duda.

—Tal vez es más fácil dudar de lo que se conoce. Lo desconocido tiende a inspirar más respeto —continuó Raphael.

Algunos de los parroquianos regresaron a sus lugares en las mesas y el bar. El papagayo se balanceaba peligrosamente otra vez sobre la barra de aluminio intentando cruzarla.

—En cosas más tontas e imposibles ha creído otra gente —dijo Florcita, después de empinarse el vaso con un último rescoldo de aguardiente—. Nosotros creemos en Waslala. Al fin y al cabo, en algo tenemos que creer en este país de desgracias.

—¿Y cuál creen que sea la mejor manera de llegar allí? —preguntó Raphael.

La mujer lanzó una sonora carcajada que hizo temblar su cuerpo enorme como un lago sobre el que hubiera caído una piedra.

—¡Ésa es la pregunta del millón, hijo! —alcanzó a decir en medio de la risa que sonaba a borbotones de agua. La risa se detuvo, sin embargo, casi tan súbitamente como empezara. Mirándolo provocativa dijo:

—Tienes que tener fe.

—Vamos, Florcita —dijo Hermann—. No nos des esas recetas. Recuerda que nosotros venimos de lugares donde la fe es sólo una palabra en desuso. Hay manuales para cualquier cosa; la información al alcance de una tecla. Háblale al muchacho con

un poco más de lógica.

—Que lógica ni qué ocho cuartos —respondió la mujer, extendiendo su vaso al cantinero—. No todas las cosas se descubren con mapas. No hay mapas para llegar a Waslala. ¿Que quieres que le diga? ¿Mentiras?

—Tú me hablaste de una mujer en Cineria.

—Engracia. Todo lo que hay que saber en Cineria lo sabe Engracia.

—Morris conoce a Engracia —indicó Hermann a Raphael—. Engracia maneja toda la red de distribución de las cosas que vienen en las barcazas de la basura.

—Ya don José nos habló de Engracia —comentó Raphael.

—Engracia es nuestra generala —dijo Florcita, quien rápidamente se adentraba en un estado de feliz embriaguez, atendido solícitamente por el cantinero—. Ella controla el canal por el que pasan las barcazas del Pacífico hasta el lago. Le va a encantar conocer a un extranjero en búsqueda de Waslala. Sí señor, le va a encantar.

—Le va a encantar conocer también a Melisandra —intervino Hermann.

—¿Melisandra? ¿La del río? —Florcita levantó la cabeza—. No me digas que al fin esa muchacha se atrevió a dejar al abuelo...

—Justamente —dijo Hermann—. Ella y Raphael llevan el mismo rumbo.

—¿Melisandra va a salir a buscar Waslala? —intervino el hombre lúgubre mirando distraído las últimas piruetas del papagayo que había logrado llegar al extremo de la barra.

—Está en la posada El Astronauta —confirmó Hermann—. Mañana sale con nosotros en «La Reina».

—¡Pues yo brindo porque tengan éxito! —Florcita alzó su copa mientras Jesús se la rellenaba.

—Yo también —dijo el hombre.

—Y yo —dijo Jesús.

—Ahora, Hermann, cuéntenos las últimas películas —dijo Florcita. Tómate tu trago y dinos qué ha pasado en el mundo.

—¿Y crees que ese lugar realmente existe? —preguntaba Krista a Melisandra.

Las luces estaban apagadas en la pequeña habitación. Por la ventana, la blancuzca claridad de la luna alumbraba la silueta de las mujeres: Krista acurrucando a Vera contra sí, y al otro lado, en el camastro vecino, Melisandra acostada con los brazos bajo la cabeza y las piernas cruzadas, balanceándose en el aire.

—Mi abuelo estuvo allí —respondió Melisandra—. Muchas otras personas cuentan historias de Waslala. Todos en Fagua conocen de la existencia de ese lugar.

—Pero ¿por qué nadie sabe llegar? ¿Por qué es tan difícil encontrarla? —preguntó Vera, quien tenía una voz alta y liviana, como de niña.

—Mi abuelo piensa que, sin percatarse, establecieron la comunidad en un sitio donde había una ranura en el tiempo; algo así como un traslape en la curvatura del espacio. Waslala quedó existiendo en un interregno, tras una especie de puerta invisible... No sé. Son conjeturas. Ésa es mi conjetura preferida.

—¿Y qué crees que te dará el poder para traspasar esa supuesta puerta invisible? —intervino de nuevo Krista.

—Mi deseo, quizás —dijo Melisandra, sonriendo con cierto desafío—. Haber crecido con esa idea. Mi abuela me contaba de una mujer que, mientras estaba embarazada, se pasaba las tardes viendo, en el escaparate de una tienda frente a su casa, un oso que movía la cabeza de arriba abajo, de abajo arriba. Cuando el niño nació, movía la cabeza igual que el oso. Yo creo que mis padres soñaron con Waslala desde antes de concebirme a mí. Es algo que llevo en mis genes. No sé por qué estoy tan segura. Lo único de lo que no me cabe duda es que la encontraré.

—El mapa del tesoro pasado de generación a generación —dijo Krista—. Pero tu abuelo no pudo volver a encontrarla.

—Y mis padres quizás tampoco... Pero si no la encontraron, ¿por qué no volvieron? ¿No te parece que no es lógico? Mi intuición me dice que en algún lugar Waslala existe.

—¿Y la vas a encontrar a pura intuición?...

—¿Por qué no? —repuso Melisandra, volviéndose sobre su costado izquierdo.

—Porque vas con un hombre. A los hombres no les gustan las intuiciones. No creen en ellas. Raphael te forzará a seguir una lógica.

—Cierta dosis de lógica no está mal...

—Sí, pero él tratará de imponerla.

—No me parece que Raphael sea ese tipo de hombre.

—Aun los jóvenes criados por nosotras en las matrias son así. Lo traen en los genes, como el niño de tu cuento. Te deberías ir sola.

—Mucho poder les atribuí.

—Los hombres le quitan energía a uno. Por eso yo digo: cada oveja con su pareja... del mismo sexo; las matrias y las homopatrias funcionan mucho mejor que los lugares donde los sexos se mezclan. Ya ves este país. Nunca va haber paz aquí.

—Hay tantas mujeres como hombres peleando. Aquí lo peor es que nadie sabe por qué guerrea.

—Es el patriarcado. Por eso nos aislamos nosotras. Preferimos la vida en las matrias. No es que en ellas no existan los problemas (desde el inicio entendimos que no serían como tu mítica Waslala), pero al menos son nuestros problemas...

—Shsss..., shsss —chistó Vera, moviéndose medio dormida en los brazos de Krista—. Hablen mañana, no puedo dormir —dijo con su voz aguda, pastosa por el sueño.

Krista le acarició la cabeza tiernamente y la atrajo más fuertemente contra sí.

—Durmamos —dijo Melisandra—. Mañana tenemos que salir muy temprano.

Apenas la luz del sol tornaba de un gris rosado la claridad que entraba por la ventana, Melisandra despertó súbitamente y abrió los ojos sin moverse, alzada del sueño por algo que le pareció un hondo suspiro.

Estaba de costado y, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio la silueta de las dos mujeres desnudas y se dio cuenta de que Krista y Vera estaban haciendo el amor. Cerró los ojos otra vez, sintiéndose intrusa, pero los jadeos y los gemidos solapados y contenidos de ambas parecían no flotar en el aire, sino dirigirse directamente a su vientre, provocándole un oscuro calor entre las piernas. Incapaz de contener la curiosidad, abrió una ranura entre las pestañas, fingiéndose dormida. Vera yacía sobre la cama con un brazo alzado sobre la boca y el otro enredado entre las almohadas. Su cuerpo era hermoso; delgado, largo, de pechos pequeños y pezones alzados que se disolvían en un vientre plano y firme. Krista, más voluminosa, parecía estarle naciendo de entre las piernas; su pelo cubría la ingle de Vera y su cara se perdía en el centro de la otra, que, tensa, parecía querer abrirse cada vez más y más, entre gemidos y espasmos que Krista repetía como un eco lejano y ávido. Melisandra cerró los ojos, sin poder evitar que su mano bajara hasta apretarse el sexo, en un instintivo gesto que no supo si era de reconocimiento o de protección. Imaginó el paladar de Krista, sorbiendo la humedad, y aunque sintió, al inicio, cierta repulsión, bien pronto ésta fue sustituida por un placer extraño y prohibido incendiándole las entrañas, haciendo que su sexo titilara y se desmadejara poseído de vida propia.

Los gemidos de Vera iniciaron un desaforado *crescendo* mientras Krista seguía sumida en la hendidura de sus piernas, sus manos alzando los muslos de la muchacha como si el cuerpo de ésta se hubiese tornado en un cántaro de agua fresca en medio del desierto. Melisandra abrió y cerraba los ojos sintiendo el irresistible deseo de mover también su cuerpo, de ondularse y quebrarse para dejarse recorrer por el sentimiento cargado de electricidad que emanaba como olas de calor de la cama

vecina. Se contuvo temiendo importunarlas, pero deseando que aquello terminara pronto antes de que ellas pudieran escuchar su respiración acelerada; pronto para poder calmarse del contagio.

Si Vera recibió su orgasmo como una liberación entre brazos extendidos y pelo frenético sobre la almohada, Melisandra recibió el suyo con tremenda sorpresa. Nadie la había tocado y sin embargo allí estaba, entre sus piernas, la sensación inequívoca, la descarga mareándola, estremeciéndola. Bajó otra vez la mano hacia su sexo como para cerciorarse de que no eran cosas de su imaginación y sintió las palpitaciones fuertes, la humedad en sus bragas, la contracción del vientre relajándose en un largo espasmo de placer.

Cuando el silencio ocupó de nuevo la habitación, con Krista y Vera, durmiendo una en los brazos de la otra, Melisandra permaneció en una especie de modorra sonámbula. Recordaba su última noche con Joaquín; las embestidas, el desenfreno. Nunca había logrado que entendiera su cuerpo, su necesidad de ternura. Tuvo que acostumbrarse a la rudeza, a que la pasión sustituyera los preámbulos y la catapultara sin más hacia la cópula desaforada. Cómo sería Raphael, se preguntó dándose vueltas en la cama, visualizándolo desnudo, tierno, sobre ella.

Maclovio reapareció a la hora del desayuno. En el apretado comedor de la posada los viajeros consumían huevos, tortillas y café, mientras Pedro comandaba a los cargadores improvisados del vecindario que transportarían las provisiones y equipaje al muelle.

—Buenos días, buenos días —saludó el argentino, con su sorna habitual—. Veo que tienen cara de bien dormidos y bien comidos. ¿Listos otra vez para mecerse en «La Reina»? Yo no he dejado por un momento de sentir como si todavía estuviera navegando.

—¿Cómo está el alcalde, Maclovio? —preguntó Hermann.

—Preocupado. Hay un nuevo brote de terrorismo ecológico. Los terroristas le prendieron fuego a varias manzanas de bosque, pero la Policía Ambiental con sus helicópteros logró apagarlo rápidamente. Esto afectará, sin embargo, los próximos convenios. Cuando vengan los ejecutivos de la Corporación del Medioambiente exigirán patrullas armadas de guardabosques... Eso es bueno para mí, por supuesto —sonrió irónico.

Morris explicó a Raphael que los Espadas, para presionar a las corporaciones a que negociaran directamente con ellos, patrocinaban terroristas ecológicos que bajo la consigna «Hacemos lo que queremos. Esta tierra es nuestra», se dedicaban a quemar los bosques, cuya conservación era condición *sine qua non* para que siguiera llegando al país la electricidad y cuanto provenía del Primer Mundo.

—Creo, señores —seguía diciendo Maclovio—, que se requieren mis servicios en Cineria. Por eso he decidido salir hoy con ustedes y desatender la invitación del

alcalde de quedarme varios días... Después de todo, él está demasiado preocupado para atenderme como yo me lo merezco —añadió sonriendo maliciosamente, mientras se servía una humeante taza de café.

El traspaso de las armas habría tenido lugar anoche, pensó Raphael mirando de reojo a Melisandra, quien comía sin poner atención a las noticias de Maclovio. En su momento le preguntaría si ella estaba enterada o sospechaba de las andanzas del argentino, aunque la verdad era que éste no se esforzaba por ocultar la naturaleza de sus negocios. Quizás ya todos ellos estaban acostumbrados a estas transacciones, a la forma en que sucedían las cosas en Fagua, a convivir y congeniar con personas que se dedicaban a oficios ilícitos.

Mr. Platt apareció para despedirlos, arrastrando los pies y vestido con su mono de mecánico. El viejo no disimuló su desagrado ante la presencia de Maclovio. Como si apartara una mosca impertinente, rechazó sus saludos y lo llamó, entre dientes, sanguijuela. Posó la mano sobre el hombro de Melisandra, que, de pie, sacudía migas de pan de sus pantalones.

—Cuidate de este zalamero —le advirtió— y que te vaya muy bien. Aquí nos quedaremos esperando tus noticias. Yo le mandaré decir a tu abuelo que salieron hoy, sin novedad, para Cineria.

—Que le digan de mi parte que lo extraño; que lo quiero mucho —pidió ella, dándole un abrazo.

El grupo abandonó la posada y regresó al muelle, donde esperaba el bongo limpio, reabastecido y los remeros con los pechos descubiertos ya en sus puestos.

Melisandra volvió la cabeza para ver por última vez la serpentina del río en la distancia. El lago se abría desmesurado frente a ellos semejando un océano. La Mar Dulce lo habían llamado los españoles, azorados ante la visión de aquel cuerpo acuático cuya ribera opuesta no divisaron sino muchas expediciones después. En medio de la desembocadura vio los restos de barcos antiguos balanceándose sobre las grandes rocas que conformaran antaño los peligrosos rápidos que debían atravesarse para salir al lago. Terremotos sin cuento se encargaron de abrir la tierra hasta que el río pudo fluir sin obstáculos, pero los esqueletos de los infortunados navíos quedaron allí como testimonio de lo que fuera una empresa plagada de riesgos.

Al pasar al lado de las piedras vio un grupo de chavales. Era un deporte zambullirse para buscar, en el lodo del fondo, tesoros descubiertos por las mareas.

—Muchos de los catalejos y objetos que *Mr. Platt* tenía en la posada —dijo a Raphael— provenían de ese lugar.

—¡Carmelo, te voy a acusar con tu mamá! —gritó un remero.

El adolescente, sin inmutarse, lo saludó sonriente con la mano alzada mientras los demás, a coro, gritaban y hacían gestos de burla y despedida.

El bongo navegó rumbo al lago orillando la minúscula península donde se alzaba el puerto de Las Luces. Bajo la luz del sol de mediodía sus puertas y ripios de aluminio emitían destellos de plata.

La brisa se convirtió en ráfagas de viento al alejarse de la embocadura. El bongo se adentró en el lago bordeando la costa. Los remeros izaron el mástil de una vela triangular que recogieran en el muelle para la travesía por el lago. Desde ese punto era posible avistar tras ellos las laderas plomizas y truncas de los tres volcanes que divisaran desde el río. Empezaba para Melisandra la *terra incognita*. Las aguas del lago se quebraban en olas continuas, balanceando la barca en un sordo subir y bajar. Krista y Vera guardaban silencio, muy cerca la una de la otra. La imagen de ambas la noche anterior reverberó en la memoria de Melisandra. Le era difícil acoplar las mujeres nocturnas con éstas, plácidas y reposadas. Ella, en cambio, no experimentaba ninguna placidez. Miró el perfil de Raphael, ignorante objeto de sus fantasías, quien contemplaba ausente una agrupación de lagartos asoleándose en la costa.

Durante la travesía hacia Cineria, el bongo, sus pasajeros y pasajeras se dejaron mecer por la brisa y las tupidas olas del lago en un estado de modorra interrumpido solamente por la aparición, en el paisaje lacustre, de unos islotes desperdigados recubiertos de exuberante vegetación en donde atracaron para comer.

Por la noche la embarcación fondeó en una pequeña bahía desierta al resguardo del oleaje cuya monótona constancia sacó de juego a las holandesas y a Hermann,

postrándolos con náuseas y mareos a pesar de los parches de escopolamina que Morris distribuyó.

Después de cenar, Pedro y los remeros se pasaron varias horas contando chistes y riéndose a grandes carcajadas. El eco de sus risas, en vez de perturbar a los viajeros, los reconfortó y les amortiguó la sensación de flotar en una cáscara de nuez en aquella inmensa extensión de agua donde, por varias horas, no habían visto ninguna señal de vida humana.

No bien la luz de la madrugada dibujó los infinitos pliegues del agua, Pedro sopló su infatigable caracola alzándolos del sueño. Los remeros izaron de nuevo la vela y el bongo reemprendió la travesía. Al mediodía se internaron lago adentro para cruzarlo diagonalmente. Sin la protección de la costa las olas aumentaron de tamaño y frecuencia. La embarcación se remontaba sobre las crestas y caía de golpe. El agua roció a los pasajeros, apretujados en el cobertizo.

—Menos mal que, entre viaje y viaje, olvido que he vivido esto —dijo Hermann, pálido.

A Melisandra el bongo se le hizo, por primera vez, insignificante y debilucho. Pensó en Colón cruzando el Atlántico en su endeble carabela; los antiguos navegantes arriesgándose por mares ignotos, y se sintió parte de esa estirpe de viajeros que salieran en el curso de los siglos en búsqueda de quimeras, ignorando su verdadero destino final. La evocación tuvo el efecto de convertir el agitado paso por el lago en una experiencia vivificante.

Al atardecer vieron la cúspide de dos volcanes gemelos aparecer en el horizonte.

—Se cuenta que los primeros pobladores de Fagua tenían instrucciones de sus sacerdotes de no detenerse hasta encontrar dos cerros gemelos sobre una isla —dijo Pedro—. Sólo puedo imaginar lo que habrán sentido viendo esas bellezas.

Eran unos conos perfectos, de laderas lisas color rojo oscuro. En el crepúsculo amarillento los contornos se apreciaban con nitidez. Nubes pequeñas retozaban en las cúspides y pronto vieron la isla recubierta de vegetación selvática, espuma verde desde donde nacían aquellos dos pechos gigantescos.

Dejaron atrás la isla y se encaminaron hacia el diluido perfil de la costa. El sol poniente encendió el paisaje con púrpuras y naranjas. Raphael evocó el mundo primigenio sometido a los cataclismos de la génesis.

Tierra adentro

Atracaron junto a una plataforma herrumbrosa que se mecía de un lado al otro en el oleaje. La noche se instaló de súbito y sin estrellas, disolviendo los rasgos de las caras y transformando los cuerpos en densas concentraciones de sombras.

«Parece el lomo de un tren descarrilado», pensó Raphael viendo los contornos rectangulares y el rojo oxidado iluminado por la linterna de Pedro. Viejas ruedas de caucho amortiguaban el atraque de las embarcaciones. Atadas con sogas maltrechas, se bamboleaban produciendo, al chocar contra el metal, el sonido ahogado de un tren que soñara ir aún sobre un camino sumergido tiempo atrás.

Pedro empuñó la caracola y prorrumpió en un corto mugido. Era la señal. Del otro lado de la plataforma surgió una embarcación neumática. La pequeña lancha se acercó a un costado del bongo y sendos haces de luz de las linternas, pequeños y vacilantes, se cruzaron de un lado al otro.

Morris reconoció a Josué, el adolescente ayudante de Engracia, demasiado mayor para sus años. Entrevió, sin engañarse por la ceguera con que la noche los castigaba, que estaba mucho más crecido, con vestigios ya de barba en su cara larga y translúcida. El foco de Pedro bañaba su rostro con un halo amarillento y su cabeza sin cuerpo se mecía como una aparición beatífica en la oscuridad.

—¿Está preparado el profesor Morris? —interrogó el muchacho, luego de intercambiar saludos y pormenores de la navegación con Pedro.

—Sí —dijo el capitán de «La Reina»—. Y tengo dos pasajeros más para ti: la nieta de don José y un acompañante de ella.

—Lo sé —dijo la cabeza de Josué, flotando sobre las olas.

—¡Hola, Josué! —saludó Morris, desde el bongo.

—¡Hola, profesor! —respondió Josué. Su cara esbozó una sonrisa de contenida alegría al escuchar la voz del científico.

Melisandra y Raphael observaban con fascinación aquel intercambio surrealista desde el cobertizo de «La Reina».

—Procedamos —dijo Pedro—. Melisandra transbordará primero.

Con movimientos seguros, ella llegó junto al adolescente, que le ayudó a estabilizarse en la lanchita y a sentarse en la tabla que, en el centro, servía de asiento. Raphael la siguió y por último transbordó Morris, cuyo peso tambaleó la frágil embarcación sin que esto pareciera amedrentar al muchacho que, rápidamente, se movió para balancearla y evitar la volcadura.

Las embarcaciones flotaron una al lado de la otra un rato más, mientras los pasajeros se despedían sobriamente. Nadie, ni siquiera Maclovio, hizo mayores aspavientos. Estaban cansados y sólo querían llegar a puerto.

—Nos volveremos a encontrar —dijo Hermann restándole importancia a la

separación—. Todos los caminos se cruzan en Fagua.

—Así es —dijo Morris desde la lanchita neumática, mientras acariciaba rudamente la cabeza del serio Josué, como si así quisiera recordarle que era sólo un niño grande.

—Gracias, Pedro —gritó Melisandra—. No olvides mis recomendaciones —añadió.

—Buena suerte —respondió Pedro—. No te preocupes por nada.

Raphael extendió la mano en señal de despedida. Las linternas se apagaron y en la oscuridad la pequeña embarcación se deslizó en el agua alejándose del bongo.

Melisandra contempló la masa oscura de «La Reina» y sintió una nostalgia precoz. El bongo era la última superficie conocida; una prolongación del río en cierta forma. De aquí en adelante, nada le sería familiar. Entraba en tierra extraña, rodeada de extraños. Buscó la mirada de Raphael. Sus ojos brillaban en la oscuridad, como los de un gato, acercándose para reconfortarla. Le sonrió sin saber si su gesto sería visible. Estaban muy cerca. Raphael extendió la mano. Le acarició la pierna como acariciaría a un nervioso animal doméstico.

Melisandra puso su mano sobre la de él y tanteó sus dedos uno por uno, restregándole el dorso con la mano derecha. Las manos de Raphael le gustaban. Muy masculinas, de dedos cuadrados, expresivas. Raphael reconoció las manos de ella, delgadas pero fuertes. En las yemas y los nudillos, el trabajo en el campo había dejado su huella.

Morris conversaba en voz baja con Josué sobre cómo marchaban las cosas en el derruido edificio del colegio donde Engracia se instalara años atrás, llegada a Cineria desde quién sabe dónde. La concesión de encargarse del desembarco y entierro de la basura se tornó en actividad provechosa cuando se negociaron los convenios en los que las corporaciones acordaron enviarles, sin triturar, carrocerías y otra amplia variedad de equipos descartados. De la lástima que le profesaran los cinerinos al inicio, Engracia pasó a gozar de respeto y reconocimiento. Era un poder en la ciudad. Los objetos llegados en los contenedores, reparados y pintados, tomaban nueva vida y significaban grandes mejoras en la cotidiana existencia de sus conciudadanos.

—Usted sabe, profesor —decía Josué—, lo codiciada que es nuestra mercancía. Hemos tenido que armar escuadras militares para proteger la ruta de las barcazas desde el Pacífico hasta el lago. Tenemos gente en cada esclusa y a lo largo de los veinte kilómetros del canal. Los Espada se hacen los inocentes, pero son ellos, por supuesto, quienes respaldan a los que intentan emboscar las barcazas.

—Era de esperarse —dijo Morris—. Desestabilizar el sistema montado por Engracia podría dar pie a que las corporaciones dividieran entre varios las entregas. Pero los Espada no lo lograrán —añadió con seguridad—. Nunca.

—Hemos tenido que redoblar las precauciones y mantenernos alertas. Nuestra

vigilancia ha mejorado desde la última vez que usted estuvo aquí. Ahora tenemos más armamento... Esto nos ha ayudado a mantener interesados en el trabajo a los que antes preferían alistarse en las bandas.

Desde hacía meses, además, siguió diciendo Josué, un chino que, por la tarde, vendía legumbres y juegos pirotécnicos en un puesto ambulante montado sobre una bicicleta, llegaba a darles clases de kárate y otras artes marciales.

Morris se sonrió admirando los recursos de Engracia para hacerle frente a cualquier cosa. Desde la primera vez que llegó con la misión oficial de inspeccionar la incineración de la basura, le impresionó aquella mujer monumental cuya estatura era totalmente inusual en esas latitudes. «La giganta», la habían llamado desde niña en su pueblo. Engracia medía seis pies y cinco pulgadas de cuerpo fuerte color barro. Sus manos y pies eran también imposiblemente largos, de manera que su madre, desde la adolescencia, tuvo que prohibirle entrar en la cocina porque quebraba cacharros a diestra y siniestra. No tuvo mejor éxito en otros oficios domésticos. Se desarrolló apartada de las mujeres y tuvo que ingeniárselas para poder construirse para sí un lugar útil en el mundo.

El halo de soledad que la rodeaba intrigó inicialmente a Morris. Ni ella misma, con su carácter jovial y su punzante humor, ni los mosquitos lograban traspasarlo. Cuando las nubes de chayules subían del lago en invierno, y había que envolverse en trapos para evitar que los minúsculos insectos se les metieran en la boca, en las fosas nasales y en las orejas, los muchachos no se cansaban de mirar como éstos se estrellaban a un palmo de Engracia detenidos por una muralla invisible, una burbuja infranqueable que la envolvía de pies a cabeza.

Morris tenía en su haber el mérito de haber traspasado aquel espacio frío, que la obligaba a abrigarse incluso en lo más caluroso del verano. A su lado, Engracia recuperaba el calor y era momentáneamente feliz. Los muchachos le profesaban admiración y cariño por el efecto benéfico que tenía sobre ella, pero también porque fue él quien pacientemente les enseñó las nociones de mecánica y les montó el taller para que repararan y rehabilitaran radios, planchas, tostadoras, licuadoras, máquinas de cortar la hierba, cafeteras, hornos de microondas, secadoras de pelo, exprimidores de zumo, máquinas de escribir, procesadores de texto, televisores... en fin, los aparatos extraños y obsoletos que venían por montones en los contenedores, revueltos con los fardos de pañales desechables, el plástico de envases irreconocibles, el desperdicio cotidiano de las sociedades de la abundancia. A Morris aquella asesoría le pareció una simpática broma del destino hasta que, gracias al concienzudo trabajo de los jóvenes clasificando la basura, empezó a detectar en los cargamentos peligrosas cantidades de desecho tóxico.

Su alarma no sirvió de mucho para disuadirla a ella.

—Ni hablar de parar el trabajo. Tomaremos precauciones —le dijo—. Dinos qué debemos hacer.

Les consiguió máscaras protectoras, trajes, que los muchachos, riendo, llamaban

trajes de buzo. Dudaba que los usaran. Centró sus esfuerzos en preparar un extenso reporte para las corporaciones. Lo presentó a sus juntas directivas. Le aseguraron que se trataba de un accidente. Denunció el hecho en foros internacionales. Lo despidieron de su trabajo. Organizó una institución dedicada a documentar acusaciones semejantes. Era un oficio quijotesco, pero alguien tenía que hacerlo.

—¿Han tomado las precauciones que les expliqué la última vez? —preguntó a Josué.

—Se nos murieron todos los gatos el año pasado luego que pasaron la noche jugando en un contenedor recién llegado —dijo Josué—. Por ellos nos dimos cuenta de que algo peligroso venía allí y enterramos el contenedor y los gatos, vestidos con los trajes de buzo, las máscaras y todo lo que usted nos dio. Hemos tenido más cuidado desde entonces.

Se acercaban a la orilla. Desde el agua, Morris divisó el alto farallón y las luces del viejo colegio abandonado donde Engracia estaría esperándolo.

Desde su precario equilibrio en la proa del barquito, Raphael divisó la silueta blanquecina del muelle. A diferencia de los que viera en el viaje, éste era de hormigón y parecía más moderno, con altas poleas adosadas al extremo. Se acercaron a una escalera que bajaba hasta el agua.

Josué saltó fuera de la lanchita y se perdió en la oscuridad.

—En un momento estoy de regreso —dijo.

Melisandra miró en lo alto las luces del edificio. El silencio y la oscuridad emanaban una sensación de abandono. Sólo se escuchaban las olas lamiendo constantes la playa. Pasaron varios minutos y, de repente, los deslumbró una luz intensa. Raphael gritó un insulto en inglés. Morris dejó escapar un gruñido. Con las pupilas todavía dilatadas, oyeron reaparecer a Josué sobre el muelle.

—¿Qué le parece, profesor? —preguntó, blandiendo una sonrisa traviesa—. Ahora podemos descargar las barcasas de noche. Encontramos estas lámparas en uno de los contenedores. Dice Engracia que son lámparas de estadio. No tuvimos ni que repararlas. Funcionaban perfectamente. Sabe Dios por qué las habrán descartado.

—Fantástico —dijo Morris, alisándose el cabello con su mano metálica, que centelleaba en la luz artificial—. Sólo que la próxima vez debes avisarnos para que cerremos los ojos. Nos cegaste por un buen rato.

—Las luces también nos sirven como arma —dijo Josué, sin dejar de moverse—. Las encendemos cuando sentimos una presencia extraña. Los intrusos no tienen tiempo de reaccionar y cuando logran hacerlo ya están rodeados. Los obligamos a marcharse sin necesidad de gastar municiones. Quería hacerles una demostración —añadió guiñando un ojo, jugueteón.

Josué les ayudó a impulsarse para alcanzar las gradas y sacar el equipaje.

Subían la última maleta cuando hizo su aparición un SAM rojo, conducido por otro adolescente, que saludó al profesor Morris con gran afecto.

Las luces les permitieron observar que habían desembarcado en una hendidura del farallón en cuya cúspide se alzaba el edificio de Engracia. La playa era ancha, de arena cafezusa cubierta por tupidas plantas rastreadoras verdes y extrañas que se internaban en el lago hasta las primeras crestas de las olas. El muelle estaba provisto de rieles sobre los que se deslizarían los contenedores luego de ser alzados de las barcasas por poleas.

Bajaron por una rampa hasta el vehículo que los esperaba, estacionado en un amplio semicírculo asfaltado desde donde partía el camino cuesta arriba.

—Nunca había visto un muelle como éste —comentó Melisandra—. ¿Quién lo hizo?

—La compañía que manda la basura lo construyó —dijo Josué—. Nos facilita

bastante el trabajo.

Poco después atravesaron la cancela de hierro que marcaba la entrada del antiguo colegio, rodeado de un muro alto que, aun en la oscuridad, se adivinaba cubierto de pintadas. El vehículo dobló una curva y se detuvo en una rotonda frente a la entrada principal. En el centro se alzaba la estatua de un sacerdote larguirucho y calvo que, con expresión beatífica, mostraba el catecismo a los incautos visitantes. Era difícil, en la oscuridad, formarse una idea exacta del edificio. Raphael concluyó que era de estilo colonial, con detalles de templo griego. Tenía dos pisos y, en ambos, largos corredores orientados hacia el lago. Sobre la entrada principal, un friso triangular con imágenes en relieve mostraba escenas de la misión evangelizadora del sacerdote de la entrada.

Morris esperaba encontrar a Engracia de pie al lado de la puerta principal, mirándolo con la ironía con que disfrazaba la felicidad de verlo, pero no estaba. Entraron. Acostumbrada al olor virginal del río, Melisandra se percató inmediatamente de los extraños olores que flotaban en el ambiente. Atravesaron un grueso pasillo rematado por arcos y desembocaron en otro corredor que daba a un extenso patio. Aquí y allí colgaban del techo unas cuantas bombillas que alumbraban con luz mortecina. Por todos lados se amontonaban objetos cuyas formas eran difíciles de definir en la penumbra. La atmósfera del lugar era de almacén abandonado o de fábrica en tinieblas. No se veían mayores señales de vida. Habitaciones que, en su tiempo, fueran aulas se sucedían unas a otras en una interminable línea de puertas cerradas.

—¿Dónde está Engracia? —preguntó Melisandra.

—Ya la conocerán mañana —respondió Josué—. Hoy quería estar a solas con el profesor. Pensó que usted y el señor preferirían descansar del viaje.

Melisandra y Raphael intercambiaron sonrisas con Morris. Josué desapareció con él y los dejó con el otro acompañante, quien les indicó con gran amabilidad que les habían preparado una habitación en el segundo piso. Podían también subir a la terraza si es que querían tomar un poco de aire fresco antes de retirarse para la noche.

Los condujo a un cuarto vacío, con dos colchones angostos colocados en el suelo, una garrafa con agua, dos vasos y una cesta con pan y frutas. Dándoles las buenas noches, los dejó solos.

—Extraño recibimiento —dijo Raphael, volviéndose hacia ella y mirando a su alrededor—. ¿Cómo habrán sabido que llegábamos nosotros también?

Melisandra encogió los hombros en señal de ignorancia.

—Les avisaría *Mr. Platt* —especuló, dirigiéndose a la ventana, descorriendo los postigos. El sonido de las olas del lago entró en la habitación junto con una bocanada de aire fresco.

—Qué olor más peculiar hay aquí —comentó ella.

—Olor a basura degradada, supuestamente inocua —dijo Raphael, mirando los colchones puestos uno al lado del otro. Ella no pasó por alto su mirada.

—Vamos a la terraza. Se verán las luces de Cineria desde allí —dijo Melisandra.

Raphael sacó la linterna de mano que llevaba en su bolso. Salieron al pasillo. Al pie de la escalera encontraron un gato, que no se inmutó al verlos. Al final de las gradas, una puerta de hierro con un cerrojo sin candado les franqueó el paso hacia la extensa superficie del techo plano de hormigón del edificio, convertido en terraza por una balaustrada de pequeños y blancos pilares torneados. Bancos de cemento ennegrecidos por la intemperie estaban colocados a intervalos regulares. Del lago venía una brisa fresca, suave y agradable, que desalojó el olor dulzón a basura que Melisandra sentía como una molestia adherida a las fosas de la nariz. Aspiró una gran bocanada de aire y caminó abriendo los brazos. En el cielo, parcialmente despejado, se asomaban unas pocas estrellas. Raphael la siguió hasta el extremo de la terraza. Apoyados en la balaustrada, se asomaron a las luces que se veían a lo lejos.

—¡Cineria! —dijo Melisandra, suspirando—. La gran ciudad señorial, la más antigua de Fagua; quemada y reconstruida varias veces, saqueada por los piratas. Allí nació mi abuelo. He oído tantas historias de Cineria... Me parece mentira que la esté viendo.

—A mí lo que me parece mentira es que sea la primera vez que vienes.

—Cuando las guerras se hicieron endémicas, mi abuela dispuso que era un asunto de principios retirarse al río y no volver a poner los pies por aquí. Creo que fue también su manera de obligar a mi abuelo a desistir de la búsqueda de Waslala. La última vez que vinieron fue a raíz de la desaparición de mis padres. Yo vine con ellos, pero era muy niña. No recuerdo nada.

—Has vivido muy aislada de lo que pasa en el resto del país... ¿No es cierto?

—No exactamente. En la hacienda hemos tenido nuestra cuota de penurias también. Es una vida bucólica sólo en apariencia. Pobre mi país —susurró pensativa—. ¡No sé cómo ni cuándo saldremos de esta situación!

Su tono oscilaba entre la melancolía y el cansancio. Hablaba bajo, para sí misma. Raphael calló, dejó de hacer preguntas.

Melisandra pareció perder, súbitamente, el interés por las luces lejanas y bordeó la terraza hasta llegar frente al lago. Él la siguió.

—Todavía tengo la sensación de ir en barco —comentó ella—. Me pregunto cómo se habrá sentido la gente que antes cruzaba los océanos en barcos de vela.

—Se sorprenderían de ver lo pequeño y hostil que se ha tornado el mundo —dijo Raphael—. Al menos en esos tiempos de los barcos de vela, existía la posibilidad de encontrar nuevas tierras. Pero ya no queda nada por descubrir...

—Eso está por verse —sonrió ella, mirándolo—. Yo espero descubrir Waslala.

—Bueno, siempre existirán secretos que descubrir. Retos. Si no los hay, nos los inventamos. Uno de mis poemas preferidos termina así: «*To strive, to seek, to find and not to yield*». Luchar, buscar, encontrar y nunca cejar. El poeta imagina a Ulises, aburrido después de llegar a Itaca, embarcándose de nuevo, abandonando otra vez a Penélope.

—¿Te sabes el poema de memoria? —preguntó Melisandra.

—Me lo sabía, pero no sé si lo recordaré todo. Hace mucho que no lo digo... «*It little profits that an idle king...*» —empezó inseguro, tanteando cada verso. No recordaba exactamente las primeras estrofas, pero a medida que fue acercándose al final, su entonación se tornó más segura, su dicción más fluida, mayor el gozo ante las palabras. Melisandra lo escuchaba. Cerró los ojos para oír y comprender mejor. Raphael terminó. Tocó la nariz de Melisandra suavemente. Ella abrió los ojos.

—Ya no existen esos impulsos épicos —dijo Raphael.

—Quizás por eso te fascine la idea de Waslala.

—Puede ser. Me cuesta sentir simpatía por las causas heroicas de ahora: la militancia de los vegetarianos, de los físicoculturistas..., la gente se afilia a cualquier cosa.

—Es muy hermoso ese poema —dijo Melisandra—. No me parecías el tipo de persona que se aprendiera poemas de memoria. Me hiciste pensar en mi abuelo. Constantemente cita a los poetas.

—La poesía es una de mis ocupaciones vergonzantes.

—Yo crecí oyendo poesía —dijo ella.

Guardaron silencio. Se rozaron. Melisandra se volvió hacia él y lo miró con su mirada tranquila.

—Tengo frío —dijo ella—. Ya es tarde. Vamos a dormir.

Él le pasó el brazo por los hombros. Melisandra se apretó contra él mientras se dirigían hacia la escalera.

Raphael la apretó contra su pecho. Le frotó la espalda para calentarla; sus gestos eran cariñosos, pero a medida que la intimidad demandaba mayor cercanía, se tornaban un poco torpes. Los ríos interiores de Raphael estaban sembrados de diques, pensó Melisandra, pero cada vez le gustaba más la ternura de su mirada. Cuando llegaron de vuelta a la habitación, él cerró los postigos, luego se dejó caer en la colchoneta, puso los brazos bajo la cabeza, habló de esto y lo otro. Ella estaba de pie, mirándolo distraída.

—Con tu permiso, yo sí me voy a desvestir —dijo de pronto, empezando a bajarse la cremallera de los téjanos—. Detesto dormir vestida.

Sentada sobre la colchoneta, desató sus zapatos y luego, poniéndose otra vez de pie, deslizó los pantalones hasta el suelo, los sacó con un movimiento de sus pies y los dobló cuidadosamente. En camiseta, apagó la luz y se acostó a su vez. Esperó que él la buscara en la oscuridad, pero continuó inmóvil, respirando trabajosamente a su lado.

—No tienes la respiración muy tranquila —bromeó, viendo los ojos de Raphael abiertos, brillantes, en la penumbra.

—Me gustaría tocarte —dijo Raphael—. No sé cómo resisto.

—¿Y? —preguntó ella.

—Desconozco tus costumbres. No sé si aquí también es necesario negociar,

discutir primero. Perdóname. Seguramente te parecerá extraño —farfulló avergonzado, notando la cara de absoluta incomprensión de ella.

De pronto se echaron a reír ambos a carcajadas. Riéndose aún se arrancaron la ropa, dejando por fin que el deseo reprimido los desenfrenara. Se revolcaron por el suelo, celebrándose como amantes reencontrados luego de años de ausencia, besándose feroces, pero también tiernos y traviosos, al tiempo que con las manos comprobaban, pesaban, delineaban las formas que la una le imaginara al otro, deteniéndose, bajando y subiendo para ver, tocar, oler y recorrerse con la lengua el arco del hombro, la depresión del cuello, la cuenca de los ojos, las ventanas de la nariz, el caracol de la oreja, las muñecas, el quiebre del brazo y de la pierna, el declive de la cintura, la columna vertebral, los omoplatos, la frente, el ombligo, el vientre, el pubis, los pechos. Hicieron el amor de todas las formas posibles, asombrados de que sus cuerpos se acoplaran en la ferocidad y la ternura. Murmuraban lo que pensarán tras conocerse. Las palabras les salían de la boca llenas de un amor que ellos mismos se asombraban de oír, y desafiaban cálculos, premoniciones, cuanta evidencia de lo efímero y pasajero de su encuentro los confrontara desde que sus ojos se reconocieran en el corredor de la hacienda.

Después del último orgasmo, Melisandra se sentó de pronto en el suelo, enrolló las piernas, alzó los brazos y, levantando la cabeza mientras arqueaba el lomo como felina, descargó el aire de sus pulmones en un largo grito primitivo. Raphael la abrazó. ¿Qué era eso?, preguntó, dulce.

—No quisiera que te fueras. Me gustaría quedarme contigo.

—Mañana los chavales van a decir que fue La Cegua, la mujer fantasma que grita buscando a sus hijos, pero a mí me pareció un grito de amor —dijo Engracia—. No te preocupes y quédate quieto que hace mucho que nadie me abraza.

Morris se recostó sobre las almohadas y Engracia se acomodó de nuevo sobre su único brazo. Ella jamás había permitido que se metiera en la cama con el brazo metálico, por mucho que él le asegurara que era tan diestro en usarlo que ni siquiera se enteraría. La prótesis descansaba sobre la mesa de noche. Morris no aceptaba separarse de su extremidad mecánica.

—¿No crees que pueda tratarse de algún problema? —preguntó.

—Ya te dije lo que fue, amorcito —dijo ella, soñolienta—. Esta noche la única que tiene problemas soy yo. No quiero dormir.

Se sentó en la cama y sacudió fuertemente la cabellera larga y entrecana que le llegaba hasta la espalda y que, en el día, acomodaba en una gruesa trenza.

—¿Quieres café? —preguntó, levantándose y dirigiéndose hasta una mesa donde se veía una cafetera.

—Está bien. Aprovéchate de mí. No importa que no haya dormido de un tirón ni una sola noche en una semana...

—Dormir es una pérdida de tiempo —respondió ella, mientras llenaba las tazas y regresaba al lecho—. Lo único que les envidio a los Espada es la leyenda esa de que nunca duermen, aunque me temo que no sea más que eso: una leyenda. ¿Cuántas horas dormía yo la última vez que nos vimos?

—Cuatro.

—Bueno. Ahora ya las he rebajado a tres. No es demasiado progreso, pero algo es algo.

—Pues tendrás que tener paciencia conmigo. Yo duermo cinco.

Engracia estaba totalmente desnuda. Su cuerpo ya no era joven, pero seguía siendo fuerte e imponente. Tenía piernas delgadas y altas, que sostenían las caderas angostas y unos pechos grandes en descenso, que ella movía de un lado a otro con el mismo desenfado con que sacudía su larga cabellera. A Morris siempre le pareció una amazona descarriada. Bien podía imaginarla desnuda y morena con el pecho amputado para cargar mejor el arco y las flechas.

—¿Estás segura que no has crecido más, Engracia? Te veo más alta.

—No sé. Puede ser que sí. Los pies me han crecido. Ya no hay zapato que me quede —respondió ella, levantando una pierna y mirándose el pie, que giró de lado a lado, observándose el arco como si temiera que pudiera estar creciendo mientras hablaban.

—¿Qué hiciste con mis compañeros de viaje?

—Los mandé a dormir, bien instalados, en un cuarto para ellos solos. No estaba de humor para recibirte con formalidades y prefiero no ser afectuosa en público. Me resta autoridad —dijo con sorna.

Morris sonrió. A él no le extrañaba que ella hubiera sabido de sus acompañantes. Engracia parecía saberlo todo. Ya mañana habría tiempo para que conversara con ellos, pensó. Mientras tanto era bueno tenerla para él solo; hablar de los meses sin verse. Usualmente, se devoraban los primeros días. Engracia lo dejaba extenuado. Se saciaba y luego volvía otra vez a su estado de amazona indiferente a los placeres de la carne. En pocas semanas recorrían aceleradamente el camino del amor, desde la luna de miel hasta el apaciguamiento de un matrimonio añejo.

Acostada a su lado, Engracia fumaba un cigarrillo formando con su boca grande anchos círculos que subían en espirales hasta el techo.

—Maclovio trajo un enorme cargamento de armas —dijo Engracia—. La noticia me llegó desde que ustedes estaban en Las Luces. Los Espada lo están esperando con bombo y platillo, pero Maclovio también me mandó a ofrecer parte del cargamento a mí. En el río posiblemente ignoran que él utiliza la hacienda para sus negocios.

—Pienso que Melisandra sospecha —dijo Morris—, pero no estoy convencido de que sea conveniente alertarla ahora. Don José quedó con el personal de la hacienda. No creo que corra peligro mientras Maclovio no se vea descubierto. Me parece que es importante que ella continúe su viaje hacia Waslala. Si alguien va a encontrar ese lugar, esa persona es ella.

—No le será fácil —sentenció Engracia—. Los Espada tratarán de impedirselo; estoy segura que les interesa que ella se pierda, que nunca regrese, igual que sus padres. Temen el prestigio de don José, las expectativas que se creará la población alrededor del viaje de la nieta.

—Pues habrá que encontrar la forma de abortar sus planes. Ciertamente, tú puedes ayudarla.

—¡Ah, profesor, profesor! —exclamó Engracia, levantándose de nuevo a servirse más café—. ¡No sé si me alcanza la manta para ocuparme de eso también! Mientras más vivo más me convenzo de que Waslala es incompatible con la naturaleza humana. No somos buenos. Si lo fuéramos, nos aburriríamos de manera insoportable. Sólo muertos somos inofensivos. Por eso el cielo es de los muertos.

—Pero Waslala es el cielo en la tierra. Sin violines —dijo Morris, sonriendo irónico—. Al menos así fue como tú misma la describiste.

—De repente me pongo romántica, me doy el lujo de ser idealista... cada vez me sucede menos, afortunadamente. Vivir en medio de la basura le da a uno mucha lucidez... —dijo Engracia, levantando una ceja, clavando la mirada en un punto vacío—. Claro que sería fantástico que encontraran Waslala. Como ciudadana de Fagua me enorgullecería mucho; mientras más basura veo más comprendo que tan desgraciados son los que todo lo tienen como los que sólo tenemos sus desechos. Pero aun suponiendo que encontraran Waslala, eso no resolvería los problemas...

—A mí me bastará con saber que Waslala es posible. Sólo saberlo. No importa si nunca puedo llegar hasta allí —dijo Morris, mirando el reflejo distorsionado de su cara en el aluminio de la prótesis.

—Por eso te quiero, profesor —sonrió Engracia, inclinándose para depositar un beso sobre el muñón del brazo. Súbitamente aliviado de dureza, su rostro le pareció a él joven y exquisitamente dulce.

A la mañana siguiente los despertaron los sonidos guturales del chino entrenador. Melisandra y Raphael se vistieron rápidamente y salieron al corredor. Estaban aún tibios y soñolientos por la intimidad de sus cuerpos engarzados y la penumbra de la habitación, de manera que la luz desparpajada de la mañana los despabiló de golpe.

Una veintena de muchachos, vestidos a cual más estrafalario, se encontraban formados bajo el balcón del segundo piso, repitiendo los gritos y patadas del maestro de artes marciales. La bicicleta del chino con el toldo y vagón de su puesto de verduras estaba arrimada contra un pilar, dando a la escena un toque doméstico y cómico. Pero los muchachos y el chino eran el detalle menos extraño de aquel cuadro: el patio enorme era la playa donde la civilización moderna depositara los despojos de su naufragio. Restos de cuanto objeto cupiera en la imaginación yacían allí apilados en grandes montañas, componiendo esculturas caprichosas, entes de otro mundo que sólo después de una larga observación se revelaron como amontonamientos de marcos de miles de puertas y ventanas, estructuras de incontables camas de hierro, pilas de colchones, montañas de aparatos sanitarios, ruedas, llantas, electrodomésticos computerizados, antiquísimas lavadoras, secadoras, refrigeradores, televisores, monitores de computadoras voluminosas y paneles aerodinámicos de modelos en desuso, sillas de ruedas, toneladas de botellas de vidrio escapadas del reciclaje, mobiliario de oficinas, carrocerías, expositores de mercancías, maquinaria industrial, calderas, purificadores de aire, candelabros, lámparas. Entre montañas de objetos se veían recuadros o círculos de sillas o mesas o sofás desencajados, sobre los que se apilaban artículos menos voluminosos o más difíciles de catalogar. Por todas partes la maleza crecía alta y desordenada; un humo acre salía del sector más retirado del patio, donde estaba la estructura metálica en forma de retorta y chimenea de un primitivo incinerador. Alineadas contra el muro limítrofe del colegio se podían ver incontables fardos de basura. Sobre la malla de alambre de lo que debió de haber sido un campo de béisbol, colgaban, secándose al sol, innumerables prendas de vestir que despedían una pelusa blanca y textil. Lo que podía verse del edificio también estaba atiborrado. Las paredes apenas sobrevivían la avalancha de objetos que se apilaban por todas partes. Raphael tuvo la imagen absurda de una gigantesca pala mecánica haciendo llover desde el cielo sobre aquel espacio toda la chatarra del mundo.

Bajaron las escaleras. Melisandra se adelantó hacia la montaña más cercana, donde yacían las armazones de camas y los colchones. Los muchachos del patio continuaron con los ejercicios, pero la siguieron con miradas de soslayo mientras el profesor chino les gritaba que se concentraran o perderían la fuerza.

Raphael caminó al lado de la pila de camas y colchones sin perder de vista a

Melisandra, que, perpleja, hurgaba ahora un barril lleno de accesorios de baño: jaboneras, portarrollos de papel higiénico, toalleras. La clase con el chino llegaba a su fin. Los muchachos se inclinaban con las manos juntas frente al pecho ante el maestro, quien poco después recuperó el talante de comerciante de verduras y partió en su bicicleta.

Josué se desprendió del grupo y les ofreció un recorrido por las instalaciones. Abandonando su pesquisa solitaria, Melisandra se aproximó.

—¿Qué hacen con todo esto? —preguntó—. Hay cantidad de cosas útiles aquí... Hay cosas que jamás había visto.

No lo decía, sonrió para sí Raphael, con interés sociológico. Si Melisandra hubiera tenido un carrito de supermercado con que pasearse entre los montones, la llenaría en un dos por tres.

—Esto es una mina de oro. La extracción es difícil, pero lo que se colecta es muy valioso. La mayoría de esos aparatos, por ejemplo —dijo Josué, señalando la acumulación de lavadoras y demás electrodomésticos—, funcionan aún perfectamente.

—Pero en Cineria la gente no usa esas máquinas para lavar la ropa... —dijo Melisandra.

—Claro que las usan —afirmó Josué, un poco ofendido—. Tenemos gran demanda, sobre todo de las que funcionan con energía solar. Les encantan a las familias. Deberías probar una. Pedro te la puede llevar de regreso a la hacienda —añadió.

Raphael sonrió. Melisandra abrió la lavadora sobre la que estaba apoyada y la examinó por dentro. Josué parecía haber hecho, sin mayor esfuerzo, su venta del día.

—Explicame, Raphael, ¿por qué vienen estas máquinas en la basura si aún funcionan? —preguntó Melisandra.

—Porque cada año los fabricantes ofrecen máquinas más sofisticadas, con nuevos aditamentos, y la gente tiene afición por lo nuevo, por lo último...

—Qué desperdicio increíble. Qué pecado —dijo Melisandra.

Raphael hizo un gesto de resignación con los hombros.

—Si la gente no estuviera dispuesta a cambiar lo viejo por lo nuevo, los fabricantes no tendrían estímulo para producir mejores máquinas. Todo tiene sus pros y sus contras —explicó.

—Pues, para nosotros, mejor —intervino Josué—. Si no fuera por esta mercancía de segunda, como bien dice Engracia, ya hubiéramos vuelto a la época de las cavernas...

Les indicó que lo siguieran. Conversar no era algo que ocupara un lugar destacado en su lista de prioridades.

A todo lo largo del edificio, en lo que antes fueran aulas, se encontraban las áreas de clasificación. Los objetos grandes permanecían en el patio. Los fardos compactos de basura se trasladaban a estos cuartos para ser procesados. A medida que se

aproximaban a la hilera de cuartos, el mal olor se intensificaba. Josué parecía no sentirlo, pero Melisandra y Raphael a duras penas disimulaban su repugnancia.

En el primer cuarto, el más maloliente, se abrían los fardos para sacarles la basura degradable. Luego la pasaban al segundo cuarto, donde otro grupo de muchachos, sentados a horcajadas en pequeños banquillos, procedía muy lentamente a examinarla y a extraer de ella cualquier objeto. Lo que iban recuperando lo tiraban en unos grandes cestos de paja que eran luego pasados al tercer cuarto para una nueva clasificación. Al final del día, Engracia revisaba el trabajo e indicaba lo que debía conservarse o tirarse en el incinerador.

Los adolescentes, cuyo número era difícil de calcular, se movían con gran energía entre cuarto y cuarto, en un ambiente de papeles estrujados, latas aplastadas y pelusa pestilente. Algunos llevaban mascarillas sobre la nariz y la boca; otros, simplemente se habían amarrado un pañuelo al estilo de los viejos bandoleros del Oeste.

Era un trabajo sucio, dijo Josué. Sin embargo, eliminada la basura, empezaban a aparecer las sorpresas, los tesoros. No se podían imaginar las cosas que encontraban.

Los guió hasta el final del pasillo hacia dos habitaciones cerradas con gruesos candados. Tenía las llaves en un manajo que llevaba colgado de la cintura.

Al entrar vieron estantes de todo tamaño repletos de libros colocados en filas dobles e incluso triples. Las ventanas estaban cerradas y la única luz provenía de la puerta entreabierta. Penetraron en silencio, casi de puntillas. Josué cerró la puerta y prendió una lámpara de neón adosada a la pared.

—Ésta es nuestra biblioteca —anunció, su tez verdosa por la luz macilenta—. Tenemos ediciones que datan de 1920. Fue una idea del profesor Morris.

Melisandra caminó entre los estantes. Tomó varios ejemplares abriéndolos delicadamente. Raphael hizo lo mismo. Nunca había tenido físicamente tanto libro a la mano. Visitaba las bibliotecas virtualmente. Ya no era necesario hacerlo de otra manera. Se accedía a los libros vía Masterbook, matriz electrónica con la ductilidad de un libro, cuyo texto se podía proyectar en la pared —para leer mientras se tomaba un baño, por ejemplo— o convertir a audio, si es que debía uno realizar otra actividad como conducir o cocinar. Increíble pensar en el espacio que se requería antes sólo para guardar los libros y la concentración exclusiva que debió requerir leerlos, por no mencionar el derroche de papel. Imaginó la cantidad de copias producidas, los árboles talados. El Masterbook no requería ni papel, ni espacio.

Al tomar los primeros ejemplares, Raphael se encontró buscando el control para ampliar la página y verla mejor. Se burló en silencio de su reflejo automático. Pensara lo que pensara de esta arcaica biblioteca, tenía que admitir que la atmósfera de la habitación inspiraba una instintiva y atávica reverencia al esfuerzo humano por el conocimiento. Se movió entre los estantes, tocando lomos y abriendo aquí o allí las páginas con los distintos tipos de imprenta (En el Masterbook todos los libros eran iguales; el mismo tipo de letra. Ciertamente, pasar la mano por las páginas era más sensual). Cualquier *booksaver* se volvería loco aquí, pensó. Recordó al viejo que día

tras día aparecía de pronto en la Worldnet demandando el retorno del libro y su protección como especie en vías de extinción. Imaginó sus ojos enrojecidos y cansados iluminarse ante la visión de aquel cuarto.

Melisandra pensó en su abuelo. Quizás allí podría encontrarle libros en español, o incluso en francés o italiano, lenguas todas que él dominaba. Los ejemplares eran cada vez más raros. Notó que éstos databan, en su mayoría, de fechas anteriores a la adopción del inglés como lengua oficial universal.

—¿No sabes, Josué, si hay libros en español? —preguntó Melisandra.

—Se los llevamos todos a Engracia. Ella los tiene en su apartamento.

—¿Y quién lee estos libros? —preguntó Raphael.

—A mí me gusta venir a oler los libros —dijo Josué, acercándose a uno de los anaqueles, tomando un ejemplar y hundiendo la nariz en el tomo abierto—. Me gusta mucho su olor. Me calma. A veces me pongo a hojearlos, pero la verdad es que queda muy poco tiempo para leer aquí.

Melisandra tomó un libro y poniendo la cara muy cerca de sus páginas cerró los ojos. A ella también le gustaba oler los libros. Ahora el olor la transportaba al río, a su infancia en el estudio del abuelo mientras él escribía interrumpiéndose a menudo para hablarle, usarla de interlocutor, como una adulta y no la niña que, sin entender, se quedaba embobada escuchando el sonido de sus palabras.

—También guardamos las fotos de familia —continuó Josué, señalando un ancho mueble con gavetas llenas de fotos.

—¿Fotos de qué familia? —preguntó Raphael.

—No sabemos. Son fotos que nos gustan. Vienen en la basura. Hay quienes se pasan horas y horas ojeándolas. A mí me gusta ver la ropa que usa la gente, imaginarme sus vidas. Es muy entretenido. Hay paisajes muy hermosos y ciudades increíbles.

Melisandra se acercó con Josué para mirar las fotos. Raphael se apoyó en la esquina del mueble. Los observó, fingiendo ocuparse en unos libros. Melisandra pasaba las fotos lentamente por sus manos, como si se asomara a un planeta desconocido. Que pensará, se preguntó Raphael, avistando las instantáneas de familias congregadas, perros, bebés gordos gateando, parejas frente al vasto paisaje de un pinar, una mujer cruzando la calle en Nueva York. Se inclinó y pasó los dedos por las fotos arrugadas, de esquinas rotas, descoloridas, fotos fuera de foco antiguas, algunas más recientes. Ninguna de las personas en las fotografías habría sospechado que compartiría la intimidad de sus bodas, de sus cumpleaños, sus vacaciones, con estos jóvenes habitantes de la basura. Sintió el pecho oprimido. Hacía tiempo que la condición humana no le producía esta entrañable ternura. Era absurda la biblioteca con libros que nadie leía y absurda la idea de conservar esas viejas fotografías. Era absurdo pero hermoso, dulcemente triste; un vínculo quebrado, desgajado, luchando por mantenerse. Así somos, al fin y al cabo, sedientos de referencias, pensó, necesitados de ver el reflejo de unos en los otros para entendernos, para no sentirnos

solos, para creer que nos seguimos los pasos en este camino hacia ninguna parte.

Estuvieron largo rato en silencio hasta que Josué dijo que era hora de que se reunieran con Engracia. A las once se abría allí el mercado y después nadie tendría tiempo de atenderlos.

Josué caminaba a paso rápido. Llegaban al ala opuesta del edificio donde residía Engracia. La aglomeración de objetos empezó a disminuir. Las cosas habían sido sometidas a una clasificación más rigurosa. Una fila de arañas de distintos tipos colgaba del techo, muebles apenas estropeados se alineaban contra la pared y entre las columnas. Sobre un largo estante se veían relojes, adornos, botellas, floreros, portarretratos de marcos dorados sin fotos, almohadones, estatuillas de Buda, de bailarinas, de leones, reproducciones de pinturas, cuadros de olas y paisajes de otoño.

Los ojos de Melisandra saltaban de uno a otro montón de cosas. Le sería imposible describir aquello, pensó, deteniéndose en el acto de redactar una carta mental a su abuelo. Raphael insistía en que la tecnología avanzaba y volvía obsoleto lo precedente. Las funciones de las computadoras eran más complejas, pero las máquinas eran cada vez más compactas. Unían la comunicación con la capacidad virtual más moderna e hiperniveles de interconexión. Nadie usaba ya los modelos que se veían aquí.

—Lo que cuatro o cinco máquinas hacían antes, lo hace ahora este pequeño comunicador —señaló Raphael.

Ella lo escuchaba, más cortés que interesada. Su expresión revelaba asombro ante su alienación; cómo no percibir que toda esa basura, esa acumulación de objetos, eran como las huellas que un asesino deja tras de sí.

—No sé qué decirte, Melisandra. Así es el sistema; cobra su precio. No hay desarrollo sin desperdicio.

—No es lógico.

—Tiene su lógica. Hasta el caos tiene su lógica.

Llegaron a las puertas de las habitaciones de Engracia. Raphael divisó el brillo del brazo de Morris. Poco después cruzaron el umbral del aula convertida en oficina.

—¡Aquí están! —exclamó Engracia en voz alta, envolviéndolos en una mirada inquisidora. Melisandra se sintió tomada por sorpresa. La mujer se levantó y observó divertida el efecto que verla de sopetón les causaba.

La hermana de Gulliver en el país de los enanos, pensó Raphael, levantando la cabeza para sonreír al mujerón que se alzaba tras el escritorio extendiéndole una larguísima y voluminosa mano.

—A ti te conozco —dijo Engracia, dirigiéndose a Melisandra—. Sólo que nunca nos hemos visto.

Los invitó a pasar a su recámara. Demoliendo paredes divisorias, había creado un apartamento de estilos mezclados. Era un estudio, pero también una tienda de beduino del desierto o de jeque de *Las mil y una noches*. Los sillones, recubiertos de telas de diversos estampados. Sobre las mesas, lámparas con pantallas de Tiffany's,

art déco, posmodernas, *fin de siècle*, e incontables chucherías. En el centro de la sala, la cama, adaptada a las dimensiones de la dueña, tenía pilares de bronce y un dosel del que colgaban telas con dibujos de arabescos. Por todos lados, macetas con plantas. Un loro se paseaba por entre los muebles.

—Me he aficionado a la decoración —dijo Engracia con orgullo. Se sentó en el único sofá moderno, cuya consola en el brazo le permitía reclinarlo, expandirlo, alargarlo y hacerlo girar.

—Este cuarto es fantástico —exclamó Melisandra.

—Bueno, vivir en un lugar como éste puede ser cabrón —dijo Engracia, jovial—. Hay que saber aislarse del conjunto, crear las condiciones para imaginarse uno muy lejos.

Engracia poseía el don de lo terreno. Era práctica y poco dada a la solemnidad. Melisandra pensó que, más que un halo de soledad, la rodeaba un dolor viejo que no aceptaba compartir, porque Engracia no era melancólica, ni introvertida. Reía con ganas y era afable y generosa con sus dones. En poco tiempo se sintieron en confianza con ella, como si la conocieran de antes o fuera la madre o hermana de alguien que les era familiar.

Les ofreció zumos de frutas, pan, galletas, higos enormes y dulces.

—Para entender lo que pasa en Cineria y más allá, se tienen que quedar conmigo varios días —dijo—. No pueden ponerse en camino sin más. Llegar a Waslala es un asunto de poder interpretar los acertijos. Ésa es mi teoría. Pero, claro, no tengo nada con que sustentarla. Yo nunca he llegado a Waslala, ni siquiera lo he intentado. Pero, bueno, como todos en Fagua, sí me he ocupado en pensar cómo lo haría.

La gente se pasaba años diseñando esas expediciones imaginarias, dijo. Era un pasatiempo heredado de padres a hijos; un juego que los niños empezaban a jugar desde la infancia. Era un acertijo antiguo, continuo, la ubicación del paraíso perdido, del tiempo perdido, de todo lo que la humanidad había perdido aun antes de aprender a nombrarlo.

—Buscar la Utopía es un juego viejo —dijo—. Pero una cosa es el juego y otra tomarse la búsqueda en serio, como ustedes pretenden.

—O sea que tú no crees en Waslala... —intervino Raphael.

—Claro que sí —respondió ella, encendiendo un cigarrillo y expeliendo humo en aros—, pero no necesito ver para creer. Me da lo mismo si existe o no. Me conformo con el juego.

—Pero ¿por qué? —preguntó Melisandra—. ¿Por qué conformarse si hay evidencias de que existe?

—Ya nos vamos a meter a filosofar —sonrió Engracia—. Si yo fuera nieta de tu abuelo, posiblemente haría lo que tú estás haciendo. Siendo quien soy, no tengo tiempo. Prefiero ayudarles a ustedes.

Raphael tocó algo duro debajo del sofá donde estaba sentado, algo que se deslizó a impulsos de su zapato. Se inclinó para ver de qué se trataba. Engracia captó su

gesto.

—Son libros —dijo—. Están debajo de todos los muebles. Ya no sabía dónde ponerlos. Los que voy leyendo están debajo de mi cama. De allí pueden sacarlos si les interesa alguno.

Hacia mediodía los predios del edificio se habían convertido en un gigantesco bazar, con grupos de compradores de toda descripción y edad, vagando entre las montañas de objetos, empujando viejos carritos de supermercado en los que llevaban a sus niños o lo que deseaban intercambiar. El ruido de las voces que regateaban, de los críos llorando o gritando, se mezclaba con cacarear de gallinas, gruñidos de cerdos y balidos de terneros. El olor rancio a basura seca se confundía con el de hierbas, legumbres y flores que los clientes llevaban de aquí para allá esperando el momento de completar el trueque. Sentada tras una mesa de madera con Josué y varios ayudantes, Engracia decidía si lo que se ofrecía de una parte equivalía a lo que se obtenía de la otra. Las transacciones se realizaban con pasmosa celeridad entre conversaciones a través de la mesa donde, además de pedir rebaja y discutir, se le referían a Engracia noticias de conocidos, fechorías de los Espada o relatos de pependencias y escaramuzas. En poco tiempo, Raphael vio acumularse en el corredor cantidades de vegetales, huevos, telas, animales, jarras de leche, quesos, contenedores con mantequilla, tortillas, pan, confecciones de repostería, cestos de naranjas, mangos y aguacates, bloques de hielo, jarras de refrescos.

Se hubiera quedado allí todo el día, fascinado, observando y filmando aquel mercado *sui generis*, pero Melisandra estaba impaciente por visitar Cineria en la motocicleta que Engracia les facilitara y al lado de la cual los esperaba Josué en el círculo de la entrada.

La moto era el orgullo del muchacho. La mantenía brillante y aceitada, con sus celdas eléctricas cargadas al máximo, el motor de cerámica impecable.

—El localizador funciona perfectamente —se ufanó.

Raphael le dio un rodeo, mirándola con admiración y desconfianza. Melisandra, en cambio, la tocó con afecto, anunció que le gustaría conducirla y halagó a Josué por su trabajo mecánico expresándose en términos que evidenciaban que ella también se entendía con las máquinas.

—Ésta es un poco rebelde y el camino es malo —advirtió Josué, quien habría esperado que Raphael condujera.

—Tengo total confianza en Melisandra —sonrió éste, acomodándose en el asiento de atrás mientras ella, ni corta ni perezosa, alzaba la pierna y se situaba tras el manillar.

Dieron varias vueltas a la rotonda frente al expectante Josué y poco después atravesaron la cancela de hierro y tomaron el camino polvoriento hacia Cineria.

Sujetando con sus dos manos la cintura delgada y tensa de Melisandra, Raphael no tardó en relajarse y disfrutar de la experiencia. No había ningún asomo de inseguridad en los movimientos de ella. Al contrario, con el viento en la cara,

apoyándose en él de rato en rato, acariciándole con la espalda, era una amazona gozando la doma del brioso aparato.

Sin posibilidad de conversar, ambos se abandonaron al erotismo de rozarse cabalgando juntos por el accidentado camino de grava.

Desde que desembarcara en Greytown había experimentado más placeres que vicisitudes, pensó Raphael. Brad lo imaginaría padeciendo carencias, mientras el viaje se había convertido para él en un redescubrir la inagotable capacidad de la especie para adaptarse a situaciones adversas sin perder la esencia, el deleite de ser. Desde las comodidades de Nueva York se juzgaba con no poco horror y lástima a los habitantes de estas regiones exóticas y olvidadas, marginados de la producción y el consumo de bienes materiales. Era imposible, desde allí, percibir las compensaciones de esta vida desprovista de abundancia; apreciar, por ejemplo, lo reconfortante y agradable que era sentir una mayor dependencia de la relación con otros seres humanos, tener que apoyarse en el afecto, en la mutua noción de vulnerabilidad, en la solidaridad colectiva. Hasta para entretenerse dependían aquí los unos de los otros, sonrió, recordando los cuentos de don José y del marinero. En cambio, su generación era cada vez más misántropa, onanista y autosuficiente. Sólo que, para él, la proliferación de matrias, homopatrias, enclaves étnicos, religiosos y hasta de vegetarianos o deportistas obedecía a la necesidad intuitiva de restablecer el sentido comunitario. Estaba convencido de que, a pesar de las masacres y motines que terminarían en las absurdas demarcaciones territoriales y los cotos amurallados, cada grupo se había beneficiado a la postre al no poder atribuir sus conflictos a diferencias de color, sexo o vocación. Algún nivel de madurez se había ganado. Ahora, después de armarse cada quien a piedra y palo de una noción de identidad, se volvía a intentar renegociar la convivencia mutua, hacer nuevos pactos sociales, esta vez a partir de una posición de intrínseca igualdad que a él se le hacía esperanzadora. Vivían en un mundo patas arriba, pensó mientras alzaba la cámara para filmar el lago y la sucesión de casuchas a ambos lados del camino hacia Cineria. De miserias semejantes nacían las ideas de superioridad del mundo de la abundancia. Sin asco, habían abandonado estas regiones. En los medios sólo se filtraban las noticias de sus plagas y catástrofes. «Cada nación para sí misma» era, en su país, el lema de moda desde que fracasaran los intentos de funcionar como policías en conflictos ajenos. Habría estado bien, si la miopía de los políticos no los hubiera llevado al desierto de cortar de tajo los presupuestos de ayuda y a dejarles los problemas de la mitad del globo a las transnacionales, para que los resolvieran de cualquier forma. «Naciones productoras de oxígeno» las llamaban ahora. Ya ni para experiencias exóticas las necesitaban. Con el realismo virtual, proliferaban las agencias de viajes imaginarios, asépticos, perfectos para las víctimas del miedo paranoico a las enfermedades. Pero, claro, por los resquicios se les filtraba esta realidad dando lugar a comercios ilícitos, a zonas sin ley para cosechar desde órganos para trasplantes hasta mutaciones genéticas de las cuales la filina era una de las más cotizadas.

Crecían los rumores sobre experimentos no sólo con fármacos, virus, drogas y otras tecnologías, sino hasta con los ciclos reproductivos y de la vida. Se hablaba de laboratorios que empleaban especímenes humanos ignorantes e indefensos. De allí que lentamente se renovara el interés de los medios por enviar hasta aquí exploradores, aventureros, pioneros como él, a hurgar y hacer labor de detectives. Él se tomaría el trabajo con calma. Le interesaba aquella gente. Paró de filmar. Apretó a Melisandra y le estampó un beso en la nuca. Sintió el olor a colonia de hombre. Sonrió. En el baño, ella le registró sus cosas con ávida curiosidad. Se afeitó las piernas con el rasurador. Usó su champú. Olía bien Melisandra; el olor de su piel sumado al del lago y sus algas relevó el hedor a basura impregnado en sus fosas nasales.

Los propulsores de la motocicleta levantaron polvaredas a su paso, pero ya se podía ver el final del camino de tierra y el inicio del pavimento. Eran las dos de la tarde cuando entraron a Cineria. La moto se acalló sobre el asfalto. Se sacudieron el polvo y, aliviados del trote accidentado, se dispusieron a deslizarse por la ciudad.

El estilo colonial español era patente en las elegantes construcciones con las que se cruzaron, pero aquí las casas no sólo exhibían, igual que en Las Luces, remiendos hechos con restos de artefactos metálicos caprichosos, sino que sus fachadas, calle tras calle, estaban manchadas por pintadas y letreros que cubrían también las aceras, cunetas y hasta el pavimento, de manera que los rasgos arquitectónicos aparecían y desaparecían, dejando en el ojo la sensación de haber visto una ilusión momentánea, un espejismo, una ciudad dentro de otra. Consignas patrióticas, eslóganes de productos, nombres propios, mensajes de amor, citas de negocios y religiosas, anuncios de misas de muerto, de alguien que vendía todo su mobiliario a cambio de una dotación de penicilina, vivas y condenas a los Espada, mensajes ambientales escritos unos sobre otros en las paredes, constituían una narración, una historia de imágenes aparentemente inconexas que, al sucederse las calles y esquinas, empezaban a comunicar el significado de su involuntaria y espontánea crónica. Continuaron avanzando sobre la misma calle recta en busca del centro, que adivinaron cuando el carácter de las casas empezó a ser más rotundo, los remiendos cada vez más estafalarios, las puertas más anchas, las aceras más angostas y desgastadas, las plantas sobre los balcones menos frondosas. Se empezó a sentir el olor a tráfico, apretujamiento, al pan que se horneaba o vendía en alguna parte. Sería quizás por la hora, pero se habían topado solamente con dos viejas meciéndose a la sombra de un portal, un vendedor de cordones de zapatos, un cura caminando a paso apresurado y un hombre que cargaba un bebé.

Ahora ya se veían grupos de mujeres, algunos vendedores ambulantes, hombres con mochilas y cartapacios. La ciudad apareció menos sonámbula, las calles umbrosas, con árboles en las aceras. Las pintadas en las paredes eran tan abundantes y abigarradas que se hacían ya completamente ilegibles y daban a las fachadas un aire moderno, como si un Pollock nativo se hubiese ensañado con ellas.

Las huellas de la guerra eran evidentes por todas partes. Cineria parecía haber sido construida como los templos mayas, sobre ruinas sucesivas que súbitamente asomaban sus contornos; allí alguien había improvisado una ventana y hasta puesto cortinas en el agujero de una bomba; aquí, una pared medio destruida servía de línea divisoria entre dos casas. Al fondo de un patio unos niños jugaban en lo que debió de haber sido una capilla. En numerosas paredes o clavadas en las aceras se veían cruces con nombres escritos toscamente sobre el travesaño horizontal y coronas de flores marchitas o de papel. Muchas viviendas habían sido reparadas con planchas de cinc o pedazos de carrocerías clavados sobre los agujeros mientras otras lucían sus boquetes sin vergüenza, de manera que el transeúnte podía ver, en lo profundo del aire interior de las casas, a las familias ocupándose de sus vidas, totalmente indiferentes a la curiosidad de los pasantes.

Todas las calles, siempre y cuando se doblara a la izquierda, conducían al parque, les había indicado Josué. Giraron en esa dirección y en el callejón estrecho se toparon, al fin, con otro vehículo. Raphael miró fascinado el carruaje, que no era sino un automóvil antiquísimo cercenado a la altura del motor y jalado por un caballo. El cochero ocupaba el asiento del conductor, mientras sus pasajeros viajaban cómodamente sentados en los de atrás. La carrocería, pintada de amarillo, ostentaba sobre la puerta un rótulo que anunciaba: TAXI.

Finalmente desembocaron en la plaza central y al parque, donde se aglomeraba la gente. Enormes laureles de la India, guanacastes, chilamates y malinches se disputaban el espacio con los balcones salientes de los edificios. Las ramas de varios árboles imperturbables se abrían paso dentro de los balcones creando la ilusión de que éstos flotaban en medio del verdor, como gigantescas pajareras o quioscos ingrátidos.

Una melodía modernísima compuesta con sintetizador, pistón y juego electrónico sonaba desde alguna parte, distorsionada por la brisa y el follaje. Cerca de un quiosco amarillo se hallaba estacionada una fila de taxis estrambóticos.

La gente se paseaba moviéndose en un tiempo que no existía más que allí. La vegetación era tan abundante que era imposible determinar con exactitud dónde terminaba el parque y empezaban los edificios que lo rodeaban, algunos de los cuales no eran más que ruinas donde crecían a su antojo enredaderas de buganvillas.

Melisandra y Raphael aparcaron la motocicleta y caminaron con paso lento entre los bancos de hormigón pintados de un azul descascarado donde personas mayores, muy juntas en los asientos, conversaban, leían, tejían o simplemente observaban a los demás. Grupos de jóvenes jugaban a las cartas, a los dados y hasta al ajedrez sobre andenes elevados a lo largo y ancho del parque. El área más concurrida estaba dedicada a los juegos de azar: ruletas, máquinas tragaperras, backgamon, juegos de mesa, dados, parchís, monopoly, canicas, juegos electrónicos. Muchachas y mujeres de toda edad dedicadas a la prostitución se paseaban entre los jugadores, que las apostaban poniendo prendas femeninas sobre los tableros. Niños y adolescentes se

perseguían o jugaban en las ramas bajas de los árboles. Había vendedores de agua fría, de granizados con miel de tamarindo. Cerca del centro del parque, en una glorieta que conociera días mejores, un hombre a ratos jovial, a ratos solemne, anunciaba periquitos leedores de la fortuna al lado de una jaula tosca donde pericos amontonados cantaban y saltaban de percha en percha sin parar.

La escena del parque, con su mezcla de ocio y vicio, resultaba más punzante por la presencia de una desproporcionada cantidad de lisiados que, con sus tristes piernas o brazos de palo, daban testimonio del uso y abuso de las armas de guerra.

Raphael fue el primero en ver por el ojo de la cámara a Maclovio. Sentado a la sombra de un árbol, semejava un maestro rodeado de discípulos. Cuando los divisó se levantó, apartando a los muchachos con el ademán de quien se sacude enojosos insectos de la solapa.

—¡Salieron al fin del vientre de la ballena! —exclamó, acercándose sonriente—. Ya decía yo que más temprano que tarde tendrían que salir a respirar aire puro. ¿Qué les parece Cineria? Gran ciudad, ¿no es cierto? Plena de historia. Desafortunadamente, cada año hay más humedad y más calor... Permítanme que los invite a tomar un refresco en el hotel Europa... Es aquí muy cerca.

—Vamos, Raphael —dijo Melisandra—, me estoy muriendo de sed.

—Vamos, claro que sí —asintió Raphael.

Poco después se encontraron los tres acomodados en la terraza del hotel, contemplando a través de las ramas y copas de los árboles la multitud del parque y el hombre con los pericos leyéndole la fortuna a sus clientes.

—Ese narigón de pelo largo es pintor —dijo Maclovio, señalando hacia abajo al cliente de turno del pajarero adivinador—. Se levanta a mediodía de sus borracheras nocturnas y lo primero que hace, antes de bañarse, es venir a que le lean la fortuna los pericos.

—Nunca oí de pájaros que leyeran la fortuna —dijo Raphael.

—Aquí abundan los magos y las adivinatoras, che —dijo Maclovio—. Para esta gente no hay futuro más fiable que el que puede predecirse con la magia.

—No te sientas tan superior. Al paso que llevan, ustedes también se quedarán sin certezas... ¿Siempre está tan concurrido el parque? —preguntó Melisandra.

Muy pocas personas tenían empleo en Cineria, dijo Maclovio, aunque se las ingeniaban para producir cualquier cosa que luego pudieran intercambiar.

—Hay que admitir que las desgracias fomentan la creatividad... —siguió diciendo en tono conciliador.

El sistema de intercambio estaba basado en las apuestas y en los juegos de azar, y el centro de estas actividades era el parque. Los cinerinos habían hecho de las apuestas un arte. Además de las clásicas peleas de gallos, se apostaba a adivinar el sexo de los niños en los partos, la duración de las enfermedades, el número de cachorros de una perra o una gata, las equivocaciones de una ciega, quién ganaría o perdería en la ruleta, el número de gotas de agua con que se llenaba un vaso, quién

daría cuenta de quién en los encuentros entre pandillas. Era de nunca acabar, dijo. Se apostaban las siembras, las gallinas, los huevos, los perros, los gatos, el mobiliario, las esposas, los esposos y hasta los hijos. Muy poco dinero circulaba en Fagua y éste se dedicaba al mercado negro de los bienes, provisiones y medicinas que el país recibía a cambio de la conservación de sus recursos naturales y la importación de la basura.

—Pero ¿no es acaso el gobierno quien distribuye eso? —preguntó Raphael.

—Bueno..., la mayor parte. Otra parte se filtra —dijo Maclovio.

—Vamos, Maclovio —lo interrumpió Melisandra—, sabes tan bien como cualquiera de nosotros que los que controlan todo eso son los Espada. Ellos lo pasan al mercado negro. La gente se mata, entre otras cosas, por congraciarse con ellos, compitiendo por traficar con lo que nos debería pertenecer a todos.

—Los Espada hacen con esas mercancías lo que tu amiga Engracia con la basura, che. Cada quien tiene su monopolio. No vas a acusar a unos y eximir a la otra.

—¡Qué comparaciones las tuyas! —dijo Melisandra—. Los Espada son gánsters. Nadie se mata por la basura de Engracia. Los Espada no trafican con basura; trafican con cosas nuevas, con medicinas, con repuestos, con vacunas, con abono, con semillas... Obligan a la gente a ser sus policías, sus aliados incondicionales, les cobran tributo; los echan a pelear...

—Parala, parala, mujer —dijo Maclovio, gesticulando con las manos—. Se ve que en tu hacienda sólo se enteran de lo que quieren. Sin los Espada, la anarquía sería peor en este país. No es que yo, porque sean mis socios, defienda todo lo que hacen, pero los que están con ellos, que son bastantes, no se quejan. Al menos pagan bien la lealtad. Y, además, son los únicos que mantienen alguna noción de soberanía, de orgullo nacional. Dime tú, ¿quién, siendo poderoso, no trata bien a sus aliados y mal a sus enemigos?

—No me vas a decir que les crees a los Espada su prédica de pobres quijotes empeñados en restablecer la soberanía nacional... La única razón por la que predicán eso es para darle a la gente causa para las guerras y para tratar de aislar a Engracia y los comunitaristas. Estarían felices de adueñarse del negocio de la basura.

—¿Qué es eso que predicán los Espada? —preguntó Raphael.

—Dicen que le hemos vendido el país a las transnacionales, pero, por debajo, hacen negocios con ellas. Azuzan en la gente el legado nacionalista para promover sus intereses y hacer aparecer sus manejos como una cruzada de honor —dijo Melisandra, exaltada.

—¿Y del tráfico de drogas se encargan también ellos? —inquirió Raphael.

—Por supuesto —afirmó rotunda Melisandra.

—Nada de eso sé yo. Sólo les vendo armas. No soy su abogado, pero como le ofrecí a Raphael, puedo llevarlos a que los conozcan —dijo Maclovio—. Se podrán formar una opinión por ustedes mismos. Además, ellos sí que pueden ayudarles a llegar a Waslala —añadió, mirando a Raphael sin parpadear.

—Me parece una gran idea, Maclovio —dijo Raphael—. Mi reportaje no sería completo sin los Espada.

—No creo que nos puedan ayudar a llegar a Waslala —dijo Melisandra descartando la sugerencia—. Antonio Espada es uno de sus mayores detractores.

—Vamos, mujer —insistió Maclovio—. Es una buena oportunidad la que les ofrezco. ¿No dicen que, en toda guerra, hay que conocer bien al enemigo?

Melisandra miró al parque. La idea le atraía y disgustaba a la vez.

—Vamos, Melisandra —insistió Raphael—, no tenemos nada que perder.

—No se te ocurra filmarlos o sacar ningún aparato —advirtió Maclovio a Raphael.

Damián Espada tenía expresión de iluminado. Miraba a su alrededor como quien ve desde una apreciable distancia. Costaba decidir si se estaba ante la presencia de un santo o de un desalmado que hubiera perdido totalmente la capacidad de saberse falible y cuya soberbia fuera tan extrema que se confundiera con la modestia.

El hombre hablaba suavemente, casi con dolor, de la misión histórica que le tocaba sobrellevar y de la tristeza que los desafortunados desatinos de Engracia le producían. Sus guardaespaldas, discretamente apartados, lo escuchaban respetuosos, envueltos en una aureola de adoración y de total y fanática fe en sus palabras. Raphael observó curioso la muda interacción entre el jefe y los subordinados. Más que a los visitantes, Espada se dirigía, de manera imperceptible, a sus adláteres. La pleitesía de éstos era el combustible que daba vigor a sus palabras. Debía de ser un hábito, una desviación profesional. Aun en la soledad, existiría para él un público imaginario vitoreándolo.

Damián Espada era delgado, de baja estatura, con rasgos afilados, bigote hirsuto y voz rasposa. Para captar cuanto decía era necesario prestarle total atención. Sus labios finos apenas se movían al hablar.

Maclovio los había conducido a través de la ciudad, pasando por retenes y cada vez más engorrosos y complicados sistemas de seguridad, hasta el enclave de los Espada: una antigua base militar, mezcla de fuerte, mazmorra y cuartel desordenado, al que se llegaba por un camino abrupto, de tierra apisonada, que, al desviarse de la carretera, subía no sólo hacia la cima de la colina, sino hacia un mundo medieval donde, esperando la guerra, la soldadesca se dejaba mecer por el ocio. Sólo en el área más inmediata a las estancias donde los Espada tenían su cuartel general la atmósfera de displicencia se tornaba tensa, alerta; los soldados recobraban su porte marcial; reinaba la disciplina y el respeto, como si se tratase de un mundo dentro de otro.

—La única manera como nosotros podríamos concebir el negocio de la basura sería si ésta sirviera para todos; si no se traficara con ella. Ya es suficientemente indigno el hecho de que nos la envíen..., pero ¿hacer negocio con ella? ¿Enriquecerse aprovechando la miseria de los demás? No podemos estar de acuerdo con eso. Hemos dedicado nuestra vida a luchar por la dignidad del pueblo. Trabajamos sin descanso para que nuestra patria tenga la posibilidad de sacudirse del yugo extranjero y pueda relacionarse con los otros pueblos del mundo desde una posición de respeto mutuo. ¿Cómo lograr esto mientras sigamos aceptando que nos intervengan, que dispongan cómo usamos nuestros recursos naturales, que nos utilicen de basurero, que nos nieguen el derecho a existir?

—Pero ustedes existen —dijo Raphael—. De alguna manera se las ingenian para existir...

—Somos expertos en las migajas —sonrió Espada—; la pobreza genera sus recursos...

—Y su falta de escrúpulos. No lo digo por ustedes —sonrió, cortés Raphael—, pero se habla de que países como Fagua se especializan en tráfico ilícitos..., órganos humanos, drogas mutantes.

—Cuentos chinos, propaganda, justificaciones para seguir interviniendo...

Damián Espada encendió un cigarrillo y subió las piernas sobre el escritorio, ingeniosamente construido con el ala de un avión y montado sobre rústicas patas de tubo niquelado. Sobre la superficie nítidamente pulida se reflejaba su cara angulosa. Sus ojos fijos, inquisidores, lucían cansados. El ceño constantemente fruncido daba a su rostro un aire de crónica preocupación, sin ningún trazo de humor. Se pasó la mano por el pelo rizado, ya escaso, y se alisó el nítido uniforme verde oliva.

Querría ser un revolucionario fogoso e idealista, pensó Raphael, pero su imagen anacrónica y nostálgica padecía de una ridiculez que inspiraba compasión y melancolía. Sería inútil insistir sobre las drogas, pensó, al menos en ese primer encuentro.

Melisandra se había propuesto no hablar desde que, al ver la mirada de Damián Espada, se convenció de que éste no podía escuchar más que su propia voz. No pudo contenerse, sin embargo.

—Nadie se acuerda de nosotros y usted sigue insistiendo con que otros son responsables de nuestras desgracias. Ningún extranjero es soldado en nuestras guerras —dijo Melisandra, mirándolo fijamente—. Esos tiempos ya han pasado a la historia.

—Nunca hemos sido responsables —dijo Damián—. Somos víctimas. Al menos podríamos colaborar entre nosotros, compartir, no seguirles el juego a los extranjeros, no defender sus intereses como lo hace su amiga Engracia. Ella ha mantenido vivo el tráfico de basura.

Damián tenía que saber que estaba mintiendo, pensó Raphael. La existencia de Engracia no podía ser más irrelevante para las corporaciones ambientales. Decir que ella era responsable de que el tráfico continuara o no era una gigantesca falacia. «El éxito de los Espada es la simplificación», había dicho Morris. «Son expertos en encontrar culpables, chivos expiatorios, y en dirigir las frustraciones de sus seguidores hacia objetivos bien definidos. Engracia es uno de ellos».

Lo irónico del asunto, pensó, era que su cuartel demostraba que las necesidades prácticas tenían más peso que las ideas. El mobiliario de la oficina, cuidadosamente escogido para crear un efecto *high tech*, provenía sin duda de los contenedores. Engracia les había comentado sobre las veces que los Espada emboscaban la carga, cuando ésta transitaba del Pacífico, por el canal, hasta el lago. Organizaban festines, les dijo, cuando se descargaba un contenedor robado. Las hijas de Damián Espada eran famosas por sus indumentarias estrafalarias, sacadas de los botines de basura a los que los hermanos lograban echar mano.

—No venimos aquí a oír juicios sobre Engracia —señaló Melisandra, cuya

paciencia se reducía a ojos vistas.

—Lo sé —admitió Damián—. Siento mucho tener que referirme a su amiga en términos poco amables; sin embargo, comprenderá que es relevante para su proyectado viaje a Waslala. Pensamos diferente y nuestros métodos, nuestras redes, son diferentes. Nosotros podríamos agilizarles la movilización por el país de manera más efectiva. Viajar por Fagua sin protección puede ser peligroso, como estoy seguro usted sabe. Si se comparan con nuestras estructuras, las de Engracia son irrisorias.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Melisandra—. Me imagino que no está poniendo a nuestra disposición sus estructuras sólo por su buen corazón.

—Quiero pruebas de que Waslala existe —dijo Damián, levantándose y caminando de un lado al otro de la habitación—. Eso es todo. Pruebas contundentes. No para usarlas en nada, me entiende, sino para convencerme yo mismo. Para serle honesto, hace tiempo desistí hasta de pensar en Waslala. Hubo una época en que creí fieramente en su existencia, pero he llegado a pensar que mi hermano tiene razón y que Waslala es un espejismo. No me convenzo, sin embargo. Hay algo dentro de mí que se resiste a pensar que haya sido únicamente el producto de la imaginación colectiva, una ingenua leyenda alimentada por generaciones.

—No serían los primeros que lo hacen —intervino Maclovio, quien había estado callado en un rincón.

El Vellochino de Oro, la Atlántida, el Dorado. Tenía razón el argentino, sonrió Raphael. Mientras más primitivo el entorno, más fácil creer en mitos, lugares mágicos, felices, intocados. Waslala podía existir en Fagua. El pensamiento científico, la técnica, la educación, habían marcado el fin de lo mitológico. El progreso amenazaba la imaginación.

—Pruebas contundentes —volvió a decir Damián Espada.

—¿A qué se refiere? —sonrió Melisandra, irónica. No sabía por qué aquel hombre con su aire de ceremonia le hacía pensar en un niño díscolo pero desvalido—. ¿Quiere que le traiga aire de Waslala en una botella? ¿Fotos?

—Se dice que poseen una biblioteca —dijo Damián—. Tráigame uno de sus libros.

Damián Espada se tocaba el bigote. De vez en cuando se hurgaba la nariz. Cada vez que ella contradecía a su interlocutor, o bromeaba o le hablaba con ironía, los guardaespaldas, los asesores, le dejaban caer sus miradas encima como si quisieran, en el mejor de los casos, hacerla callar. Si a Damián Espada se le ocurriera, se le echarían encima sin misericordia.

No preguntarían ni siquiera su nombre. Ella no existía más que en el reflejo de los ojos del jefe. Sólo lo que él pensara les era de interés, como si cada uno de ellos le hubiera entregado el alma y hubiera perdido la facultad de ser parte de él. Se puso de pie. Se alisó la blusa y miró a Raphael, indicándole con los ojos que debían marcharse.

—No creo que me interese aceptar su ayuda —dijo Melisandra—, pero le traeré

su libro —sonrió mordaz.

—A mí me interesaría saber un poco más de sus estructuras —dijo Raphael—, de su historia. ¿Aceptaría una entrevista, tal vez?

—Tal vez —dijo Espada, levantándose—. Nos volveremos a ver, seguramente.

La habitación de Engracia estaba llena de humo. Morris se paró en la ventana y miró al patio. Dentro y fuera el aire era malsano, pero hacía tiempo que se despreocupaba de sus pulmones. Engracia fumaba recostada en el sofá. Desde la ventana, veía el cigarrillo chisporroteando en la oscuridad. Afuera aún perduraba el atardecer, pero dentro de la habitación había caído la noche. Los muebles exudaban el calor almacenado durante el día, el olor a polvo, a humo. A Engracia le gustaba descansar a esa hora. Echarse en el sofá hasta que las dos noches, la de afuera y la de adentro, se igualaban. Callada, pasaba revista a las memorias del día para ver que valía la pena guardar. Era quizás un hábito adquirido en su trabajo; la manía de seleccionar. Morris y ella habían almorzado a la orilla del lago, sentados entre las lechugas agrestes que se amontonaban en la costa. Morris no podía vivir sin inventarse algún momento donde ellos podían pretender ser cualquier cosa menos lo que eran. Él le contaba recuerdos. Los narraba como si le hubieran pasado a otro y no a él. Lo hacía así para no llorar, le había dicho. Cuando pensaba que él era el protagonista de sus recuerdos, lloraba. Lloraba aunque el recuerdo fuera bueno, le dijo, porque le parecía que su vida entera era una gran nostalgia.

Hubiera podido tener un hijo. Eso le contó almorzando a la orilla del lago. Cuando veía a los muchachos acomodando la basura con sus brazos, sus caras, sus piernas, sus pechos jóvenes, pensaba en su hijo. En cada joven de más o menos veinticinco años, dijo, lo veía. Durante dos semanas, sin fronteras entre el día y la noche, había discutido con la mujer que hubiera sido la madre. Se llamaba Rachel y era una muchacha de caderas anchas, fuerte. Sobre taza tras taza de café, en cualquier cafetería del Bronx, deliberaron. Era invierno. Hacía frío. Tomaban la decisión, salían a la calle, caminaban sobre los respiraderos metálicos por los que el vapor brotaba en humaredas blancas, se cruzaban con la pareja que empujaba un coche de bebé. Rachel veía la cara regordeta asomándose por el agujero del traje de invierno. No puedo, decía. Y tomaban otro café. Volvían a discutir en otra cafetería, o regresaban a la precaria habitación y ella se veía en el espejo, se tocaba los pechos pesados y empezaba a llorar. Al final la convenció. No sabía cómo, pero al final la acompañó al hospital y ella se dejó llevar de madrugada. Él dormía en la sala de espera cuando ella salió pálida y silenciosa. Le tocó el brazo. Le dijo que podían irse.

Las lechugas iban y venían sobre la costa. Raaas, raaas, rozaban sus hojas contra la arena. Engracia mordía un plátano. Lo masticaba despacio mirando el lago. Morris describía bien las cosas. La clínica. El médico. Las cafeterías de Nueva York. El barrio. Taza de café tras taza de café. Y él pensando en las células reproduciéndose, las formas cada día definiéndose más y más, amenazándolo con una presencia repentina que alteraría el curso de su vida. El ser humano no estaba preparado para

jugar a Dios, decía. Uno se convencía de que podía, debía, tomar ese tipo de decisiones, pero después se veía acosado por la culpa, los sueños obsesivos, la nostalgia, las imágenes de los muchachos superpuestas sobre el remordimiento.

Tanto tiempo con Morris y hasta ahora no le había contado esa historia. Se levantó. Lo abrazó.

—Creo que haré sopa con el pescado que trajo Josué. Algo caliente nos caerá bien —dijo.

Raphael dormía con la boca abierta. No bien se dormía, la soltaba del abrazo y se retiraba a soñar solo. Ella no tenía sueño. Con las manos bajo la cabeza, veía las sombras en el techo. Pensó en Joaquín. Comparándolo con Raphael, le costaba entender cómo pudo admitir en su vida aquella relación tan llena de silencio y tensa hostilidad. Sería la soledad, el romanticismo, lo que la llevó a imaginar la relación en términos bucólicos; él, el fauno, y ella, la ninfa retozando a la orilla del río, la bella liberando a la bestia de sus miedos, humillándose ante él para obligarlo a creer en la entrega, la generosidad, la posibilidad de amar sin autoritarismo, sin dominio, fingiendo que su irascibilidad no le importaba, no la tocaba; que era capaz de ver a través de ella, ver la cara amable tras la máscara del monstruo. Al final, pudo ser práctica hasta casi ser cruel. Dejarlo de un día para el otro. Tenía ese lado suyo que actuaba con la fuerza del instinto de supervivencia y la salvaba de las trampas y desbordes de su imaginación. Debía de ser herencia de su abuela ese sentido común, decidido, frío. Todavía le costaba creer que estaba allí; que se había atrevido a marcharse.

Raphael era muy distinto: se conocía, analizaba el trasfondo de sus emociones. Era capaz de reírse de sí mismo, de reconocerse falible y no tomarse demasiado en serio. Temía su sensibilidad, ser vulnerable, pero al menos lo admitía. No cambiaba de estado de ánimo bruscamente. No tenía que estarlo adivinando. Se sentía segura con él. Podía desenvainar la ternura. Joaquín le hacía daño a su alma: nunca sabía qué era lo real, si su hostilidad o su afecto; si la amaba u odiaba. Quizás por eso precisamente volvía a él una y otra vez; quizás ésa era la trampa: obligarla a resolver el enigma, a romper el hechizo; tentarla con la posibilidad de que la bestia se convirtiera en el príncipe encantado, gracias a ella.

Era inevitable que los comparara, pero no había comparación posible. Lo de Raphael tenía la delicia y el dolor de lo efímero, sucedería en un plazo limitado. Él volvería a su mundo. La recordaría perdida entre los árboles, desapareciendo cuando llegaran las lluvias como la princesa de leyenda de los guatusos. Era un amor condenado al desencuentro, a esfumarse cuando él regresara a sus amistades cibernéticas, a su casa autosuficiente donde los robots hacían las tareas domésticas y hasta ponían flores en los floreros.

Se volvió de costado y lo miró. La ternura le subió a los poros con una efervescencia que le hizo cosquillas. Había una cierta inocencia en Raphael. Tenía capacidad de asombro y una curiosidad insaciable por el comportamiento humano, fuera éste noble o miserable. Se esforzaba por mantener la objetividad, pero no se engañaba pensando que siempre podía darse el lujo de no tomar partido.

Se acercó a él. Se colocó levemente entre sus brazos. La abrazó dormido, sin

despertarse.

Todos los días eran de sol en aquellas latitudes, observó Raphael. Nadie hacía comentarios sobre el clima. Los días soleados eran un hecho dado. Se lo señaló don José en el río: «Aquí los días especiales son los nublados», le dijo.

El tiempo transcurría perezoso en Cineria. Hacía más de una semana que el bongo los dejara en el muelle. Melisandra pasaba gran parte del día con Engracia, o en la biblioteca hojeando libros y fotografías, en tanto que él no lograba que sus indagaciones arrojaran ninguna clave relevante. Todos los caminos llevaban a los Espada, pero, precisamente por esto, las insinuaciones sobre drogas, la mención de la filina, se topaba con un espeso silencio. Tendría que optar por una ruta quizás más arriesgada, jugar con las cartas más expuestas, hacer sus intenciones más claras y ver si esto provocaba alguna reacción.

Se dirigió al cuarto de los libros a buscar a Melisandra. Maclovio los esperaba en Cineria para conducirlos de nuevo al cuartel de los hermanos.

En el parque, la gente ambulaba con la inalterable actitud de ocio estoico a la que se habían resignado: los más jóvenes jugando con canicas en la acera, los más viejos simplemente sentados bajo los árboles, inmóviles, pensativos. Los jugadores y las prostitutas, inmersos en sus tableros y ruletas; los corredores de apuestas, voceándolas en las esquinas.

Melisandra y Raphael encontraron a Maclovio al lado de la jaula de los pericos adivinadores de la buena fortuna. Los convidó a que se la hicieran leer, ofreciéndole cigarrillos al hombre, cuya expresión alerta denotaba dotes de observador e inagotable buen humor. Entre cliente y cliente, les hablaba a los pájaros, repitiendo con ritmo de ronda infantil: «Periquito real, de Portugal, vestido de verde y sin medio real», al tiempo que les ofrecía con el dedo índice bolitas de masa de maíz.

—Escojan su pájaro —dijo el hombre, sacando de un lado de la jaula la bolsa con los papelitos de la suerte.

Son todos iguales, pensó Raphael, contradiciéndose no bien se vio obligado a mirarlos detenidamente. Melisandra dio varias rondas a la jaula y señaló con el dedo a un perico solitario que, con expresión amodorrada, apoyaba las alas en los barrotes de la rústica pajarera, sostenido de la barra más alta sobre una pata.

—La señorita tiene buen ojo. El Dormilón rara vez se equivoca.

Gentilmente, sacó el pájaro, lo puso sobre su dedo y le ofreció la bolsa con los papelitos. El Dormilón se tomó su tiempo. Melisandra miró a Raphael sonriendo. Se imaginó que aquella escena podría resultar divertida en su reportaje. Era una escena propia para ese parque de árboles irreverentes y sonámbulos asoleados.

El pájaro al fin hundió el pico y levantó uno de los papeles.

—Vamos a ver —dijo el hombre, postergando la lectura hasta que retornó con

parsimonia el pájaro a su percha. Con calculado suspenso, abrió el papel y leyó solemne—: Nunca dejaremos de explorar. Y el final de todas nuestras exploraciones será llegar al sitio de donde partimos y conocerlo por primera vez.

—T. S. Eliot —dijo Raphael—. *Los Cuatro cuartetos*. Esto es mejor que las galletas chinas.

Claramente desilusionada, Melisandra preguntó a Raphael si ya sabía qué pájaro escogería su fortuna. El de Raphael se apodaba El Gordito y era infalible, por supuesto. El dueño repitió la operación. El Gordito no vaciló. «No hay peor ciego que el que no quiere ver», rezaba el papel.

—Refrán popular —dijo Melisandra—. Sólo que usualmente se refiere a los sordos. Este sistema es como el I Ching —añadió—. Tiene demasiadas interpretaciones posibles.

—Adivinar el futuro es complicado —dijo, filosófico, el hombre de los pericos—. Por eso mi clientela es muy selecta. Hay quienes prefieren leerse las cartas y que les digan mentiras. Ya le encontrarán sentido, más adelante, a lo que acaban de oír.

—Ya ves, che, te lo dije. Se lo digo cada vez que vengo —sentenció Maclovio, volviéndose hacia ellos—. Estos pericos son demasiado intelectuales. Nunca le va a prosperar el negocio.

—Nunca se equivocan —dijo el hombre, con una sonrisa enigmática en su cara larga, morena, cruzada por arrugas incontables.

Desde el parque, con Maclovio, emprendieron camino. Antonio Espada los recibiría esta vez. Con él sí valía la pena hablar, dijo Maclovio. Damián, el pobre, era un soñador, una buena persona, pero su capacidad intelectual era limitada. Se había aprendido un discurso y lo repetía incapaz de captar los matices, las sutiles diferencias que hacían que a una situación no se le pudieran aplicar los mismos remedios que a otra. Claro, era más popular que Antonio. Tenía un carisma casi religioso. Era un creyente. La gente estaba ávida de alguien que creyera y les creara la ilusión de que aún existían causas nobles en Fagua.

—Con Antonio es más fácil la comunicación. Ése es mi socio, che. Damián nunca deja de incomodarme. En un rinconcito de mi corazón siempre he dudado que alguien, en este siglo, pueda aún tener esa especie de ignorante inocencia —añadió Maclovio.

Del parque a la fortaleza era un buen trecho de camino. A media tarde había poca gente en las calles. Sólo en los retenes, que separaban un barrio del otro mediante trincheras levantadas con piedras, mesas, sillas, sacos en desuso, se encontraban grupos de jóvenes armados, con el cuerpo decorado con cicatrices de heridas autoinfligidas, pálidas líneas formando cruces irregulares, grotescas paralelas.

La misma idea del tatuaje, dijo Maclovio. Sólo que aquí no era cuestión de acudir al artista y dejarse impregnar delicadamente los poros de color. Las cicatrices

requerían mucho más impulso, sangre fría: tomar la navaja, abrirse la piel, dejar que sangrara. Melisandra se frotó los brazos instintivamente. En cada retén, Maclovio entonaba el santo y seña. Lo dejaban pasar. Lo conocían.

—Nada de documentar la reunión —le advirtió a Raphael al llegar.

La oficina de Antonio Espada era pequeña, meticulosamente ordenada. El escritorio de madera era la afirmación de que aquel hombre no seguía las reglas establecidas; habría sido alguna vez la hoja de una puerta magnífica, aún se podían ver las heridas de las bisagras y los cerrojos. El ayudante los hizo pasar a la habitación, los invitó a sentarse en sillas de cuero y madera.

Sobre el alféizar de la ventana ancha florecían begonias en maceteras. En una mesa auxiliar, la vieja computadora estaba tapada con una tela plástica transparente. Maclovio y el ayudante los dejaron solos.

—Todavía no sé qué estamos haciendo aquí —dijo Melisandra—. No sé que vamos a sacar hablando con Antonio Espada. Hubiera preferido regresar a ver el descargue del contenedor. Esta oficina me da frío.

—Tendremos tiempo para eso también —dijo Raphael—. Pero nunca las cosas serán más interesantes que las personas.

—Tú has vivido rodeado de cosas —dijo Melisandra—. En cambio, yo he vivido rodeada de personas.

Antonio Espada entró sigilosamente, cerrando la puerta sin hacer ruido, alguien acostumbrado a moverse entre enemigos y acechanzas. Era alto, voluminoso y pálido. No daba la impresión ni de fuerza ni de buena salud y, sin embargo, apenas se establecía contacto visual con él, uno podía percibir que parte del poder de aquel hombre residía en lo mal que aquel cuerpo le sentaba a su alma, en la contradicción de un espíritu fogoso e infatigable, obligado a habitar aquel marco blandengue y frágil. Se les acercó con la mano extendida y una sonrisa que se balanceaba entre la amabilidad y la burla.

Melisandra extendió la mano y sonrió a su vez, incómoda por la manera en que él prolongó el contacto, dándole al simple acto del saludo una connotación distinta, no sólo sexual, sino de complicidad. Notó que hizo lo mismo con Raphael, como si los quisiera conocer a través del tacto, como si en vez de la mano hubiera alargado un bastón de ciego que pudiera indicarle el tamaño preciso del obstáculo situado frente a él.

Sin dejar de mirarlos y haciendo comentarios sobre el gusto de conocerlos, al fin, personalmente, se sentó tras el escritorio. Calló un momento aparentemente absorto en unos papeles sobre la mesa.

—He oído que su abuelo no está muy bien —dijo, de pronto, levantando la cabeza, observando a Melisandra.

—¿Qué ha oído? —preguntó ella, alzándose, asustada.

—La gota lo tiene tendido en cama.

La gota, pensó Melisandra. Respiró hondo y volvió a sentarse. Se había

imaginado lo peor. Un ataque de gota se le hizo casi irrelevante. Mercedes sabía qué hacer. Su abuelo tenía ataques de gota por lo menos una vez al año.

—¡Ah! —dijo—. Otra vez la gota.

Lo mencionó para asustarme, pensó, para ablandarme.

—Bueno, usted sabe, a su edad normalmente las cosas no mejoran —agregó Espada.

Sacó un cigarrillo de su bolsa y lo encendió despacio. Lanzó una densa bocanada de humo.

—No quise asustarla —dijo—. Me imagino que le interesa estar informada.

—Claro, claro —respondió Melisandra, sonriendo, esforzándose por recomponerse. La mención del abuelo la había trasladado momentáneamente al olor del río, a la visión de la boina y el bastón, el portazo de las mañanas.

Raphael se encorvó en la silla para aflojar los músculos de la espalda. Se sobresaltó también. Reconocía el juego. Acababa de entrar Antonio Espada a la habitación y ya llevaba ganado el primer asalto. La figura de don José, amenazada, quedó flotando sobre la nube de humo de su cigarrillo.

—¿Y cómo lo supo? —preguntó ella, sin ingenuidad, con cierto sarcasmo.

—Es la razón por la que Damián les dijo que les convenía usar nuestras estructuras en la búsqueda de ese sitio mítico que insisten en encontrar: no puedo decir que lo sepamos todo; casi todo es más que suficiente para mí.

—Lo que quiere decir es que tienen a mi abuelo vigilado. Nos está amenazando —dijo Melisandra.

Espada se levantó y se acercó a la maceta de begonias. Tocó levemente una de las flores y se volvió hacia ellos.

—No tengo por qué amenazarlos. No son un peligro para mí. Waslala no existe. Aun si existiera, no es algo que me quitaría el sueño.

—Entonces, ¿para qué invertir tiempo y esfuerzo en nosotros, en nuestra búsqueda? Usted tendrá ocupaciones más importantes seguramente —intervino Raphael, con tono mordaz.

—Tengo un socio —respondió Espada—. Para ese socio, este asunto es relevante. Además, no tengo nada que perder. Para mí es un asunto de asignarles un guía, brindarles alojamiento a lo largo del viaje, protegerlos, advertirles qué rutas los alejarán del objetivo, cuáles los acercarán. Tenemos un registro bastante exacto de las narraciones y relatos de los que, supuestamente, han estado allí. La mujer de mi hermano es muy organizada y ése es su pasatiempo: escribir. No es como que fuera a destacar una columna de mi ejército para acompañarlos. Es un asunto sencillo para mí. Pero si prefieren no contar con estos recursos... Es asunto suyo.

—Y usualmente, esas estructuras de las que habla, ¿a qué se dedican? —indagó Raphael.

Espada sonrió. Había regresado a la silla tras el escritorio y jugaba ahora con dos lápices, enfrentándolos como espadachines.

—Antes, las guerras se ganaban o perdían —dijo Espada—. Ahora es un asunto de continuidad. Ya no hay ni amigos ni enemigos claramente definidos. La estrategia es más compleja. Se combate en muchos frentes al mismo tiempo y en cada uno de ellos se hace por razones distintas. Además, los contendientes de hoy pueden ser los aliados de mañana. «Guerra fluida», lo llamo yo. Requiere de mucha memoria.

—Pero ¿cuál es el propósito ulterior? Usted parece un hombre inteligente. No creerá que, en la *realpolitik* de hoy, la independencia absoluta, la soberanía nacional, es concebible —continuó Raphael.

—No veo por qué no —respondió Espada—. Usted lo cree. ¿Qué otra cosa es Waslala, si es que existe, sino una comunidad ubicada en un vacío social?

—Pero, técnicamente, Fagua ya no es ni siquiera un país. Las fronteras están oficialmente eliminadas en toda esta zona.

—Lo que usted dice prueba precisamente mi afirmación —dijo Espada—. Técnicamente quizás estén eliminadas las fronteras, pero no lo están conceptualmente.

—Lo que quiere decir es que ustedes luchan por un concepto, aunque no tenga ningún asidero concreto... —preguntó Raphael.

—¿Quién fue el que dijo: dadme una idea y moveré el mundo...? —interrogó Espada.

—Pero ¿qué pasa con los muertos en esta guerra fluida? Usted mismo reconoce que no puede ganarse o perderse. Ésta es una guerra que quizás fue válida en algún tiempo, pero que ahora sólo gira alrededor de sí misma: se autoalimenta, se autoinventa. A la postre, no se hace más que cumplir un designio autodestructivo... —intervino Melisandra.

—Es un asunto de fuerza —dijo Espada, levantándose de nuevo, frotándose las manos—. De acumular fuerza. Tiene usted razón en que los conceptos no son suficientes. Se requiere la fuerza. Eso es lo que me hace a mí diferente de otros, de los más idealistas. Yo no soy autodestructivo.

—¿Se refiere a su hermano? —preguntó Melisandra.

—Mi hermano es un quijote. Ha leído demasiados libros de caballerías. A menudo se engaña creyendo que la realidad es maleable y que puede parecerse a sus sueños. Es un mal nacional. Demasiados poetas en este país. ¿A quiénes sino a los poetas se les ocurrió Waslala? Y la idea prendió. Cómo no va a querer la gente creer en un lugar encantado, sin conflictos, sin contradicciones. En un país maldito como éste, es una noción irresistible. Sólo que es mentira —dijo alzando la voz, cambiando el tono de su discurso repentinamente—. La única verdad posible, la única certeza es tener poder, ser fuerte, poder imponer las reglas del juego, poder ser un jugador principal. «A río revuelto, ganancia de pescadores» es una verdad que pocos aceptan como cierta, pero creo que con ustedes no debo andar con remilgos.

—Tengo un interés particular —dijo Raphael—. Se habla de ciertos recursos que se manejan en países como Fagua, precisamente por esta fluidez de los marcos

estructurales: experimentos que se llevan a cabo. Nosotros, por ejemplo, hemos sido inundados en los últimos años por una droga mutante, la filina, que se afirma se produce aquí; pero también se habla de tráfico de órganos humanos, pruebas con virus letales. ¿Qué me puede decir sobre eso?

Antonio Espada sonrió. Maclovio no andaba errado.

—Ya me parecía a mí que sólo por Waslala no lo habrían enviado a usted hasta aquí. ¿A quién le importa la posibilidad de una utopía? Lo macabro da para noticias más jugosas.

—Mi editor es un hombre sensible. Pinta en sus ratos libres —dijo irónico Raphael—. El interés por esto que le pregunto es personal. Me he aficionado a los reportajes sobre los ritos, cultos y negocios de las pandillas urbanas. Circulan muchos rumores entre ellos.

—No le voy a decir, como podría hacerlo mi hermano, que todo eso es una fabricación enemiga. Conocemos la filina. Se cultiva aquí. No sabemos dónde, pero ocasionalmente hemos intentado ejercer cierto control sobre su tráfico. Sobre virus y órganos no sabría decirle. Fagua no tiene condiciones para ese tipo de industria. Recursos sí. Sobraría quien vendiera el hígado de un contrincante o sus propios riñones, pero la logística es complicada. Hace mucho que no vemos ni siquiera un avión. El aeropuerto está lleno de maleza. El mar está menos controlado que el espacio aéreo, por eso lo de la filina es más factible, pero lo tendrá que averiguar en su viaje a Waslala. Pregunte. Preguntando se llega a Roma —sonrió Espada—. Yo me encargo de otras cosas.

Melisandra siguió el intercambio con curiosidad. Ya no podía pensar que la insistencia de Raphael sobre las drogas era casual. ¿Sería el verdadero propósito de su viaje? Hablaba con los apostadores en el parque, con los muchachos de Engracia, examinaba arbustos. Tendría que cerciorarse de que su interés por esto era secundario. No quería interferencias que la desviarán de Waslala o los pusieran en peligro. Ahora mismo, la conversación se desviaba y era peligroso que los Espada se sintieran amenazados. Era improbable que Raphael tuviera una idea clara de con quiénes trataba. El comportamiento de los Espada no delataba las negras historias tejidas alrededor de ellos. Sería mejor que se marcharan. Además, se hacía tarde. Morris los estaría esperando.

—Perdónenme si los interrumpo —intervino Melisandra—, pero nosotros debemos irnos.

Raphael miró su reloj y no tuvo más que asentir.

—Todavía no hemos acordado nada sobre el viaje —dijo Espada, encendiendo otro cigarrillo, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Muchas gracias, pero preferimos hacer esto solos —dijo ella—. Vinimos a hablar con usted por curiosidad.

Raphael sonrió, pretendiendo limpiarse una pelusa del pantalón para que Antonio Espada no viera cuánto le complacía la temeridad de Melisandra.

Cuando salieron de la oficina de Espada, Maclovio no estaba.

El guarda les dijo que podían regresar por donde habían llegado. Nadie los molestaría. Los condujo a través de corredores húmedos hasta el arco donde empezaba el camino. A esa hora, la vista desde lo alto de la colina estaba teñida por la luz amarillenta del incipiente crepúsculo. Desde allí, Cineria parecía cualquier ciudad placentera y ensimismada. A lo lejos se veía la torre de la catedral con el campanario blanco recortado sobre la cadena de montañas que se alzaba desde el lago. Fagua era un país de volcanes. Erizado como un arisco animal de mar, lleno de espinas. La gente tenía que acomodarse en las planicies, sobre las faldas de los cerros, vivir sobre el magma que corría ardiente en el subsuelo. Algo de ese calor, de esa combustión se albergaba en sus habitantes, pensó Melisandra, recordando los ojos de Antonio Espada, fijos, penetrantes. Era, sin duda, más de temer que Damián, y, sin embargo, lo prefería.

El hecho de que fuera tan enclenque permitía que uno se congraciara con él. Además, a diferencia del hermano, no estaba en el negocio de la invención. No se transmutaba en ángel exterminador.

—Melisandra, tenemos que hablar —dijo Raphael, interrumpiendo el silencio que llevaban cuesta abajo.

—Me leíste el pensamiento. Yo también quería hablarte.

—¿De qué? A ver si coincidimos.

—A ver..., te concedo el turno.

—Aceptar la oferta de los Espada no cambiará nada. Aquí no hay temas morales en disputa; sólo causas. Es sólo un *modus vivendi* —dijo Raphael.

—No estoy de acuerdo. Eso es lo que quisieran hacerte creer. Son malévolos.

—Vamos a ver si nos entendemos —dijo Raphael, saltando sobre una piedra en medio de la vereda—: las guerras existen desde antes de que tú y ellos tuvieran memoria. Todos saben que las justificaciones son vagas; que de lo que se trata es de acumular poder por el poder mismo. La ley del más fuerte.

—Son guerras sin propósito.

—No necesariamente. Lo que pasa es que el propósito escapa a la nación, al colectivo. Son guerras individuales; de individuos poderosos contra otros individuos poderosos, por el poder. Guerras feudales; guerras de clanes, de familias, de tribus, sin ningún concepto de nación.

—Al no haber causa, ni concepto de nación, no hay reglas. A eso es a lo que quieres llegar, ¿no? Pues estás equivocado. Aun en el desorden, existe cierto orden, límites, al menos respeto por ciertos principios. De ninguna manera nos podemos aliar con ellos.

—No voy a insistir. Sé que Engracia te inspira más confianza. A mí también, sin duda, pero la situación es clara: no hay santos ni villanos. Es cuestión de analizar que nos conviene más.

—Tal vez a ti te convenga acercarte a los Espada para tu otro reportaje. No es mi

caso. Están preocupados. Por las razones que sean, hay expectativas sobre mi viaje. Se piensa que, por ser nieta de mi abuelo, por lo de mis padres, mis chances de encontrar Waslala son mayores.

—¿De eso querías hablarme?

—Exactamente. Tenemos un compromiso. No sé que tan cierto sea que tu verdadera misión al venir aquí no fue encontrar Waslala; pero ahora no podemos desviarnos. Si sigues insistiendo sobre la filina, nos meterás en problemas a ambos.

—Digamos que ambos reportajes son compatibles.

—Quizás sí, quizás no. Digamos que para mí la prioridad es Waslala. Si es necesario podemos separarnos aquí mismo.

—De ninguna manera —dijo Raphael—. Soy un hombre de palabra.

—Eres periodista —dijo Melisandra.

—Tienes que entender que venir aquí no fue fácil para mí —dijo Raphael, deteniéndose—. No es censurable que, si puedo, haga varios reportajes. Después de todo, es improbable que me envíen de nuevo a Fagua... Créeme, Melisandra, que en ningún momento pondría en peligro tu viaje.

Llegaron al pavimento y se internaron en las calles de Cineria. Esta vez, al traspasar los retenes se sintieron reconocidos.

Muchas personas, como ella indicara, sabían del viaje a Waslala. En varios sitios los detuvieron brevemente para hacerles preguntas y ofrecerles consejo. Que no llevaran mucha carga, dijo uno, nunca se había oído que nadie con mucho equipaje llegara a Waslala; los que llegaban lo hacían accidentalmente, sin estar preparados, sin premeditación. Que le pusieran atención al viento, dijo otro. Se decía que en Waslala el viento cambiaba de forma. En uno de los retenes los esperaba una anciana con una vieja fotografía de su marido. Alguien lo había visto en Waslala. Quería que le dijeran que ella estaba viva; que lo estaba esperando para morir. Raphael no perdía oportunidad de hacer preguntas sobre los Espada, los comunitaristas, los bandos del conflicto. No obtuvo más que frases respetuosas sobre unos y otros; sin abierta afiliación o especial lealtad a ninguno. Retazos indiscriminados de las ideas de Damián Espada y de Engracia se confundían en una enrevesada maraña de justificaciones bélicas. Identificaban a los Espada con el nacionalismo y a Engracia con la noción de formar una comunidad abierta al mundo.

—¿Te das cuenta? —le decía Raphael a Melisandra—. Nadie está con nadie y todos están con todos. Las enemistades o lealtades dependen de cómo piensan obtener un balance entre las relaciones con uno u otro lado.

Melisandra se quedó callada. Para ella lo más importante era comprobar que, por razones que la lógica no podía explicar, cada quien pensaba que sólo el descubrimiento de Waslala redimiría a Fagua de su maldición bélica y les permitiría dedicar su heroísmo a una causa honorable. Waslala era considerada el último reducto del orden, lo único que podría devolverle a Fagua la perspectiva de una manera alternativa de vivir. O quizás, como pensara Joaquín, era tan sólo el recurso colectivo

final, agotadas todas las otras ilusiones. Era un juego de espejismos del que nadie en Fagua escapaba. Y ella era parte de ese juego. Siempre lo había sido. Lo hubiera sido aun sin proponérselo.

Se encontrarían con Morris en el hotel. Cuando entraron al vestíbulo, ya estaban encendidas las luces en el único candelabro que Jaime, el mánager, reparara con paciencia de inmortal luego de cambiárselo a Engracia por servicio y hospedaje. El candelabro daba al lugar el aire de un distraído siglo XIX que, acampado allí, rehusara marcharse. Viejos sillones de forros raídos, pero con las maderas aceitadas y brillantes, se asentaban en las esquinas confiriéndole el aliento de una dignidad perdida hacía mucho. Brillaba también la madera de la recepción, detrás de la cual una mujer en las postrimerías de su juventud aparentaba ocuparse en numerosos oficios administrativos. Raphael y Melisandra experimentaron al unísono la compulsión de moverse de puntillas; la mujer, sin embargo, los presintió antes de que ellos hicieran ningún ruido y les ofreció una cortés frase de bienvenida.

Raphael dejó que Melisandra se encargara de indagar por el paradero de Morris y se entregó a la contemplación del lugar tratando de encontrar coherencia en lo que discutieran poco antes de traspasar el umbral de aquella estancia, donde lo colonial y el *art déco* convivían con la misma desenfadada irrealidad con que se codeaban alegremente Cineria y todos sus habitantes. Pasó la mano por el lustroso escritorio bajo el candelabro, atraído por su exótica pulcritud. Chasqueó los dedos. Todo allí lucía brillante: los viejos ceniceros de plata, los espejos, los vidrios de los ventanales por donde se veían los enmarañados árboles del parque.

La conserje había abandonado su lugar tras la recepción y al verla salir, de espaldas, Raphael notó la nitidez de su atuendo, la falda y chaqueta negra, las medias de nailon, los zapatos de tacón. Durante el viaje por el río, Hermann le habló varias horas sobre Jaime y el hotel, nombrándolos como uno de los fenómenos de Cineria y de la capacidad de sus gentes de crearse un tiempo que se movía en sentido inverso al que ellos habitaban. Era un fenómeno ilusionista, le dijo. Jaime se había propuesto hacer que los huéspedes del hotel pensaran que se encontraban en cualquier lugar del mundo menos en aquél. El personal se comportaba con tal dignidad y propiedad; las habitaciones, los manteles, los muebles, eran tan pulcros, que, al poco tiempo, el huésped empezaba a preguntarse si las anomalías del entorno eran producto de su imaginación. Cualquiera que fuera su nivel de confusión, al final no le quedaba más que reconocer que la dignidad profesional podía existir aun en la peor de las circunstancias. Había visto llorar, le dijo Hermann, a varios contrabandistas de los más duros, conmovidos por aquella rara especie de heroísmo, y él mismo, en cada uno de sus viajes, rendía homenaje a Jaime proveyéndolo de libreas y atuendos de mayordomo o llevándole libros raros para adornar su ya profusa colección de ejemplares únicos sobre la profesión hotelera, así como memorias y biografías de oscuros mayordomos ingleses.

La conserje apareció al poco rato y les indicó que pasaran a una oficina detrás de la recepción. Allí estaba Morris acompañado por Jaime. Raphael no supo si, por estar ya predispuesto, las facciones de éste se le hicieron las clásicas de quienes han dedicado sus vidas al servicio de las necesidades de otros. Su porte era reservado y respetuoso, sus ojos bondadosos denotaban el hábito de saber observar y adivinar los deseos ajenos, sus labios estrechos revelaban la ausencia de pasiones propia del oficio de la discreción, y sus manos bien cuidadas y finas daban al conjunto el aire de elegancia que invitaba a comportarse y ser digno de las atenciones que, con gran solemnidad y sin un ápice de servilismo, se le ofrecían. Mirando a su alrededor, Raphael se preguntó dónde habría adquirido este hombre la noción de que el servicio podía ser llevado a la categoría de arte. Jaime les ofreció asiento y les brindó una hospitalidad sin esfuerzo, haciéndoles servir una merienda consistente en café, pastelería y pequeños emparedados de pepino.

La oficina era sobria y pulcra. Una de las paredes altas estaba revestida de estantes en los que se veían los libros a los que se refiriera Hermann. Otra de las paredes lucía una vasta colección de fotografías en las que se documentaba la remodelación de la vieja casona, la inauguración del hotel y algunos de sus huéspedes ilustres, entre los que sobresalía Gerard Shummer, el primer hombre que orbitara Marte y que luego, en misión de buena voluntad del propio presidente de los Estados Unidos, había viajado por las principales regiones olvidadas del mundo hablando sobre las maravillas del cosmos.

Jaime expresó sus respetos por el linaje de la familia de Melisandra. Recordaba aún a doña María, su abuela, de cuando era joven, dijo. Se aburría de la compañía de sus parientes y se pasaba las fiestas departiendo con el servicio, probando la primera los bocadillos que salían de la cocina.

Era una gran dama, dijo, a pesar de que nunca quiso que la confundieran con una y siempre hizo lo posible por no parecerlo. Lo cierto era, añadió, que por aquellos tiempos en Cineria muchos aparentaban ser lo que no eran, y él mismo terminó por cansarse, a la postre, de querer servir bien a quienes no podían distinguir un tenedor de pescado de uno de ensalada. Por eso se esforzó hasta que la vida le permitió comprar la casona en la que pudo al fin demostrar la excelencia de su profesión, sin que la ignorancia provinciana o la necesidad de un salario lo obligaran a violar las estrictas normas de su oficio.

Jaime era pomposo y su aire de ceremonia bien podía atribuirse a algún desvarío de la mente obligada a buscar inusuales cauces para su afán de perfección, pensó Melisandra. Sin embargo, había en su obsesión una inequívoca nobleza de espíritu, una instintiva sabiduría; la conciencia de que algún elemento de redención universal estaba contenido en el hecho de que una persona pudiera encontrar sentido y dignidad en hacer bien su trabajo, por muy insignificante que éste pudiera parecerle a otros.

El hotelero les relató una serie de historias sobre huéspedes del hotel que afirmaban haber estado en Waslala. No eran muchos, dijo, quizás tres o cuatro

extranjeros que nunca volvió a ver por allí, pero todos ellos decían haber sido transformados por la experiencia y hablaban de un lugar en el norte del país al que habían llegado por accidente y que se les esfumara misteriosamente durante el sueño.

Mientras Jaime hablaba con voz reposada, Morris miraba constantemente el reloj incrustado en su brazo metálico sin poder disimular la impaciencia por regresar con Engracia. Se había pasado la tarde en el taller de un relojero de su confianza, utilizando sus finas herramientas para calibrar sus instrumentos y poder evaluar adecuadamente el cargamento que a esta hora ya los muchachos debían estar descargando en el muelle. La llegada de Melisandra y Raphael prolongaba más de lo previsto lo que él planeaba como una corta visita a Jaime. La noche se avecinaba rápida y él tenía una larga jornada por delante.

Sin embargo, le daba pena interrumpir el coloquio. Sabía de la fascinación que Jaime y su entorno eran capaces de producir. En el contexto caótico de la ciudad, el hotel no sólo era una isla de orden y eficiencia, sino la reliquia de una época ida y olvidada. Por sí mismo, además, Jaime era un personaje curioso. A pesar del tiempo que tenía para conocerlo, era incapaz de saber a ciencia cierta si éste había encontrado una suerte de cordura en la locura, o si era la absoluta coherencia de su locura lo que creaba la ilusión de cordura. No lograba decidir si el mundo que el hotelero se había creado lo salvaba o condenaba.

Optó por guardar silencio otros quince minutos, al cabo de los cuales se levantó e indicó a Melisandra y Raphael que era hora de marcharse.

Morris los había llevado a la ciudad en el viejo SAM destartado y sucio. Salieron del hotel cuando caía la noche y un viento templado soplaba del lago acrecentando la humedad del clima. Melisandra se apretó la blusa cruzando las manos sobre el pecho y se acurrucó contra la carrocería del jeep, buscando cómo protegerse de la brisa en el vehículo descapotado. Raphael viajaba en el asiento delantero con Morris. Las cabezas de ambos parecían los extraños bulbos de alguna flor exótica. Conversaban sobre los Espada, pero el viento se llevaba sus palabras y ella apenas alcanzaba a escuchar alguna sílaba deslizándose veloz por su lado cuando el ángulo del camino hacía que el sonido viajara en su dirección. Podría haberse inclinado hacia delante, pero no lo hizo. Prefirió apoyar la nuca en el helado metal que sobresalía del tapizado de los asientos y mirar hacia el cielo ya oscuro. Joaquín tendría un enfoque muy distinto al de Raphael sobre los Espada. Para él sólo había dos clases de gente, y los Espada pertenecían a la categoría opuesta a la suya. Era una maniqueísmo simple, pero efectivo. Con Raphael nada era tan sencillo y quizás era esto lo que la atraía de él; su curiosidad, su deseo de comprender las motivaciones ocultas de las personas, sin juzgarlas por las apariencias, sin situarlas inmediatamente en un lado u otro, con la convicción de que el bien y el mal eran componentes intrínsecos de todo y todos.

Claro que esa visión del mundo podría terminar por convertirlo en observador, impidiéndole entregarse a nada. Esa posición acarrearía el riesgo de la parálisis, del escepticismo, o de perder la fuerza que residía en actuar de acuerdo a ciertos

principios.

Se sintió mal: nerviosa, repentinamente amedrentada, con ganas de cerrar los ojos y despertar en lugar seguro. Años más tarde en su vida, reconocería ese estado de ánimo como una premonición.

El vehículo atravesó la puerta de hierro de la entrada del colegio. Antes de llegar, Morris se detuvo para mirar hacia abajo el muelle iluminado por las luces de estadio. La barcaza se balanceaba en el agua mientras un nutrido grupo de muchachos descargaba los contenedores. El edificio, en cambio, estaba en tinieblas, en silencio. Un contraste extraño, pensó Melisandra, quien esperaba encontrar una escena similar a la del muelle y no la incongruencia de las luces apagadas, el sopor que envolvía los corredores por los que se adentraron escuchando el hueco resonar de sus pasos, camino a las habitaciones de Engracia.

Morris avanzaba el primero, con urgencia, mirando a su alrededor con la evidente expectativa de hallarle explicación a lo que le resultaba también inexplicable. Cuando llegaron a los aposentos de Engracia, los tres iban ya corriendo, aun cuando ninguno de ellos encontrara más razón que el silencio para hacerlo.

Morris encendió las luces y sorteó los muebles. Despertado súbitamente, el loro empezó a volar torpemente por la habitación graznando y batiendo las alas que Engracia mantenía cortas para que no se escapara.

Melisandra se acercó instintivamente a Raphael y volvió a cruzar los brazos sobre el pecho, sin atinar a hacer otra cosa sino esperar que Morris terminara de andar por las habitaciones y regresara diciendo que no daba con Engracia, que algo raro sucedía.

—Creo que nos estamos alarmando demasiado —dijo Raphael—. No hay señales de violencia y si algo hubiera sucedido, los del muelle se habrían dado cuenta. Seguramente Engracia y los muchachos andan por aquí. No tendríamos que oírlos necesariamente; este lugar es muy grande —añadió, como convenciéndose a sí mismo, al tiempo que, saliendo al corredor, se asomó a los patios para ver si divisaba algo en la oscuridad. Melisandra fue la primera en ver las luces desde la ventana de la habitación.

—Morris, Morris —llamó—. Venga a ver esto.

Era difícil saber de qué se trataba. Al fondo del patio, cerca del incinerador, algo resplandecía. A su alrededor, objetos brillantes, pequeños, redondos, se movían emitiendo una luz azulada, irreconocible.

—¡Dios mío! —exclamó Morris—. ¿Qué diablos es eso?

Una repentina ráfaga de viento les trajo el sonido de risas en el mismo instante en que oyeron a Raphael llamándolos. Bajaron las escaleras apresurados.

—Creo que están allí —dijo Raphael—. Allí donde se ve esa luz. Oí voces. Creo que escuché a Engracia.

Morris activó la luz de su brazo metálico y los tres empezaron a caminar, orientándose entre los desechos y chatarra, hacia el incinerador.

No quería pensar lo que estaba pensando, se dijo Morris. No lo pensaría. Era imposible. Rodeó el volumen cuadrado de un frigorífico industrial alrededor del cual se amontonaban esqueletos de refrigeradores. Tuvo cuidado de no tropezar con motores herrumbrosos, extendiendo el brazo para alertar a Melisandra, cuya respiración acelerada escuchaba muy cerca. El viento mecía las palmeras haciendo chasquear sus hojas. Otra vez escuchó las risas. El cielo estaba nublado. Una flaca media luna, como una ceja arqueada o como el nítido trazo de alguna letra de un alfabeto desconocido, se recortaba momentáneamente en la oscuridad, sólo para ocultarse tras amontonamientos de nubes que el viento hacía rodar como largos ovillos sobre su cabeza. No quería pensar lo que estaba pensando. Tendría que estar equivocado. Le dolía la boca del estómago. La posibilidad de que fuera cierto lo que pensaba, lo que no quería pensar, le desató el fluir de los ácidos gástricos.

Se concentraba en no tropezar. Era difícil. Apenas se podía caminar por el patio a pleno sol. Tubos oxidados, varillas, láminas de aluminio aquí y allí. Se lo dijo a Engracia muchas veces. Un día de éstos habría que traer más gente y limpiar. Era peligroso. Se preguntó si los muchachos se pondrían las máscaras o trajes que les dio. Melisandra no decía nada. Se volvió y vio que ella y Raphael avanzaban tomados de la mano. La iluminación del brazo no era suficiente para los tres y él no podía detenerse y alumbrar hacia atrás. Se acercaban. Las voces, las risas, eran más claras ahora. La silueta del incinerador empezaba a ocultar las palmeras del fondo. Se oía el chasquido del viento lanzando las palmas como espadas unas contra otras.

Creyó verla. Creyó ver el rostro brillante sobresaliendo, remontándose sobre los demás. Estaban reunidos en un círculo alrededor del resplandor fosforescente. Las manos, las caras, resplandecían azuladas. Hombres y mujeres iluminados. Muchachos. Alguien se inclinaba y sacaba los brazos espolvoreados de luz del recipiente de metal. No quería pensar lo que estaba pensando, se dijo Morris, sólo que a esa distancia, ya casi llegando, no podía dejar de pensarlo.

Emergió de las sombras, los vio resplandecer, se acercó al recipiente, un cilindro de metal sólido, y, mientras los demás caían en el silencio de los descubiertos niños traviosos, hundió el brazo metálico en el polvo fosforescente.

Engracia se acercó a él. Se había pintado más que todos. Hasta la capa exterior del pelo le brillaba. Los dientes. Parecía una Medusa mítica. Le dijo que no les llegara a aguar la fiesta, con esa cara fúnebre; era nada más que pintura fosforescente, le dijo. Solamente se estaban divirtiendo un rato, añadió.

Morris sacó el brazo metálico y echó una mirada a los indicadores del panel de instrumentos. Luego se volvió hacia Engracia y la abofeteó. La cara de ella giró a un lado y al otro. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. Los muchachos se le tiraron encima. Golpeó a uno de ellos. Escuchó el sonido de los huesos del joven al caer, pesadamente, al suelo. Raphael, Josué y los demás se le abalanzaron para contenerlo. Las partículas de luz estaban ahora en su camisa, en los zapatos. Engracia no había emitido ningún sonido. Ya lo habría adivinado, pensó Morris, súbitamente exhausto,

dejándose caer al suelo, indicando con sus gestos que ya no era necesario contenerlo, tapándose la cara con el brazo, sentado en medio del círculo, solo, al lado del recipiente, rodeado por rostros, manos fosforescentes, voces que aún lo llamaban profesor, que demandaban que explicara que le pasaba al profesor, por qué había hecho eso si ellos sólo se estaban divirtiendo, una diversión inocente. Creían que se había vuelto loco, pensó Morris. Por eso no lo agredían. La misma Engracia se le estaba acercando ahora. Por primera vez desde que la conociera pudo verle el halo de soledad que la rodeaba como un muro a la vez translúcido y sólido.

Los miró compungido, avergonzado de su propia reacción. La rabia le subía y bajaba en oleadas por el cuerpo, dándole la sensación de un péndulo descontrolado que se le balanceara en el pecho. Se los había dicho, pensó. Tantas veces se los había dicho.

El grupo lo miraba expectante, amedrentado. Un pesado cansancio lo invadió súbitamente. No quería llorar, pero empezó a hacerlo roncamente. Creerán que estoy loco, se dijo. Extendió la mano para tocar a Engracia, la Medusa.

—Lo siento mucho —dijo al fin—. Les pido disculpas por haberme violentado, pero les dije tantas veces que tuvieran cuidado; se los dije precisamente para evitar un accidente como éste. Ese polvo es cesio 137. Es un isótopo radiactivo. La dosis letal varía entre 500 y 600 rems. Calculo que cada uno de ustedes debe de haber recibido al menos eso. Se van a poner muy enfermos. En unas cuantas horas sufrirán vómitos, fiebre, dolor de cabeza, quemaduras, la piel les arderá. Perderán fluido y electrolitos en los espacios intercelulares, sufrirán daños en la médula espinal, se les caerá el pelo... ¡Qué estupidez, Dios mío, qué estupidez!

A medida que hablaba, perdía la compostura. Se levantó poseído otra vez por la rabia, los puños cerrados. De nuevo hundió el brazo metálico en el cilindro. Nadie decía nada. Josué, que no se había untado el polvo, estaba sentado sobre una máquina de lavar y se miraba atentamente las uñas. Engracia daba vueltas alrededor del círculo. Los muchachos continuaban en el suelo. Morris sacó el brazo y miró los instrumentos.

—Nadie sobrevive a una dosis como ésta —dijo—. Habrá que ponerles electrolitos por vía intravenosa.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Engracia.

—Una, dos semanas —dijo Morris—. Con suerte, dos semanas... ¿De dónde sacaron ese polvo?

—Quebramos el cilindro que rescatamos de aquella máquina. —Señaló hacia una esquina del patio.

Morris no necesitó acercarse mucho para identificarla. Era una máquina de las que se usaban para irradiar enfermos de cáncer antes de que la terapia genética permitiera aislar y neutralizar el gen en los recién nacidos.

Raphael se salió del círculo. Tomó a Melisandra del brazo y la hizo a un lado. Morris volvió a sentarse en el suelo. Sollozó con la cara sobre el brazo. Los demás lo

oían llorar en silencio. Engracia hizo el ademán de acercarse, pero se miró las manos enormes, resplandecientes, y se detuvo. Pobrecita, pensó él levantando el rostro. La furia lo había abandonado. Ya no veía el halo de Engracia. Se puso de pie, le extendió los brazos. Ella lo trató de esquivar. Se contaminaría también, dijo. Sería mejor que no la tocara. Él pareció no escucharla. Con el brazo metálico la aproximó hacia él, la abrazó, la sostuvo contra sí. Le besó el rostro premeditadamente, cada beso transfería a sus labios puntos de luz. Un agujero perforaba la noche, pensó Melisandra, y ellos habitaban por un instante ese espacio de claridad donde la textura del aire nocturno se desgarraba poblado por enormes luciérnagas. Se veían tan hermosos... Engracia semejava una diosa antigua, terrible y magnánima, recién llegada de un viaje astral. Los muchachos tenían la magnificencia y levedad de efebos andróginos salidos de la selva sagrada. Cada movimiento el grupo fluía, ondulaba, se movía ingrátido sobre la pasta densa de la noche, negando la oscuridad en el preciso acto de afirmarla. Era difícil imaginar que algo tan bello pudiese ser mortal, que la muerte pudiera agazaparse en los tonos iridiscentes jamás imaginados, en los rostros sobrenaturales, angélicos, que les nacieron bajo la luz alumbrándoles los huesos, los cartílagos, las órbitas, desde el ángulo imposible de un faro encendido en la misma sangre, en la atmósfera interior de cada cuerpo. Quizás la belleza los atontó, pensó Melisandra. No pensaron en las consecuencias. Se dejaron llevar por la luz, por el efecto deslumbrante del polvo sobre la piel transfigurándolos en criaturas míticas. Y quién podía culparlos, pensó Raphael, viviendo en medio del desecho, la chatarra y la basura, si al encontrarse de sopetón con la esencia del resplandor, quisieron poseerlo, como hubiera hecho cualquier alquimista o mago, sobrecogido por la necesidad de transmutarse, de olvidarse por un rato de la opaca, imperfecta, condición humana.

En el centro del círculo, Morris y Engracia continuaban abrazados moviéndose lentamente en una especie de danza ritual del silencio. De pronto, ella se soltó y se volvió a los demás.

—Hay que cantar —los retó, dando palmadas con las manos como para romper el trance en que habían caído—. La mejor manera de desintoxicarse es cantar. Josué, trae tu guitarra.

Morris se acercó al contenedor metálico. Miró el fulgor fijamente y, antes de que nadie pudiera intervenir, se inclinó sobre el contenedor y con movimientos rápidos y definitivos, como minero eufórico que se topa con oro en polvo, se pintó de luz la cara, el brazo sano, el pelo y el pecho.

Toda la noche se escucharon los cantos desde el patio. Toda la noche hicieron el amor Raphael y Melisandra, como si al hacerlo se protegieran de un maleficio. Empezaron llorando como niños. Ella reclamándole, golpeándole el pecho rabiosa, y terminaron mordiéndose como fieras doloridas que quisieran confirmar su bestial vitalidad a través del dolor. Entre una y otra cosa, se colmaron de ternura. Él se agarró del cuerpo femenino buceando en él a su madre, dejándose amamantar y acurrucar, dejando que ella lo protegiera, olvidándose de si la piel sentía o no, olvidándose de sus genitales, de roces y orgasmos; simplemente dejándose estar en otro cuerpo para sentirse menos solo, acompañado. Ella, primitiva y poderosa sintió de golpe que el principio femenino de su cuerpo saltaba a la superficie con su carga de alimento y refugio, haciendo desaparecer de golpe las maldiciones de la civilización y sumiéndolos en las bienaventuranzas del instinto y lo primitivo. Le dio de beber y comer; se miró en sus ojos y, a través de ellos, vio también a su madre y el amor de su padre por esa mujer lejana y desconocida. Incestuosa, evocó las caricias que jamás le dieran y disfrutó, como Narciso, el efecto de sus redondeces sobre los ángulos y aristas del cuerpo masculino.

Nunca se sintió tan porosa, tan abierta a otro ser humano. Comprendió entonces por qué el amor podía salvar y por que se le temía.

En el patio, Morris seguía cantando. Su voz se alzaba sobre las otras con el tono exaltado, profundo, de himnos ancestrales y memorias colectivas, como si su garganta estuviese poblada de fantasmas. Melisandra cerró los ojos y volvió a verlo embadurnado del polvo brillante; los ojos de Engracia posados sobre él, dos cucharas redondas, acunándolo, cuando él se echó a bailar una danza tribal para invocar la lluvia, haciendo música con una hoja de aluminio. La lluvia nunca llegó a pesar de los relámpagos incandescentes a los lejos, sobre el lago. Oyeron a Morris entonar la canción, cuyas notas flotaron entre la mugre, la chatarra, el polvo resplandeciente, imponiendo el silencio del recogimiento, el llanto.

*Amazing grace
how sweet the sound
that saved a wretched man likes me.
I once was lost
but now I'm found,
I once was blind
but now I see...*

Con los huesos blandos y los ojos húmedos cerraron la puerta de la habitación. Raphael sollozó roncamente. Entornó los postigos para seguir escuchando a Morris cantar.

Ya era de madrugada y todavía seguían cantando, ahuyentando los malos

espíritus, como si la muerte fuese el sultán implacable que se conmoviera con cantos de Scherezade.

Melisandra se sintió sola. Tapó con las cobijas a Raphael y se cubrió también. Amanecería pronto. Pero esa noche larga era tan sólo el principio. Habría que explicarles a los demás. Cuando entraron los que estaban en el muelle, Engracia les dijo que lo continuarían al día siguiente. Morris no dejó que nadie más tocara el polvo brillante. Sin explicarles nada aún, los mandaron a acostarse.

Raphael había hablado otra vez del regreso a su país.

—Tu país... —murmuró Melisandra—. Si estas cosas suceden, me pregunto para qué ha servido el desarrollo.

¿Cuánto tiempo les quedaría?, pensó Morris, poniéndose una almohada en la cara. La luz del amanecer dispersó la reunión en el patio. Estaba exhausto. La garganta le dolía y apenas si podía hablar. Quizás era mejor. No sabía qué decir. Creía haberlo dicho todo cantando; cantándole a la vida, a la muerte, al gozo y la tristeza. Lo malo era que ahora le tocaría ser explícito; no hablar por señas, mediante símbolos, sino nombrar a la muerte por su nombre, calcularle plazos a la vida; compartir la condena mortal con Engracia y cada uno de los muchachos. Todavía le parecía increíble lo sucedido. Tener no sólo que documentar sus peores temores, sino vivírselos en carne propia. ¿Por qué no le escucharían?, se agitó, mirando a Engracia, dormida a su lado; sintiendo otra vez la espuma de la rabia y la impotencia alzándosele dentro. Era inútil enfurecerse, se dijo, conteniendo las ganas de zarandear a Engracia. Se lo dijo muchas veces: cualquier día, si no eran cuidadosos, se encontrarían con una sustancia letal, la manipularían sin darse cuenta. Por eso los trajes, las máscaras, los guantes. Empeño inútil. La ignorancia era una de las cosas más difíciles de traspasar, sobre todo si, como sucedía con Engracia, se la consideraba una virtud y no un defecto. Tal vez él mismo era responsable de esto; él, con sus diatribas contra los demonios de la civilización. Su mismo amor por ese lugar olvidado de Dios; por ella y su manera de ser elemental, primaria, verdadera. ¡Qué ironía!, se dijo, morir así. Y, sin embargo, algo de poética justicia había en ello. Su muerte conmoviera a la comunidad científica, podría convertirse incluso en un hecho noticioso, adquirir un cariz político. La muerte, pensó. El resplandor del amanecer empezaba a deslizarse sobre la noche, alguien en alguna parte vaciaba litros de quitamanchas sobre la tinta negra. La muerte se le hacía inmensamente larga. En las noticias, sin embargo, su muerte podría ser relatada a lo sumo en unos minutos. Toda su vida sería reducida a su nombre, a una circunstancia. Las familias lo escucharían comiendo, hablando sobre el día, mirando la pantalla. Sintió un escalofrío y náusea. Miedo. Terror. ¿Cómo sería?, pensó. ¿Cuánto tiempo antes de que todo se tornara oscuro, antes de que el último pensamiento se desvaneciera? No temía el cuerpo, sino la conciencia. Siempre tuvo dificultad para convencerse de que la conciencia se detenía, como reloj sin cuerda, a

una hora determinada. *¡Oh, God, let it stop!*, rogó. Se pasó la mano por el estómago, tratando de aliviar el espasmo, el dolor. Se miró la mano, luminosa. Sintió rabia otra vez, ganas de llorar. Ninguna vida valía mucho, pensó, vista en el contexto mundial. Los seres humanos estaban acostumbrados a ver morir. A nadie le espantaba demasiado la muerte impersonal de un desconocido, de cientos de desconocidos. Mucho menos aún le importaba la muerte de los que habitaban estas regiones. Por eso era tan difícil convencer a cualquiera de que la introducción de sustancias letales en la basura era un crimen. Que no se las pusieran cerca. Mientras afectaran a otros que, de todas formas, tenían una muerte prematura en agenda, era un mal menor. Qué más daba que murieran de una u otra forma. No podían admitirlo, por supuesto, pero eso era lo que subyacía en sus razonamientos.

Qué tontería que le diera por pensar en las repercusiones de su muerte. Y, sin embargo, era tan natural el morbo de imaginarse el propio funeral, sobre todo si uno sabía que pronto iba a morir. Se imaginaba qué dirían los amigos, los enemigos.

El loro caminaba sobre el suelo arrastrando las patas, las uñas largas haciendo un ruido plástico sobre el suelo. Todos los días despertaba a Engracia picoteándole suavemente la cabeza. Ella se dejaba acariciar un buen rato. Morris tuvo el impulso de levantarse e impedir que picoteara la cabeza luminosa. Lo vio acercarse. Vio sus ojos de pájaro. Sería inútil evitarlo, pensó, diciéndose que no haría nada por interponerse, pero no pudo. Al final, le extendió el brazo metálico, lo levantó del suelo. Lo llevó al extremo de la habitación, lejos de la cabeza brillante.

Después se sentó frente a su comunicador y empezó a marcar números de correo electrónico.

En el ala opuesta del edificio, Raphael despertó de súbito, asustado. Melisandra dormía a su lado un sueño inquieto. Raphael apretó la cara entre las manos. Qué tragedia, pensó, qué tragedia más horrorosa. Y ellos haciendo el amor toda la noche. En alguna parte leyó que el instinto sexual se avivaba en las catástrofes. El instinto de supervivencia hacía primar el cerebro límbico; la piel caliente, el corazón bombeando sangre desahogado, palpitando fuerte, diciendo aquí estoy, aquí estoy. Pronto sería de día. En situaciones similares él se tornaba operativo. Mientras los demás se abandonaban a la emoción, él se hacía cargo. Así fue con Lucho. Organizó el funeral del niño. Se encargó de la familia. Así lavó sus culpas. La familia terminó queriéndolo. Habría que enterrar el recipiente con el polvo radiactivo, pensó. Enterrarlo lo antes posible, cercar el área. Morris sabría qué podía esperarse en términos de síntomas físicos y qué hacer para mitigar el dolor. El ADN mutaría, le había dicho. Las células enloquecerían. Sería rápido. Tendría que filmarlo, se dijo; recuperar la perspectiva, hacer su trabajo, cubrir la noticia. Volar sobre la tragedia como los buitres. Caer sobre la carroña. Odió su profesión.

Se levantó y se asomó por la ventana. Amanecía sobre la chatarra, las montañas

de ruedas, los marcos de ventanas, los cadáveres de las refrigeradoras, las cocinas, el aluminio, el incinerador, las palmeras que recuperaban el verde engullido por la noche. La mirada de Raphael flotó sobre el patio poblado de objetos inanimados, aquel cementerio de lo que los hombres creaban y descartaban sin pensarlo dos veces. Pensó en cuántos de aquellos objetos habrían formado antes parte de tantas vidas; en las palabras que habrían rebotado sobre sus superficies frías, silenciosas. Pensó en la rabia de Melisandra, en las vidas que ahora pagarían el precio de lo que se consideraba desarrollo, avance, progreso, riqueza, capacidad adquisitiva para cambiar lo viejo por lo nuevo, lo antiguo por lo moderno. Vidas sacrificadas a la luz, a la energía que movía todo aquello, que dotaba de alma a lo que desde la ventana lucía tan muerto, tan fundamentalmente inútil, después de todo.

No había forma de lavarse la piel. Estaba bajo la ducha, aplicándose detergente, pero su piel no se limpiaba. En la oscuridad del baño continuaba brillando. Sentado sobre la tapa del inodoro, Morris la miraba con tristeza, diciéndole que era inútil, que, por favor, por Dios, por todos los santos o todos los demonios, tenía que creerle.

¿Cuántos años tengo?, se preguntó Engracia. Hace tiempo perdí la cuenta, se dijo. En algún momento dejó de envejecer; demasiado ocupado su cuerpo en seguirse desarrollando. ¿Qué edad crees que tengo?, interrogó a Morris, volviéndose a echar detergente en la cabeza. Nunca me ha preocupado, respondió él, poniendo los dedos sobre los ojos, apretándoselos con un gesto de cansancio. ¡Qué importa, Engracia!, qué importa la edad que tengas, le decía. Pero claro que importaba, reflexionó ella. Algunas edades eran mejores para morir que otras. Cualquiera que fuera su edad, había vivido bastante, pensó. Sería quizás suficiente. La vida se las ingeniaba para brindarle una salida honrosa a su descalabrado sistema endocrino que probablemente le habría reservado una ancianidad de gigante solitaria. Claro que su propia muerte no sería por mucho rato la mayor de sus preocupaciones. Estaba el problema de los muchachos; los sanos y los enfermos, el problema de su negocio, de sus asuntos, pero cada cosa tenía que ser a su tiempo. Por el momento, se dijo, era natural pensar en sí misma, permitirse el espacio para pensar en sí misma, en su propia y personal desaparición del mundo de los vivos. Curiosamente, se sentía excitada, como si la noción de una fecha precisa, de un tiempo determinado, la relevara de una angustia prolongada demasiado tiempo. Nunca pensó que le hiciera ilusión la idea de morir, pero no se sentía desesperada, ni furiosa. Estaba en calma. Lo mismo experimentaría si se tratara de un viaje largo ante el cual debía dejar su casa en orden. Trató de pasarse un peine por el pelo, pero se había tornado duro e inmanejable. Tendría que cortarlo, pensó, y se lo dijo a Morris, quien le sonrió otra vez con la sonrisa triste que ahora lucía encendida sobre su cara negra.

—Por lo menos tienes la sonrisa iluminada —dijo Engracia—. Vieras qué bonito el efecto.

No se iba a poner dramática con nadie. Menos aún con Morris. El dramatismo de él era suficiente para los dos, pensó, volviendo a enjabonarse. Muy en el fondo de su corazón no le creía todo lo que le dijera y quería darle oportunidad al agua de lavar, aunque fuera un poco, la sustancia pegada a su piel que él comparara momentos antes con un tatuaje. De todas formas, el agua sentaba muy bien después de la noche de desvelo.

Bañarse era uno de los placeres de su vida. No quería salir de la ducha. La verdad era que temía enfrentarse de nuevo con los muchachos. Ciertamente, la muerte no era un gran acontecimiento en Fagua. Nadie esperaba llegar a viejo, ni hacía planes para

futuros distantes. Eso es lo que Morris no podía comprender viniendo como venía de una sociedad donde la muerte era una preocupación, donde la gente se ocupaba con toda seriedad y esmero por vivir el mayor tiempo posible. Pero, claro, los muchachos habrían esperado una muerte heroica y quizás ésa sería su misión: proveerlos de un modo de morir digno, no dejar simplemente que la luz los consumiera, les hiciera caer las uñas, el pelo, los extinguiera como fuego ardiendo en su propio fulgor.

—Vamos a tener que buscarle un modo de morir más adecuado a los muchachos, algo más propio para su edad —dijo saliendo del baño, enrollándose una toalla sobre el cuerpo, estrujándose el pelo para que escurriera—. En este país, los jóvenes no se mueren en la cama.

No quería que los Espada se dieran cuenta de nada. Habría que mantenerlo en secreto. Menos mal que Josué no estaba contaminado. Conocía toda la operación tan bien como ella. Aunque, claro, los Espada tratarían de cercarlo y sería difícil para él contenerlos una vez que ella desapareciera.

Morris tenía la mirada ausente. La escuchaba a medias. Ella continuó sus abluciones, lavándose los dientes, amarrándose el pelo con un pañuelo. Advertía que él estaba desmadejado, sin fuerzas, profundamente triste. ¿Tendría tanto amor a la vida?, se preguntó. Se deslizó las bragas por las piernas. No era eso, sin embargo. Sabía de qué se trataba. Luego de su estúpido acto de locura, ella ni siquiera le agradeció el gesto. Ni siquiera pretendió estar consciente del mismo. Él habría esperado que se le echara en los brazos, quizás; pero a ella solamente le dio rabia. Lo habría podido abofetear, igual que él hizo con ella. Pero prefirió simplemente quedarse callada. Tendría que perdonarlo, se dijo. Aceptar su suicidio como un acto de amor. Pero era absurdo. Pobre Morris, pobre, pobrecito hombre.

No se dio cuenta, se lamentaba Morris. Así es la vida, se dijo.

Quizás él habría hecho lo mismo. Quizás si una persona amada lo abofeteara por cometer, sin intención, un error cuya gravedad sólo se percatara al momento de la bofetada tampoco se habría dado cuenta de que el otro, después de la rabia inicial, tomaba la decisión de compartir las consecuencias fatales del error y, en un impulso nacido tanto del amor como de la vergüenza, hacía una opción de principios que era también su manera de mostrarle que no concebía el sol, el día, sin ella; la vida sin la noción de que ella existía bajo el mismo cielo y que sus actos, sus movimientos, aleteaban en el viento que movía las hojas de cualquier árbol en la calle a donde él regresaba cada tarde lejana durante las épocas en que la geografía los separaba. Pensó otra vez en la soledad, en el instinto ciego de la especie humana de involucrarse en crisálidas y ser, cada uno en sí mismo, un ente, un planeta solitario flotando en el silencio de un cosmos repleto de astros, estrellas. Engracia no se había percatado de su homenaje, de su decisión de autoinmolarse. No es que él lo hubiera hecho para que ella se lo reconociera. Ni siquiera lo pensó demasiado. Le pareció natural hacerlo. Morirse con ella, con los muchachos en cuyas caras constantemente veía la cara del hijo que nunca tuvo. Pero ahora, observándola vestirse, amarrarse el pañuelo en la

cabeza, ponerse las bragas, los pantalones de mezclilla, la camisa de cuadros, deseaba su reconocimiento. Si ella no se percataba, su gesto de pronto le parecía inútil, romántico, descabellado y la fosforescencia de su piel, en vez de acercarlos y darles un destino común, no hacía más que perfilar, agudizar, la mutua soledad.

—Estás pensando que yo debería hacer algo... —dijo Engracia, ya en la sala, mientras el café hervía en la estufa—. Mejor deberías decírmelo y no mirarme con esa cara de reclamo.

No era nada, aseguró él. Lo estaba imaginando. Por qué tenía que pensar que sus actitudes se referían a ella, a algo que ella hiciera o dejara de hacer. ¿Cómo quería que tuviera el semblante distinto cuando lo que se les venía encima no era para tomárselo a la ligera?

—Y tú, Morris —dijo Engracia volviéndose de pronto con la cafetera en la mano—. ¿Por qué te untaste tú del polvo ese sabiendo que nos mataría?

Caminando hacia él, dejando la cafetera en la mesa, lo abrazó, lo envolvió dulcemente.

—¡Cómo pudiste hacer semejante cosa, mi amor, mi negrito lindo!

Morris cerró los ojos, aspiró el olor conocido de su ropa limpia, de su cuerpo recién bañado, el olor ligeramente metálico de sus brazos resplandecientes.

Melisandra despertó. Se pasó las manos por la cabeza. Se levantó y volvió a sentarse en el suelo, las piernas recogidas en ángulo, la espalda contra la pared, la cara vuelta hacia la ventana donde estaba Raphael, de espaldas. «Tiempo, dónde estás, yo que vivo en ti y tú que no existes». Por qué no se podría retroceder, desvivir lo vivido, deshacer la tela, Penélope prolongando insomne el viaje de Ulises. Si al menos ciertos espacios de la vida se pudiesen compartimentar. Pero la vida no era una barra de pan. Cada rebanada que formaba el todo no se podía separar y convertirse en un objeto aparte. Al ir viviendo de acontecimiento en acontecimiento, uno mismo iba uniendo los pedazos, haciéndolos inseparables, indivisibles; el arácnido con el hilo brotando del estómago, ligando los sucesos uno tras otro, atrapando al propio tejedor, enredándolo a cada paso, encerrándolo en su propio diseño.

Raphael se volvió y empezó a hablar, pero ella apenas lo escuchaba. Ocupándose en detalles, él pretendía, de alguna manera mágica, conservar el control sobre la situación. Al fin pareció darse cuenta de que ella estaba ensimismada, lejos.

—No me has contestado —dijo—. Tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que haremos.

—No sé que podemos hacer, aparte de ayudarles —respondió—. Tendremos que sufrir esto. Aquí los dolores se sufren. No podemos engañarnos pensando que hay mucho que hacer.

Melisandra se levantó y extendió las sábanas sobre los colchones.

—Vamos con Morris y Engracia —dijo—. Vamos a ver qué necesitan.

Salieron de la habitación. Abajo, en el patio, la actividad de los muchachos se había reanudado. Los que la noche anterior descargaban el contenedor en el muelle, entraban al edificio, jalando carretillas con fardos de basura. Una cuadrilla cortaba alambres para abrirlas y clasificarlas. El olor era más penetrante, olía a basura reciente. Raphael notó que los muchachos se habían puesto, al fin, los trajes, los guantes, las máscaras.

Desgraciada costumbre humana, pensó, aquello de tomar precauciones sólo cuando ya era tarde, sólo después de algo irreparable.

La escena le avivó los sentimientos de culpa. Se durmió sintiéndose culpable y ahora, despierto, el sentimiento volvía a perseguirlo, mordiéndole los talones. «No puedes juzgar una sociedad sobre la base de este incidente», le dijo a Melisandra la noche anterior. Echarse culpas encima no aliviaría nada y, sin embargo, él era allí el único representante de la opulencia y el descarte. Morris era diferente y había optado, además, por inmolarse, por la crucifixión en compañía de los pobres ladrones de despojos.

Buscó entre los muchachos a los que se contaminaran y sólo vio a uno de ellos,

apartado, frotándose los brazos con jabón junto a un balde lleno de agua. Sería casi imposible que no se contaminaran otros, pensó, que no se contaminaran todos ellos. ¿Quién podría convencerlos de que se aislaran? Aunque quizás no era necesario. Morris sabía. Él, en cambio, reaccionaba con la típica cobardía de su generación, que terminó dividiendo el mundo entre los sanos y los enfermos, los que tenían y no tenían. Melisandra acertaba diciendo que querría escaparse, no aceptar el dolor. Su única salida fue siempre darle la espalda, ocuparse, recuperar de alguna manera el control.

Encontraron a Morris y Engracia abrazados frente a la mesa y las tazas de café. La luz del día opacaba la fosforescencia de la noche anterior. Su piel parecía pintada con una leve capa de pintura aceitosa, aplicada al descuido, en brochazos irregulares. Semejaban figuras de carnaval: la mujer enorme con sus grandes manos, la mirada considerablemente dulcificada por una humildad recién adquirida, y el hombre con el reluciente brazo metálico y la sonrisa oscura delineada de azul pálido.

Melisandra se les acercó y, sin reservas ni precauciones, los tocó con un gesto que era a la vez condolido y solidario. Raphael, por su parte, también se les acercó, musitando palabras de desconsuelo. Era terrible, repitió. Algo debían hacer, añadió dirigiéndose a Morris. Quería una explicación detallada para llamar a su editor, documentar el suceso, señalar a los responsables. Además, tendrían que buscar medicinas. Cualquier cosa que pudiera aliviarlos. Le harían frente juntos a la desgracia.

—Por lo pronto me parece que es urgente enterrar la sustancia esa —dijo.

Morris asintió regresando de dondequiera que estuviera. Se pasó las manos por los pantalones. La piel empezaba ya a arderle.

Tenía náuseas.

—Hay que conseguir electrolitos intravenosos —dijo.

Fue una tarde de febril actividad. Se terminó de descargar el contenedor, pero no se continuaron abriendo las pacas. Los muchachos sanos, finalmente informados de lo sucedido, estaban sumidos en el estupor, varios de ellos llorando, consolándose entre sí. Con los cinco muchachos contaminados, Morris se encargó de abrir, bien al fondo del patio, una fosa profunda, cuyas paredes y suelo revistió de chatarra. Allí depositaron la botella con el polvo letal y luego cercaron el cuadrado de tierra, poniendo a su alrededor letreros de peligro. Josué y Melisandra fueron al hospital y consiguieron el suero necesario para mantener hidratados a los siete enfermos, que, ya al caer la tarde, sufrían de dolores de estómago y vómitos, así como de quemaduras en la piel. Melisandra se encargó de habilitar uno de los cuartos como enfermería. Con la asesoría de Morris y una enfermera amiga de Engracia, se administró la primera dosis de suero a los pacientes.

Ni los dolores ni el mareo habían conseguido detener las reflexiones de Engracia.

Acostada en la cama, contemplaba hipnotizada las gotas del líquido intravenoso que se deslizaban por el tubo de plástico hasta el catéter en su brazo.

Por la ventana, el sol empezaba a palidecer sobre las palmeras. Sintió ganas de llorar, sintió nostalgia por los atardeceres, por sus ojos que detectaban los tonos cambiantes del día y que ya no lograrían siquiera abrirse. Echó de menos a su madre. Si se quedaba allí, sin hacer nada más que esperar, acabaría llorando, pensó. Se le ablandarían los huesos. La mejor manera de no sentir dolor era morirse cuanto antes, morirse antes de convertirse en otra cosa, una materia blanda, postrada, plañidera. No se iba a morir en la cama, pensó. Ni ella ni sus muchachos se iban a morir así. Si algo bueno podía sacarse de esta certeza de tener los días contados, era el no preocuparse ya por la vida y ver las cosas con otra luz, sin miedo. Un descuido, un accidente, el destino, prefirió pensar, y de golpe les estaba dado el heroísmo. No se podía despreciar la oportunidad de una muerte heroica. La muerte debía ser puesta a buen uso, ya que no la vida. No se podía desperdiciar. De no haber sucedido esto, jamás se le habría ocurrido, admitió. No se le ocurriría arriesgar ni su vida ni la de sus muchachos en una empresa aparentemente tan descabellada. Pero la idea de acabar con los Espada la perseguía desde tiempo atrás; la descartaba sólo para verla aflorar, subir a la superficie con persistente constancia, Más de una vez, a solas, sin compartirlo con nadie, se imaginó qué pasaría, qué escenarios serían posibles si los Espada desaparecieran y el país dejara de estar atrapado en la insaciable y perniciosa voracidad de los hermanos. Morris no estaría de acuerdo, pensó. Lo consideraría una acción reprochable, un asesinato, un crimen. No pensaría que la mera existencia de los Espada era la razón de que murieran, año tras año, personas que podrían quizás aspirar a llegar a viejos, a casarse, a tener hijos y hasta nietos. Vería la acción individual y no el sentido colectivo que ésta podría tener. No es que ella pensara que los Espada eran responsables absolutos de la calamidad del país; pero era indudable que se nutrían de ella y la nutrían. Alimentaban al monstruo. Vivían para alimentarlo. Sin ellos no habría quien le echara leña al fuego. Se desintegraría su ejército, caería el gobierno del joven capitán Maderos, que no era más que un títere de sus designios, los pequeños ejércitos se dispersarían en el desconcierto y la red comunitarista se fortalecería. Sin duda habría otros que tomarían su lugar, pero tardarían algún tiempo. Quizás para entonces ya Melisandra y Raphael habrían llegado a Waslala. El hallazgo de Waslala validaría la filosofía que animaba las comunidades. Pero mientras existieran los Espada, estaba convencida, nadie podría llegar a Waslala. Ellos eran maestros de la confusión. Era prácticamente imposible que alguien escapara de sus círculos y no terminara exhausto de dar vueltas en redondo. A estas horas, sin duda, ya el país estaría sembrado de trampas contra Raphael y Melisandra. Trampas que harían funcionar con precisión de relojeros, sin que nadie más que ellos pudieran detectarlas, reconocerlas como tales. En sueños, ella había visto saltar en pedazos el cuartel de los Espada, la explosión, el fuego. Ahora comprendía que eran sueños premonitorios y no sólo producto de sus deseos. Habría quizás que excluir a Morris,

pensó. Pero no, se dijo. No podía abandonarlo. Tendría que decidirlo él mismo.

Esperó pacientemente hasta que la bolsa con el líquido cristalino se arrugó sobre sí misma y la última gota quedó balanceándose en el pequeño receptáculo. Llamó a la enfermera y le pidió que le sacara la aguja. Tenía cosas más importantes que hacer, le dijo, que estar acostada en aquella cama.

En menos de veinticuatro horas, le decía Morris, no sólo tenía que contemplar la idea de su propia desaparición, sino la de hacer desaparecer, violentamente, a otros. Era demasiado, y no se sentía con fuerzas para largas discusiones.

Recostada en el sofá, Engracia se esforzaba por aparentar un estado de ánimo que pudiera reconocer como de ella, y no la urgencia, la agitación que la invadió desde que la idea se le ocurrió y comprendió que el tiempo avanzaba en su contra, devorándole el cuerpo y que, de no proceder con celeridad, nadie tendría fuerzas para llevar a cabo su plan.

Morris la miraba preocupado. Los ojos se le habían enrojecido y el tono violeta de sus labios lucía pálido y opaco.

Los dos hablaban casi sin moverse, entrecerrando los párpados a ratos, cuando el dolor de estómago o la náusea los agredían.

No se trataba de discutir, decía Engracia, la opción era obvia. Había momentos en la vida en que a uno le tocaba jugar el papel de Dios. A él le había pasado. ¿Acaso no había decidido tan sólo la noche anterior quitarse la vida? La vida no era un don absoluto. Si la vida de un ser humano significaba la muerte de muchos, se justificaba que el colectivo actuara en defensa propia. Ante los ojos de la justicia, era aceptable matar al asesino antes de que éste lo matara a uno. La sociedad también tenía derecho a protegerse. Más tarde, si Melisandra y Raphael encontraban Waslala, quizás las cosas cambiaran, quizás se instituyera la magnanimidad, pero mientras los Espada estuvieran vivos, nadie descubriría Waslala. Ni siquiera Melisandra. A estas horas, ya los Espada debían haber sembrado el camino de trampas.

—Es irracional. Estás tratando de justificar lo irracional —dijo Morris, pasándose la mano por la cabeza con los ojos cerrados.

Al contrario, insistió ella, era lo más racional que se le ocurriera en mucho tiempo. Se sentía responsable por los que quedaban. Los Espada destruirían en poco tiempo lo que a ella le había costado años construir. Y no, no estaba siendo soberbia al pensar que, en lo que se refería al comunitarismo, ella era indispensable. Aun en las comunidades que funcionaban bien, los Espada tenían infiltrados. Constantemente le tocaba a ella apagar conatos de enfrentamientos entre líderes comunitarios que los Espada se ingeniaban para echar a pelear entre sí. No se engañaba pensando que era su estatura —la física o la moral— lo que le permitía interceder y mantener un mínimo de consenso. Era su control sobre el recurso de la basura, la dependencia que logró crear a través de los años, la que le confería autoridad. Cuando ella desapareciera y la basura quedara en manos de los Espada, como indudablemente sucedería, el comunitarismo se acabaría. La única esperanza de Fagua de recomponerse algún día, se haría trizas. En Fagua vivían en la Edad Media, dijo, y lo

que ella estaba planteando era una justa, una cruzada, una acción de los Fantasmas de Wiwilí.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó súbitamente, levantándose como poseída por el espíritu de Arquímedes gritando «Eureka».

Sería un acto mágico, decía atropellando las palabras, incapaz de hacerlas coincidir con el ritmo acelerado de sus pensamientos. Nadie sabía que ellos brillaban en la oscuridad y cualquiera que los viera pensaría que eran apariciones, seres del más allá. Se podían pintar más, dijo, pintarse todo el cuerpo y, brillando, en la noche, a la vista y espanto de todos, penetrarían en el cuartel de los Espada, como si se tratara de un cortejo de ultratumba, una Embajada de emisarios fantasmagóricos a los que nadie se atrevería a cerrar el paso. Pedirían una audiencia y una vez encerrados con ellos haría lo que más de una vez ensayara en su imaginación: detonaría los explosivos.

—Basta que una sola persona lo atribuya a los Fantasmas de Wiwilí, para que nadie dude que fueron ellos los que hicieron justicia. Será un castigo divino, una señal inequívoca —añadió—, de que el camino a Waslala ha quedado abierto. Además —dijo, sentándose, retomando el aliento, cambiando de pronto la excitación por una especie de mística euforia—, creo que será cierto. Creo que, después de todo, Melisandra y Raphael lograrán llegar a Waslala.

—La gente de Wiwilí murió defendiendo una comunidad pacífica —dijo Morris—. Será como reinventarlos.

—Pero antes de formar su comunidad fueron guerrilleros de múltiples batallas —respondió ella, sin dar su brazo a torcer.

—No me gusta lo del explosivo —dijo Morris, recostándose de nuevo, volviendo a cerrar los ojos.

—Será rápido —dijo Engracia.

—Precisamente —apuntó Morris.

Explosivos, pensó. La jungla. Desde hacía tanto tiempo estaban confundidas en Fagua las fronteras entre el bien y el mal. Pero... muerte por explosión, cuando a él ya había empezado a seducirle la idea de recibir a la muerte como a alguien que le hubiese enviado una nota anunciándole una visita inevitable, alguien que llegaría a velar sus noches, a aguardarlo como una amante ansiosa con el rostro velado. No poseía un espíritu heroico, ni siquiera respetaba demasiado la heroicidad, si es que se podía considerar heroica la acción que Engracia estaba planteando. Le parecía más bien un acto de desesperación, de miedo a afrontar la muerte como la mayoría de los seres humanos: una muerte sin artificios, inevitable, humillante, doblegando cualquier noción de que uno podía controlar la propia vida; forzando a la orgullosa conciencia, en su último instante, a reconocer la dimensión exacta de la vulnerabilidad e impotencia de la especie. Se le hacía más heroico morir sin gloria. Aceptar la soledad absoluta de ese momento, tener el coraje de afrontarla con dignidad. La angustia se había apagado en el rostro de Engracia. Sentada, a contraluz,

semejaba una estatua magnífica, plácida, dispuesta para la eternidad.

—Me odiarás por decirlo, Engracia, pero pienso que no es el bien del comunitarismo, sino tu miedo, lo que te ha llevado a urdir este plan. Estás buscando cómo tomar el control, cómo tomar las riendas de tu propio fin, sentirte menos impotente. Si el comunitarismo acaba con tu muerte, la muerte de los Espada no lo recompondrá. Es más, estarás actuando como ellos. ¿Qué puede nacer de una acción así sino más violencia?

—Habrá un vacío. Se podrá hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Realmente crees que eso es posible? La historia no admite borrón y cuenta nueva. Ése es el error de los líderes mesiánicos. Al menos tomémonos uno o dos días para meditarlo. Analicemos las posibles consecuencias.

Engracia puso la cabeza entre las manos. Se tocó el pelo áspero.

Qué sabía Morris, pensó. Él venía de otra parte. En Fagua la racionalidad era un lujo. Sintió náuseas. Su excitación se disolvía como una pompa de jabón, efímera y translúcida.

—¿Te parece que podemos esperar dos días? —preguntó.

Podrían esperar más, pensó Morris. Ahora más que nunca ella debía reconocer que el mismo accidente cuyas consecuencias brillaban en sus cuerpos era producto de ese orgullo del que padecía y que la hacía desafiar y saludar los peligros, como si la única manera de afirmar la superioridad de la especie consistiera en arriesgarse constantemente para transmutar la debilidad en fuerza; la metáfora de la basura convertida en medio de supervivencia.

—Trata de descansar —le dijo, levantándose, arropándola con dulzura—. Voy a revisar el estado de los muchachos.

—¿Enloqueciste? —bramaba Brad por el comunicador, visiblemente alterado—. Tienes que salir de allí cuanto antes. Te contaminarás. ¿No te das cuenta del peligro? Ese lugar debería ser clausurado, sellado.

—Estoy corriendo un riesgo calculado, Brad —respondió Raphael, conservando a duras penas la ecuanimidad—. Pero no puedo dejar morir a esta gente sin ayuda. Morris, el científico del que te hablé, me ha asegurado que el contacto con ellos sólo nos expone a una mínima dosis de rems. Estamos usando trajes antirradiación. Sellaremos la fosa con cemento. No es mucha cantidad. No te pongas así.

—Pero están viviendo allí. Al menos tú y la muchacha esa deberían irse a un hotel.

—Ya lo pensamos. Esta noche nos iremos al hotel. ¿Podríamos hablar ahora del reportaje? Es importante que esto se conozca.

—¿Y la filina? ¿Qué pasó con eso?

—Tendrá que esperar, Brad.

—No creo que se pueda crear gran revuelo con la basura tóxica, Raphael. Ayer pusieron una bomba en Maine. Un grupo fundamentalista religioso protestando contra una película con escenas de sexo interactivo. Más de cincuenta muertos. Quizás en unos días podamos transmitir tu reportaje. Vi un informe en la Worldnet. Una carta de tu amigo Morris.

—No es suficiente.

—No, no, claro. Veremos qué puedo hacer.

Raphael cerró el comunicador. La luz atraía a los insectos. Desde el pasillo vio a Melisandra en la enfermería, inclinada, dándole agua a uno de los muchachos. Morris la hizo ponerse el traje de buzo. Brad tenía razón. Se contaminarían. Unas dosis mínima de rems, decía Morris, pero, de todas formas, él y Engracia insistieron en que se trasladaran al hotel en Cineria para pasar la noche y salieran cuanto antes a Waslala. Melisandra se negaba rotundamente a dejarlos. La situación se complicaba cada hora.

Los enfermos sufrían. La piel se les abría en llagas. Dos de los muchachos tenían fiebre alta. Engracia, estoica, vomitaba sin parar. Morris se había desmayado por la tarde. Los sanos se turnaban para cuidar a los enfermos. Enfundados en los trajes, sudaban copiosamente. Raphael caminó por el pasillo. Lo había recorrido una y otra vez. No podía aceptar la impotencia. Insistía en que llamaran a un médico, pero Morris y Engracia se negaban. Un médico les daría el mismo tratamiento. Era lo único que se podía hacer. Además, si los Espada llegaban a enterarse podrían cercarlos, caer sobre el edificio y ellos estarían indefensos. Habría que conservar el secreto, al menos hasta que pudieran reunir un grupo comunitarista de confianza.

Josué había salido a buscarlos.

A las diez de la noche, Melisandra aceptó finalmente irse al hotel con Raphael a descansar un rato. Josué les había dejado la motocicleta. Esta vez, Raphael tomó el volante. Ella se abrazó a su espalda, decaída, exhausta.

El parque estaba oscuro y silencioso, las calles desiertas. Las noches en Cineria eran tensas. A lo lejos, esporádicamente, se escuchaban disparos, ráfagas de metralla. Jaime los recibió en el hotel, solícito y compungido. Josué lo había enterado del accidente.

—Quisiera hablar con usted —le dijo a Raphael en un aparte—. Vamos a instalarla a ella para que descanse y luego venga a tomarse un café conmigo.

Los llevó a la mejor habitación del hotel. Impecable. Con techos altos y cama de bronce antigua. En la esquina, un lavamanos esmaltado con dibujos de flores y una jofaina, las toallas nítidamente dobladas sobre el brazo del sofá tapizado con damasco floreado. Jaime salió discretamente. Melisandra se dejó caer sobre la cama. Raphael le quitó los zapatos, la desvistió y arropó como a una niña. Ella se dejó mimar. La ternura de él le llenó los ojos de lágrimas. Si lloraba ahora no podría detenerse, se dijo. No recordaba haberse sentido jamás tan derrotada y triste. El dolor físico sin posibilidad de alivio hacía vibrar no sólo la compasión, sino el terror a los misterios de la propia piel. El dolor de ellos le dolía. La empatía la hacía arder, tener sed y náuseas. Cerró los ojos. Qué lejos quedaba ahora Waslala, pensó, y, sin embargo, cuan necesario sería que existiera; sacarla del aislamiento, diseminarla, convencer a quienquiera que estuviera aún allí de que ya era hora de que la célula se reprodujera más allá de un sitio geográficamente limitado. No era concebible la felicidad de unos pocos seres humanos en medio de semejante caos.

—Voy a salir a tomar un café con Jaime —le susurró Raphael al oído, sentado a su lado en la cama—. No podría dormir todavía. Necesito calmarme un poco.

Ella asintió con la cabeza. Le sonrió desde la almohada y cerró los ojos.

El hotel estaba en penumbra. En el vestíbulo de la entrada una mujer joven, de pie, hacía cuentas tras el mostrador bajo una luz de neón.

—Don Jaime lo está esperando —dijo al verlo, indicándole que pasara a la oficina de éste.

Jaime se levantó al verlo entrar. Lo invitó a sentarse y fue a la puerta. Luego sirvió dos tazas de café y no retornó a su lugar tras el escritorio, sino que ocupó la silla al lado de Raphael.

—Perdóneme que lo importune —dijo—, debe de estar usted muy cansado, pero entiendo que la situación de nuestros amigos es muy grave y quisiera ayudar.

—Es terrible —dijo Raphael, pasándose la mano por los ojos—. Se están muriendo, sufriendo dolores intensos. Lo peor es la impotencia. Morris insiste en que no hay nada que hacer. No me permitió buscar un médico. Dice que sólo les

prescribiría electrolitos intravenosos, que es lo que se les ha estado aplicando.

—Hay algo que se puede hacer —dijo Jaime, levantándose—. Es arriesgado, pero creo que vale la pena el riesgo si contribuye a aliviarles el dolor. Soy hipocondríaco —sonrió brevemente—. Tengo varias enciclopedias médicas. Leí sobre los efectos de la radiación. Sufrirán mucho, pero se me ocurre una manera de aminorar sus padecimientos...

—Le escucho —lo animó Raphael.

—La filina. Tenemos que conseguirles filina. No sé si usted conoce esa droga: es una mezcla de marihuana y cocaína. La marihuana les aliviaría las náuseas. Se ha usado para tratar el cáncer. La cocaína les adormecería las terminaciones nerviosas, los anestesiaría en alguna medida.

La mención de la filina despabiló a Raphael. No habría imaginado segundos antes que ése sería el rumbo de los remedios de Jaime.

—Sé de la filina —dijo—. Se produce en Fagua, ¿no es así?

—Aquí se creó —dijo Jaime, sentándose de nuevo—. Hay grandes plantaciones, pero no se utiliza localmente. La cosecha se exporta en su totalidad. Quienes han tratado de obtenerla para el consumo local han sido eliminados por los Espada. Castigos ejemplares han desanimado cualquier intento de traficar con ella. Maclovio es el capo de la operación, pero ni él mismo escapa al control férreo de los hermanos. Se dice que las plantaciones están cerca de Timbú, el pueblo de los huérfanos, en la misma ruta donde se supone se encuentra Waslala. Por eso, ya hace muchos años que impiden que nadie se acerque por allí.

—Ésa sería entonces la razón por la que querían guiarnos a Melisandra y a mí hacia Waslala...

—Exactamente. Para que no la encontraran, para enviarlos por la ruta más alejada y confundirlos.

—Y su interés por la basura, ¿a qué se debe? ¿Por qué su inquina contra Engracia? ¿Qué peligro les representa ella? ¿Cree que, efectivamente, si se enteraran de esto, atacarían el edificio? A mí me cuesta creerlo.

—Engracia mantiene viva la idea de Waslala, anima las expediciones, sostiene en los comunitaristas la filosofía de no conformarse con este estado de cosas y buscar Waslala. Pero estoy de acuerdo con usted; no es razón suficiente. Personalmente, pienso que hay algo más. Sospecho que usan las mismas barcazas que transportan la basura para exportar la filina. De muchas cosas me entero yo en este hotel —esbozó una sonrisa irónica—. Uno de los capitanes de las barcazas se emborracha conmigo cada vez que viene por aquí. Yo tomo zumo de manzana y él whisky. Pero, claro, no tengo ninguna certeza. Es más, ésta es la primera vez que me atrevo a compartir mis sospechas, pero usted me inspira confianza. Creo, por otra parte, que debe saberlo...

—... porque piensa que yo soy la persona indicada para obtener la filina —intervino Raphael.

—Exactamente. Las dos holandesas que se dirigían a Timbú lo conocen a usted.

Puede buscarlas a ellas. Saben de la filina. Vi unas hojas una vez en su maleta. Las oí conversar. Les preocupan los huérfanos. Hablaban de hacerse cargo del pueblo y quemar las plantaciones. Discutieron mucho cuando estuvieron en Cineria en un viaje anterior. Las paredes de este hotel no aíslan los sonidos muy bien. Hasta me vi obligado a subir —mi habitación queda bajo la que ocupaban ellas— y advertirles que podían correr peligro si alguien más las oía.

Raphael lo escuchaba atónito. El rostro de Jaime era noble, pero inexpresivo; un rostro de esfinge, imperturbable, quieto, observándolo todo, armando rompecabezas, acertijos, descifrando enigmas, discreto, en silencio. De no haberse presentado esta situación, pensó Raphael, jamás se le habría ocurrido hablar, compartir sus especulaciones con nadie. El sigilo era su profesión, debía considerarlo una obligación para con sus clientes.

—Me da la impresión de que ya tiene usted un plan para mí —sonrió, conmovido, Raphael—. Lo escucho.

El hombre de los pericos adivinadores se llamaba Lucas. Su oficio nocturno consistía en indagar, para el pago de las apuestas al día siguiente, los resultados de los partos de mujeres, animales domésticos y ganado. Esto le permitía moverse sin riesgo dentro y fuera de la ciudad en un carromato antiquísimo que era un compendio de carro de golf y motocicleta, con la pajarera colgando del tubo posterior del techo de latón. A medianoche se personó en el hotel. Viajando sin detenerse, dijo Jaime, llegarían a Timbú más o menos a las seis de la mañana y podrían estar de regreso la tarde del día siguiente. No los detendría nadie, aseguró. Lucas era el salvoconducto perfecto. En cuanto a Melisandra, él se encargaría de explicarle la situación y asegurar que regresara al edificio de Engracia sin contratiempo.

Lucas proporcionó a Raphael una camisa oscura a cuadros y una gorra. Se despidieron de Jaime y partieron.

—Hágase el dormido —sugirió el pajarero— hasta que yo le avise.

Raphael rió quedamente para sí, con los ojos cerrados, meditando el curso que en unas pocas horas tomarían los acontecimientos. Conmocionado aún por la tragedia, la idea de viajar con el hombre de los pericos adivinadores en el vehículo destartado se le hacía tan insólita e imprevista, que no podía menos que apreciar la ironía de las vueltas del destino que así lo conducía a la filina.

—Quién le iba a decir, eh, amigo, que le tocaría viajar conmigo, ¿no? —dijo Lucas.

—«No hay peor ciego que el que no quiere ver» —dijo Raphael—. Profético su perico.

—Nunca se equivocan, se lo dije. Y ahora, silencio. Lo mejor que podría hacer es dormir de veras.

Cerró los ojos y se sumergió en un mundo de sonidos extraños, de voces y gritos remotos que se mezclaron con disparos cercanos. Se encogió cuanto pudo en el incómodo asiento. Lucas apretó el acelerador, pero el vehículo no desarrolló mayor velocidad. Los pericos se despertaron.

—Malditos muchachos vagos. ¡No tienen nada mejor que hacer que matarse por gusto! —rabió el pajarero.

Raphael sintió el chirriar de las ruedas. Tomaron una curva cerrada y poco rato después las detonaciones cesaron, retornó el silencio de las calles desiertas.

—Estamos cerca de la vereda —anunció Lucas—. Es más segura.

No pasó mucho tiempo antes de que un súbito golpe anunciara que el camino asfaltado era cosa del pasado. Avanzaban sobre grava. Las llantas rechinaban contra las pequeñas piedras. De cuando en cuando, alguna, al saltar, rebotaba contra el latón de la carrocería.

—Puede abrir los ojos. Dudo que nos topemos con alguien por aquí a estas horas.

Raphael se encontró en un túnel. A la luz de los faros macilentos adivinó el camino hundido entre semicírculos de tierra, cuya vegetación se unía sobre sus cabezas.

—Parece un río seco —dijo.

—Eso es exactamente —sonrió Lucas con su cara larga y arrugada—. Es un antiguo cauce. Alguna vez bajó un río por aquí desde las sierras. De día este camino es muy hermoso. A mí siempre me recuerda el principio del mundo.

Lucas amaba la poesía y los poetas. Eran profetas, le dijo en una conversación que se inició con el paraíso terrenal y continuó entre mariposas nocturnas y pájaros como lazos fúnebres alzándose de pronto desde las orillas del camino. Él no se metía en política ni en pleitos, explicó mientras conducía despacio, pero soñaba con Waslala. Le era suficiente saber que un grupo de poetas la concibieron y fundaron. El abuelo de Melisandra era un gran hombre, le afirmó. Sus prosas, sus poemas, los engrandecían a todos, demostraban que, aun en su miseria, Fagua albergaba belleza, grandes pensamientos. Se irrespetaba cualquier cosa menos la poesía. Pensaba que Waslala debía ser la república de los sabios apasionados.

—Porque, ¿sabe usted?, la sabiduría sin pasión no es más que sapiencia. No cambia nada. Hay que tener buenas pasiones en la vida y huir de las malas.

Por eso él no se metía en nada, repitió. No fuera a creer que hacer un viaje como aquél le era natural. No, señor, no era adepto a los riesgos o las aventuras. A Engracia le tenía cariño porque le prestaba libros o se los cambiaba por las predicciones de sus pericos, pero él era un solitario, no tomaba partido. Leía poesía, cuidaba a sus pájaros y, por las noches, recogía información para los corredores de apuestas. Su vida era pacífica. Nada le faltaba más que la ilusión. La única ilusión que le quedaba era Waslala. Por eso aceptó acompañarlo. Sabía que él y la nieta de don José llevaban ese rumbo.

—Si encuentran Waslala y yo puedo escuchar, tan sólo escuchar, cómo es ese lugar, consideraré que puedo morir tranquilo.

Nada le faltaba más que la ilusión, había dicho Lucas. Esa frase y no otra escuchó resonar Raphael en su memoria cuando callaron, el vehículo ascendiendo trabajosamente la cuesta desde donde el amanecer se abrió como un ojo resplandeciente que los viera recortarse sobre la vereda en el filo de la montaña, pequeños, insignificantes y silenciosos, contemplando la madrugada sobre el lago lejano y las montañas encrespadas que atravesaron.

Desde una colina avistaron el valle, los techos de tejas de Timbú. El pueblecito parecía no ser parte de Fagua, sino de un país anterior, más gentil y reposado. Altos, gráciles cipreses brotaban como velas verdes entre los techados; el reloj del campanario amarillo marcaba la hora correcta, las calles del centro estaban asfaltadas y en los extremos del pueblo las aspas de varios molinos de viento giraban sin cesar.

—Vamos a pasar un retén. Hágase el dormido. Lo voy a dejar frente al hotel y yo

me voy a ir al parque a darle trabajo a mis pericos. Ésas fueron las instrucciones de Jaime. Usted sabrá por quién preguntar. Yo lo esperaré el tiempo que sea en el parque.

Atravesaron el retén sin contratiempo. El hotel estaba en el antiguo edificio del orfanato. En la fachada aún se leía: «Hogar de Huérfanos San Vicente». A Raphael se le erizó la piel. No esperaba reaccionar así. Rara vez, ya adulto, pensaba en su propia orfandad. Nunca, nunca, debía considerarse huérfano, le había repetido hasta el cansancio su madre adoptiva; su madre, simplemente, la única. Quienes lo concibieron cumplieron su misión, le decía, traerlo al mundo para que se reuniera con ellos, sus verdaderos padres. No debía guardarles resentimiento. No se los guardaba. Sabía Dios cuál sería su historia; por qué motivos se separaron de él. No creía en el desamor, sino en las circunstancias. Las de él, a fin de cuentas, fueron afortunadas. Sus padres eran sus amigos. Se consideraban igualmente afortunados de haberlo encontrado. A menudo ponderaban el amor que los unía a él y consideraban que era un lazo aún más profundo que el que resultaba del vínculo genético y biológico, porque era un amor más allá de la piel. Unos niños se concebían en el vientre, le decía su madre; otros, en el corazón. Nunca siquiera investigó su origen, como lo hacían tantos. Ahora, sin embargo, frente al edificio, experimentaba un sentido de identidad, como si aquel letrero lo situara frente a la embajada de su patria inexistente.

El edificio era un cuadrilátero con corredores que desembocaban en un patio interior: un modesto jardín cubierto de césped, con cuatro palmeras rodeadas de helechos en las esquinas. El hotel ocupaba un ala del mismo.

—Busco a dos señoritas holandesas: Krista y Vera —dijo, acercándose al mostrador de madera de pino, rústico y sencillo.

El muchacho gordo y displicente lo miró de abajo arriba. Luego se volvió hacia los casilleros donde colgaban las llaves con los números de las habitaciones anotados con pintura roja.

—Están en el nueve, al fondo —indicó señalando el corredor.

Sería otro huérfano, pensó mirándolo de reojo antes de atravesar el trayecto señalado. Según Lucas, todos allí eran huérfanos. En una de las guerras más largas, Timbú había quedado desolado. Abandonados a sus propios recursos en el orfanato, los huérfanos crecieron, se casaron entre ellos. En vez de procrear, formaron sus familias con niños que nuevas guerras u otras circunstancias dejaban sin padres.

Caminó frente a la hilera de puertas. Los cuartos pequeños, apenas unas delgadas ventanas altas para ventilación. ¿Cuántos niños habrían dormido en cada uno? Las literas alineadas, la oscuridad sin padres, sin nadie que llegara a consolarles el llanto. Niños solos en la noche, durmiéndose al fin en la humedad de sus propias lágrimas.

Llegó frente al número nueve. Tardó un momento en recomponerse, recordar por qué estaba allí. Llamó.

Melisandra se vio sola en la cama, se levantó confusa, oyendo los golpes en la puerta. La abrió sin preguntar quién era, imaginándose que sería Raphael. Era Jaime, que le llevaba el desayuno. Ella tenía puesta una camiseta. Jaló la sábana y se envolvió las piernas.

—No lo esperaba, Jaime. Pensé que era Raphael.

—Buenos días, Melisandra —saludó Jaime, colocando la bandeja sobre la mesa redonda en la esquina y encaminándose a descorrer las cortinas.

—¿Dónde durmió Raphael? —preguntó acercándose a la bandeja que olía a café y pan caliente—. Qué amable, Jaime. Muchas gracias.

—Es un placer —sonrió él—. Raphael tuvo que salir de la ciudad. No hay por qué preocuparse. Está seguro. No quiso despertarla. Regresará hoy por la tarde. Creo que logramos conseguir medicinas para nuestros enfermos. Él fue a traerlas.

—¿Medicinas? ¿Qué clase de medicinas? Según Morris, no hay medicina efectiva para ellos —dijo, sentándose a la mesa, sirviéndose el café y untando el pan con mantequilla.

—Algo para que sufran menos, para quitarles el dolor. Hierbas.

Melisandra lo miró en silencio. Tomó un sorbo de café. Empezó a hablar de pronto.

—Eso es, Jaime, hierbas. Perfecto. No tenemos por qué creer que ellos lo saben todo y nosotros no sabemos nada —dijo con un sarcasmo cercano al llanto—. Tendría que haber visto a Morris, Jaime. Se pintó a sabiendas de que el polvo era radiactivo. Y no fue sólo por su amor a Engracia. Estoy segura. No habría tolerado verlos morir, sentirse de algún modo responsable. —Dejó el pan sobre el plato sin tocarlo.

—Lástima que sean siempre las personas nobles quienes se inmolen —dijo Jaime, pensativo—. Los Espada se regocijarán con esta tragedia.

—¿Usted piensa que Waslala existe, Jaime?

—He oído tantas historias que a veces pienso que debe existir.

—Pero ¿cree que no saben lo que ocurre en Fagua? ¿No le parece incomprendible que se reserven ese estado de gracia para unos cuantos?

—Pensarán que aún no es el momento propicio. Tiene que comer, Melisandra —dijo, observando que ella no daba bocado—. Van a ser unos días largos y difíciles.

—No puedo —dijo ella—. Me tomaré el café, me llevaré el pan para más tarde. Debo volver donde Engracia —dijo poniéndose de pie, agitada—. ¿Cuándo dijo que regresará Raphael con las hierbas?

—Hoy por la tarde. Quizás por la noche —respondió haciendo ademán de salir—. Antes de marcharse, pase por favor por mi oficina. No se vaya sin avisar. Será más seguro si alguien la acompaña.

Dijo que sí, le reiteró las gracias por el desayuno. Se bañó y vistió aprisa, poseída por la urgencia de volver al edificio, sintiéndose crecientemente desolada y nerviosa. Quería descartar la ausencia de Raphael como el motivo de su ansiedad, pero no podía. Le daba mala espina que él partiera sin decirle nada. No quería pensar que podría tratarse de su reportaje sobre la filina, pero la idea volvía una y otra vez a causarle rabia y tristeza, una sensación de soledad que trascendía la soledad de la amante que se descubre sin el amado y era más bien la afirmación, la reiteración de cuanto amorfo y sin nombre se le acumulara en el corazón desde que desertara del río para encontrarse heredera de la chatarra, el desperdicio, la basura, los peligros que otros evadían sin importarles quién al final cargaba con el contagio, las quemaduras, la piel hecha pedazos. En el río al menos se podía conservar el orgullo. Hacerse la ilusión de un mundo donde cualquier atardecer podía justificar la existencia; sentir, como sus abuelos, que la forzada sencillez era un privilegio. Pero no podía ser ésa la única existencia posible. No podía aceptar que el único recurso de la felicidad fuese la reclusión.

Caminó por el corredor solitario y bajó al vestíbulo. Tras el mostrador de la recepción, la conserje impecable del día anterior atendía a unos clientes. Melisandra se sentó a esperar que terminara. La mujer la vio, le pidió con los ojos que aguardara un momento.

No supo si pasó mucho tiempo o si el tiempo se tornó en una materia pegajosa de la que sólo podía desprenderse moviéndose, no quedándose quieta. Se levantó, le hizo a la mujer una seña que podía significar cualquier cosa y salió a buscar la motocicleta.

Cuando Jaime corrió a detenerla, apenas la alcanzó a ver entre las hojas de los árboles, empequeñeciéndose en la distancia.

Krista abrió la puerta. Se puso un dedo en los labios. Sssshh. Tras la hoja entornada, Raphael vio a Vera sentada en una mecedora con un bebé en los brazos, ausente en el oficio de acunarlo; apenas si levantó los ojos para ver quién llamaba. Al reconocerlo desplegó una sonrisa de ángel devuelto al cielo.

Krista salió al pasillo.

—Perdone, Raphael, pero estamos como tontas, como niñas disputándose quién pone a dormir o le cambia los pañales al bebé. Reconozco que jamás pensé que pudiera ser un oficio tan feliz.

—¿Es niño o niña?

—Queríamos una niña, pero es niño y ya no nos importa. Es bellissimo.

Raphael sonrió y ofreció sus congratulaciones. Krista caminó hacia un conjunto de sillas en medio del corredor, invitándolo a sentarse. Se movía con levedad, desalojada de pronto del cuerpo robusto y rudo, que parecía ahora simplemente rollizo, suave, femenino, sin asperezas.

—Lo tenemos hace dos días. Lo llamaremos Hans —dijo—. Apenas tiene seis meses. Quienes lo cuidaron hasta ahora se quedaron muy tristes de verlo partir, pero ya tienen seis niños en la casa y ése era el compromiso. ¿Cómo llegó aquí? —preguntó arrugando el ceño, despabilándose de pronto.

—Muy largo de explicar. Lamento no traer buenas noticias —dijo Raphael—. Ha sucedido algo muy grave y necesito su ayuda.

Se escuchó contar el incidente en un acto de desdoblamiento. El sol de la mañana radiante y manso caía sobre el corredor, las palmeras lo recibían con manos de múltiples dedos, sus sombras delineándose sobre los ladrillos. El rostro de Krista se contrajo. Con los puños cerrados se golpeó las rodillas.

—Necesito, es imperativo, obtener filina. Creemos que les mitigará los dolores —decía Raphael.

—Yo necesito aire —se levantó Krista—. Vamos a caminar un rato. Le avisaré a Vera que voy a salir.

Caminaron por una calle que, al terminar, se convertía en una vereda, un camino angosto sobre la hierba que subía hacia la cima de una colina.

Krista era fuerte, pero resoplaba subiendo. Raphael la ayudó tomándola del brazo. Era peligroso hablar de la filina en Timbú, le dijo ella, tema prohibido. No se mencionaba. Significaba un riesgo para todos. Él, como periodista, debía ser cuidadoso. Podía costarle la vida. No exageraba, dijo Krista. No era dada a exagerar.

—Pero ¿crees que se puede conseguir? —insistía Raphael.

No debía pensar en él, le dijo, sino en los jóvenes que la estaban necesitando, en Morris, en Engracia.

—No necesito que me des lecciones de solidaridad —dijo Krista, deteniéndose—. Sentémonos. Ya casi hemos llegado a la cima.

Se secó el sudor con un pañuelo. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo.

—Considerando que hace apenas dos días que di a luz, estoy en buena forma física, ¿no te parece?

Rieron los dos para luego quedarse en silencio, contemplando el pequeño pueblo a sus pies.

—Yo también fui huérfano —dijo Raphael—. Mis padres me encontraron en el banco de una iglesia y me adoptaron. Lo olvido a veces. Nunca sentí la orfandad y sin embargo, hoy, al ver el letrero del orfanato, tuve un sentimiento de total identificación. No sé cómo explicarlo.

—El misterio del origen... ¿Quién de nosotros sabe de dónde viene? No saber quiénes son los padres de uno permite enfocar esa incertidumbre en algo concreto. Cuando se conocen los padres, uno se remonta a lo atávico, lo metafísico. Las certezas biológicas brindan poco consuelo a fin de cuentas.

—Tienes razón —dijo Raphael—. Gracias por recordármelo.

—Gracias por la confianza —sonrió Krista—. No estoy acostumbrada a que los hombres confíen en mí. Y, bueno, quizás se trate de una confianza por otra, pero el hecho de que seas huérfano quizás te permita actuar como persona y no como periodista —dijo, levantándose con dificultad. Poco antes de llegar a lo alto de la colina, le indicó que se echara en el suelo. Se arrastraron el último trecho. Asomaron la cabeza para mirar, ocultos en la hierba.

Soplaba una brisa fresca y el paisaje era estupendo. Del otro lado del pueblo, en la distancia, una cadena de montañas azules se alzaba desde el valle feraz y verde donde terminaba la colina, a poca distancia de ellos. Espaciados aquí y allí se veían torreones toscos de madera.

—Entre esas montañas, según se dice, está Waslala —susurró Krista— y muy cerca de aquí, confundida con las plantaciones de maíz, en esas parcelas verdes que ves, se cultiva la filina, única fuente de trabajo de este pueblo solidario y hermoso que vive del tráfico de drogas, de la adicción y el derrumbe de nuestros coterráneos. Ciertamente, puedo conseguir la filina —añadió, volviéndose hacia él, sonriendo con benevolente ironía—. No me es tan difícil, pero tendrás que prometer que guardarás este secreto. Serás consciente de que no pasaría mucho tiempo entre la salida de tu reportaje y la aparición de los aviones de la policía de estupefacientes. Calcinarían todo esto.

—Soy consciente. No creas que no me causa repugnancia la idea de que los periodistas hayamos terminado cumpliendo funciones de detectives sin sueldo. ¿Qué son esos torreones?

—Vigías de Maclovio, de los Espada. No se sabe dónde termina el uno y empiezan los otros. Timbú obtiene su apacible estabilidad a cambio de un precio. Sus habitantes tienen limitada libertad de movimiento. Nosotras nos enteramos de la

filina por un hecho fortuito, que no viene al caso. Los Espada nos amenazaron. Hans es el pago por nuestro silencio.

—Acabaremos siendo cómplices todos.

—¿Quiénes somos nosotros para venir a imponer aquí moralidad? —exhaló Krista al tiempo que hacía la pregunta—. ¿A cuántos de tus suscriptores le importará que Timbú se muera de hambre? ¿Por qué les vamos a pedir a los huérfanos que se preocupen por los rostros disolutos, estupificados, de los drogadictos, por los jóvenes probando la filina por primera vez, con los ojos brillando excitados por la trasgresión? Vámonos —añadió—. Es mejor que volvamos y te quedes con Vera en la habitación mientras yo obtengo la filina. Pensándolo bien, nadie más debe verte. Dudo que ese atavío te proteja.

—Un momento —pidió Raphael, arrastrándose otra vez a la cima, mirando el paisaje sereno; los plantíos mecidos por el viento; la hondonada entre las montañas; los picos azules tenues entre las nubes; las casetas de los guardas ocultos. Su equipo estaba en el hotel. Todavía no se había inventado la manera de fotografiar o grabar las imágenes del cerebro. Sólo él podía escuchar la narración de su reportaje, la voz en *off*, la cámara en una panorámica lenta, el teleobjetivo.

—Vámonos, Raphael —insistió la voz de Krista desde abajo.

¿Cuántas veces más tendría que dar testimonio, revelar; cuántos Luchos más tendrían que morir?, se interrogó Raphael. ¿Qué utilidad tuvo al fin su reportaje sobre las pandillas, los riesgos que él se tomó entrando en territorio prohibido? Quiso poner a la ciudad cara a cara con los jóvenes y sus guerras ritualistas. Sacrificios humanos. Los corazones arrancados todavía palpitando, las pintadas hechas con sangre en los callejones, el incipiente canibalismo, las orgías con filina, heroína, las drogas sustitutas, las inocuas, sintéticas, mezcladas con aditivos, reactivos; los adolescentes, genios de la química, alimentando fórmulas en las computadoras. Pero fue el rostro de Lucho, su cuerpo pequeño, de muñeco de trapo, tirado, yerto, al lado de los contenedores de basura, el grito en medio de la lluvia de balas, la mujer que entra en foco y la filmación que de pronto se interrumpe, lo que cautivó al público. Cuando aparecieran los aviones para quemar las plantaciones, quizás los huérfanos de Timbú recibirían, igual que Lucho en la funeraria, los gigantescos osos de peluche, flores, globos, hasta cajas de chocolate en forma de corazón que le enviara la compungida población de Nueva York, en un confuso intento de lavarse las manos, ofreciéndole al niño, en la muerte, una tardía, patética, extravagante fiesta de cumpleaños.

Se arrastró hacia abajo a reunirse con Krista.

Más tarde, en la habitación, con Vera, escuchando el gorjeo de Hans, se dejó caer sobre la cama y se quedó dormido.

¿Cómo llegué aquí?, se preguntaba incesantemente Melisandra tratando desesperadamente de rehacer los hechos, la sucesión de imágenes luminosas, el parque, Cineria, el lago y el camino de tierra, el sol impávido ante las innúmeras tragedias y gozos de los hombres, la mujer en el camino haciéndole señas, clamando ayuda, algo sobre un niño enfermo, los frenos, el momento de duda, corto, descartar la sospecha, bajar de la moto, el rancho oscuro. Una y otra vez buscó cómo hilvanar los retazos, recuperar el trozo perdido, aunque por el solo propósito de mantener la mente ocupada y así desentenderse de la asfixia del saco oscuro sobre su cabeza, ahogándola en su propio aliento. No escuchaba ningún sonido a su alrededor. Tenía las manos fuertemente atadas por delante con un cordel tosco que se le enterraba en la piel de las muñecas. Los pies amarrados también en los tobillos. El piso era frío, húmedo. Acostada, boca arriba, lo sentía a través de la espalda. Estaba aterida, mareada, temblando. Trató de darse la vuelta. Las ataduras la obligaban a moverse como tronco sin extremidades. Lo intentó varias veces hasta que lo logró. Boca abajo se sintió más protegida aunque los brazos, por el peso del cuerpo, empezaron a dolerle. La habrían drogado, pensó. En su último recuerdo la oscuridad de la choza olía a tierra mojada. Que venga alguien, rogó. Sufría de claustrofobia; nunca sirvió para estar encerrada. Movié la cabeza fuertemente a ambos lados, trató de morder el material de la capucha, sacó la lengua para sentirlo. Era áspero, olía a moho. Le ardía el pecho como si el corazón le estuviera creciendo y le saltara en los pulmones, entre las costillas. Respiró hondo. Si no acudía nadie se asfixiaría. En un acto reflejo cada inhalación se entrecortaba y detenía apenas percibía el olfato la insoportable densidad del moho. Era eso y, además, el miedo. El temblor más violento ahora; su cuerpo descontrolado, poseído de un pánico posiblemente más sabio de lo que podría comprender la razón. Si tan sólo pudiera respirar hondo, relajarse. Relájate, Melisandra, se ordenaba, se gritaba mentalmente. Si no te relajas, te vas a morir. Al menos averigua de qué se trata, qué pasa, quién te trajo aquí. Imágenes. Las pesadillas se combaten interponiéndoles imágenes antes de volver a caer en el sueño. Una imagen lava la otra. El río, intentó. Lo vio fugazmente. Otra vez la choza y el olor a tierra, el lago, la motocicleta, el polvo. El río, repitió. Imágenes dispersas, agua, el río, el agua, el lago, el agua del vientre.

Mamá, dónde estás, dónde putas estás, dónde está Waslala de los mil demonios, dónde, madre, puta, puta, puta. Golpeó la frente contra el suelo, una y otra vez, repitiendo el insulto primero mentalmente y luego suave, en secreto diciéndoselo al piso.

Putas, putas, putas, interminablemente. Se sintió más tranquila. Ahora tenía los ojos llenos de lágrimas, la nariz le goteaba, sentía el sabor salado en la boca. Le dio risa.

Si lloraba sería un desastre. Se le inundaría la cara. No tenía posibilidad de limpiarse. Se tragaría sus propios mocos. Hijos de puta. Vengan, vengan ya, hijos de puta, musitó. No quiso gritar. Le castañeteaban los dientes, pero jurar ayudaba. El temblor había disminuido. Se volvió boca arriba. Trató de alzar los brazos y de algún modo secarse la cara con la capucha. No lo logró, pero la capucha se movió unos milímetros. Trató de ver. Se vio el pecho. Gran triunfo. La camiseta blanca. Debería poder sentarse, pensó. Se sentía menos mareada. Le inyectarían algo, seguramente. Trató de recordar la sensación de la pistola de inyectar, el agujón. Vagamente recordó algo. Se empezó a mecer levantando las piernas, uno, dos, uno, dos, balanceándose hasta que estuvo segura de su impulso. Se sentó. Metió la cabeza entre las rodillas. La sensación de su propio cuerpo rozándole la cabeza fue inefable. Estaba más calmada. Nada era peor para la desesperación que la pasividad. Tenía que mantenerse ocupada.

Ahora tendría que buscar una pared para apoyar la espalda. Visualizó el cuarto, tratando de percibir el volumen de la pared. Tendría que ser pequeño. El piso era desigual. La oscuridad no era absoluta. En algún lugar habría una ventana, un agujero al menos, responsable de la penumbra. Movié la cintura, las nalgas, uno, dos, uno, dos, empujándose con los pies. Se salvaría de ésta. No sabía cómo, pero se salvaría. Encontró la pared. Volvió a deslizarse, uno, dos, uno, dos, hasta que cruzó el cuarto pequeñísimo por los cuatro lados. Era rectangular. La precisión espacial le pareció importante. Ahora sabía dónde quedaba la puerta de aluminio o latón, fría. Se arrastró hasta calcular que estaba en el centro de la pared opuesta. Logros. Conquistas. Había dejado de poner atención a la capucha. Colocó otra vez la cabeza entre las piernas. Que vengan, Dios mío, por favor, que vengan. No se oía nada. Tenía el trasero del pantalón húmedo, quizás desgarrado. No se le ocurría otra cosa que hacer y empezaba a sentir sed, ganas de orinar.

Raphael despertó con el llanto del niño. Vera lo levantó de la cuna, se sentó y lo pegó a su pecho.

Desde la cama él la observó un rato ofrecerle el pezón al niño repetidamente.

—Vera, Vera —dijo—. ¿No crees que estás exagerando un poco? Dale leche. Tiene hambre.

—En mi casa tuvimos una perrita salchicha que era aún virgen cuando mi hermana llevó un gatito recién nacido. El gatito confundió a la perra con su mamá y al poco tiempo ella empezó a producir leche y amamantarlo. Varios años le dio de mamar. Es asunto de estimular las glándulas mamarias, estoy segura.

—Pero hazlo cuando no tenga hambre. Lo vas a frustrar.

—¡Qué sabe usted de esto!

—Las mujeres no tienen el monopolio de la maternidad. Reclaman que los hombres se involucren, pero cuando nos involucramos, nos acusan de ignorantes.

Se recostó en la cama otra vez. Vio su comunicador. Podría argumentar con Krista que ella le había enseñado las plantaciones antes de pedirle que conservara el secreto. Era una cuestión técnica, pero un abogado lo consideraría un asunto no vinculante, que no lo obligaba. Claro, de qué servían aquí los abogados, los tecnicismos. Además, estaba el problema de fondo: los huérfanos. Krista, sin embargo, invertía el dilema. ¿Su silencio salvaba a los huérfanos o los condenaba a continuar subordinados y sujetos a los Espada? ¿A quién secundaría él? ¿De quién sería cómplice? El bebé lloraba a todo pulmón. Vera calentó la leche. El niño despachó el biberón en un santiamén y lo dejó lleno de espuma.

—Creo que tu teoría es válida —dijo Raphael—, pero ¿qué se hace si el niño tiene hambre?

—Dejarlo llorar, supuestamente. De lo contrario nunca estimulará las mamas lo suficiente; pero, como ves, no tengo estómago para eso.

—Afortunadamente —dijo él cuando Krista entraba con una mochila de turista en su espalda.

—Aquí está —dijo, dejándola caer en la cama. Se veía roja, agitada—. Caminé tan rápido como pude, pero me costó más de lo que pensé. Mi amigo estaba nervioso. Dijo que la vigilancia se ha incrementado en estos días. Tuve que explicarle de qué se trataba para que me la diera. El pajarero te espera en el parque. Creo que será mejor que no te acompañe. ¿Qué tal comió, Hans? —añadió, dirigiéndose a Vera, quien le mostró el biberón vacío.

—No quiere mis pechos.

—El pobre está entre la espada y la pared; los míos son demasiado grandes y los tuyos demasiado pequeños —dijo, riéndose y besando a Vera cariñosamente—. Nos

tendremos que resignar.

—No hay duda que la maternidad les sienta bien —sonrió Raphael, pensando en el erróneo juicio que se formara de ellas en el viaje, considerándolas dogmáticas y sin humor.

Krista le indicó que se sentara. Quería convencerse, sentenció, de que él comprendía la magnitud del desastre que sobrevendría en Timbú si la información se filtraba. El incendio. Los Espada montarían su plantío en otra parte y los perjudicados serían los huérfanos.

—No estoy convencido de que les beneficie que yo me calle —dijo Raphael—. La filina les da de comer, pero también los esclaviza. Además, no soy de los que piensan que el fin justifica los medios. Es un dilema moral.

—Mandar basura tóxica es inmoral; olvidar la tercera parte del mundo después de explotarla es inmoral. No hablemos, por favor, de moralidad —dijo Krista—. No es ése el tema.

—Pero sí el problema —dijo Raphael—. Una cosa no justifica la otra. Mientras los huérfanos sobrevivan de la filina, su idílica existencia tendrá un matiz perverso. De hecho, son cómplices de los Espada.

—No creas que no nos hemos planteado ese dilema —intervino Vera, plácida, con el niño dormido entre sus brazos—. A nosotras tampoco nos hace gracia que los huérfanos formen parte del esquema de los Espada.

—No disponemos de mucho tiempo para discusiones filosóficas —dijo Krista—. No sé por qué los hombres tienen la tendencia a preocuparse más por los principios que por las personas. Las mujeres, por fortuna o infortunio, nos hacemos cargo de la vida, no de las ideas. Hagamos un trato: nosotras desde hace tiempo hemos venido pensando en pegarle fuego a las plantaciones y que nuestra patria se haga cargo del sostenimiento de Timbú. Pensamos que podemos convencer a los mismos huérfanos de que nos secunden, pero tendrá que ser con su anuencia y su complicidad. Hay que dejar que ellos tomen la decisión moral, no tomarla por ellos. Hay que darles el beneficio de la dignidad, no imponérsela por la fuerza. Tú prometes que no harás el reportaje; nosotras nos encargaremos de convencerlos de quemar los plantíos. No mañana, ni pasado. Necesitamos tiempo. Podrás hacer el reportaje después, sobre un hecho consumado por ellos mismos.

Era casi mediodía. El cuarto, con la poca ventilación de la única ventana alta y estrecha, olía a pañales sucios. El olor lo transportó al basurero de Engracia. Lo estarían esperando. Los vómitos, las quemaduras, los dolores, serían más intensos hoy que ayer. De todas formas, tendría que postergar su reportaje.

—Tengo que irme —dijo, levantándose—, pero volveré tan pronto como pueda. No hagamos, ni ustedes ni yo, nada por el momento que ponga en peligro a esta gente o los arriesgue a represalias de los Espada. Tienen mi palabra de que no transmitiré lo que sé. Hay que pensar bien todo esto.

Las dejó embelesadas de nuevo con el hijo, llevándose mensajes de consuelo y

compañía para Morris. Apenas preguntaron detalles de la tragedia, la bordearon con respeto, pero sin curiosidad; sus mentes demasiado plenas de los gorjeos, las sonrisas, el gozo de Hans. Nada podía empañar esa felicidad.

Raphael se encaminó al parque. No hacía calor en Timbú. La cercanía de las montañas proveía al pueblo de clima fresco. El aire radiante olía a apreses y pinos. No se veían aquí pintadas o trazas de guerra. Las construcciones eran toscas, pintorescas, de pequeños ladrillos rojos cocidos, pobres pero limpias, con pequeños jardines. Las aceras estaban indicadas con setos y eran de grava. Pasó al lado de un patio cercado con varillas de metal donde jugaban niños vestidos todos con el mismo material, tela floreada que debió de pertenecer a una pieza para fabricar cortinas. Pensó en Lucho. Lucho era él, quizás. Por eso su muerte lo perseguía. Era el anverso de su suerte, lo que pudo ser él. Un niño curioso y listo, sin ninguna culpa más que sus deseos de tocar, ver y probar, y que por un azar fortuito sale con su ropa lavada y vuelta a lavar al callejón, y corre hacia donde no debe cuando empiezan a descender las balas. No era culpa de Lucho haber crecido en el barrio sitiado por las pandillas y la mendicidad, como no había sido culpable cuando, llegada la adolescencia, le había tocado hacer recados, ser persuadido por los mayores, dirigirse al parque, pararse bajo el árbol y vender la filina. Él pudo ser Lucho. Sabe Dios cuál hubiese sido su vida en una Nueva York donde no existían Timbús, donde ahora las parejas pagaban cifras astronómicas por someterse a procedimientos que les aseguraban hijos biológicos en los que verse repetidos, prolongados; sin que fuera ya necesario el amor trascendiendo la sangre y urdiendo un vínculo nacido no del reflejo de uno mismo, sino de la sorpresa y el asombro gozoso de descubrir otro ser humano que florece y se manifiesta con sus diferencias. Muy pocas parejas optaban por la adopción. La población de infantes abandonados crecía cada año, y con la reducción de mano de obra joven y los límites a la inmigración se les preparaba para labores técnicas o de servicios. Eran un recurso social, marginal, de segunda clase. Él tuvo suerte. Su vida entera era un cuento de favorables coincidencias. Periódicamente se preguntaba por qué, qué significado tendría, cuándo le tocaría pagar la cuenta

—Qué extraño que Melisandra y Raphael no hayan regresado —dijo Engracia.

Sentía que una mano invisible le había sacado, desde el cuello, la columna vertebral a manera de ballena de corsé. Recostada sobre las almohadas, se pasó la mano por la cara. Le dolía la cabeza. Habría perdido la noción del tiempo, pensó. Notó que éste avanzaba ahora a rebanadas. No en minutos, ni en horas, sino, literalmente, en espacios que la iban desalojando por dentro de sí misma, arrancándole la vida a pedazos y mezclándole, desde antes de la muerte, el más allá con el más acá, de manera que en la misma habitación donde preguntaba por Melisandra y Raphael, podía ver, como si se tratase de una fotografía doblemente expuesta, un espacioso salón de paredes blancas y gran claridad donde su madre tejía sentada en una mecedora elegante y dorada, levantando de vez en cuando los ojos del tejido que parecía no tener forma, a pesar de ser inusualmente largo, para mirarla con una mirada llena de infantil alegría y hacerle con la manos gestos cómplices de anticipación y prisa.

Abrió los ojos de nuevo. Sacudió la cabeza y la imagen del más allá se tambaleó como si fuera el reflejo de un estanque. Su madre se agarró de los brazos de la mecedora para no caerse.

—Me oíste, Josué —repitió—. No es natural que no hayan vuelto. Ándate al hotel en el jeep a ver si Jaime sabe algo de ellos.

—No va a ser necesario —respondió Josué, asomado a la ventana—. Jaime está llegando en este momento.

—Llévale un traje de buzo. Que se lo ponga antes de entrar aquí —dijo Morris desde el diván, inclinándose agitado.

Jaime se detuvo incierto frente al patio inmóvil. Toda actividad había cesado: no se escuchaba el incesante zumbido de la gente regateando, ofreciendo intercambiar sus mercancías, ni el constante arrastrar de los objetos hacia los carretones o las carretas donde se los llevaban. No se oía fuera el pregón de los braceros ofreciendo sus servicios. Diríase que era Domingo, un Domingo estático, triste. Ni la luz del sol cayendo en cascadas sobre los objetos y las palmeras lograba disipar la sensación de día gris, los malos presagios.

Se estremeció. ¿Qué otra cosa esperaba?, se dijo. Pero la mente nunca dejaba de jugar sus trucos, de aguardar lo habitual aun en medio de las tragedias.

La figura de un muchacho atravesó el patio en dirección a la biblioteca. Iba a llamarlo cuando apareció Josué, con el traje amarillo doblado sobre el brazo.

—Tiene que ponerse esto, Jaime.

Lo miró desconcertado. Por qué se lo iba a poner él y no Josué, preguntó.

—Yo lo tenía puesto hace un momento. No lo uso todo el tiempo, pero si el

profesor Morris nos ve sin el traje, se altera.

Lo condujo hacia el ala de las habitaciones de Engracia. Jaime, torpe, enfundado en el traje, preguntó por los cinco muchachos enfermos. Habían preferido tenderse en el suelo sobre mantas en la biblioteca, explicó Josué, cada uno conectado a su bolsa de suero, cada uno entretenido en ver las fotos preferidas, los libros con ilustraciones. Ninguno quiso continuar en la enfermería. Los otros muchachos los acompañaban, no los habían dejado solos ni un instante.

—¡Estoy anonadado! Demasiadas desgracias en tan corto tiempo —dijo Jaime—. ¡Los Espada tienen a Melisandra en uno de los sótanos del fortín! Me acabo de enterar.

Entró a la habitación. Josué se retiró al corredor. Lúgubre y formal, conmovido por la escena, Jaime abrazó a sus dos amigos, al tiempo que repetía lo de Melisandra. Engracia no le dio tiempo para que se condoliera. Quería detalles sobre lo que sabía.

No tenía muchos, advirtió Jaime, pero un cocinero que, ocasionalmente, trabajaba en el cuartel para la tropa, escuchó a dos soldados disputándose quién le llevaría de comer a la pelirroja.

—Me vino a avisar después del almuerzo, tan pronto terminó su turno —dijo—. Salí de inmediato para acá. Pensé que tú, Engracia tendrías más recursos.

—¿Y Raphael? ¿Qué pasó con él? ¿No estaba acaso con ella?

—No —dijo Jaime con aire de compungida dignidad, procediendo a narrarles lo que ambos acordaran, la posibilidad de que la filina les mitigara los dolores, la salida de Raphael a Timbú, su intención de hacer acompañar a Melisandra y la salida apresurada de ella, sola, en la mañana.

—¡Claro! —exclamó Engracia desfallecidamente—. Usarán a Melisandra de tapabocas de Raphael. Ay, Jaime, Jaime. Gracias, pero no, gracias.

Engracia se recostó en la cama y se quedó quieta.

—Ya ves, Morris —dijo por fin, con los ojos cerrados—. Mis visiones premonitorias de una explosión en el cuartel de los Espada se cumplirán, después de todo. ¡Los Fantasmas de Wiwilí visitarán a los hermanitos esta misma noche!

—Pero ¿qué pasará con Melisandra? —preguntó Morris, inclinándose—. Si nosotros explotamos, ella morirá.

—Nos la entregarán, no te preocupes. Antes de que todos volemos, ella saldrá de allí.

—¿De qué hablan? —preguntó Jaime, espantado.

—Mis muchachos no se van a morir en una cama, Jaime. Ni ellos, ni yo. Nos llevaremos a los Espada al otro mundo. Cuando primero se me ocurrió esto, no me animaban más que razones abstractas, humanitarias —sonrió irónicamente entre arcadas de náusea que alivió sobre un balde al lado de la cama—. Perdón, Jaime. Gajes de este oficio de basurera. Como decía, ahora tenemos una razón concreta, palpable, justa, que espero convenza a mi profesor allí al lado.

—Pero ¡es una locura! —exclamó Jaime.

—Quiero decirte, mi amigo, que es una decisión de todos los afectados que esta muerte no debe prolongarse mucho. Tenemos poco suero y cuando termine, si aún estamos con vida, vamos a sufrir, con filina o sin filina, más de lo que ninguno de nosotros quiere. Así que llegaremos donde los Espada cubiertos de luz y gloria. Nos vamos a pintar hermosísimos. Nadie en Cineria olvidará esta noche y, para los no iniciados en el secreto, esta noche no seremos nosotros, sino los mismos Fantasma de Wiwilí los que visitarán a los queridos hermanos —fanfarroneó Engracia, con una mueca burlesca que apenas cabía en el enorme cuerpo decaído sobre la cama, al lado del pedestal metálico de donde colgaba la bolsa de suero, desde que se negara a volver a la enfermería. Estar rodeada de sus calaches, argumentó, le recordaba la vida y la ayudaba a restarle importancia a la muerte.

—Pásame, por favor, un papel y una pluma —pidió Engracia—. Tengo que escribirle algunas recomendaciones a Melisandra.

El loro se balanceó plácidamente sobre el pedestal. Desde el diván, Morris miró a Jaime con una expresión que denotaba a la vez resignación y complicidad.

La humillación de ser privada de la luz, el aire, amarrada como un animal, padecer sed, acceder al fin luego de meditarlo como si se tratara de una decisión trascendental lo que en un día ordinario no conlleva siquiera un pensamiento pasajero: orinar, dejar que el líquido caliente salga, que se descargue al fin después de estar retenido, contenido, hasta dolerle en el vientre.

¡Ah! Placer de mandar al fin al carajo la decencia, la dignidad y mojarse los pantalones. Sentirlo como liberación, un orgasmo incesante, largo. Melisandra lloró. Podía tolerar todo aquello, pensó, si alguien llegara, si pudiera saber que estaba viva, que no había muerto súbitamente y esto era el infierno. Eran los otros los únicos que le confirmaban a uno la existencia. En un mundo oscuro, sin movimiento, sin sonidos de alegría y dolor, ¿cómo se comprobaba el ser, cómo se separaba la realidad de la ilusión?

Cuando escuchó los pasos tenía tanta sed que intentaba bajar la cabeza hasta el suelo entre sus piernas y tocar al menos, a través de la capucha, la humedad de sus propios orines. Era imposible, por supuesto, pero la actividad la entretuvo hasta que oyó el sonido hueco, rítmico, acercarse. ¡Qué paradoja sentir semejante alegría, qué absurdo! Si el guarda, al abrir la puerta, hubiese podido ver su cara, encontraría en ella una sonrisa desplegada, ancha, eufórica. Podría también haberle dicho, de haber sabido si era mañana o tarde, buenos días, hola o buenas noches, como el náufrago que saluda al primer ser humano en la isla desierta, pero calló a tiempo, a tiempo reconoció la desesperación en el impulso y no tardó mucho en percatarse de haber invocado los demonios y en desear desesperadamente estar sola otra vez.

El hombre no habló nada al principio. Le alzó la capucha lo imprescindible para dejar libre la boca y le pegó el plato a los labios. Melisandra tuvo un primer impulso de rechazo; de sentir que la reducía peor que a animal que ve lo que engulle, pero decidió comer con saña lo que fuera que tuviera enfrente y pegó la boca, los dientes, a la mezcla de arroz y frijoles que se le escurría inevitablemente. Oyó la risa sádica, leve del hombre y retiró la cara.

—No puedo comer eso así. Mejor deme agua —dijo, implorando mentalmente su compasión.

—¿Agua quieres? ¿Así es la cosa? —dijo la voz de la que ella sólo veía las botas militares.

—¿Quién es usted? ¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

—Te mojaste en tus pantalones..., tate, tate —dijo censurándola, perverso.

—No pude encontrar el baño —dijo ella, sarcástica.

—Si te doy agua, lo vas hacer otra vez —le dijo.

—¿Y qué? Ya estoy mojada.

—Lástima que tengo órdenes de no tocarte... por hoy, al menos. Ya se verá más tarde —farfulló, al tiempo que se le acercaba y le pasaba los dedos levemente por la piel del brazo—. No te voy a tocar, pero me vas a tener que oír, mamacita —bisbiseó—. Te voy a decir qué es lo que te haría y, después, si me oís quietecita, te voy a dar agua.

—Gracias a Dios y a la majestad divina que apareciste —lo saludó Lucas—. Demasiado tardamos. Mira, hasta mis pericos están impacientes. Ya estaba teniendo que repetir los mismos papeles para los clientes. Soy honrado, sabes. No creas que uso las mismas predicciones día tras día. Cada noche me siento y las escribo —hablaba mientras se afanaba. Raphael, sentado en el asiento de pasajeros, y él acomodándose tras el volante, para poner en marcha el vehículo.

—¿Todo en orden? —le preguntó a Raphael.

—Todo en orden —sonrió éste, palmoteando la mochila sobre sus piernas—. Aquí mismo llevo lo que quería.

—L. J. pues —dijo Lucas.

—¿Qué dijiste?

—Los juimos —rió Lucas—. Es una manera de abreviar campesina de nosotros. No solamente ustedes los gringos usan abreviaturas. Es una broma también sobre la ortografía —añadió—. ¿Tú sabes el cuento del señor que le dio un derrame cerebral y se quedó sin habla? —Raphael negó con la cabeza, siguiéndole el juego—. Pues este señor le escribía en abreviaturas a su mujer lo que quería comer. «CH», por ejemplo, era «chanchito». En fin, ella le conocía las mañas. Un día un amigo estaba de visita y él escribió una «G» en su tarjeta. El *brother* pensó que le pedía «guaro». Como era muy temprano consultó con la esposa, quien apenas vio la «G», se puso a reír y le dijo: «No, niño, lo que quiere es güevo». Escribía huevo con «g» el muy bruto —soltó la carcajada el pajarero.

Lucas tenía en su haber un capital de bromas que disiparon con eficiencia la desazón de Raphael. Lo que más le deleitó, sin embargo, fue escucharlo describir el procedimiento de su oficio de leedor del futuro.

—Lo que se pregunta es siempre lo mismo —dijo—. No sé si es que los seres humanos somos idiotas u obstinados, pero aparte de los muy buenos o los muy malos, que yo identifico a ojo de pájaro, los de en medio quieren saber lo básico: si comerán, fornicarán, se enfermarán o morirán, ya sea ellos o su familia, incluyendo la señora o familia suplementaria. Yo agarro mis libros de poesía. Hago las preguntas que a mí se me ocurrirían si fuera zutano o mengano, abro un libro al azar y escojo el verso que creo mejor se aviene. Es un método infalible. Mi oficio me ha convencido de que la poesía tiene todas las respuestas. Les leo poesía a mis pericos, ¿sabes? Ésa es la otra parte. Ellos la entienden. Aciertan al escoger. Unos más que otros.

Era un día hermoso —la redundancia— pensó Raphael. Un día hermoso como eran hermosos todos los días del trópico, recién pasada la estación lluviosa, cuando la tierra guarda todavía la memoria de las lluvias arrasadoras y súbitas en su entraña húmeda y en los verdes intensos, que no son los verdes de Nueva Inglaterra o

Virginia, sino un verde más verde que el verde: rutilante, insinuante, casi vulgar en su manera de incitar los sentidos y despertar una piel que uno ignoraba poseer, piel de caballo, de toro. Dichosos los animales que podían andar desnudos en esas extensiones de paisaje cambiante, altitudes, depresiones, curvas sobre las que la vegetación se revolcaba sin orden ni concierto, creciendo arbustos aquí, árboles allí, hierbas altas. Y el trasfondo del cielo azul, inquieto de nubes monumentales, desperezándose, haciéndose y deshaciéndose en el viento. Dichoso quien podía estar vivo y tener ojos para ver esta vibrante antítesis de la muerte, la paradoja del verdor ridiculizando las celebradas conquistas del hombre que sustituía esto por ciudades abigarradas. Nueva York con los cintillos de cielo asomados sobre los edificios y el verdor cercado en un parque, un parque inmóvil, contenido, no como aquí que los árboles saltaban, las manchas de verdor como venados brincando, apareciendo sin que uno pudiera prevenirlas, Lucas que esquivaba anchas raíces brotando de la carretera.

Y de pronto, como aparecían también inadvertidas, repentinas, insólitas, las calamidades en esta parte del mundo, doblaron una curva —apenas unos metros faltaban para retornar a la vereda— y vieron el retén improvisado, el jeep, el SAM cruzado en medio del camino, con los hombres, los soldados que no tenían uniforme, sino, tal vez, una camisa verde oliva sobre vaqueros o el pantalón verde oliva sobre la camiseta, o el cargador simplemente cruzado en el pecho, o la boina verde, o las botas, como si del botín de un solo soldado se hubiesen pertrechado todos.

Lucas redujo la velocidad, frenó, lo miró diciéndole sin emitir sonido que no había razón de preocuparse, descendió dejando el motor del vehículo encendido, acercándose a los soldados, conciliador, bromista, preguntándoles que qué era aquello, por qué los detenían, él simplemente andaba con sus pericos adivinadores recogiendo las apuestas. Raphael miraba a los cuatro jóvenes, quizás recién salidos de la adolescencia; desafiantes con sus rifles al hombro, poderosos en sus atuendos de bandidos venidos a más. Empezó una discusión. Se llevaron a Lucas al otro lado del jeep. Muy pronto vendrían por él, pensó Raphael. Ya no era cuestión de no preocuparse sino examinar el terreno, iniciar el conteo, para qué lado podría correr. A través del jeep, del compartimento de los pasajeros, Lucas gesticulaba. En la jaula, los pericos armaban gran algarabía. Raphael puso la mano sobre la manija para tomar impulso y salir del vehículo. Colocó la mochila sobre el asiento del conductor. Lucas estaba en el suelo, lo habían hecho acostarse en el suelo para cachearlo, lo tocaban con las puntas de los pies. Salió del vehículo, a punto de acercarse, interpelarlos, interceder en lo que fuera que hubiera que interceder, si es que en algo podía ser útil, cuando escuchó la detonación del disparo y echó a correr, incrédulo, la distancia del día hecho trizas.

Los soldados intentaron detenerlo cuando se tiró sobre Lucas, pero se arrepintieron. Pensarían que parte del escarmiento sería que el otro hombre le diera vuelta al moribundo y mirara su cabeza ensangrentada, los ojos muy abiertos, cuyo

cristalino cruzaban las nubes, el cielo azul hasta hace poco manso e inofensivo, la boca con el hilillo de sangre abriendo lentamente el cauce delgado hacia el cuello.

Aún respiraba. Milagrosamente, un fragmento de vida rehusaba dejar el cerebro destrozado. Raphael se inclinó sobre él. Se encontraron sus ojos, la chispa de humor del pajarero sin doblarse ante la muerte. Quería decir algo. Raphael puso el oído sobre la boca que balbuceaba.

—Waslala, Waslala, encuentren Waslala.

Sí, sí, repitió Raphael. Los pericos no cesaban de gritar. Lucas balbuceó otra vez.

—Mis pájaros. Suéltalos. Que se vayan.

Sucumbió el humor, al fin, ante el espanto. Los ojos se quedaron fijos, adoloridos, y el soldado alzó a Raphael de un tirón en el brazo, haciéndole una llave, inutilizándolo.

Todos los insultos que pensó se le atragantaron en la garganta, atropellándose con la idiota idea de preguntarles por qué; qué podía haber hecho Lucas para merecer este ajusticiamiento sumario, de perro rabioso. Se sacudió el brazo. Otro de los hombres vino y le dio un puñetazo en el estómago. Empezaron a pegarle. Lo echarían al suelo y pronto alcanzaría a Lucas, seguirían camino, ahora con otro rumbo, pensó, y sin saber qué rayo los partiera.

—Al vehículo —ordenó uno de ellos—. Métnlo atrás.

Lo empujaron. Otro jeep apareció en el horizonte.

—Rápido —repitió el hombre.

Raphael vio las luces del jeep que se acercaba, encendiéndose y apagándose. Refuerzos, pensó, su propia ironía extrañamente cáustica, como si el aliento de Lucas le hubiera sorbido algo todavía indefinible, una parte de sí, cuya ausencia ya podía sentir.

La actividad de sus captores se interrumpió. El que le tenía el brazo retorcido contra la espalda aumentó la presión, forzándolo a contorsionarse ante el dolor.

El jeep frenó. Rechinó el caucho. Maclovio abrió la puerta y bajó.

—No estamos en condiciones para tomarnos el cuartel por asalto —dijo Engracia—. Obviamente...

Pidió agua. Tenía la piel de los labios reseca y rota. Se recostó un momento fingiendo acomodar las almohadas. Cuando otra vez habló, su voz había cambiado de tono y sonaba gruesa, ronca.

—Se me ocurre que Josué podría irles a pedir una cita urgente. Para esta noche. No puede esperar. Nos estamos muriendo y queremos negociar el traspaso del depósito. Una vez reunidos, los tomamos rehenes: o nos entregan a Melisandra o volamos el cuartel..., cosa que haremos de todas formas, una vez que ella esté a salvo.

La penumbra de las cortinas corridas en la habitación de Engracia despertaba la fosforescencia en los cuerpos de los contaminados. Sanos y enfermos ocupaban los sofás y sillones del cuarto, mirándose unos a otros azorados, con expresiones que alternaban entre la incredulidad, la nostalgia y el desafío. Las piernas se movían, las manos tamborileaban sobre mesas y objetos. Los enfermos, a ratos, cerraban los ojos y se abandonaban al espasmo de dolor.

Nadie que los viera reunidos, la gigante en la cama, el hombre con el brazo metálico en el diván, Josué, con su rostro de apóstol temprano, los otros cinco rebuscadores sanos, el hotelero, incómodo, empeñado en conservar la dignidad dentro del atuendo amarillo, habría pensado que conspiraban o que siquiera se les ocurría dilucidar los detalles de cómo liberar a Fagua de la plaga insaciable que la mantuviera sumida en los marasmos de guerras sin sentido, estragada, los vicios convertidos en profesiones y fuentes de trabajo. Demacrados, con la piel en llagas, el pelo de las muchachas cayéndoseles a puños, eran la imagen del deterioro, ánforas de las que la vida se escapaba a simple vista. ¡Ah! Pero la perspectiva de no morir allí, de que les fuera dada una muerte heroica, de no irse solos, como decían los muchachos, alumbraba sus ojos con una luz de esperanza, igual que alguien les prometiera que se curarían, y no sólo eso, sino que vivirían eternamente.

¿Por qué irles a pedir cita?, intervino la Pitusa. Se les pondría sobre aviso. Mejor llegar en procesión, encendidos, repintados con la luz aquella y pedir hablar con ellos ya a la entrada del cuartel. Los retenes, dijo alguien.

—Miren, hay que pensar psicológicamente —dijo Engracia levantando la cabeza del balde, después de vomitar—. A estas horas, los Espada se sienten como reyes: tienen a Melisandra, hay noticias de que también sitiaron la hacienda del poeta en el río, deben andar buscando a Raphael. Encima de todo eso, les mando a decir yo que quiero capitular... ¡Estarán felices! Nos recibirán con bombo y platillo. ¡Claro! No se imaginan que el bombo y el platillo lo suministraremos nosotros.

—Los cachearán a la entrada —dijo Josué—. ¿Cómo disimularán el explosivo?

—De eso me encargo yo —dijo Morris, quien mantenía los ojos cerrados.

—No hay más que hablar —dijo Engracia—. A trabajar todo el mundo, que con esta debilidad caraja avanzamos a paso de tortuga, y sólo Dios sabe qué mal rato está pasando Melisandra.

Morris escuchó el desalojo de la habitación, las sillas, los movimientos lentos de los que se marchaban. Le dolía la garganta. Temía no ser capaz de articular una sola frase sin que se le quebrara cuanto resto de fuerza había logrado acumular en las últimas horas. La idea de morir le aterrorizaba. No podía pensarlo sin que se le aflojaran los intestinos, a pesar de cuanto se conminara a sí mismo a ser valiente y racional. La ciencia en estas cosas era una desventaja. Mejor estaría si fuera ignorante, reflexionaba. Por lo mismo, quizás, ver la dignidad y el coraje de los muchachos y Engracia le resultaba devastador. Era como si no se dieran cuenta, pensaba, como si un acto mágico les permitiera sublimar toda la maldita experiencia y convertirla en una epopeya gentil y plena de redención. Le producían una ternura infinita, y era de tal manera punzante la sensación, que se percataba, y la realización era dolorosa, de cuánto sentimiento le habría quedado aún por experimentar en la vida.

¿Qué sería peor?, se preguntó Raphael; este redentor, este Maclovio, descendiendo del jeep, pantalón limpio, camisa blanca, un sombrero de jipijapa en la cabeza, como un hacendado amable de otro siglo, o sus captores de maldad transparente, sin dobleces, pura y simple fuerza bruta, imperturbables asesinos sin compasión.

Los soldados reconocieron el rostro del socio de sus jefes. Adiós a las armas sin él. Lucas estaría vivo. Dudoso. Habría otro Maclovio. Nunca faltaban.

—¿Adónde llevan a este hombre? —preguntó, autoritario.

—Al cuartel, jefe. Órdenes superiores.

—¿Y el hombre de los pericos?

—Pasó a mejor vida, jefe. Se nos quería hacer el inocente.

—Lo mataron como perro —dijo Raphael. El soldado le atenazó el brazo. Él se contorsionó.

—¡Suéltelo! —ordenó Maclovio—. ¡Pandilla de salvajes! ¿Quién les dijo que mataran a Lucas? ¿No saben que de la muerte nadie se recupera? ¡Animales! Ahora mismo regresan al cuartel. Ya me encargaré de que los sancionen. Me dejan al prisionero. Yo lo llevaré. ¿Les dieron acaso órdenes de que lo golpearan?

Con cada frase su tono ascendía varias octavas. Los hombres se encogían. Se disolverían, pensó Raphael, quedaría la ropa arrugada sobre el asfalto.

—¡Vos también te vas con ellos! —le ordenó Maclovio a su chofer—. ¡No estoy de humor para verle la cara a ninguno de ustedes, hijos de mala madre!

Los hombres subieron al jeep, arrancaron el motor, esquivaron el cadáver de Lucas, que quedó expuesto, boca arriba con los brazos ligeramente abiertos. Raphael se arrodilló a su lado, le cerró los ojos, le cruzó las manos sobre el pecho, le quitó un mechón de la frente pasándole la mano por el pelo, repitiendo el gesto como si se hubiera quedado sin otro oficio en el mundo que ése, pasarle la mano por el pelo a Lucas, acariciarlo como quien consuela a un niño que tiene pesadillas.

Apenas vivió unas cuantas horas a su lado, pero fueron suficientes para que, arrodillado, mirando su cara de arrugas incontables, pudiera, como quien contempla un bello, irrepetible atardecer, darse cuenta de la prisa irrazonable de la noche que destruye rápida y certeramente el despliegue de magentas y rosas, el diseño caprichoso de las nubes, esa belleza no estudiada, ni pulida, ni en la que se invirtieran fortunas, pero que es la conjunción de una miríada de azares y por lo mismo única e irremplazable. Acaso le tocó ver un segundo de aquel crepúsculo de Lucas. Jamás sabría ya por qué el pajarero empezó a amar la poesía, adivinar el futuro, de quién su gusto por las bromas. El silencio de su cuerpo se lo tragaba todo.

Maclovio no se acercó. Se sentó sobre el guardabarros del jeep con la cara entre las manos. Temía provocar la ira de Raphael, justificada por cierto, aunque no fuera

responsable directo de que el pobre Lucas acabara así. No le gustaba el rumbo que tomaban los acontecimientos. Intercedió por Melisandra sin resultado, confiado en que no sería ése el argumento que haría desistir a Raphael de informar sobre la filina. No sería necesario utilizar ese tipo de coerción, sería más bien contraproducente, les dijo a los Espada. Que se lo dejaran a él, insistió, pero eran tercos, ciegos, y año tras año, el poder les hacía perder las facultades, la destreza, y los tornaba más desalmados, implacables y tozudos. Él tenía sus límites, que ellos reincidían en tironear como cuando quisieron convencerlo de exportar huérfanos o vender sus órganos. Una cosa eran las drogas, que, después de todo, cada quien decidía si usar o no, y otra traficar con niños. Hasta él tenía su corazoncito y bastante le costaba conservarlo. ¡Pobre Lucas! No se merecía esto.

—Era mi amigo también —dijo.

—Lo sé —respondió Raphael, levantándose al fin, pasándose las manos por la cabeza—. Y ahora, ¿qué hacemos, Maclovio? ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Vámonos —dijo Maclovio—. Te lo explicaré en el camino.

—¿Quién me garantiza que no me entregarás a los Espada?

—Si ésa fuera mi intención, habría dejado que te llevaran los salvajes esos. No tienes por qué confiar en mí, pero creo que no te quedan muchas alternativas. Créeme que debemos irnos. Ayúdame a poner a Lucas detrás.

Cargaron el cadáver. Le envolvieron un trapo en la cabeza. Sentado en el compartimento trasero del jeep, laxo, Lucas parecía dormir. Dejarían el carromato allí, dijo Maclovio. Sería muy complicado llevárselo. Además, en el jeep llegarían a Cineria en tres horas a lo sumo. Al oír la mención de Cineria Raphael recordó la filina, el propósito del viaje funesto. Se encaminó al vehículo para recoger la mochila.

Hasta que sus ojos se toparon con los pericos no se percató de dónde provenía el sonido que sirviera de trasfondo a aquel episodio infernal. Los pájaros graznaban incesantemente; el graznido era monótono y agudo, con un perturbador tono de lamento. Dio la vuelta hasta la trasera del carrito.

Extraña mirada la de los pájaros, pensó, contemplándolos, preguntándose si sobrevivirían, respondiéndose afirmativamente. Pajaritos poetas, la poesía de Lucas sobreviviría con ellos, sonrió, sintiéndose de nuevo humano, aligerado de la amargura cáustica que lo consumía, como si Lucas le estuviera soplando al oído un secreto, diciéndole que la muerte era una broma.

Abrió la jaula. Maclovio se acercó. Lo observó en silencio, intuyendo de qué se trataba. Los periquitos seguían balanceándose en las perchas, sin entender la súbita libertad que se les ofrecía.

—L. J. —los animó Raphael. La voz se le cortó—. Los juimos, periquitos —dijo, las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Uno a uno se fueron asomando los pájaros al boquete. Alzó vuelo el primero y luego, como nadadores que se turnaran en el trampolín, fueron saliendo en hilera, con

una precisión que habría enorgullecido a su dueño, hasta formar una bandada verde, una hoja caída de algún árbol del cielo, que, haciendo círculos, cerciorándose de no toparse con barrotes, se fue clamorosamente hacia el horizonte.

No se podía quejar, pensó Engracia viendo el cielo despejado desplegar sus últimos tonos de azul. Su última noche sería clara y estrellada. Por ser ésta la última, se adornaría.

Para morir, quería verse hermosa. Acicalarse equivaldría a disfrazarse. Así no la reconocerían.

Se hizo llevar a su habitación un recipiente con el polvo letal, que Morris y los muchachos desenterraran en la tarde, y, parsimoniosamente, se adornó el cuerpo desnudo con espirales, redondeles, círculos concéntricos. Se colocó después, en la ingle, para burlar el cacheo, el delgado envoltorio con el potente explosivo conectado al detonador que activaría, llegada la hora, con sólo abrir la mano. Tuvo un fugaz momento de terror: su sexo volaría hecho pedazos, se dispersaría el oscuro testimonio de sus placeres, el surtidor del que fluyó vida, ya que no hijos.

¡Waslala!, suspiró. Moriría con la eterna nostalgia de Waslala.

Tomó la tela de brocado que cubría la rasgada tapicería del sofá y se envolvió con ella arreglándole los pliegues como una toga. Frente al espejo, se arregló los cabellos, trenzándose los como pudo, ceñidos a la cabeza. Después les untó, mechón tras mechón, el polvo brillante. Se maquilló los ojos, se pintó los labios y, cuando terminó de acicalarse y contempló su imagen de cuerpo entero, se le humedecieron los ojos. Se vio bella como una amazona mítica, como el imponente mascarón de proa de algún navío descarriado y fantasmagórico. Se sentó en el sillón, mareada por el esfuerzo, y bebió un vaso de agua fresca. Con la cabeza apoyada en el espaldar y los ojos cerrados escuchó el sonido del lago, las olas cortas y frecuentes picoteando la arena, el croar de las ranas alzándose en un vivaz *crescendo*, el filo de las palmeras acuchillando la brisa, los grillos incansables. Nada podría ser como el crepúsculo.

—Si hay vida más allá de la muerte —dijo en voz alta—, más vale que pueda compararse siquiera pálidamente con ésta.

Como predijo Engracia, los Espada accedieron a la reunión, fijándola para las nueve de la noche. A las ocho, los cinco muchachos, Engracia y Morris, se acomodaron en el jeep, como cardumen de peces fosforescentes. Josué y los demás, moviéndose torpemente en los trajes amarillos, los abrazaron. No hubo quien no llorara. Al fin salieron hacia Cineria.

Afortunadamente, pensaba Morris, lo que sucedía tenía tal atmósfera de irrealidad que le resultaba imposible aceptar la idea de que éste era un viaje sin regreso. En medio de los llantos de la despedida le pareció que todos albergaban la misma convicción: algún milagro ocurriría. El jeep y sus pasajeros volverían a franquear la puerta de hierro y el tiempo, misteriosamente, volvería a ser el mismo que era tres

días atrás y no esa sensación asfixiante, esa mecha chisporroteando al final de la vela, a punto de extinguirse en la oscuridad.

La aparición de Engracia contribuyó sobremanera a crear la atmósfera de portento. Verla en su magnificencia, desprovista del halo de soledad que sólo Morris, sin saber todavía cómo, pudiera traspasar, fue suficiente para persuadirlos de que un poder sobrenatural los acompañaba. Envuelta en brocados, con el cuerpo monumental refulgente de astros, cometas, órbitas luminosas, y su cara de rasgos amplios alzada y desafiante, Engracia personificaba el poder telúrico de una tormenta eléctrica y el oscuro misterio del vientre femenino. Lucía mayéctica y evocó en todos el dolor por la madre y la nostalgia por la amante.

Desde la oscuridad de su apretado rincón en el asiento trasero del jeep, Morris miró su pelo encendido, inmóvil a pesar del viento, y rezó porque fueran ciertas las leyendas del inframundo para poder encontrarse con ella en la eternidad.

Melisandra se arrastró sobre las caderas procurando hallar el sitio menos húmedo en la celda para tenderse boca abajo y ver si la presión sobre el estómago le aliviaba las náuseas. No cesaba de cavilar si no habría sido menos humillante que el hombre la violara físicamente, en vez de forzarla a oír las emanaciones de su lujuria tan cercanas que, aun encapuchada, creía haber experimentado el vapor de su aliento atravesando la áspera tela y formando alrededor de su cabeza una nube de imágenes groseras, prosaicas y de una simpleza patética. El sexo sin imaginación podía ser ridículo y, sin embargo, la evocación de esa fuerza primaria provocaba, alienando la voluntad, la razón, la dignidad, el surgimiento de respuestas atávicas. Eso fue quizás lo más humillante; que el hombre supiera que ni el rechazo intelectual ni el asco evitarían que ella respirara más fuerte, que sintiera el instinto atravesándole las barreras por mucho que intentara disimularlo. Si él la hubiera forzado al combate cuerpo a cuerpo, a resistir como fiera su embestida de bestia enervada y cobarde, jamás habría experimentado ella la degradación, la abyecta, pegajosa, sucia complicidad en la que, aunque fuera fugazmente, él supo que la atrapó cuando ella empezó a gritarle que callara, que se fuera al diablo con su agua de mierda, pero que se callara de una buena vez.

—Te llegó lo que te estaba diciendo, ¿verdad? Y ahora te quieres hacer la altanera cuando eres igual que todas. Todas son lo mismo. Se les sale el coño por todos lados. Puta, perendeca —le gritó, dejándole caer el agua de un balde sobre la cabeza.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que se marchara. Apenas el hombre salió, ella intentó con desesperación humedecerse los labios con las gotas y la humedad que le resbaló por la cara, esforzándose frenética por sorber la que quedara impregnada en el trapo inmundo que la tenía sumida en la noche, una noche ya sin la penumbra de la ventana. Sería la tarde, pensó, tiritando con un frío gélido. En tan corto tiempo, con tan pocos recursos, la habían logrado despojar de su calor, su fuerza, su vitalidad. Qué fácil reducir a guiñapos a las personas, pensó. Si no volvían hasta el día siguiente, quizás tendría tiempo de recuperarse, de pensarse otra vez Melisandra, reconstituirse. Pero lo más probable era que le traerían otra vez el arroz y los frijoles para la cena y volvería el mismo o quizás otro a someterla a quién sabe qué insultos y vejámenes. El cuerpo, su instinto de supervivencia, no admitía que las emociones, la consciencia, se interpusieran en su camino. Cuando salió el hombre no pensó en nada más que en el agua chorreándole por la cabeza; en mojarse los labios. La rabia, la vejación, tomaron segundo plano. Las experimentó después. Era una lección, después de todo, pensó. Ni Waslala en toda su gloria obviaría el hambre, el descuido, las plagas que segaban la vida en Fagua.

Se echó a llorar. Cuando cesara el llanto, se recompondría. Era posible, pensó. Se

podía conservar la dignidad en situaciones como ésa. Pero se requerían trucos, trucos para engañar al cuerpo y apaciguarlo. El llanto no duró mucho. No se podía llorar encapuchada. Recostó la cabeza contra la pared para que el agua salobre se deslizara hacia su boca y luego se quedó quieta, imaginando un sol inexistente. Llorar debilitaba. Se empezaba a llorar y se iniciaban las asociaciones, las lágrimas del presente avivaban las del pasado. ¿Cómo saldría de allí? ¿Dónde estaría Raphael? Esperaba que hubiera podido llegar con las hierbas aquellas donde Engracia y Morris.

No le quedaban dudas de encontrarse en el cuartel de los Espada. La textura, el tamaño de la celda era una indicación de que no se trataba de una prisión improvisada, sino de las célebres mazmorras del fortín. No lograba más que especular sobre las razones que convencieran a los hermanos de sacarla del juego. ¿Se enterarían del accidente y decidirían aprovecharlo haciéndola pasar por otra de sus víctimas? ¿Sería ésta la forma en que aislarían a su abuelo, cayendo sobre la hacienda? ¿Habría relación con el viaje de Raphael a buscar las hierbas, la filina seguramente? ¿O era Waslala, la amenaza del hallazgo, lo que les preocupaba?

Notó que, tras un período de calma, le retornaba la inquietud, el desasosiego. No podía contar los minutos, pero los sentía. No tardarían mucho en volver. El hambre se lo avisaba.

Temía escuchar los pasos, la llave en la cerradura, la voz del hombre invisible.

No importaban ahora las razones de Maclovio, pensó Raphael. Más tarde se ocuparía de ellas. Con Melisandra segura se detendría a considerar si lo hacía para acallarlos o porque algún rescoldo de decencia le quedaba en el alma. Pero ahora el tiempo era demasiado precioso y tictaqueaba en su esternón, igual que si se hubiese tragado un gigantesco reloj que amenazara con ahogarlo, reventarle, los tímpanos con su compás reiterado, con su urgencia. Al llegar a Cineria, enterado en el camino por Maclovio de lo acontecido a Melisandra, se dio tan sólo margen para llevarle la filina a Jaime. Estuvo a punto de ahorrarse el gesto magnánimo, pero estaba visto que la magnanimidad tenía sus retribuciones. Por Jaime se enteró del descabellado, bien intencionado plan de Engracia, de cuyos detalles cuanto sacó en claro fue que era perentorio sacar del cuartel a Melisandra, antes de que santos y villanos volaran en pedazos.

Eran las siete de la noche. Con suerte, contarían con un poco más de dos horas para entrar, encontrarla y salir de allí. En una mochila llevaron ropa para Melisandra. No sería difícil hacerla pasar por un muchacho. Los estarían esperando, dijo Maclovio. La patrulla debía haber dado aviso de que él entregaría al prisionero. Los soldados no se extrañarían que lo condujera a las mazmorras. El plan podría funcionar siempre y cuando algún lugarteniente de los Espada, enterado de los hechos, no lo conminara a presentarlo primero ante los jefes. Pero ya se daría cuenta Raphael, dijo, de las ventajas de la anarquía y del guerrerismo sin tregua.

Cruzaron fácilmente los retenes, a pesar de que se notaba la alerta decretada por la próxima visita de Engracia.

—Parece que estamos de suerte, che —dijo el argentino—. ¿Has de creer que la gigante va a venir a conferenciar con los hermanos hoy por la noche? ¿Qué mosca le habrá picado? —musitó, mirando a Raphael, quien fingió igual sorpresa.

Aparcaron el jeep en el patio interior del cuartel. Raphael vio la moto de Melisandra entre los pocos vehículos. Los esperaban, efectivamente. Dos soldados se aproximaron a relevar a Maclovio de la custodia del prisionero, pero éste se percató de que no se trataba de los hombres de confianza de los Espada. Como sospechaba, debían de estar con ellos preparando el recibimiento de la gigante y delegaban en sus subordinados.

—Lo siento mucho, pero no me van a quitar a mí este placer —dijo Maclovio dándole un empujón a Raphael, cuyas manos atara con una soga—. Ustedes encárguense del muerto. De los vivos me encargo yo.

—Tenemos órdenes... —vaciló uno de ellos.

—Yo las cumpliré por ustedes —sentenció Maclovio y, alzando la voz, exagerando los gestos, añadió—. No se queden allí parados. Ya me oyeron. ¡Bajen al muerto y me lavan el jeep antes de que apeste!

La atmósfera del cuartel era distinta, observó Raphael fingiendo una pose sometida, viéndolo todo de reojo, como debían hacerlo los prisioneros. En la oscuridad, grupos de soldados fumaban y conversaban, pero su actitud era expectante, no displicente.

Quedaba por ver si las circunstancias los favorecerían, pensó, mirando sus zapatos, percibiendo la sangre de Lucas. En unos cuantos días el espejismo conque Fagua lo sedujera al inicio se había quebrado. Estúpido fue pensar que eran los prejuicios de su mundo los que coloreaban éste de horror. El horror estaba por todas partes; ni la civilización ni el atraso lo evadían.

—Vámonos. —Maclovio lo empujó con violencia.

Raphael echó una postrera mirada a la noche, al cielo claro, estrellado; al cadáver de Lucas, que perecería otra vez en la explosión.

En el camino a Cineria, el vehículo de Engracia se topó con el de Jaime que, a toda velocidad, salía a interceptarlos.

No sabía qué efecto tendría comerse las hojas de filina, dijo, pero seguramente les aliviaría, les despejaría la mente para la reunión con los Espada. Le entregó las hojas a Engracia y los enteró de que Raphael, con la complicidad de Maclovio, intentaría sacar a Melisandra del cuartel antes de las nueve de la noche.

—Prolonguen la reunión —dijo, con el aliento entrecortado—. No pidan que les muestren a Melisandra sino hasta el último momento. Dejen los explosivos como último recurso. Quizás no sea necesario. Quizás con la filina puedan vivir el tiempo que sea sin dolor.

Engracia lo miró con afecto.

—Gracias, Jaime —dijo—. Pero si no regresamos de la reunión, asegura que Melisandra y Raphael vuelvan al depósito. Les dejé algunos efectos con Josué; les dejé mi loro. Que no le den de comer frutas. No le gustan al condenado. Ya se acostumbró a comer masa.

Extrañas ocurrencias las de los seres humanos en medio de los dramas, pensó Jaime, mirando el vehículo retomar el rumbo hacia Cineria, envuelto en la insólita luminosidad, un frasco lleno de luciérnagas que una mano invisible, enorme, echara a rodar. Era tan de Engracia preocuparse a esas horas por su loro... No volverían, se dijo. Lo vio en los ojos de Morris, de los muchachos. Quizás ya no querían volver; no querían que nada impidiera el sacrificio, la muerte florida.

A él no le quedaría más que esperar. Inclino la cabeza sobre el volante, apesadumbrado, exhausto, inútil, solo.

Engracia repartió las hojas de filina. Tanto oír hablar de la condenada droga y no probarla hasta ahora, dijo. Se pusieron a mascarla asiduamente, concentrándose en el sabor amargo, la sensación pastosa, el adormecimiento de la lengua. Cuando aparcaron el jeep en una oscura calle a pocas cuadras del parque, experimentaban no sólo mejoría física, sino un estado de gracia espiritual que convertía el aire de la noche en una deliciosa sustancia liviana y benéfica que les aliviaba el ardor de las llagas y, luego de días de gestos torpes, amortiguaba sus movimientos y los trocaba en criaturas leves, afables, desalojadas de miedo, de terror, de dudas, listas para lanzarse en su procesión de fantasmas radiantes a través de Cineria.

Jeremías, el más joven de los muchachos, se acomodó su tambor sobre la cintura y abrió la marcha. Detrás se colocó Engracia y tras ella Morris, la Pitusa con su flauta

dulce, Catalino y los otros dos.

Era una noche prístina. Caminaron por las calles sin encontrar más que perros hurgando basura y uno que otro mendigo acomodado bajo los aleros sobre trapos sucios y cartones. Así eran, en la oscuridad, las calles de Cineria: tensas, silentes. Las recorrieron sin ruido, dejándolas estar, albergar quietas a quienes se agazapaban en las casas. Sólo al llegar a la paralela al parque y calcular que estarían cerca del primer retén Engracia le indicó al tambor que tocara. Sonaron los primeros redobles, que la Pitusa acompañó con su flauta. La noche de pronto cambió de color. Se fue poblando de rostros. Por los boquetes de las bombas, las ventanas, las hendiduras de las puertas, se asomaron las caras atónitas a ver pasar aquel cortejo de seres de otro mundo que transformaba la noche en un líquido verde, resplandeciente, en el que brillaban cometas, soles, órbitas de otras constelaciones, inmersos en la música de marcha infantil que a ratos sonaba a melodía traviesa, alegrándoles el corazón y haciendo saltar las porras en las cocinas; y a ratos tenía la punzante calidad de una protesta que les rasguñaba una parte dormida del alma que ya ni recordaban poseer. Morris sentía que viajaban montados sobre los círculos concéntricos de un gong cuyas vibraciones sonoras sacudían potentes toda la ciudad. En pijamas, en pantuflas, vestidos, medio desnudos, cubriéndose los hombros con toallas para no agarrar frío, salían a las aceras los durmientes, los desvelados, persignándose algunos, cayendo de rodillas otros, alelados, atónitos los más.

En los retenes no hubo quien se atreviera a detenerlos, ni acercárseles. Sólo mucho rato después, alguno se preguntó si la mujer enorme al frente del cortejo podría haber sido quizás Engracia, descartando la posibilidad en la memoria del resplandor.

Cuando la procesión rutilante ascendió por el trecho final hacia el fortín, los seguía un cortejo de perros callejeros aullando y ladrando.

A la entrada del cuartel, la aparición del grupo cual punta de cometa con estela de aullidos desconcertó y dispersó a los soldados, que echaron a correr en todas direcciones confrontados súbitamente con cuanto demonio y superstición los persiguiera en la vida.

Los recién llegados se hallaron, contra cualquier predicción, solos en la plazoleta-estacionamiento donde poco antes Maclovio y Raphael desaparecieran.

Engracia se echó a reír por lo bajo. Tuvo que contener el impulso de reírse a carcajadas.

—Antonio y Damián Espada —gritó—. Aquí estamos. ¿Es que nadie va a venir a recibirnos?

En la celda, Melisandra escuchó el resonar de pasos. ¿Serían dos, tres personas?, pensó. Cerró los ojos, apretó los dientes, enderezó la espalda. El truco sería la ausencia. No estar allí, no hablar. Ellos mismos le habían dado la medida de cuan

espeluznante y frenético podía ser el silencio. Los observaría igual que la observaban a ella. Ya que no tenía la posibilidad de los ojos, lo haría con su porte y serenidad.

Respiró hondo. Podía sentir la sangre temerosa palparle en las sienes. Los pasos se acercaban. Se apretó las palmas, las frotó una contra otra. Su lado fuerte confortando al que podía mandar su determinación al traste. ¡Qué largo podía ser el tiempo! ¿O sería que los pasos llevaban otra dirección? Escuchó voces. Maclovio. Su voz, el acento inconfundible. Era Maclovio, sin duda. Hablaba, ordenaba, convencía. Las palabras le llegaban confusas, pero oyó claramente la mención de otro prisionero. Ya estaban cerca. Abra la puerta, decía, y el guarda que no. Eran órdenes estrictas. No podía desobedecerlas. El prisionero tendría que quedar en otra celda. Seguían discutiendo. Pensó que sus músculos no resistirían la tensión, se romperían. Cerró los ojos. Le dolía la cabeza, la sangre alojada en el cerebro, desatinada, presionándole las órbitas de los ojos. Los dientes le castañeaban. Un golpe contra la puerta, el sonido de una garganta agarrotada queriendo gritar. Las llaves, dijo la voz de Raphael, las llaves, Maclovio. Creyó equivocarse, pero la voz de Raphael la traspasó y envaró. Entendió la metáfora de las voces con efecto de relámpago. Se electrizó. Los hombres prorrumpieron en la celda, forcejando. Escuchó el sonido metálico de la puerta golpeando con violencia contra la pared. Golpes. Quizás no la veían. No se habían dirigido a ella. Se mantuvo quieta. Raphael tenía que sacarla de allí. De la sorpresa, la excitación de escucharlos pasó al terror. ¿Y si no lo lograban? ¿Si después sus voces desaparecían? ¿Si después de otro portazo se quedaba sola?

—Suelta a Melisandra, Maclovio. Cierra la puerta. No perdamos tiempo.

Sintió el jalón de la capucha. Le tomó unos segundos captar lo que sucedía. Maclovio le desataba las amarras de las manos y los pies. Raphael sostenía al guarda atenazándole la garganta con el brazo. El hombre se resistía, forcejaba.

—Cambiate la ropa —le dijo Maclovio, tirándole la mochila, tomando las amarras de ella para usarlas en los pies del guarda, luego de darle un puntapié en los testículos. El hombre gruñía de dolor, doblado en el suelo, inutilizado. Raphael le amarró las manos. Con la capucha, lo amordazaron.

¿Estás bien?, repetía una y otra vez Raphael, levantando fugazmente los ojos para verla y cerciorarse de la respuesta afirmativa de ella, que abría la mochila y se cambiaba. Se quitó las bragas mojadas y se puso el pantalón, la camisa militar sobre la camiseta, la gorra. Todavía temblaba. Apenas podía abrocharse los botones. Salieron, cerraron la puerta tras ellos con llave.

El pasillo era oscuro, húmedo. A largos intervalos colgaban bombillas que proyectaban una luz macilenta y agigantaban sus sombras.

—Ahora, a moverse con naturalidad —dijo Maclovio, resoplando.

Caminaron uno tras otro, deteniéndose antes de doblar la esquina del siguiente pasillo, al final del cual se veía una escalera.

Oyeron la conmoción mientras subían las gradas de hormigón. Varios soldados bajaron corriendo.

—No suban, no suban —les gritaron, mientras continuaban su carrera. Con la espalda contra la pared, ellos los dejaron pasar y corrieron, a su vez, en dirección opuesta.

Al salir a la plazoleta por una pequeña puerta al final del muro alcanzaron a ver a los seres iluminados, espectrales, que atravesaban la entrada principal del cuartel.

—¿Qué demonios es eso? —farfulló Maclovio.

—Mejor que no te enteres —dijo Raphael.

Tenían que salir de allí cuanto antes, ir al hotel con Jaime. Allí estarían seguros. Corrieron al jeep de Maclovio. Después de la dispersión, los soldados reaparecían, pero aún duraba el desasosiego. Partieron entre miradas aleladas, sin que nadie los detuviera.

—Los Espada te cobrarán ésta —decía Raphael mientras Maclovio cruzaba los retenes gracias a la violencia de gestos autoritarios y perentorios.

—Me la cobrarán sin duda.

—No entiendo nada —dijo Melisandra, pasándose las manos por la cabeza, por la cara, sobándose las muñecas, la piel donde aún le ardían las amarras.

—Mi vida está en tus manos, che. —Maclovio miró por un momento a Raphael —. Si la Policía Antidrogas no destruye las plantaciones, la cuenta no será muy larga.

—Me lo imaginaba —masculló Raphael.

Antonio y Damián Espada se esforzaban a ojos vistas por disimular su alteración ante lo que juzgaron una trampa de Engracia para ridiculizarlos; las tropas en desbandada por más tiempo del que podía ser tolerable y ellos forzados a salir a recibirla, a verse expuestos, de pronto y sin ninguna advertencia, a la noche transformada en un aquelarre de fuegos fatuos.

Ella misma tuvo que gritarles cuando aparecieron en la plazoleta, que lo que veían se los podía explicar si la hacían pasar adelante. No les quedó otro remedio que acceder, a riesgo de exhibirse como cobardes frente a sus hombres.

Pasaron a la oficina de Damián. La escenografía del recibimiento había sido dispuesta cuidadosamente. Frente al ala de avión del escritorio se veía una mesa larga. Engracia notó las gruesas cortinas rojo vino que cubrían las paredes y daban a la estancia un ambiente de iglesia en Semana Santa. Se preguntó si así evitarían los Espada que se colaran sus secretos. Los hermanos invitaron a los visitantes a sentarse a un lado de la mesa. Ellos ocuparían el otro, en compañía de sus asesores, hombres de confianza y una línea de soldados, de pie, guardándoles las espaldas. Ambos hombres no cesaban de mirar a Engracia, cuyo porte real los impresionó a su pesar. Se movían como felinos, pretendiendo atender imprecisos detalles, dándose tiempo para recuperar la arrogancia, el desplante, la superioridad con que se imaginaran la escena antes de que ella les mandara al traste sus ínfulas, emergiendo de la noche como una diosa refulgente.

Alumbrada por luces de neón, la oficina con sus paredes altas de adobe, vigas expuestas en el techo y apenas una ventana, era fría y lúgubre. El ambiente hostil, la presencia de emociones oscuras y recelo, le hizo pensar a Morris en las reuniones de la mafia en garajes, almacenes deshabitados. Los padrinos decidiendo la ejecución de sus secuaces.

Finalmente tomaron asiento. Sin preámbulos, Engracia les agradeció que accedieran a las conversaciones con tan breve aviso. Bien pronto comprenderían que el asunto era de tal seriedad que no admitía demora.

—Lo que no entendemos es el espectáculo —dijo, sarcástico, Antonio—. No tenían que haber hecho semejante despliegue. Después de todo, no es que estemos entrando en conversaciones para montar un circo.

—Entiendo su recelo —respondió sonriendo benignamente, Engracia—. Pero lo que llama espectáculo es parte del problema. Además, consideré importante darle solemnidad a esta ocasión y poner a la población sobre aviso de un hecho que puede afectar sus vidas. Además —añadió con aire de irónica gentileza— es un asunto de seguridad... para ambos —añadió—. No era mi intención desbandar a sus soldados...

Morris observaba la escena alerta, a disgusto. La bendición de la filina al mitigar

los dolores y afinarle los sentidos le avivaría también la paranoia, pensó, mirando las manos delgadas, las uñas largas de Antonio Espada y el porte comedido pero tenso y diabólico de Damián, acariciándose los bigotes.

—¿Cómo es que ese disfraz —señaló socarrón Antonio— es parte del problema? Ahorrémonos los preámbulos. Explíquenos de qué se trata este asunto.

Con voz pausada, y mientras buscaba dentro de su toga el delicado detonador que Morris fabricara, Engracia habló de un cargamento radiactivo varias veces mayor al que yacía ahora enterrado en el patio del colegio, y de las consecuencias que de éste podrían derivarse. Morris intervino para reforzar sus argumentos y describir, científicamente, los efectos letales que afectarían a los seres humanos que se vieran, por una u otra razón, expuestos a ese grado de radiación.

—Este polvo brillante, lo que usted llama nuestro disfraz, es cesio 137. —Engracia señaló su cuerpo—. Nos contaminamos inadvertidamente creyendo que se trataba de pintura fosforescente. Moriremos. Muy pronto —dijo—. Me imagino que les alegrará la noticia...

—Nuestras condolencias —intervino Damián, taimado—. No podemos alegrarnos por algo así.

—Queremos darle a nuestra muerte alguna utilidad —continuo Engracia, impertérrita—, y he venido, como les anuncié, a proponerles un trato.

Les cedería enteramente el negocio de la basura, a cambio de la libertad de Melisandra.

Ellos podrían argumentar, expuso, que a su muerte la concesión estaría abierta al mejor postor, pero no era así. Si lo decidía, los comunitaristas administrarían el depósito. La corporación tomaría en cuenta sus recomendaciones.

—Tienen los días contados —se levantó Antonio Espada—. Y así y todo, piensan estar en capacidad de negociar. —Hablaba fingiendo cómicamente ponderar su propuesta—. El depósito a cambio de la muchacha. Mmmm. Quizás no sea mal negocio. ¿Qué piensas, Damián?

—Querrán verla, ¿no? Comprobar que la tenemos, ¿no es así? —sonrió éste.

—Estará un poco sucia. No pudimos encontrarle alojamiento apropiado, con baño. Ustedes saben..., este fortín es antiguo. La higiene no era preocupación de nuestros ancestros —añadió Antonio.

¡Malditos! No negociarían ni un carajo, pensó Engracia, liberando el mecanismo que permitiría activar posteriormente el explosivo. Les mostrarían a Melisandra en son de burla, para escarnecerlos y así compensar el ridículo que les hicieran pasar, pero Melisandra estaría a salvo. Tenía que estarlo ya a estas horas. Eran las nueve y media. Le sudaba la entrepierna.

—Tienen razón —se oyó decir—. Tendríamos que verla.

Morris agarró fuerte el brazo de la silla para contener el deseo de salir corriendo. Olía peligro. La expresión de los Espada era la de animales agazapados que calculaban la posición de la presa, el largo del zarpazo. Tenían su propio plan, pensó.

Dieron la orden de salir a buscar a Melisandra con un leve gesto. Varios soldados obedecieron. Antonio Espada encendió un cigarro, cuyo aroma invadió la habitación.

—Es difícil de creer, ¿no, Antonio? —intervino Damián, modoso—. Difícil de creer que, enfrentada con la muerte, nuestra adversaria haya pensado heredarnos su negocio... ¡Ah! El romanticismo —sonrió—. Salvar a la muchacha. Ella no corre peligro. Es nuestra huésped.

—Ahora que vas a morir, quizás te interese saber que nos fuiste muy útil —dijo Antonio—. Las barcas han sido providenciales... Una de nuestras mejores rutas para sacar la filina.

Engracia acusó el golpe, enderezó la espalda, pero su réplica fue interrumpida por los pasos apresurados del hombre que regresó corriendo y susurró, visiblemente agitado, la noticia de la desaparición de la prisionera. La hostilidad de la habitación se desató sin recato en un movimiento general de armas desenfundándose, hombres cercándolos.

—¡Grandísima hija de puta! —gritó Antonio, puesto de pie, dando un puñetazo sobre la mesa—. Lo tenías todo planeado, ¿no?

Las cortinas se movieron. Más hombres armados aparecieron, los encañonaron.

—Nosotros también teníamos nuestros planes —profirió Damián, la voz ronca de rabia, gesticulando órdenes, gestos agresivos a sus soldados, que empujaban a Morris, a Engracia—. Creían que con pintura fosforescente nos engañarían, ¿verdad? ¡Ah, qué dulce es la ignorancia!

A empujones, golpes, enterrándoles los cañones de los fusiles en las costillas, la espalda, impidiéndoles cualquier resistencia, los alinearon al fondo de la habitación, contra una pared sin cortinas. Los muchachos, con los ojos encendidos de rabia, observaban a Morris y Engracia, sus cuerpos tirantes, impetuosos, sacudiéndose, prestos para saltar. Morris los vio y se esforzó por disimular su furor y transmitirles entereza sin poder ocultar la desolación de contemplar sus caras jóvenes. A su lado, Engracia, imperturbable, sonreía enigmática, sola, aparentando divertirse con el incidente. Morirían con inocencia, pensó. Los Espada los liquidarían. Echó una última ojeada a sus muchachos. Era un fin noble, quiso decirles, tranquilizarlos; cumplirían su misión. Morris, exaltado, sintiendo la flojera en los intestinos, el terror; se repetía que no se había equivocado. Esto era lo que percibió, se decía, como si la confirmación de sus presagios pudiera distraerlo. Oyó los proyectiles entrar en las recámaras de los fusiles. Tomó la mano de Engracia. Estaba fría, sudada. Las detonaciones sonaron distantes. Sintió el impacto; las balas como manos ardientes empujándolo hacia el frente, a pegar contra la pared, a deslizarse sobre ella, sin dolor, sólo la debilidad, la piel dejando escapar la vida, el cuerpo como un balón desinflándose aceleradamente. A su lado, Engracia fijó en él sus ojos: la mirada brillante, vivaz, reiterándole lo inmortal que podía ser la muerte. Lo último que captó Morris fue la mano izquierda de ella aún cerrada.

Cuando se apagaron las ráfagas, Antonio y Damián Espada se aproximaron a

Engracia. Antonio empujó el cuerpo ensangrentado con el pie para mirarla de frente. Vislumbrando las caras de los hermanos flotar sobre ella como si la hubieran seguido hasta el infierno, Engracia abrió la mano.

La explosión del fortín de los Espada perduró en la memoria de Cineria por varias generaciones, no porque Engracia se lo propusiera, o Morris, que preparó a regañadientes, con las lágrimas goteando sobre el brazo metálico, la cantidad precisa de explosivo para que su potencia y onda expansiva no hiciera volar más que lo estrictamente necesario y garantizarle a quien fuera una muerte rápida y misericordiosa; sino porque los Espada no guardaban las municiones, las armas, las bombas de sus múltiples guerras, donde se decía las guardaban. Temerosos de la deslealtad que ellos mismos se encargaran de fomentar, las conservaban enterradas en los sótanos de la fortaleza sobre la cual vivían, conspiraban y transcurrían sus horas de ocio en compañía de sus familias.

No fue una, sino una miríada de explosiones las que se vivieron esa noche apocalíptica en que el mismo cielo volteado al revés se tiñó de café, de tierra, como si la detonación hubiese rasgado un volcán que aún no se sabía volcán y que despertó eructando, vomitando piedras, los cimientos, las fundaciones del antiguo fuerte, sobre cientos de metros a la redonda, el cielo enrojecido de llamaradas; los gritos, pedazos de todo lo imaginable lloviendo sobre las cruces en las aceras, las pintadas, el parque, las casas; las madres con sus hijos, sus padres, sus maridos, debajo de las mesas y aquel estallido ensordecedor detonando el arsenal de sabe Dios cuántas batallas. Engracia no se equivocó en su presagio: Cineria nunca olvidaría esa noche. Incapaces de atribuir acción tan mayúscula a simples manos iguales a las de ellos, sus habitantes no tuvieron mucho camino que recorrer para llegar a la conclusión de que los mismitos Fantasmas de Wiwilí, alzados de sus tumbas después de siglos de aguantar la rabia y el oprobio, mandaron a volar a moros y cristianos al carajo.

Apenas una muestra del fin de Sodoma y Gomorra era aquello, dijeron los curas, contentos de que la conmoción les recuperara al menos unos pocos feligreses. Más valía que esta vez se propusieran seriamente enderezar los torcidos caminos que los llevaban derecho y sin remedio al infierno.

La gente, desconcertada y sin rumbo, se dio a vagar por la ciudad no bien amaneció, descubriendo que, de la noche a la mañana, se habían quedado sin mandamás ni mándamenos; sin Espadas, sin Engracia, sin armas y sin chatarra porque bien pronto se corrió la voz de que algo había sucedido en el depósito y que nadie debía acercarse allí al menos por un buen tiempo. Para colmo, el gobierno del teniente Maderos, él y todo su gabinete de oportunistas y vividores, desapareció como tragado por la tierra, temiendo represalias o que se les acusara de haber sido los causantes de la debacle.

—Este desconcierto no durará mucho —dijo Melisandra—. Hay demasiadas armas en manos de pequeños grupos. Habrá que prepararse para el anochecer,

organizar a los comunitaristas.

Poco se habló la noche de la deflagración en el hotel donde ella, Raphael, Maclovio, Jaime, Josué y los rebuscadores convergieran buscando refugio. El duelo de las muertes predominó sobre las emociones acumuladas y los sumió a cada uno en el aire de la tristeza quieta de los velatorios.

Melisandra cerraba los ojos para sacudirse, junto con la tristeza, la sensación de celda que se le metiera insidiosa en la sangre, como si libre aún continuara presa. Raphael, cerca de ella, confortándola con roces y presiones que le confirmaran su presencia física, no podía dejar de evocar, a la par del rostro exangüe de Lucas, el ruido del lago en el edificio de Engracia, las palmeras filosas acuchillando el viento. Una y otra vez imaginaba la escena. La oficina de los Espada. ¿En cuál de las dos se habrían reunido? Antonio Espada encendiendo un habano. El estampido. La muerte. Engracia reluciente. El brazo de Morris con sus complicados mecanismos saltando, midiendo automáticamente la temperatura, la composición química del explosivo. Se pasó la noche en el ejercicio recurrente y disparatado de escribir mentalmente el encabezado del artículo, cavilando sobre cómo explicar lo sucedido, describir a los protagonistas. Empezaba a ver a Brad como una figura de pesadilla. Se resistió a comunicarse con él hasta que amaneció. Mencionó la muerte de los Espada, de Engracia. No dijo nada sobre la filina, Lucas, el rescate de Melisandra.

—¿Documentaste la explosión?

—Sí —respondió.

—Te ves cansado —dijo Brad—. Mándame el material tan pronto puedas editarlo de forma coherente. Creo que esta información sí valdrá para el segmento de noticias de la noche.

A media mañana, un grupo considerable de personas se concentraba en el parque. Las hojas de los árboles, removidas por un viento que apestaba a pólvora, dejaban caer una llovizna de residuos y cenizas sobre ellos. Eran comunitaristas, pero también ciudadanos de lealtades confusas, cuando no de una apatía cultivada largamente para todo lo que no fuera su supervivencia. Lucían grises, sucios de hollín, sus pieles y cabellos polvorientos. Las miradas excitadas, saltando de aquí allá, denotaban la pérdida del compás con el que hasta entonces guiaran sus acciones. Melisandra, que pasó la mañana en medio de la niebla de humo que aún cubría la ciudad, transportando heridos al hospital con los muchachos del depósito y comprobando el desasosiego que se vivía en Cineria, se bajó del jeep al regresar al hotel y se dirigió a conversar con ellos.

Era igual que después de un desastre natural o una revolución, reflexionó Raphael, mirándola confundirse entre la gente, el pelo rojo opaco, cafezusco; el andamiaje de la existencia, por muy defectuoso que fuera, se venía al suelo de súbito y había que ponerlo de nuevo en su sitio, hacer acuerdos, distribuir tareas,

responsabilidades. Melisandra estaba como pez en el agua: contestaba preguntas, sugería, interrogaba a su vez, los retaba a usar su ingenio. Pero administrar una hacienda no era lo mismo que inventarle diseño distinto a una ciudad, a un país quizás. Y, sin embargo, hacia ella volvían los ojos los del parque y otros que se acercaban. Por alguna misteriosa razón, aceptaban que los guiara, le obedecían. Ella les representaría quizás Waslala. La habían ungido para encontrar el camino perdido, la salvación.

Lo admirable era que no evadiera el bulto, verla dirigirlos a convocar las bandas a una reunión, indicarles cómo organizar la vigilancia nocturna, las cuadrillas para restablecer el agua potable, para montar un mercado donde realizar trueques sin intermedio de las apuestas, vestida aún con la ropa de soldado con que Maclovio y él la sacaran del cuartel, ahora sucia de tierra, hollín y sangre.

Envió el reportaje a Brad y se puso a documentar cuanto sucedía. Ya habría tiempo para ocuparse de la filina, pensó. Ésta era verdaderamente la historia.

Qué furia, qué rabia la consumía y a la vez qué euforia, qué embriaguez. Melisandra pensó en el poema de una de las mujeres de Waslala, que su abuelo le leyera allí en el estudio junto al río. No lo sabía de memoria, pero la idea recurría en su mente como el estribillo de una canción. Fagua era un pequeño país de plastilina donde todo estaba todavía por hacer. «Yo vivo en el país que tiene los atardeceres más bellos del mundo», dijo en voz alta, recordando el primer verso.

Se miró las manos, las muñecas enrojecida por la sogá. Echó la cabeza para atrás, llenando de aire los pulmones. El baño era pequeño, le recordaba la celda. El agua de la ducha corría, pero ella desnuda, de pie, la espalda contra los azulejos blancos y ocres, la dejaba correr, sin mojarse aún, abstraída.

Debería estar cansada. Tres días desde el estallido sin detenerse, casi sin dormir, y su energía no sólo resistía, sino más bien se recargaba constantemente. Tanto que hacer, pensó, metiéndose al fin bajo el agua, rememorando.

Al principio salió porque no podía aquietar la furia. La sinrazón de lo acontecido le resultaba insoportable y con Josué recorrió calles en un afán de solidarizarse, ser útil. Sin percatarse empezó a disponer, a pedir consenso, ella, la primera asombrada de que la escucharan con avidez, le pidieran consulta, hasta que se vio prácticamente a cargo de la situación; aquella ciudad de plastilina lentamente retornando al orden, las cuadrillas en los barrios limpiando calles, los alimentos —aun si eran sólo papas y verduras— accesibles de nuevo, las tuberías rotas del agua potable reparadas, las pandillas en calma luego de aceptar al menos un alto al fuego, el hospital funcionando tras descubrir el almacén al que se enviaban los medicamentos birlados, destinados al mercado negro. Al jabonarse el pelo, vio caer la espuma sucia sobre las baldosas. Sentía que el agua la despojaba de libras de lodo.

Lo que ahora le tocaba decidir era el viaje a Waslala. No le parecía que fuera el momento propicio para alejarse de allí. Sabía Dios lo que podía pasar. Nada le resultó más sorprendente entre lo que descubriera en esos pocos días que la aparente carencia en Cineria de personas con iniciativa, sin miedo. Los mismos comunitaristas se le hacían timoratos, vacilantes, infantiles. Desarticulada la estructura viciada con la que funcionara la ciudad bajo los Espada, con el gobierno en desbandada, aparentaban no tener la menor idea de cómo empezar de nuevo sin recurrir al sistema que, reconocían, nos sumiera en la desgracia. La presionaban para que saliera cuanto antes hacia Waslala, pensando que de allí vendrían todas las respuestas. El viaje surgía en cada reunión. Cuándo partiría, le preguntaban. No se cansaban de repetir la certeza de que ella sabría llegar. Por primera vez en su vida se preguntó si realmente Waslala podría resolverles los dilemas a los que se enfrentaban, la tarea que tenían por delante.

¿Se ensoberbecería en tan corto tiempo pensándose indispensable?, se preguntó, secándose vigorosamente con la toalla, oliendo con deleite las bragas limpias, la camiseta, la ropa lavada con que se vistió presurosa. ¿Temía acaso ser desplazada, regresar y encontrar que al fin la iniciativa rompía el cascarón del hábito y que ella ya no era necesaria? Era estúpida, se dijo frente al espejo. Qué más daba si era ella, otra u otro quien tomaba las riendas. Se alisó el pelo con las manos y salió a reunirse con Raphael, Jaime y Josué, que la esperaban para dirigirse al depósito de Engracia, a recuperar la carta, el loro y revisar la fosa de hormigón donde al fin se enterró el cesio.

Al bajar a la oficina del hotel, Melisandra se encontró con la novedad de que Pedro había llegado de Las Luces a informar que don José y Mercedes estaban a salvo. Pedro debió marcharse a una diligencia urgente pero volvería más tarde a darle detalles, le comunicó Jaime.

—Pero ¿qué contó? ¿Qué más dijo? —preguntó, ansiosa.

Su abuelo estaba muy abatido y desconsolado ante la muerte de Engracia, a quien, por su reacción de duelo, debía haberle tenido más aprecio que el que previamente dejara traslucir. Pedro contó que se comportó con un desafío rayano en la temeridad cuando los hombres de los Espada les dieron a él y Mercedes la casa por cárcel, pero lo de Engracia lo tenía descorazonado.

En cuanto a la hacienda, la resistencia de Joaquín y los colonos había sido crucial, frustrando el intento de los soldados por sitiarla y pegarle fuego. La dispersión y el desorden que sobreviniera al llegar la noticia del fin de los hermanos se encargó del resto.

Melisandra tuvo que conformarse momentáneamente con aquella sucinta relación. Lo único afortunado de su breve estancia en prisión era no haberse enterado de lo sucedido en la hacienda, sino hasta después de la debacle. No quería ni pensar en la desesperación que la hubiera embargado; ella, impotente, sin posibilidad de ayudarles.

Salieron hacia el depósito, Raphael interrumpiendo la labor infatigable en la que se empeñara hacía ya días, de anclar por toda la ciudad, por el parque, entre los despojos, con la máquina que todo lo captaba, lo registraba, dotando a sus ojos del don de la memoria imperecedera. Le daría miedo, pensó Melisandra, no poder tener el refugio de que ciertos recuerdos se disolvieran. Saber que a voluntad se podían conjurar, que estaban guardados en el anaquel, cuidadosamente rotulados en el estante, encima de los libros, las flores. Cada cara, cada gesto. Imposible engañarse, reelaborar la memoria para que fuera más gentil o para que olvidara.

Tomaron el camino de tierra al lado del lago. Ese camino, por ejemplo, se alojaba en su mente ahora junto con los remotos sonidos, olores de su infancia como si la última vez que lo recorriera fuera una niña viajando a pasar vacaciones a una finca con la ilusión de ordeñar las vacas, de ver la leche hacer espuma sobre el polvo de chocolate en el fondo del vaso. El camino donde la secuestrarán, el que atravesara la noche del accidente radiactivo, no era éste, aunque también corriera orillando la magnificencia del agua que en su esplendor apabullante, llevaba, y era suficiente saberlo, el efluvio del río, oculto, secreto, igual que ella escondía en su impavidez las noches con Joaquín cuando salía a desayunar con su abuelo.

Recostó la cabeza sobre el hombro de Raphael, sintiendo que al fin de muchos

días las mitades contrarias de su naturaleza volvían a reintegrarse. Era capaz otra vez del tacto, la ternura, de cerrar los ojos a la experiencia del calor del sol, el sonido del agua; de recuperar el corazón que escondiera, sacarlo todavía timorato, miedoso, para que se asomara y viera las nubes que el viento deshilachaba. Recordó el asombro, la novedad con que arribó allí, sus ojos desacostumbrados a otra cosa que no fuera el verdor; ese verdor del río que era capaz de limarle al dolor sus aristas más filosas.

Cruzaron la cancela de hierro, el círculo donde el cura indiferente continuaba sosteniendo su catecismo. Melisandra experimentó la pena de los cuatro como una fibra emergiendo de cada uno de ellos a hilvanarlos cual retazos de un edredón, para unirlos no sólo en el sufrimiento, sino en el alivio de no saberse solos. El silencio, más que efecto de la ausencia de personas, más que aire sin sonido que lo perturbara, emanaba desde dentro del edificio, exhalado por sus paredes; cada pilar, cada artefacto, vaciado del reflejo de vida que alguna vez lo hiciera acogedor, cálido: la mesa, la silla desvencijada donde tenían lugar los trueques, los pasillos con sus rimeros de gavetas sin escritorios, un patín, una cuna maltrecha, la pelusa, los papeles abatidos por el viento, el incinerador al fondo con las palmeras, los alambres con las ropas tendidas. Triste. Muy triste. Quizás como debió haber sido, pensó Melisandra. De no ser por la enorme humanidad de Engracia, el amor de Morris, la vitalidad de los muchachos, no contemplarían ahora el edificio insólito con la nostalgia de quien mira un hogar devastado; cobijo que fue no sólo para seres humanos sino para esos objetos rechazados, tirados, abandonados, que aquí se habrían encontrado felices, revalorados sus cuerpos de aluminio, de hierro, sus corazones de cobre, de plástico, de vidrio. Un paraíso terrenal para sus almas inanimadas, que súbitamente quedara huérfano y desierto, sin más pasos que éstos huecos, plañideros, dirigiéndose lentos, sin ganas, a las habitaciones de Engracia, sumidas en una antigüedad inusitada de polvo y telarañas, en medio de las cuales se paseaba el loro lamentando su soledad como un perro. Sólo el sobre encima de la mesa lucía pulcro, el papel blanco brillando en la penumbra.

—Me dijo que te quedaras con todas sus cosas. Pensaba que podrías necesitarlas —indicó Josué—, y que le llevaras los libros que quisieras a tu abuelo —agregó, esforzándose porque no se le quebrara la voz.

Melisandra se sentó en el sofá, en la penumbra, con la carta en la mano. Miró fuera los haces de luz del mediodía, sin entender, ni le importaba, por qué allí era por la tarde. Por primera vez en muchos días extrañó a su abuelo.

Los hombres salieron a ocuparse de sus cosas. Sola, se preguntó qué significado final tendría cuanto había acontecido. Rasgó el sobre. Le sorprendió la caligrafía clara, ordenada.

Querida Melisandra:

¿Por qué no te hablé de esto cuando habría sido posible que me miraras a los ojos, que me hicieras preguntas? No lo sé. Ha sido estos días, mientras espero que todo acabe, cuando, tras prohibírmelo a mí misma largo tiempo, he vuelto a evocar Waslala y cuanto sucedió allí. Es muy doloroso para mí y uno

tiende a esquivar el dolor, escabullírsele con gran ingenio. Pero ya no tengo ese recurso; el dolor de mi cuerpo ha despertado los viejos dolores de mi alma. Te veo a ti y me veo a mí misma a tu edad: razón y corazón en pugna, persiguiendo sueños antiguos que misteriosamente sorbimos en el agua turbia del vientre de nuestras madres. ¿Qué seríamos los seres humanos si no soñáramos? ¿En qué mundo plano, mediocre, cínico viviríamos? La humanidad se ha construido persiguiendo sueños. Pero, a medida que el mundo se complica, se nos dice que la era de los sueños ha terminado. Hemos soñado bastante ya y es la hora de que seamos pragmáticos y nos demos cuenta que los sueños son peligrosos. Es verdad que lo son, Melisandra; son tan peligrosos como necesarios.

Yo servía el café en las reuniones donde tu abuelo y sus amigos poetas discutían día y noche la fundación de Waslala. No sé cuántos años tendría porque nunca he sabido mi edad, pero era muy joven, aunque ya me sentía mujer. Me demoraba mucho llevándoles el servicio, repartiendo las tazas, el azúcar, la leche. Mis manos siempre han sido torpes, demasiado grandes. Más de una vez, en mi afán por escucharlos, les derramaba el café hirviendo sobre los pantalones, o se me caían los utensilios. Todos me regañaban menos tu abuelo. Me tomó cariño. Yo me enamoré de él sin apelación. Lo miraba como cordero degollado, y gracias a su complicidad se me permitió quedarme sentada en el suelo, en una esquina, escuchándolos hablar de ese mundo igualitario y grácil donde el amor, la cooperación y el bien común serían los pilares para erigir una felicidad que ni ellos ni yo habíamos jamás conocido.

Cuando se dio el golpe de Estado y se acordó que era el momento de salir hacia Waslala, le rogué a tu abuelo que me llevara. Creo que, para ese entonces, él me quería un poco. Le preocupaba dejarme en esa vida de servidumbre, luego que yo vislumbrara los perfiles de otro tipo de existencia.

No tengo mucho tiempo y estoy cansada. Imagino que él te habrá contado algunos pormenores sobre la fundación de Waslala, pero, conociéndolo, estoy segura que omitió todo lo negativo y, por supuesto, cuanto sucedió entre nosotros.

Empezamos queriendo ser muy democráticos. Nombramos una directiva compuesta por los poetas, cada uno de los cuales supervisaba un área de la vida comunal. El poder, sin embargo, supuestamente residía en una asamblea compuesta por los miembros de la comunidad mayores de dieciséis años. Todas las tardes nos reuníamos al caer el sol. Las reuniones eran interminables, pero amenas y estimulantes. Las cosas anduvieron muy bien por un tiempo mientras los poetas llevaron la voz cantante. Pero pronto nos dimos cuenta de que para que funcionara la comunidad era necesario establecer muchas reglas y regulaciones. La responsabilidad individual no era suficiente, porque cada quien la interpretaba a su manera. Cuando nos pusimos a definir los límites y las obligaciones, la asamblea se tornó un pandemónium. ¿Qué clase de democracia podía existir, Melisandra, si a muchos les interesaba resolver los problemas cotidianos de la comida, el vestido, el cuidado de los niños, las viviendas; mientras para los poetas lo importante era la creación de nuevos hábitos de vida, nuevos valores, un nuevo lenguaje y nuevas formas de relación? Había que definir los medios de vida, les dijeron los de la asamblea, antes de preocuparse por definir la libertad.

Tu abuelo se deprimió bastante. En la tristeza me encontró. Creo que para él, que siempre se sintió deficiente en los aspectos prácticos de la vida, yo le brindé la oportunidad de sentirse competente y sabio a la vez. Juntos construimos la casa, juntos pasábamos las noches, él leyéndome y yo escuchando, haciendo preguntas. Admiraba lo que llamaba mi malicia. Él no sabía casi nada de la naturaleza humana. Las personas con las que él pensaba realizar su sueño no existían más que en su mente. Eran seres abstractos: hombres y mujeres profundamente buenos, profundamente nobles. Por estos seres ideales, producto de su imaginación, estaba dispuesto a la abnegación; los seres humanos imperfectos que lo rodeaban debían estar dispuestos a someterse a cualquier privación, cualquier limitación, cualquier sacrificio, en aras de esa abstracción. Pero eso sólo lo comprendí después, Melisandra, mucho después incluso de que tu abuelo se marchara y estas realidades se hicieran evidentes en el accionar de los demás.

La asamblea, como te decía, degeneró. Cada día alguien llegaba con nuevas ideas, proponiendo que se dejara de hacer lo que se aprobara el día anterior. La fraternidad en la que tanto nos empeñamos primó en medio de las críticas, pero los poetas se empezaron a sentir cada vez más arrinconados y atacados. La asamblea se convirtió en un pequeño monstruo, una dictadora arbitraria, impulsiva, inconsciente, fácilmente manipulable por las cabezas más calientes o los mejores oradores.

Al final, estuvimos de acuerdo todos en disolverla e iniciamos un nuevo intento con una propuesta inversa de simplicidad, donde los poetas fueron investidos de una autoridad casi total. Esto funcionó mejor por un tiempo. Se pudieron tranquilizar los debates y cada quien se dedicó a trabajar. No era lo ideal, pensamos, pero nos permitía concentrar la energía en otras tareas más urgentes. Durante este período tu abuelo y yo fuimos muy felices. Lo amé con todo el desaforo y energía de mi juventud y él me amó con la madurez y gentileza de sus años, hasta que la lealtad y el amor, también profundo, que sentía

por tu abuela lo hizo tomar la decisión de salir a buscarla una vez que cesó el peligro y la represión en que estuviera sumida Fagua.

Estoy llegando al final de mis fuerzas y no sé si podré continuar escribiendo. Lamento no poder darte más detalles sobre Waslala, pero no te dejé esta carta sólo para darte mis reflexiones, sino para ayudarte a que la encuentres. La encontrarás, estoy segura.

Nunca creí en los intentos de tu abuelo. Creo que la buscó sin realmente desear alcanzarla porque temía hallarme de nuevo a mí y no estar preparado para vivir con su propia renuncia, con la decisión que yo siempre respeté.

Llévate el loro que está en mi cuarto y penetra en la selva desde Las Minas, por el camino que Pascual—un baqueano que debes buscar allí— te indicará. Sigue tus instintos, tus premoniciones. Escucha atentamente a tu corazón.

En Waslala encontrarás a tu madre y a tu padre. Ellos te explicarán cuanto quieras saber sobre nuestro experimento. Cualquiera que sea tu juicio, no quisiera terminar sin darte el mío:

Waslala fue lo más hermoso que me sucedió en la vida. No puedo imaginar que hubiera sido de mí sin esa experiencia. Por Waslala conocí lo inefable que es tener fe, creer en las inmensas posibilidades del ser humano y participar en la realización de sueños impracticables, tiernos y descomunales. Quizás Waslala nunca llegó a ser el ideal que nos propusimos, es lo más probable, pero la vida me ha convencido que la razón de ser de los ideales no está necesariamente en su realización, sino en darle al ser humano el desafío, la meta, la alegría que sólo puede existir si pensamos que somos capaces de transformar nuestra realidad y alcanzar un mundo donde podamos ser bienaventurados y donde ni yo, ni Morris, ni mis muchachos, ni tantos y tantos, tengan que morir y vivir entre los desechos y los despojos. ¿Por qué no nos vamos a permitir la libertad de soñar esto, Melisandra? Aceptar que los ideales son inalcanzables y no merecen nuestros esfuerzos quizás nos permita tranquilizar nuestra conciencia y admitir la impotencia de no poder cambiar las tristezas e injusticias de la vida, pero esto nos conduciría también a negar nuestra responsabilidad y a resignarnos a no poseer nunca la euforia de haber creído en nuestras aspiraciones más profundas y haberlas realizado, por muy efímero, limitado y falible que el esfuerzo haya sido.

Más que nunca estoy convencida que en la capacidad de imaginar lo imposible estriba la grandeza, la única salvación de nuestra especie.

Ya ves, ¡aun en medio de la basura persisten los anhelos!

Mi única advertencia es la siguiente: como dijo alguien que leí en Waslala: No permitas que la idea, el sueño, se vuelva más importante que el bienestar del más humilde de los seres humanos. Ése es el dilema, el acertijo, el desafío que te dejo, que muero soñando con que algún día podamos resolver.

Buena suerte, Melisandra. Cuidame a mis muchachos, a tu abuelo, a Fagua.

Engracia

Engracia, Engracia, Engracia, musitó jadeando. ¡Ah, si su voz pudiera conjurarla! Estaba tan cerca y a ella le quedaban tantas preguntas, tanto deseo de abrazarla, de hablarle, de llorar con ella sueños perdidos, encontrados; esa sensación recurrente de vivir algo más grande e incomprensible de lo que uno era capaz de entender o hacerle frente. Partículas en un designio ignoto, oscuro, donde la única claridad era la noción de poseer, guardados contra toda razón y quizás esperanza, esos anhelos surgidos quién sabe dónde, de culminar la búsqueda emprendida quién sabe cuándo. El mensaje reapareciendo en las entrañas como un mandato susurrado a la sangre, insistente, tenaz, imperecedero: salir en pos de ese propósito lejano, ese punto luminoso más allá, distante, inalcanzable, convocando a la humanidad a caminar sin mapas, sin brújula, sólo el deseo, la aspiración, la convicción de que se podía, que era posible llegar a ese lugar bienaventurado; porque, si no, ¿cómo entender la recurrencia, la insistencia del sueño reapareciendo generación tras generación a pesar de rechazos, fracasos, pura y simple práctica demostración de no ser más que un

atávico, ciego impulso? El más bello, más alto, más trascendente de los impulsos...

Waslala renació en su mente con sonido de tambor distante; de locura imperfecta y radiante. Su abuelo y Engracia acomodados el uno en el otro leyendo, argumentando; la teoría, la práctica; las escuelas, los niños, la nobleza, la honestidad, el hábito perdido de la generosidad. ¿Cómo no se percató antes de que se querían? ¿Cómo no lo intuyó en la manera en que él se refería a ella? Se limpió las lágrimas a manotazos, pero le brotaban indetenibles, como si la sangre entera se le trocara en una sustancia acuática, el río reapareciendo en sus ojos con manatíes, tiburones, cardúmenes de sardinas, de pargos, de corvinas, un llanto ronco con islas, arrecifes, rápidos, el paisaje entero de su vida y sus ambigüedades sin respuesta; el amor y el despecho por los padres, los abuelos, Joaquín. Raphael, que quizás se marcharía llevándosele la piel; el sonido de las palmeras combatiendo a cuchilladas con el viento, Morris, Engracia, Engracia, Engracia, el sueño, la madre reencontrada y perdida otra vez.

Raphael leyó la carta más tarde. Recostado contra el espaldar de la cama en el hotel, la pierna derecha apoyada en el suelo, se quedó en silencio, ausente; el brazo caído, laxo, sosteniendo la hoja blanca. Melisandra lo observó, sentada frente a la pequeña mesa, escribiéndole a su abuelo.

Cada día se les acumulaba más amor en los ojos, pensó.

Cada noche se alimentaban voraces el uno del otro; se nutrían de lo que fuera que el pasar del tiempo les incorporara en el alma o la carne. Ya había empezado a sentir la extraña sensación de que eran la misma cosa, como si su piel, repentina e inexplicablemente, ya no terminara en su piel, sino que, a hurtadillas, hubiese desarrollado la capacidad de saltar la distancia y envolverlo, igual que la piel de él la envolvía a ella: cueva, burbuja, aire que los rodeaba y los hacía estar juntos aun separados.

—¿No te parece increíble —habló Raphael en voz baja—, no sólo lo que dice esta carta, sino lo que se puede adivinar en lo no dicho, lo que debe haber sido la vida de Engracia, de la que nada más vivimos un instante? Pensé lo mismo viendo a Lucas. Cada uno de nosotros muriéndose con sus experiencias, extinguiéndose sin poderlas comunicar. Todo lo que desaparece, se esfuma, se disuelve. Tal vez por eso me metí en el periodismo; por esa angustia; el miedo a que el silencio se lo trague todo.

—Sí —musitó Melisandra—. Hay que hacer mucho ruido en este mundo para dejar al menos un eco; pero nunca será más que eso: un eco, una repetición, un sonido descarnado. Lo que nos redime es la reverberación, lo que ese sonido puede provocar al toparse con otro ser humano. Ésa es la casualidad que nos salva, lo que hace que valga la pena.

—¿Qué encontraremos en Waslala? ¿Cuándo crees que podemos salir para allá? —pregunto él.

Salieron una semana después. La limpieza de escombros en el cuartel de los Espada se retrasaría hasta que ella regresara.

Aún era peligroso acercarse. Diez días transcurridos y ocasionalmente otra detonación avivaba los recuerdos, el olor a pólvora interrumpía la paz alrededor de la cual los residentes de Cineria tejían ya tímidas ilusiones. Pero las bandas, desprovistas del infaltable suministro de pertrechos y municiones, se habían replegado. Los comunitaristas eran ahora quienes contaban con el arsenal respetable que Engracia acumulara meticulosamente. Cohesionados por el sentido de superioridad, ensayaban una autoridad más benigna y cortés, bajo el mando de Josué. El canal desde el Pacífico estaba ya controlado. Los capitanes de las barcasas de basura fueron forzados a regresar con sus cargamentos, so pretexto de la cuarentena

impuesta sobre el depósito.

Maclovio se hallaba en Timbú, hacia donde partiera la tarde siguiente a la explosión. Enterada de las plantaciones de filina, Melisandra no se convencía aún de la necesidad de destruirlas.

La filina era, después de todo, una fuente de ingresos. ¿Acaso no se había enriquecido el mundo desarrollado cerrando los ojos a la moralidad? ¿Por qué les tocaría a ellos, de quienes nada bueno se esperaba, sentar un ejemplo de comportamiento civilizado y responsable? Necesitaban recursos, se justificó con Raphael.

Él evitó contradecirla. También tendría que tomar una decisión, pero retardar el momento de hacerlo era un lujo afortunadamente aún a su alcance. Aquí el tiempo marcaba reposado su ritmo: admitía las faltas humanas, las vacilaciones, la necesidad de recapacitar. No creaba el espejismo de existir aparte del hombre, una sustancia vitriólica consumiendo las emociones antes de que pudieran manifestarse. Apenas si se usaban los relojes. La mayoría de la gente identificaba las horas por el reloj de la Iglesia y, desde la explosión, éste andaba errático, sonando madrugadas en el crepúsculo.

En el jeep de Jaime partieron temprano en la mañana en dirección a Timbú, Las Minas y Waslala, llevándose el loro de Engracia.

Melisandra tuvo la sensación de que el mundo pasaba a moverse en cámara lenta. Una multitud se había concentrado en el hotel a despedirlos. Mientras se alejaban, las caras, los niños vistos fugazmente, los rostros adolescentes, giraron en su memoria vertiginosamente. Podía ver cada uno, ver el aire melancólico, las facciones de los viejos semeando ídolos antiguos y sabios, observándola con la nostalgia y dulzura de quien imagina otra vez la juventud y sus posibilidades infinitas. Sintió que hombres y mujeres despedían en ella a la portadora de sus esperanzas, una suerte de personaje mitológico a punto de iniciar en nombre de todos una jornada heroica llena de pruebas, acertijos y trampas.

Ni los días transcurridos en medio de arduas tareas y novedosos desafíos lograron anteponerse a la preocupación y expectativa general por el viaje a Waslala. La conflagración se interpretó como una señal divina, una acción sobrenatural cuyo propósito final no era otro que el permitirle a ella el descubrimiento de Waslala. Se la pasaban especulando sobre qué sucedería si por fin lograba llegar. Cada cual ofrecía su fantasía de paraíso terrenal y acallaba supersticiosamente la amarga posibilidad de que Waslala no existiera.

Palabras, rostros, jornadas agotadoras, se sobreponían en una avalancha de imágenes que ella portaba amontonadas en el pecho, mientras decía adiós con la mano, sintiéndose a la vez valiente y cobarde.

Comportándose de la manera campechana con que recordara a su abuela, había tratado que la irracional veneración que les inspiraba no se interpusiera entre ella y los demás. Pero al fin tuvo que admitirla, usarla incluso como fuente de autoridad.

Pero ahora podía relajarse, apoyar la cabeza en el espaldar del asiento, exhalar un suspiro de alivio y estar simplemente junto a Raphael, pasajera momentánea en el último trecho de su viaje.

Lentamente caían sobre Timbú las sombras como mujeres hacendosas ocupadas en cubrir con crespones negros los muebles de la casa solariega. Sentado en lo alto de la loma desde la que se divisaban las plantaciones de filina, Raphael contempló ausente el ritual cotidiano de la transición del día a la noche. La magnífica escenografía del paisaje le pasó inadvertida ante el complicado entretejido de la trama en la cual tomaba conciencia de no ser ya un espectador, sino de haber subido a la escena sin posibilidad ni deseo de hacer mutis.

Melisandra continuaba con Krista, Vera, Maclovio y los notables de Timbú en el hotel. La discusión sobre la filina era interminable y agotadora. Al arribar en el jeep temprano en la tarde, el pueblo los recibió como a héroes: salió a las calles y ondeó sus pañuelos, pero bajo el jolgorio y los vítores corrían las tensiones. Los habitantes, enterados de lo que se esperaba de ellos, debatían sin llegar a un acuerdo. No lograban consenso sobre si debían o no y por qué prescindir de lo que hasta ahora fuera su forma de vida, su sustento, en aras de principios que nunca los tuvieron en cuenta.

Maclovio gozaba del afecto de los pobladores. De eso se percató Raphael rápidamente. Una mujer de baja estatura, robusta y de rostro generoso, integrante del comité de bienvenida, dijo un breve discurso frente a una multitud conglomerada en la pequeña plaza donde Lucas adivinara por última vez la suerte de otros, ignorante de la suya. Al dirigirse a ellos se esmeró en enfatizar el benéfico papel que Maclovio jugara defendiendo a los huérfanos de los designios malévolos de los Espada cuando intentaron enriquecerse vendiendo niños sin padres. Mencionó que el argentino les ayudó a progresar, a salir de la miseria, a encontrar una fuente de trabajo estable. La gente aplaudió atronadoramente mientras el aludido bajó los ojos modestamente, fijándolos en sus zapatos.

Sería quizás lo único bueno que Maclovio hiciera en la vida, pensó Raphael rememorando la escena, pero era más que lo que muchos ciudadanos honorables y cómodos de los suburbios tenían en su haber. Después de cuanto sucediera no sentía por Maclovio más que simpatía y hasta afecto. Era un superviviente; uno como tantos otros reducido a ganarse la vida ensuciándose las manos, traficando con el miasma, los delirios, la desesperación de los que ansiaban evadirse de quién sabe qué desolación y ser felices al menos un instante. Pero los dilemas morales no se podían reducir simplemente a sus protagonistas. Cada hombre, cada mujer era a la vez monstruo y mago, y la aceptación de la ambivalencia intrínseca a la especie portaba el riesgo, la tentación de admitir lo inadmisibles, justificar lo imperdonable. Era quizás una desviación profesional tolerar y hasta comprender puntos de vista diametralmente opuestos. Sobre esto se basaba la objetividad. Claro que él sabía cuan engañoso era el

término. Invariablemente uno tomaba partido. El arte consistía en emitir el juicio solapadamente, creando la ilusión de imparcialidad. En el caso de la filina no existía esta alternativa. El hecho en sí conllevaba la condena social. Nada que él dijera modificaría la reacción o las acciones que se derivarían de que él revelara la información. Melisandra y los demás podían seguir la reunión interminable, que abandonó exhausto, pero aun si optaban por no quemar las plantaciones, la decisión final le correspondería a él. Sólo tenía que presionar la tecla para enviar el reportaje que elaborara una de tantas noches. Ni siquiera importaría que no tuviera documentación visual. Al día siguiente mismo podría obtenerla regresando allí a esa colina desde donde ahora veía la luna, la noche estrellada, las moles montañosas condensando la oscuridad en la distancia.

El problema de fondo era que su disyuntiva ya no se refería únicamente a la filina. Transmitir el reportaje era cercenarse de allí, obviar las consecuencias, declararse profesional de un oficio regido por reglas desapasionadas y una ética que, se cumpliera o no, sostenía que sólo la verdad era admisible. No enviarlo, por otro lado, equivaldría a tomar partido, a cercenarse de lo suyo, lo que hasta ahora fuese su vida de corresponsal sagaz, aventurado. Cuántos Lucas más había dejado de ser la pregunta. La pregunta ahora era él, Melisandra; si estaba dispuesto a dejar a Melisandra, a dejar la historia que empezara a documentar, esa historia cada vez más rara y única en el universo de su profesión acerca de un grupo humano rehaciéndose, reinventando su existencia; una historia de construcción que era para él infinitamente más apasionante que contabilizar asesinatos o tratar de encontrarle sentido a la gratuidad de la violencia sin saber ya si uno trabajaba para ponerle freno o por la perversión de alimentar el morbo de la sangre. Escuchó los pasos sordos, el quebrarse de pequeñas ramas, el jadeo. Se volvió para ver a Melisandra definirse en las sombras, su cuerpo delgado, el pelo cobrizo bajo la luz pálida. Ella se acercó, se dejó caer a su lado, tendiéndose boca arriba.

—Van a recoger esta cosecha y luego quemarán las plantaciones —dijo, apretándose los ojos—. Ya está decidido.

Dos días más tarde las madres holandesas, con el pequeño Hans, dejaron atrás Timbú; Maclovio organizando la recogida de su última cosecha para salvar sus compromisos y salvarse; las familias con las que hicieron amistad, más rostros despidiéndolos esperanzados y expectantes, manos llevándoles pequeñas ofrendas para el viaje: pan, queso, dulces, mapas, indicaciones precisas, masa de maíz para el loro que despreciaba las frutas con aire de ofendido.

A través de los campos de filina verde brillante se internaron por el camino de grava rumbo a las montañas. A pocas horas de marcha la vegetación aumentó en densidad anunciando que se internaban en un norte boscoso y húmedo. Los árboles de troncos colosales, cubiertos de parásitas y plantas trepadoras de grandes hojas dentadas, le trajeron a Melisandra la memoria del río, sólo que aquí el agua, en vez de fluir, flotaba en el aire creando bancos de neblina que se enredaban cual lánguidos fantasmas entre las ramas bajas, viajando con largos brazos de un árbol a otro cuando soplabla el viento.

Diríase que se habían quedado solos en un mundo intocado cuya soledad era interrumpida únicamente por el canto de los pájaros y la aparición de un ganado desorientado que aparecía y desaparecía buscando quizás dueño o propósito.

Las montañas, ahora más cercanas, mostraban sus irregularidades entre la espesura. Waslala estaría allí, pensó Melisandra, entre los valles gemelos donde las brújulas enloquecían y donde únicamente el loro sabría el camino, si es que era cierto lo que le dijera el viejo en Timbú, que aquel loro era singular: brújula orgánica que no se equivocaba con los puntos cardinales. El pájaro apoyado en el espaldar del asiento en medio de los dos, emitía de vez en cuando sonidos humanos, ora masculinos, ora femeninos, que semejabán las voces ultraterrenas de Engracia y Morris. Desde que tomaran la ruta a las montañas, salió de su mutismo y luto de animal huérfano y se excitó a ojos vistas erizando el pelo y recuperando el habla.

¿Reconocerá?, preguntó Melisandra, ¿tendrá memoria? Pronto lo sabrían, respondió Raphael.

¿Será como tu máquina esa con la que filmaste esta mañana la filina perdiéndose en la distancia, las parcelas rutilantes meciéndose en el viento?, lo interrogó ella, añadiendo: Qué vas a hacer, Raphael, de que servirá enviar el reportaje; por qué provocarlos a que manden los aviones, las patrullas. Vendrán y los campos estarán quemados. No queremos que vengan. Tenemos suficiente con la policía ambiental.

Aún no sabía si enviaría el reportaje, le dijo él. Todavía lo estaba considerando. Tenía tiempo. Lo decidiría cuando regresaran de Waslala.

Antes de marcharte, dijo ella en una afirmación que era también una pregunta.

Le propondría a su editor un reportaje sobre Fagua, dijo él. Así se quedaría más

tiempo.

Tal vez ya te contagiaste. Quizás no te vayas nunca, sonrió ella, porque a quién le importaría lo que sucediera en Fagua.

A él le importaba, respondió Raphael. No abrazó el periodismo para pasarse la vida hurgando los oscuros motivos de la violencia.

¡Qué paradoja!, filosofó ella, al final uno se da cuenta que el progreso, el desarrollo, la civilización no conlleva las respuestas, al contrario, deviene en más preguntas, como si el mundo fuera una pequeña esfera en un juego de éstos donde se entra en un laberinto de líneas negras y se va topando uno con las barras horizontales bloqueando la salida y hay que retroceder, volver a probar; sólo que llegado a cierto punto, es imposible el retroceso. ¿Serían eso las guerras? ¿Un retroceso forzoso, la única manera de destruir lo hecho y volver a empezar? ¿Crear el monstruo y aniquilarlo monstruosamente? ¿No estarían, a fin de cuentas, redimidos los lugares como Fagua, donde no cabía retroceso, ya que nunca hubo avance, y por lo mismo el corazón se conservó intacto en su inocencia?

No sabía cómo podía pensar que tuvieran el corazón intacto, argumentó él, ya vería ella lo difícil que resultaría erradicar los hábitos, las argucias que requerían la supervivencia en medio de la anarquía y la miseria. La inocencia no era consustancial a la ignorancia. Con frecuencia, la desesperación de la pobreza conducía a la duplicidad antes que a la honradez. Una vez que las personas se acostumbraban a no seguir ninguna regla, era difícil imponer el orden. Conocía esta experiencia de primera mano por los jóvenes pandilleros. Sin la posibilidad de una vida cómoda y estable, la vida del soldado era para muchos una alternativa más digna que la mendicidad. Los Espada se habían aprovechado de esa triste realidad.

Sin poder real se recurría a los artificios del poder, se trocaba la impotencia en fuerza, sadismo, dijo ella, lo pensó en la cárcel. Amarrada, encapuchada y el soldado todopoderoso inclinado sobre ella, obligándola a escuchar el relato sórdido de una violación, no por imaginaria menos brutal.

No me hablaste de eso, dijo Raphael, crispado. La rabia inútil le produjo un sabor amargo en la boca.

No he pensado en eso hasta ahora, susurró ella cruzando los brazos sobre el pecho, conteniendo el escalofrío que la sacudió.

Sería mejor que se desahogara, dijo Raphael, deteniendo el jeep bajo un árbol formidable cuyas ramas al anochecer tejían contra la oscuridad un encaje con estrellas. Grita, llora, insistió.

Escasamente habían tenido tiempo de reaccionar al tropel de emociones apiladas en el desorden de los últimos días. Ahora simultáneamente se les venían encima, convocadas por la imagen del soldado.

Abrazó a Melisandra con fuerza, la retuvo contra sí, el cuerpo de ella sacudido de frío. El loro que los observaba con sus ojos estrábicos empezó de pronto a imitar a los coyotes, aulló. El sonido insólito, el gesto del animal estirando el pescuezo, detuvo en

seco la caída a pique en la tristeza. Imaginaron que sería quizás un ritual bufo de Engracia. Con la risa entrecortada por un llanto que era más alivio que consternación, intercambiaron una mirada cómplice, bajaron del jeep y, tomados de la mano en la noche clara y solitaria, le aullaron a la luna. Si al principio lo hicieron para evadirse del efluvio trágico que los atenazara, paulatinamente se encontraron emitiendo aquel grito primitivo con toda la fuerza de sus pulmones, descargando en él queja, inconformidad y furia, hasta que el lamento inicial se transformó en desafío, una resonante afirmación de cuanto eran: criaturas vitales, conscientes, en un universo impredecible.

Llegaron a Las Minas al día siguiente, luego de pernoctar en el compartimento trasero del vehículo en el que despertaron de madrugada, mientras el loro picoteaba la cabeza húmeda de Melisandra.

El pueblo no contaba con calles pavimentadas. A pesar de estar enclavado en el verdor exuberante, tenía el aspecto de un polvoriento villorrio del desierto. Altas torres y estructuras metálicas de las viejas minas de oro se alzaban al fondo sobre los cortes de montaña que albergaban los filones. De allí provenía el polvillo claro que daba al lugar su apariencia arenosa y desteñida.

No tardaron mucho tiempo en localizar a Hermann. Tenía su oficina en la parte trasera de la iglesia, gracias a sus excelentes relaciones con el párroco. Lo encontraron sentado tras un voluminoso escritorio, rodeado por imágenes de los santos que aguardaban turno para ser venerados en el templo, más cuadros de vía crucis, casullas y parafernalia del culto. Una fila de hombres se alineaba frente a él; hombres rudos, soleados, enjutos, que Hermann dispersó con educación luego de saludar a Raphael y Melisandra efusivamente e insistir en llevarlos de inmediato a su casa, donde estarían cómodos y podrían darle noticias. No sabía qué sentir, comentó. Lo de Engracia y Morris lo tenía muy apesadumbrado, pero creía que la desaparición de los Espada era una bendición.

Con su casco de safari, Hermann evocaba los benévolo y estudiosos expedicionarios europeos que llegaron a las Américas siglos atrás. Mientras se abrían camino lentamente en el jeep por las calles ocupadas indistintamente por peatones, carretas de bueyes, bicicletas y uno o dos SAM, adultos y niños alzaban la mano para saludarlo. Hasta los perros se acercaban al vehículo y movían amigablemente la cola reconociéndolo.

En otro tiempo, Las Minas había conocido la prosperidad, explicó Hermann. A principios del siglo xx, Fagua se encontraba entre los diez países con mayor producción de oro en el mundo.

—Pero de poco sirvió —aclaró—. El beneficio fue para las compañías transnacionales que obtuvieron la concesión. Invirtieron en la infraestructura, pero cuando se agotaron los filones se marcharon dejando a los mineros desempleados y

enfermos... Tuberculosis, silicosis, malaria. Ahora los metales cósmicos están de moda, pero no deja de existir interés por el oro —añadió—. Los huiriseros que trabajan para mí lo encuentran en los ríos de por aquí, que están cargados de pepitas. No sé si están enterados de que Waslala significa río de aguas doradas en el idioma de las tribus originarias de esta zona. La leyenda dice que el río desapareció, que un día se levantó de la tierra, se transformó en una serpiente alada y salió volando. Es una de mis leyendas preferidas —sonrió.

La casa de Hermann formaba parte de un complejo residencial donde antaño se alojaban los técnicos rubios y bien comidos de las compañías mineras. En las afueras del pueblo, orientadas hacia la selva, las gráciles viviendas de madera ubicadas en los terrenos altos sobresalían entre las copas de los árboles como gigantescas lanternas chinas. La que ocupaba Hermann era pequeña, con barandales labrados, techo de dos aguas y pilotes que la alzaban del suelo. Construida sobre uno de los lotes más elevados, flotaba roja y amarilla por encima de la vegetación.

En el interior, cada cosa: manta multicolor, vasija, la colección de figurillas de barro, los libros, las fotografías de familia, habían sido colocadas con esmero y procuraban un ambiente sencillo y cálido, abierto en ventanales al exterior. La sala se prolongaba en una terraza desde la que se veía la selva escalando montañas hasta el horizonte.

—Ésta es tu Waslala, Hermann —comentó sonriente Melisandra mientras lo seguía a la habitación.

Sentados en la terraza, más tarde, sorbiendo el zumo de naranja recién exprimido, dulce y espeso, hablaron largamente. Hermann inquirió detalles y ellos tomaron turno para ponerlo al tanto de lo acontecido. Melisandra le mostró la carta de Engracia.

Leyéndola, conmovido, Hermann sacudió incrédulo la cabeza. Espantó lágrimas que le corrieron por las mejillas enredándosele en la incipiente barba entrecana.

—Sé perfectamente quién es Pascual —dijo tras un silencio, en el que se percató por primera vez de la existencia del loro, que se paseaba entre los muebles—. Si me permiten, me puedo encargar de organizar el viaje, las provisiones, hasta me gustaría acompañarlos. Conozco bastante bien la selva y yo, por supuesto, también quisiera encontrar Waslala.

Waslala

La selva oscura era templo de humedad, musgo, líquenes, de criaturas escurridizas y tierra enlodada, donde generaciones de hojas se descomponían despidiendo un olor penetrante. Las copas, al converger, ocultaban el cielo. El sol apenas lograba filtrarse, cayendo en haces delgados en los que flotaban las plumillas de simientes aéreas entre bandas de arco iris.

Los fugitivos que aquí buscaban refugio, salían al fin de los años con la piel transparente, contó Pascual. Se les veía el corazón detrás de las costillas y los muchachos asomados tras sus espaldas podían intercambiar muecas a través de los torsos translúcidos.

Llevaban varios días de camino a pie. Los caballos del inicio de la jornada quedaron atrás. Poco uso podían darles en la espesura que se abría a golpe de machete, siguiendo la trocha borrada que Pascual juraba conocer y por la que Melisandra, Raphael y Hermann se dejaban guiar, sonámbulos, incapaces de distinguir el día de la noche o saber si caminaban despiertos o dormidos.

Avanzaban alucinados, insensibles al peso de las mochilas en la espalda, la fatiga de las piernas; franqueando, al fin, el espejo rezumante en cuya neblina se les aparecían las imágenes de los sueños, las pesadillas, los remordimientos.

Melisandra vio a su abuelo colgado de los árboles, sus ojos azules observándola traviosos desde el rostro del mono cara blanca, pequeño, frágil, que los siguió un buen trecho lanzándoles pipas. Me dejaste, le reprochaba, hostigándola, señalándola entre todos. A mí también me dejaron, respondía ella. ¿Qué culpa se me puede achacar por querer conocer el eslabón que me ligó a la vida, el lugar que ahora debe devolverme con creces, no sólo lo que me quitó, sino el sentido de una pérdida anterior a mí? A Raphael lo perseguía su propia sombra, la otredad del muchacho que fuera, aparte, rodeado de los privilegios del amor en un ambiente donde sus amigos repudiaban a los padres desde la adolescencia, él, el desposeído que poseyó, por un azar inescrutable, lo que a otros se les daba por añadidura y por lo que se sentía perennemente en deuda, temeroso de la gratuidad de sus dones, arriesgándose, yendo donde nadie se aventuraba (¿hasta cuándo?). «Tal vez ya te contagiaste. Quizás no te vayas nunca». Al reparar en el brazo de Raphael extendido para ayudar a Melisandra en las pendientes, la mano de ella quitándole el sudor de la frente, Hermann pensaba en sus recuerdos de amor gastados por el uso, desleídos, confundidos con retazos de otros recuerdos que se le habían enredado en la memoria original o que, llevados por su imaginación a cimas del deslumbramiento, le era imposible ya saber si tenían asidero en otra realidad que no fuera su hambre de remembranzas amables.

Deseó que Raphael comprendiera que Melisandra le sería irremplazable, que de allí en adelante no le quedaría más alternativa que ella o la nostalgia implacable.

Acampados por la noche alrededor de hogueras que el práctico armaba con destreza, se recuperaban a sí mismos en el reflejo mutuo, animándose y conversando hasta que se consumían las brasas. Pascual secaba constantemente sus ojos, que lagrimeaban sin parar. Era pequeño, moreno, fuerte, con el torso largo y las piernas muy cortas. En los breves lapsos en que sus pupilas no se encontraban anegadas, su mirada era dulce, con una quietud nacida no del reposo, sino de un permanente estado de alerta que era su segunda naturaleza. Era parco en hablar, supersticioso —afirmaba que el lagrimeo incesante era consecuencia del encantamiento que le prodigara la mulata en la que agotó la cuota de amor con que llegó al mundo y que un buen día se cansó de él y lo dejó llorando eternamente—. Sus ojos lo habrían descalificado para el trabajo de baqueano, de no ser porque el hechizo que le llenó de agua el mundo le avivó de manera descomunal el sentido de la orientación, el olfato, el oído.

—La realidad se ve más nítida a través de las lágrimas —decía.

Roncaba estrepitosamente, en contraste con sus compañeros de viaje, que se hallaban poseídos por una vigilia penosa y cuyos ojos relucientes se trocaban, en la negrura sin estrellas o luna, en los de animales al acecho.

Melisandra se despertó una noche, agazapada contra Raphael, pensando en su madre. La perspectiva cercana de encontrarla hacía que afloraran emociones atávicas, vacíos, hambre de pecho y abrazo maternos. Sentía como nunca la ausencia materna, la punzante sensación física de vínculo roto en el ombligo. Raphael la consoló. Lo sentirías de todas formas, le dijo. Es común a toda nuestra especie. Alguien nos creó y nos abandonó en este Universo. Todos somos seres sin padre ni madre. Viajeros hacia quién sabe dónde.

Al día siguiente vieron un jaguar. Muy cerca. Los dejó pasar. Los miró y se estuvo quieto.

Poco después llegaron a un claro misterioso donde adivinaron cimientos en medio de pinos y cipreses. Pascual, excitado, aceleró la marcha. En lo que debió haber sido una plaza, se alzaba un insólito y gigantesco caballo de madera con un hueco en la panza. Podría haber sido la réplica del caballo de Troya, de no lucir los atavíos de un corcel de tiovivo: lazos en las crines y una desteñida montura celeste y dorada pintada sobre el lomo. Raphael sacó su máquina y lo grabó desde todos los ángulos. Melisandra, Hermann y Pascual caminaron entre la maleza adivinando los muñones de muros y casas.

Era Wiwilí, repetía el baqueano. Se hallaban muy cerca de Waslala. Su intuición no le fallaba, a pesar de los años transcurridos. Apenas era un adolescente cuando, en sus frecuentes correrías de explorador, tropezó con Engracia allí mismo, confundiéndola con una gigante mitológica. Ella le calmó el susto y le convenció de ayudarla y guiarla de regreso. Narró la leyenda del sitio: la ciudad resistió cuatrocientos dieciséis días hasta que un estratega imitó a los aqueos y entró en Wiwilí en el caballo de madera. Fue en las primeras guerras, dijo. A los fantasmas de Wiwilí se les atribuían desde entonces hazañas heroicas inexplicables, golpes de

suerte en las batallas. Comieron y decidieron pasar la noche junto al caballo. En su interior hallaron restos del paso de otros: una cuchara, las páginas de un libro.

La humedad de Wiwilí diríase estancada en el pequeño valle que terminaba, al fondo, en una montaña de la que los separaba una planicie donde la vegetación era relativamente escasa hasta poco antes de las faldas del monte, donde volvía a alzarse en un muro de verdor. El calor pegajoso no se disipó con la oscuridad. Con la piel y la ropa mojadas, experimentaron el bochorno asfixiante y hostil, más incómodo aún cuando aparecieron los insectos nocturnos que, atraídos por el sudor, descendieron sobre ellos, ignorando los líquidos repelentes, las luces y los sonidos que Raphael cargaba en su mochila. Pascual encendió un puro casero de olor acre y luego, anunciando que prefería dormir esa noche en la panza del caballo, se cubrió todo el cuerpo con una manta, la cara con su gorra, y no tardó mucho en roncar plácidamente.

De allí en adelante avanzarían los cuatro en igual estado de ignorancia, les anunció durante la cena. No sabía qué descubrirían más allá. Contaba con una vara de aguador que esperaba los guiara, pero la búsqueda se convertiría ahora en un asunto de intuición y premoniciones.

Raphael y Hermann, apartándose los insectos a manotazos esperaban, al lado de la hoguera, que el viento soplara milagrosamente. El calor de la selva había hecho estragos en ambos y esa noche consideraban la posibilidad de dormir al aire libre y prescindir de la tienda de campaña.

Sentada en el suelo, con la espalda recostada contra lo que fuera una pared, Melisandra no se animaba tampoco a retirarse y se esforzaba en apaciguar al loro, rascándole la cresta. A medida que se adentraban en la fronda, el pájaro era más difícil de controlar. Ella se lo había puesto al hombro en las caminatas, pero desde que arribaron a Wiwilí tuvo que sostenerlo sobre el brazo y contenerlo con la mano para que no se tirara al suelo con sus alas cortadas y fuera a extraviársele entre la maleza. El loro se tranquilizó momentáneamente. Erizó las plumas, alzó la cresta amarilla. Escuchando muy cerca la voz de los hombres, más allá los ronquidos de Pascual, Melisandra apoyó la cabeza en el muro irregular sobre el que crecía una enredadera que emitía un olor, no fragante, sino ligeramente ácido, penetrante, que al principio le irritó, pero que paulatinamente aceptó como una emanación simple, vegetal. El sudor le chorreaba por la espalda, sentía el cuerpo empapado, pegado a la tierra aquella, al humus. ¿Quién podría vivir allí? ¿Qué pensamientos los ocuparían en una noche como aquélla, clara y a la vez pesada? Cerró los párpados. Sujetó al loro en su regazo y se quedó dormida.

Abrió los ojos sobresaltada. La asombró la claridad, el cielo encendido asomándose entre los árboles, el amanecer. Se movió lentamente. Le dolía el cuello. Cerró los ojos para volver a abrirlos sin el desconcierto de no saber quién era ni dónde estaba. Esta

vez vio a Raphael envuelto en la cobija, tendido cerca de ella, Hermann a poca distancia. Se habrían dormido velándola, pensó, viéndolos sumergidos en el sueño profundo, yertos, inmóviles. Lentamente, para no hacer ruido, enderezó la espalda, flexionó las piernas hasta sentarse con las manos en las rodillas. En dirección a las montañas la luz tenía una claridad reverberante, extraña, como si el paisaje del otro lado estuviese sumergido en el agua y ella lo viera desde la superficie. Se pasó las manos por las piernas. Algo le faltaba. No sabía qué, no podía definirlo. Oteó el horizonte de nuevo, la reverberación. ¡El loro!, dijo en voz alta. El loro no estaba ya en sus piernas, no se veía por ninguna parte. Se levantó ansiosa, se alisó la ropa, el pelo, recorrió con sus ojos el perímetro inmediato, se asomó dentro de la tienda, caminó mirando por todas partes. ¡Qué soledad!, musitó. ¡Qué mundo de silencio, deshabitado por su especie! País de monos, tucanes, jaguares, lagartijas, insectos, sonidos en lenguaje cifrado, ininteligible. No podían perder al loro justo ahora. Estaba a punto de despertar a los otros, reprochándose el descuido, alterada, cuando una enorme bandada de pericos cruzó el cielo llenando el aire con tonos agudos. Le pareció ver hacia la montaña un movimiento verde, el salto abortado del loro queriendo alcanzar la bandada. Sin pensarlo dos veces, echó a correr.

A mitad de carrera reconoció el instante en que su cuerpo se aligeró y sus piernas rotando rítmicas alcanzaron el impulso, la aceleración que convertía el correr en una deliciosa sensación de levedad. Cruzó la reverberación, que se disolvió como un espejismo al acercársele, y siguió corriendo en dirección al árbol donde creyó ver el loro. Tendría que buscarlo dentro de la vegetación más densa, se dijo; seguramente, en el tiempo que ella le daba alcance él habría avanzado un trecho más.

Pascual les advirtió, al inicio del viaje, que la selva se repetía a sí misma hasta el infinito, por lo que era posible desorientarse en pocos metros. Se preguntó si sería ésa la razón por la que le parecía haber corrido más de lo que imaginó le tomaría alcanzar el pájaro; si podría haber dejado atrás el árbol que creía no haber perdido de vista, y que podría jurar era el mismo que continuaba viendo mientras corría, ahora jadeando por el esfuerzo. Después de un tiempo que no fue capaz de calcular, llegó. Se detuvo, se apoyó en el tronco resollando, aspirando apenas, sintiendo que se asfixiaba, escuchando el bombeo sonoro de su corazón palparle en las sienas. Secó el sudor de su frente, la cara que le ardía. No bien respiró sin que le dolieran los pulmones, miró a todos lados buscando el loro, pero no reemprendió la marcha, deslizó la espalda por el tronco del genízaro y se sentó en las raíces que sobresalían del suelo. Tenía que descansar. Todavía resoplaba. El loro no podía andar muy lejos. Visualmente recorrió los alrededores. La rodeaba el verdor. Inadvertidamente había entrado al muro verde. Se sorprendió al percatarse de estar al pie de la montaña que se divisaba desde Wiwilí. Su respiración volvía a ser acompañada. La estremeció un escalofrío. Pensó que sería debido a la evaporación del sudor. Súbitamente escuchó la voz del loro. «Norte, norte», lo oyó decir con claridad.

Se puso de pie, sobresaltada más allá de la mera reacción ante su hallazgo. Fue

acercándose al loro, que parecía esperarla en las ramas de un arbusto. Cruzó la distancia lentamente. Quería cerciorarse de que no imaginaba el aire transparente, límpido, templado, el viento fresco. El Corredor de los Vientos, susurró, volviendo la vista al verdor que la rodeaba, los intensos, rutilantes verdes que hasta ahora percibía y que no eran ya los de la selva intocada, sino los de la naturaleza adaptándose a los designios humanos.

Siguió al loro, que volaba a trechos cortos y caminaba otros, moviéndose de derecha a izquierda, torpe sobre sus patas, las uñas largas enredándose en la vegetación.

Lo siguió en un estado a la vez vehemente y temeroso; acelerando sus pasos, pero también quedándose atrás, dudosa, remolona.

Le temblaban las manos ante la idea de rasgar el velo y ver caer estrepitosamente los intrincados andamiajes de la imaginación.

El pájaro descendió por una pendiente, se metió entre arbustos bajos que Melisandra se vio obligada a atravesar a rastras. La montaña se hundía en la tierra formando una depresión, un minúsculo cañón sobre el que corría un flaco arroyuelo deslizándose entre piedras lisas, redondas. Alguna vez fue río, pensó. El río dorado, quizás, el que salió volando. Caminó sobre el lecho, escuchando sus pasos sobre los pedruscos. El loro saltaba, repitiendo «norte, norte», y ella quería salir de allí.

El corazón la asfixiaba como si otra vez hubiese corrido sin parar. El terreno ascendió y el cañón se trocó en un corredor cerrado por la espesura que circundaba la ladera de la montaña y en el que soplaban un viento fuerte, cuyo misterio consistía en que llegado a cierto punto se volvía, de manera que no sólo soplaban en dos direcciones sino que hacia círculos, remolinos alrededor de ella sin tocarla. Era como estar en el ojo de un huracán benigno y juguetón que, haciendo alarde de su potencia, no osara despeinarla.

El loro gozaba del privilegio adicional de que el viento norte lo impulsara en trechos más largos, permitiéndole usar las alas y dispensarlo de la indignidad de moverse a saltos como una gallina. La vegetación que le hiciera pensar a Melisandra en la intervención humana y que desapareciera en el declive del cañón, reapareció. Al fondo del corredor, alrededor de árboles cuyas copas no veía, se apreciaba una profusión de bulbos, hojas de puntas rojas, aves del paraíso, helechos gigantes, anchas hojas dentadas enredadas en los troncos. La impresión que el conjunto producía no era de naturaleza apaciguada; la selva conservaba la libertad de moverse a su arbitrio, pero se notaba la mano dando pinceladas de color aquí y allí, colaborando discreta y respetuosamente.

El Corredor de los Vientos terminaba en un ceibo monumental, el tronco cenizo alzándose erguido, rematado por una profusión de ramas retorcidas en gestos vigorosos. Dejando atrás el ceibo anduvieron aún largo rato rodeando la montaña que bajaba a la derecha en una cañada de donde emergían copas y ramajes despampanantes. Accedieron por fin a una vereda que se iniciaba en la pendiente izquierda de la montaña.

Melisandra se detuvo. Se puso la mano en la boca, al tiempo que sintió la sangre abandonarla, bajar a la tierra y volver a subirle por las piernas.

Frente a ella se extendía un apacible y pequeño valle frondoso en el que sobresalían colinas verdes que se hacían y deshacían como si la tierra hubiese querido dejar huella de un estremecimiento recorriendo su espalda. A la izquierda contempló alelada los techos rojos sobresaliendo en el follaje, cerca de una larga sucesión de molinos de viento ubicados al lado de lo que sería el arroyo junto al que el abuelo construyera su casa.

Detuvo al loro. Lo agarró entre sus manos, lo apretó.

—Espérate, lorito —susurró—, espérate.

Se sentó sobre un tronco, abrazando al loro. Hundió la cabeza en el pecho. Luego respiró hondo, alzó la cara, se limpió los ojos y reemprendió el camino.

Calculó que debían ser las ocho de la mañana, las nueve quizás, de un día claro, hermoso. Había llegado, se dijo, sintiéndose al fin curiosamente en paz, sin prisa. Raphael, Hermann y Pascual la estarían buscando.

Esperaba ver a sus padres al entrar a Waslala. Esperaba que el lugar contara entre sus atributos las premoniciones que les hicieran presentir el olor de la hija aproximándose. No vio a nadie. Caminó aturdida entre veredas que serpenteaban en medio de setos fragantes, macizos de flores, arbustos, naranjos, limoneros, troncos sobre los que crecían descomunales plantas de pitahaya cargadas de frutos color púrpura intenso. Vio, al lado de la vereda principal recubierta de piedras de río, senderos saliendo en distintas direcciones, un canal hecho de largas tejas de barro cocido donde corría el agua bordeando la vereda. Contempló las casas, que no seguían la disposición acostumbrada, sino se acomodaban según lo permitían los árboles que las precedieron. Admiró las construcciones de madera sólida, alzadas sobre pilotes, con terrazas y gruesos pilares de roble y caoba maciza; los troncos centenarios naciéndoles a algunas en el centro, las habitaciones encajadas sobre árboles vecinos unidas por puentes, las pequeñas cabañas con formas geométricas caprichosas, esquinas insólitas, cuyos ángulos obedecían las necesidades del terreno.

¿Dónde estaban? ¿Se esconderían?, se preguntó. ¿Sería una oculta voluntad vegetal la que contenía a las flores en sus lechos, los arbustos en los setos, las plantas foliadas, densas, sin subirse a las gradas de las casas, las enredaderas sin colarse por las ventanas?

El loro, apaciguado, guardaba silencio sobre su hombro.

Se asomó a las casas. Los interiores tenían un aire de abandono y decrepitud. Llamó a gritos. Nada. Tendría que haber alguien. Mi madre, se repetía Melisandra, mi padre. Alguien tendría que acudir a convencerla de la realidad de cuanto veía.

Abrió una puerta. Cedió sin dificultad. El marco dejó caer polvo. En el humillo de las partículas flotando en la luz vio el interior, los muebles desvencijados; detrás de una puerta la marca de un nombre: Marcos, decía la inscripción.

Se sentó en una silla que crujió bajo su peso. Se meció.

Imaginó las caras tantas veces... No sólo las de ellos, descifrándole la suya, sino las de los demás, la de ese Marcos, por ejemplo, las caras bienaventuradas donde se leería el futuro, lo que la humanidad llegaría a ser cuando se disipara el odio, la mezquindad. Por esas caras vivió ella hasta ese día con la obsesión de Waslala a cuestas, como una vestal en el templo luminoso de aquella idea redentora, preparándose secretamente, urdiendo el hilo que tejería la red que la llevaría hasta allí, sacándose del estómago como una araña la determinación para dejar el río, el abuelo, Joaquín, dejarse ella misma, su lado racional, práctico, para buscar el Santo Grial a través de selvas de caballeros muertos, cadáveres en la explosión, poseyendo al fin, aceptando, la otra piel que también la contenía, su piel de heroína romántica, creyente, ardiente, fiel al deseo oscuro de buscar sin descanso la razón del sueño

recurriendo tenaz.

Se levantó. Recogió al loro que caminaba dejando la huella de sus uñas sobre el polvo. El agua del canal la guiaría hasta el arroyo. Reconocería la casa. Quizás allí encontraría alguna clave. Salió. El aire olía a jazmines.

En el centro vio lo que sería la casa comunal. Octogonal, abierta. Mesas largas con bancos, la cocina de leña, refrigerador, lavadora de platos. ¿Cómo llegarían allí?

No le fue difícil dar con el arroyo. «Norte, norte», volvió a repetir el loro con su voz aguda, gutural. Melisandra cruzó los brazos sobre el pecho, con frío. Caminó despacio contemplando el agua cristalina, los lirios blancos, los helechos. Waslala era ciertamente bella. La flanqueaban cuatro ceibos. Pensó en la melodía de una flauta. Así era. Bucólica y a la vez con un aire moderno, extraño, como si estuviera en otra parte. Las construcciones de líneas geométricas, limpias, los espacios abiertos.

Divisó la terraza sobre el agua. Apuró el paso. El loro saltó de su hombro y empezó a volar a saltos, excitado, haciendo ruido.

Sintió compasión del animal. Pensaría quizás que volvería a ver a Engracia.

La casa estaba habitada. No se veía a nadie, pero las señales eran inconfundibles: nada del aire dilapidado y decrepito. Los muebles rústicos cubiertos con mantas de colores, raídas algunas, pero limpias. La vivienda era minúscula, pero sobre las rústicas mesas había vasijas de barro irregulares con flores de las que viera por todas partes. Una cocina de leña emanaba calor en la esquina de la estancia que servía de sala, comedor, cocina y estudio. Al fondo, la rústica escalera de madera comunicaría sin duda con el dormitorio, el baño. Sobre una mesa se veían libros y una alta aglomeración de papeles sueltos, cuidadosamente arreglados, con una piedra pesada del río puesta encima del montón. Melisandra entró sin detenerse a tocar o a pensarlo. Atravesó el umbral, la puerta abierta. Silencio. ¡Hola!, llamó, sin obtener respuesta.

Se acercó al escritorio. Vio los pliegos, las mariposas ensartadas con alfileres, los escarabajos secos puestos en línea sobre un anaquel, la foto de su abuela, amarillenta, pegada con una tachuela a la pared. Estaba temblando. Tomó una de las mantas y se cubrió los hombros. Pasó la mano por los muebles como si éstos pudieran explicarle el misterio.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, sentada, inmóvil, esperando. Habría dormitado, porque cuando despertó vio frente a ella a una mujer que la observaba con sus mismos ojos.

El murmullo del arroyo sonaba a estruendo. El rostro iba cayendo en su conciencia a pedazos. Se unían las imágenes veladas, el retrato desleído recobraba color. Melisandra se quedó quieta, contemplándola fascinada. Era ella misma. Ella frente al espejo varias décadas más tarde. La mujer inmóvil sin habla.

—Hola, Melisandra —dijo al fin la voz ronca.

—Hola —respondió ella.

Se inclinaron al mismo tiempo. Se deslizaron hacia el suelo, se acercaron avanzando sobre las rodillas. Una lenta aproximación, no para abandonarse la una en brazos de la otra, sino para olerse, husmearse, reconocerse, en una ceremonia tensa, de felinas, en la que la madre con su ternura, sin decir palabra, se abrió paso, mirándola fijamente, tocándola, diciendo al fin una y otra vez Melisandra. Sabía que algún día vendrías, Melisandra.

Ella se dejó querer. En algún momento el cuerpo aflojó la resistencia y abrazó a la mujer. Puso la cabeza sobre su hombro y cerró los ojos.

Sólo cuando quiso corresponderle, decirle madre, mamá, se le desataron las furias, el bramido saliéndole de las entrañas. En vez de la palabra, emitía el sonido de sus tristezas antes de la memoria, el terror de las noches agotada de llamarla, su rechazo a brazos ajenos tratando de sustituirla, el llanto rabioso e impotente, el vacío innombrable de su absoluta incapacidad de comprender, y el dolor del desgarramiento primario que nunca hasta entonces reconoció en el trasfondo de cuanto la atormentara.

La madre, llorando quedamente, la consoló, la meció entre sus brazos, le susurró, canturreó canciones de cuna. Así por largo rato.

—¿Dónde está mi papá? —preguntó Melisandra más tarde, en el sofá, sorbiendo el café que la madre le sirviera.

—Murió hace casi cuatro meses. Estaba muy cansado, muy enfermo. Le hubiera gustado mucho verte; pero es mejor así. Él ya no era él, aunque aun así lo echo de menos.

Se levantó. Le mostró fotos amarillentas de su padre joven. Melisandra notó las manos que las sostenían, rugosas, fuertes, iguales a las de su abuela. La madre no preguntaba por el abuelo y a ella las preguntas se le atropellaban en la boca. Calma, se dijo. Habría tiempo. Estaba cansada. La madre también. Se movía con una pesadez que, estaba segura, no le era natural. Notó sus hombros anchos. Eran iguales, pero distintas. Por la ventana advirtió el crepúsculo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó—. ¿Cómo es que no hay nadie más que tú en Waslala?

Tendrían tiempo para que ella le explicara, le dijo. ¿Se quedaría con ella al menos esa noche, verdad? Ya era tarde, pronto oscurecería y la selva se cerraría sobre sí misma. Movía ollas en la cocina, prendía leña. Melisandra se levantó. Iría al río a echarse agua en la cara, le dijo. Cuando salió de la casa sintió otra vez el viento fresco que soplaba dando vueltas, levantando hojas del suelo, meciendo las ramas de los árboles. En el cielo rosa y púrpura se veían las primeras estrellas. Llegó al borde del arroyo, se arrodilló sobre las piedras y metió las manos en el agua. Vio sus palmas blancas, casi fosforescentes, las líneas. Escrito habría estado allí que la encontraría. Lo supo todo el tiempo, su corazón más sabio que su mente. Lo duro era comprobar, a estas alturas, que el hallazgo de su madre no resolvía nada. Para ella, su madre siempre estaría ausente. Los lazos no se podían remendar. No sentía resentimiento, ni reproche. Eran seres aparte desde que les cercenaran el cordón umbilical. Pero quería entenderla. Era necesario que la entendiera para quedar libre del dolor que la unía a ella.

Se lavó la cara y regresó a la casa. La oscuridad descendía en olas vertiginosas, una marea comiéndose la luz a bocanadas. Dentro olía a cilantro.

Cenaron frugalmente: mojarras, papas, en vasijas de barro cocido. Frutas. Le sorprendió verla encender luces. Luz eléctrica en Waslala. La proveían los molinos y el sol, explicó la madre. Habían hecho funcionar increíbles inventos allí.

Pero las materias primas, los objetos, ¿de dónde venían?

Engracia, le explicó la madre. Ella los suplía. Una de las razones por las que se marchó fue ésa. La comunidad habría fracasado de no poder agenciarse de ciertas cosas básicas. Lo demás lo suplió el ingenio.

Pero ¿dónde está el inventor? ¿Qué fue de toda la gente?, insistía Melisandra. Háblame de tu abuelo, respondió la madre, levantándose a poner agua para café. Tiene miedo, pensó Melisandra. Tiene miedo de saber de ellos.

—El abuelo está bien. La abuela murió.

Qué cosas, dijo la madre, quedándose quieta, lo imaginaba. Imaginaba que ella moriría antes que él.

—Entonces, ¿te hiciste cargo de la hacienda? —inquirió.

—Sí.

Quería saber cosas de Mercedes, del río. Melisandra le contó mientras le daba masa de maíz al loro, que se movía por la casa como si la conociera.

—Ése es el loro de Engracia, ¿verdad? ¿Cómo está? Dame razón de ella.

—Pero tú no la conociste. No pudiste haberla conocido.

Era como si la conociera, aseguró. Por un tiempo hasta se escribieron cartas. Sabía mucho de Engracia. Lo suficiente para profesarle profundo afecto.

Melisandra sorbió el café. Fue difícil hablarle a su madre de Engracia sin que se le entrecortara la voz.

—¡Ah!, Melisandra —suspiró ella—. De qué maneras insondables actúa la vida, pero a pocos se les da el morir para renacer. Me duele mucho lo de Engracia, pero la entiendo y no puedo estar en desacuerdo.

Por Engracia estaba allí, señaló Melisandra. Sin ella, sin Pascual, sin el loro, nunca hubiera llegado a aquel lugar. Pero necesitaba saber, insistió. Tendría que regresar. La estaban esperando. Mucha gente esperaba la iluminación que vendría de Waslala.

¿Cómo volver y decirles que estaba desierta? Al menos tendría que darles explicaciones.

Se levantó con los brazos cruzados sobre el pecho. La madre le echó otra manta sobre los hombros. Fue a poner más leña en la cocina. Así calentaba la casa. Rellenó las tazas de café. Le indicó que tomaran asiento en el sofá.

No era necesario hablarle de las razones que impulsaron a su padre y a ella a salir en busca de Waslala, empezó diciendo. Las conocía. Pero igual que Melisandra se viera envuelta, durante su viaje, en eventos inesperados, ellos terminaron involucrándose en la guerra —exhaló una bocanada de humo del purito que enrolló con hojas secas y que soltaba un olor rancio, pero extrañamente reconfortante—. Estuvieron a punto de suspender definitivamente la búsqueda, continuó, pensando que podrían ejercer influencia y mediar entre diferentes bandos para poner fin a las hostilidades y convencerlos de resolver las disputas sin conflicto bélico. Su afán de dialogar los hacía ir de unos a otros y no tomar partido por ninguno. Finalmente, los acusaron de doble traición. Un buen día los emboscaron. La violaron a ella. Su padre, en defensa propia, mató a dos hombres. (La madre bajó los ojos cuando habló de la violación, pero su tono no se alteró). Cuando llegaron a Waslala, no sólo huían de sus perseguidores, sino de sí mismos. La comunidad los recibió y los instaló en esa casa. Con el apoyo de los demás pudieron reconciliarse con su vergüenza, su rabia y su impotencia, dejar atrás lo pasado e iniciar la vida como si ésta hubiera comenzado el día que cruzaron el Corredor de los Vientos. Al poco tiempo de estar allí, sin embargo, ella se dio cuenta de que estaba embarazada. Nunca supieron, dijo, la exacta paternidad de los gemelos; pero los niños nacieron y se dispusieron a quererlos. Poco después comprendieron que no se parecían a ninguno de los dos, porque habían nacido con la carita peculiar de quienes viven para siempre en un mundo infantil y desvalido.

—Fueron tan dulces... —dijo la madre, con la voz apagada, melancólica.

Murieron el uno al poco tiempo del otro en la adolescencia, suspiró. Su padre y ella los cuidaron hasta el último día.

—No los podíamos dejar, Melisandra. Y no queríamos sacarlos de Waslala, donde

fueron felices.

Se levantó luego de un rato de silencio. Tocó la cabeza de la hija, que, aturdida, con los ojos fijos en los pliegos de mariposas muertas sobre la pared, se limpiaba lágrimas de las mejillas. Le ofreció agua, tomó agua a su vez y, recomponiéndose, continuó su relato.

—En Waslala se profesaba la noción de haber sido elegidos para una misión que trascendía lo individual, para experimentar un modo de vida que, de ser adoptado por los demás, no sólo cambiaría la faz de Fagua, sino la faz de la tierra. Sin embargo, la puesta en práctica de aquellos conceptos abstractos que se sustentaban en una firme creencia en la bondad humana, demostró estar llena de obstáculos. Los poetas sostenían que así tenía que ser al inicio, que no nos desanimáramos. Afirmaban que lo ideal, al tornarse concreto, inevitablemente sería imperfecto, porque quienes lo ponían en práctica eran seres humanos criados con valores discordantes. Nuestro papel era crear un ambiente donde sembrar la semilla, pero serían las nuevas generaciones las que superarían los tropiezos. Dentro de esta lógica y tras una serie de intentos organizativos fallidos, se decidió reconocer el principio de autoridad que inicialmente intentarían abolir. A esto se debió que un grupo de familias abandonaran Waslala, pero para quienes quedamos el sistema funcionó. Fue una tregua que se prolongó hasta que los poetas, uno a uno y de forma misteriosa, empezaron a morir. Nunca supimos a ciencia cierta que les pasó. Se sumieron en un estado de profunda melancolía, se marchitaron. Podemos suponer que aunque aceptaran intelectualmente lo inevitable de los errores iniciales, las mezquindades y las rencillas les estragaron el corazón. Hubo quienes opinaron que los desgastó el ejercicio del poder cuya esencia despreciaban. Para mí, lo que les dio el golpe de gracia fue la constatación de que nadie podía reproducirse en Waslala.

—¿Cómo...? —se envaró Melisandra.

—Un misterio, hija. Se reproducían los animales, pero ninguna mujer quedaba embarazada. Como te explicaría tu abuelo, Waslala existe en un interregno, una ranura en el tiempo, un espacio indeterminado. Esa distorsión del espacio tiempo es la única explicación que pudimos darle al fenómeno. Resolvimos parcialmente el problema enviando a las parejas por temporadas a la comunidad campesina de la que te habrá hablado mi papá.

»Ya embarazadas, retornaban las mujeres y aquí daban a luz, pero aquel arreglo dejaba mucho que desear. Siempre existía la posibilidad de que no encontraran el camino de regreso. Algunas nunca volvían.

—¿O sea que quienes poblaran Waslala, en cierta forma tendrían que renunciar a la reproducción biológica, a la más primaria, más elemental noción de propiedad?

—No lo he pensado nunca en esos términos —respondió la madre con una media sonrisa—, pero podríamos decir que sí, así es.

—Continúa... —pidió Melisandra. Se levantó. Se paseó de un lado al otro.

—Lo cierto es que después de morir el último poeta, la comunidad quedó a la

deriva, y de no haber sido por los visitantes, seguramente hubiese fenecido. Entrar en Waslala no es tan difícil como parece. De vez en cuando venía gente que lograba cruzar el Corredor de los Vientos. Al principio estas visitas tuvieron efectos perniciosos. Las noticias que traían los recién llegados, la vida que relataban, por dura, difícil y absurda que pudiera parecerle a muchos, dejaba en otros el sabor de una realidad más estimulante que la bucólica igualdad de nuestros días. Nos dimos cuenta, sin embargo —enrolló otro purito—, de la siguiente paradoja: Waslala ya no era solamente el vacilante experimento que habíamos construido. Era una leyenda, un punto de referencia, una esperanza. Aun antes de que se comprobara su eficacia, se había convertido en un paradigma. Cumplía la función de un sueño capaz de movilizar los deseos y las aspiraciones de quienes ansiaban un destino colectivo más acorde con las mejores potencialidades humanas. Comprendimos entonces que la fantasía había adquirido tanto valor como la realidad. Esta constatación tuvo efectos sorprendentes que nos redimieron de las dificultades y nos salvaron de una disolución que nadie deseaba. No sé quién sugirió, en una de nuestras asambleas, que alimentáramos la fantasía de Waslala. Quizás ésa era nuestra misión, se dijo, hacer existir la quimera. La idea nos cautivó. Nos propusimos crear la ilusión de un lugar cuya belleza, armonía y perfección quedarán grabadas de forma indeleble en aquellos que, en los caprichos del tiempo y sus ranuras, lograran encontrar el paso por el Corredor de los Vientos. Se decidió que a estas personas se les dejaría pernoctar y luego se les llevaría al otro lado, en medio de un sueño profundo inducido por un cocimiento de flores. Darle vida a la fantasía nos ocupó los días y la imaginación.

»Para empezar, trabajamos los jardines y el paisaje de manera que las impresiones visuales fueran absolutamente memorables. Waslala se convirtió así en un sitio de flores, de enredaderas de rosas trepadoras, buganvillas incandescentes, calles con pérgolas enredadas de jazmines, balcones de donde se desgajaban las campánulas, los heliotropos y huelenoches, veredas de anturios apretados y lirios, macizos de claveles y camelias. Cada casa era un espectáculo; la profusión de flores hacía que el viento oliera a memorias cálidas, a ternura o embriaguez y que uno pudiera cerrar los ojos y remontarse en la evolución hasta épocas vegetales cuando el solo toque de la luz bastaba para alegrar la piel. Luego cubrimos de musgo y césped la tierra, reproducimos helechos gigantescos, podamos los árboles centenarios para que sus ramas se entremezclaran artísticamente entre sí. Del arroyo proveímos Waslala de canales ocultos y fuentes, de manera que el susurro del agua se oyera en todas partes y aliviara las angustias.

»Levantamos después, con madera de cedro, una cabaña amplia e iluminada donde alojar a los visitantes, remozamos las viviendas, el área de cocina y juegos comunales, la escuela, la clínica y nos dedicamos con empeño al proyecto de terminar los espacios donde se enseñaban las artes y donde se creaba, con los materiales a los que teníamos acceso, cerámica policroma, esculturas, pintura en corteza de árbol.

»Con los libros de todos montamos la biblioteca. Acomodamos los estantes en las

ramas de un árbol de guanacaste al que le construimos, entre la copa y el tronco, un techo de palmas apretadas que no dejaba pasar el agua. Hicimos las paredes de paneles que se abrían y cerraban, de manera que en la biblioteca la iluminación era siempre brillante pero nunca ofendía los ojos. Allí instalamos también los talleres literarios, donde se leía a los poetas y se conversaba sobre filosofía... Lo que has visto ahora es sólo una sombra de lo que Waslala fue.

La madre se detuvo para tomar aliento. Le brillaban los ojos, pero la euforia de su remembranza guardaba también un profundo tono de nostalgia.

¡Cómo se parecía a su abuela!, pensó Melisandra; tenía sus mismos gestos, su misma rotunda seguridad en los movimientos.

Escuchándola hablar sintió por ella una honda ternura.

—¿Por qué se fueron? —musitó, suavemente, apoyada en la pared.

—La construcción del sueño nos dio la cohesión necesaria para que los obstáculos entre nosotros se superaran. Finalmente pudimos ejercer el consenso y prescindir de líderes. En los casos de disputa, recurriamos a la autoridad de los más viejos. No sé lo que pasó fuera —dijo—, pero cuando empezábamos a comprobar el éxito alcanzado en propalar la leyenda, dejaron de arribar los visitantes. Nos quedamos sin poder cumplir el propósito por el que tanto nos esforzamos. Entramos en crisis. Primero fueron las parejas que salían para concebir las que no regresaron. El éxodo del resto fue lento y doloroso, hasta que sólo tu padre, yo y los más ancianos persistimos.

—Pero eso no explica por qué se fueron... —insistió suavemente Melisandra, sentándose de nuevo.

—No lo sé, Melisandra. La verdad es que no lo sé. —La madre se recostó contra el sofá y, con los ojos cerrados, siguió hablando—. En repetidas oportunidades se cuestionó en nuestras reuniones el propósito de mantener un sueño que ya nadie buscaba, que a nadie parecía interesar.

—Fueron los Espada —masculló Melisandra—. Los Espada se encargaron de confundir a todo el que buscaba Waslala.

—Debíamos haber tenido más claridad en cuanto a la noción de conservar el ideal por el ideal mismo. Confiar en su eventual utilidad. —Se puso de pie. Rellenó de agua los vasos. Recuperó la energía—. Los que se fueron insistían en el vínculo con la realidad. Dejaron de creer en la validez de nuestro aislamiento. No los censuro. A muchos les animaban sentimientos generosos. Querían encontrar un propósito que trascendiera su propia realización... No comprendieron.

—He pensado eso yo misma —comentó Melisandra.

—Es que nos hemos acostumbrado a considerar el desarrollo en términos de contradicciones, de verdades excluyentes. Si lo ideal no es alcanzable, se descarta. Se le atribuyen ilusiones perniciosas. Se le cubre de burla, o, en el mejor de los casos, escepticismo. ¿Qué pasa si se altera esa perspectiva, si lo ideal y lo real se consideran valores necesarios en una dinámica infinita de encuentros y desencuentros? ¿Si se

piensa que es imprescindible que exista el uno para el movimiento ascendente del otro? ¿Por qué descartar lo ideal, Melisandra? ¿Por qué descalificar el valor que tienen los sueños? Es en la búsqueda de sueños donde la humanidad se ha construido. En la tensión perenne entre lo que puede ser y lo que es estriba el crecimiento. La razón por la que yo sigo aquí es porque pienso que Waslala, como mito, como aspiración, justifica su existencia. Es más, considero que es imperativo que exista, que vuelva a ser, que continúe generando leyendas. Lo más grande de Waslala es que fuimos capaces de imaginarla, que fue la fantasía lo que, a la postre, la hizo funcionar. Hay quienes, aunque nos quedemos solos, tenemos que seguir manteniendo las Waslalas de la imaginación. Imaginar la realidad sigue siendo tan importante como construirla.

—La gente nunca olvidó Waslala —le sonrió Melisandra, conmovida—. Te hará feliz saber que no cesaron en su insistencia de que emprendiera el viaje. Me esperan. Esperan que les lleve noticias de aquí. Curioso, verdad, que hombres y mujeres tengamos esa nostalgia antigua por los lugares mágicos, perfectos... a pesar de todo —añadió—, a pesar de la larga historia de fracasos.

La madre se acercó. La abrazó.

—Es la memoria, Melisandra. Siempre pensamos que la memoria debe referirse al pasado, pero es mi convicción que hay también una memoria, un memorial del futuro; que también albergamos el recuerdo de lo que puede llegar a ser. Hombres y mujeres nos hemos forjado en la búsqueda de ese recuerdo escurridizo. Por eso es que hay una necesidad insaciable de lugares como Waslala. Por eso es que tu padre y yo permanecemos aquí esperando el día en que Waslala se repoblaría, creyendo contra viento y marea que ese día tendría que llegar. Quizás haya llegado. Quizás ésa sea tu llamada, tu herencia.

—¿Y los que me esperan? ¿Qué crees que debo decirles a los que me esperan?

—Waslala existe. El ideal existe. Fueron sus sueños los que hicieron realidad la existencia de Waslala. Sus aspiraciones la mantuvieron y mantendrán viva. Pero Fagua tendrá que ser Fagua; encontrar su propio camino. Lo real y lo ideal tendrán que iluminarse mutuamente; uno ir en pos del otro hasta que un día se alcancen. Vamos a dormir, muchacha —dijo, besándola en la cabeza, mirando a la ventana—, ya está amaneciendo.

Melisandra se iba quedando dormida, reconfortada por el calor de su madre, cuando de pronto se sentó en la cama.

—¿Qué pasó, hija? ¿Por qué te sobresaltas?

—Ya sé —dijo—. Ya sé quiénes podrían repoblar Waslala.

—Mañana me lo dices —sonrió la madre—. Ahora hay que dormir.

Era mediodía cuando Melisandra despertó. Tendría que haber dormido bien —la criatura al fin junto al pecho de la madre, el calor de la mujer fuerte, admirable, por cuyos sueños y pasión indeclinable se sentía ya orgullosa, aunque el orgullo no pudiera borrar la ausencia—, pero había dormido sólo unas horas, el resto del tiempo lo pasó en una semivigilia, a ratos contemplando el rostro de ella —la repetición del suyo: la madurez hermosa, el pelo rojizo vuelto rubio por la abundancia de canas— y el resto del tiempo urdiendo, tejiendo, imaginando escenarios, posibilidades infinitas.

La lógica era sencilla y no descubrió en su interior nada que la contradijera: la razón de ser de Waslala era ser Waslala, la utopía, el lugar que no era, que no podía ser el tiempo y el espacio habitual, sino otra cosa, el laboratorio quizás, la luz tal vez, el ideal constantemente en movimiento, poblado, abandonado y vuelto a repoblar; creído, descreído y vuelto a creer. Había quienes tenían la función de soñar, de hacer los memoriales del futuro y otros a quienes simplemente les tocaba la realidad, batallar con los propios demonios, ser unos más entre las criaturas volubles, vulnerables, falibles, por quienes y a pesar de quienes los sueños existían; héroes inadecuados cuyo mayor heroísmo consistía en arriesgarse una y otra vez, intentarlo, aun a riesgo de que el sueño fuese efímero y terminara en otro desencuentro, pues de que otra manera se podía vivir.

—¡Melisandra! —la llamó su madre desde el piso de abajo.

Se vistió. Sobre la mesa del comedor la esperaba el desayuno. Huevos, tortillas, café. Vio a su madre junto al arroyo cortando lirios. De buen humor, se sentó a la mesa.

—Te desperté porque tenemos mucho que hacer —dijo la madre, entrando. Le dio un beso rápido en la mejilla y se ocupó de cambiar las flores de los floreros. Mi lado práctico, pensó Melisandra sonriéndose.

Recorrieron Waslala de extremo a extremo, la madre y la hija gozándose en el mutuo descubrimiento, relatándose los grandes momentos de sus vidas, comparando sus semejanzas, riéndose de manías compartidas, sus debilidades, sus fuerzas, los cuentos alegres y tristes del abuelo, la muerte de la abuela, trazos, pinceladas para rellenar los vacíos, las preguntas que ambas se hicieran en su soledad de mujeres. Melisandra le habló de Raphael.

—No lo dejes ir. Decide tú. Los hombres no saben tomar ese tipo de decisiones.

Melisandra sonrió. Miró los jardines.

—Tendrás quien te ayude aquí... —inquirió.

Claro. No podría luchar ella sola con la selva, la maleza colándose por todos los rincones, aun cuando hubiese heredado la vocación del trabajo de la madre y le

costara estarse quieta.

—Vienen los campesinos de la comunidad vecina tres veces a la semana. Trabajamos juntos, me traen encargos cuando bajan a Las Minas.

—¿Así que ellos entran y salen sin dificultad?

—El paso se ha cerrado por épocas. No sabemos por qué, pero usualmente cruzan hasta aquí sin problemas.

No era difícil, le repitió. Era un secreto bien guardado, pero Waslala no era inaccesible. Era asunto de no desmemoriarse, de recordar las señales, esperar cierta cualidad del aire, cierta reverberación.

—Como ver el fondo de la selva a través del agua —musitó Melisandra, pasando a describirle con todo detalle lo que ella experimentara. La madre, fijando ciertas observaciones claves. La reverberación se desplazaba, advirtió, no aparecía en el mismo lugar cada vez, pero sí en un perímetro predecible.

Andando hacia las afueras se acercaron a la zona de las manufacturas: cobertizos de madera, algunos cerrados, otros abiertos.

La autosuficiencia fue la meta de la economía en Waslala, explicó la madre. Con un listado de bienes imprescindibles se aprestaron a ingeniárselas para no depender del exterior más que para ciertos componentes que servirían de base a maquinaria tosca, pero efectiva. Los inventores gozaban de gran aprecio en la comunidad. Uno de ellos era un mecánico de autos que allí pudo dar rienda suelta a la creatividad que la lucha por la subsistencia mantuvo hasta entonces limitada.

—Fue el último de los ancianos que murió. Lo extrañó casi tanto como a tu padre. Era un gran conversador... Han sido muy solitarios estos meses...

La conversación, siguió diciendo, apartando su tristeza como insecto enojoso, era el arte que quizás floreció con más ímpetu en Waslala. Se divertían inmensamente escuchándose los unos a los otros. Los sábados hacían un baile. Al tiempo libre se le daba gran importancia porque trabajaban de sol a sol.

—Cada quien tenía asignada una responsabilidad, y aunque los bienes eran comunitarios, establecimos un sistema de premios. El que producía excedentes podía quedarse con ellos e intercambiarlos.

La madre le mostró huertos, granjas, el sistema de molinos de viento para el riego, el motor con energía solar que proveía la electricidad, la sección industrial con prensas para obtener de los árboles papel, telas, láminas para las construcciones; los hornos con sofisticados mecanismos imposibles de reproducir y con los que lograron trabajar metales, convertir el oro del lecho del río en utensilios; hacer vidrio de la arena. Métodos absolutamente primitivos, advirtió, una suerte de Edad Media iluminada, con alguna que otra tecnología multiplicando las posibilidades. Una variedad de objetos funcionaban mediante dinamos y cuerdas.

La llevó al cementerio, a las tumbas de los poetas, de sus hermanos, de otros habitantes de Waslala, cuyas historias le narró. Las caras difusas que Melisandra nunca vería, tomaron vida.

Desde lo alto de la Colina de los Muertos se veía el pequeño valle donde su madre le señaló la ubicación de las parcelas de árboles frutales, lo que fueran las áreas para milpas, hierbas el herbolario, el caucho. Cuando se repoblara Waslala, le dije; se podría sacar otra vez a la tierra de su modorra, reactivarla cuanto cayera en desuso. Melisandra le habló de Timbú, de la filina que quizás para entonces estaría incendiada. Los habitantes de Timbú podrían repoblar Waslala, le dijo. No tenían hijos y su decisión de no reproducirse, de amar a quien estuviese necesitado de amor, sin sentido de posesión, los hacía contar con una calidad nueva, un valor que quizá en Waslala florecería más allá de lo que hasta ahora imaginaran.

—Habría que proponérselos, pero pienso que les gustará la idea. Cuando los dejé sentían gran desasosiego. El fin de la filina significa para ellos el fin de una forma de vida. Waslala podría representar la alternativa.

Caminaban de vuelta a la casa junto al arroyo. La madre miraba al suelo, pensativa.

—Pero tú, Melisandra —habló luego de un prolongado silencio—, ¿no querrás también volverte a Waslala? Podríamos hacer tantas cosas juntas... —La miró ansiosa.

—Claro que volveré, mamá. —Al fin, pensó, al fin pude llamarla madre, y continuó—: Volveré a visitarte, pero no puedo quedarme. Tú misma lo dijiste ayer..., dijiste algo que me gustó sobre la tensión entre lo que puede ser y lo que es. Yo quiero lo que puede ser. Cineria, Fagua, ese país en ciernes, informe.

Nunca me sentí más feliz, a pesar de la tragedia que nos circundaba, que durante los días en Cineria, después de la explosión. Percibí mi utilidad, mi contribución, el sentido que esto daría a mi vida. No podría quedarme aquí sabiendo lo que sucede allá.

Llegaban a la casa. El atardecer, puntual, derramaba su luz crepuscular. La madre la tomó de la mano, la llevó a la habitación. De una caja de madera, guardada debajo de su cama, empezó a sacar libros y papeles escritos en una letra clara, menuda, apretada sobre la página.

—Aquí tienes, Melisandra, los anales de Waslala. Los poetas, tu padre y yo los escribimos. Aquí hay un recuento pormenorizado de qué hicimos, cómo lo hicimos. Nuestros errores, nuestros aciertos, lo que fue esta experiencia. Hay planos de lo que construimos; hay cuentos, poemas, novelas, ensayos escritos aquí, dibujos... Son tuyos, de Fagua.

Al día siguiente, su madre la acompañó hasta el Corredor de los Vientos. En el aire liviano y templado caminaron las dos. Melisandra llevaba sobre la espalda la mochila donde acomodaran los papeles, el loro posado quieto sobre su hombro. Le daba pena dejarla, pensó. Echaría de menos la profunda ternura que emanaba de ella, la mirada incansable con que la siguió desde la primera tarde, observando el más pequeño de sus gestos con avidez, almacenándolo como leña para un largo invierno. Podrían aparecer después interrogantes sobre su madre, pero ya no la duda punzante que la hiriera antes inesperadamente, cuando se agachaba para recoger una fruta, o daba vueltas y vueltas en su cama, o clavaba tejas, aquel «me quiere, no me quiere» de niña dejada al pie de la infancia. No, ya no sufriría más desamor. Podrían no recomponerse las ausencias, los vacíos, pero ahora habría líquido para amortiguar el roce de éstos contra su corazón.

Miró a la mujer caminando a su lado, firme, sin prisa. La miró con agradecimiento por no darle explicaciones, hacer el menor intento porque la comprendiera, decirle: hija, ésta es mi justificación; aquí me redimo, por esto me debes perdonar. En las menciones que hizo de los gemelos, no abundó en detalles sobre su condición o el cuidado que debió dispensarles. No los usó como argumento, ni expuso porqué no salió a buscarla después de que murieran. Era Melisandra la que llenaba los blancos, la que la imaginaba ocupándose de los ancianos, del padre. La madre no se valió de pretextos, ni invocó cariños o consideración, no le enrostró el cuerpo, la respiración, la mera posesión de la vida como argumento suficiente para que la hija reconociera los dones y la dispensara. Se comportó con absoluta dignidad, asumiendo sin parpadear la responsabilidad de sus actos, las consecuencias. Era ella, Melisandra, la que viéndola ahora no requería mucha imaginación para calibrar el desgarramiento, el dolor, el precio que debía haber pagado por sus opciones. La madre la dejaba libre para el perdón o la condena; la respetaba no como hija, sino como una mujer que le reconoce a otra la futilidad del consuelo, la inevitable soledad de la especie. Porque sería ella sola, a fin de cuentas, Melisandra, quien juzgaría aquello. Y sucedería más tarde, cuando contemplara a la madre en el silencio interior, y la confrontara con su dolor y su amor.

—Confío en ti, hija —le dijo al despedirse—. Confío Waslala a tu sabiduría, a tu imaginación.

Se la encomendó enfática, solemne, como quien, en el momento de morir, delega en el ser más amado, más cercano, la culminación de una sagrada y esencial empresa de redención.

—Dile a tu abuelo que lo quiero y lo extraño. Cuéntale que su yerno murió en paz.

Melisandra atravesó la reverberación. Sintió el calor húmedo otra vez. No se volvió sino hasta que anduvo varios pasos. Cuando lo hizo, se vio frente a un paisaje irreconocible. Tuvo un momento de angustia, de querer volver y comprobar que podía encontrar el camino de nuevo, pero se contuvo. Lo encontraría, pensó. No podía dudar que lo encontraría. Reemprendió la marcha. El loro se desprendió de su hombro volando a saltos. De pronto se posó sobre la rama de un árbol bajo y empezó a aullar como un lobo. Ella sonrió mientras se le desbordaban las lágrimas. Cuánto llanto, pensó, cuánto he llorado estos días. La voz de Raphael se oyó distante, angustiada, gritando su nombre. Melisandra echó a correr.

Septiembre de 1990 – 15 de febrero de 1996

Dos notas de la autora

Los personajes de toda novela son una simbiosis de realidad e imaginación. En esta novela en particular, hay dos personajes: don José y su esposa, doña María, que están basados en dos seres extraordinarios que vivieron sus vidas al lado del río San Juan en Nicaragua: José Coronel Urtecho y María Kautz.

Él fue no sólo uno de los más grandes poetas que ha producido Nicaragua, sino un mago de la palabra; gran conversador, pero sobre todo un maestro de generaciones de escritores nicaragüenses, quienes tenemos con él una deuda impagable.

Su esposa, María, efectivamente manejó la finca Las Brisas y fue su jefa indiscutible, mientras su marido se dedicaba al oficio de la literatura.

Los dos murieron; él unos pocos años después que ella, y yacen en una sencilla tumba cerca del río.

Empecé esta novela después que ella muriera. Don José, el Poeta Coronel, como le llamábamos en Nicaragua, alcanzó a leer los primeros capítulos. Para mí, ambos viven y seguirán viviendo. En este libro he querido recordarlos.

El episodio de la contaminación por radiactividad en el basurero de Engracia está basado en un suceso real que tuvo lugar en la ciudad brasileña de Goiania, en septiembre de 1987, cuando dos rebuscadores de basura encontraron un tubo de metal; «lo vendieron a un negociante de chatarra, que lo abrió a martillazos con la esperanza de vender el envase de plomo. En su interior encontró un fabuloso polvo azul que brillaba en la oscuridad. Fascinado por la novedad, regaló vasitos llenos del polvo a sus amigos y parientes. En el cumpleaños de una de ellas, una niña de seis años, pusieron el polvo sobre la mesa del comedor y apagaron las luces» (James Brooke. *The New York Times*. «Tourism Springs from Toxic Waste», mayo 3, 1995, A6).

«Quien se frota la piel, brilla de noche. Todo el barrio es una lámpara. El pobrerió, súbitamente rico de luz, está de fiesta», dice Eduardo Galeano describiendo el acontecimiento en su libro *Palabras que quieren olvidar el olvido*.

El polvo azul era cesio 137, un material radiactivo. Se contaminaron 129 personas; 20 fueron hospitalizadas con quemaduras, vómitos y otros efectos de la radiación. Siete murieron. Entre ellos, la niña del cumpleaños, Leide, quien poco antes de morir producía tanta radiación que los médicos tenían miedo de manipular su sangre u orina.

Fue el peor accidente nuclear de las Américas. Sucedió un año después de Chernóbil, pero como dice Eduardo: «Chernóbil resuena cada día en los oídos del mundo. De Goiania nunca más se supo. América Latina es noticia condenada al olvido».

Citas y reconocimientos

1. La cita «La soledad es cada vez mayor y más bella en el río...», es de José Coronel Urtecho. («Viajeros en el río», *Rápido tránsito*).
2. El inicio del párrafo: «Muchos viajeros habían pasado por allí...», es una paráfrasis de José Coronel Urtecho. («Viajeros en el río», *Rápido tránsito*).
3. La comparación de Melisandra con «la muchacha griega que lanza la jabalina» está tomada de José Coronel Urtecho, *Pequeña biografía de mi mujer*.
4. La historia de la princesa de los guatusos es una paráfrasis de una historia similar narrada por José Coronel Urtecho en «Viajeros en el río», *Rápido tránsito*.
5. La historia que cuenta Maclovio sobre los niños confundidos con monos por los contrabandistas está basada en el cuento «Los monos de San Telmo», de Lizandro Chávez Alfaro.
6. Las referencias a los bongos del río, parte de su descripción, así como ciertos hábitos de los marineros en el río (la oración, el grito de «mueran los ingleses»), están basados en referencias hechas por Squier en el siglo XIX, en su libro *Nicaragua, sus gentes y sus paisajes*.

Mi agradecimiento por su apoyo, cariño y comentarios en el proceso de escribir esta novela para mi esposo, Charles Castaldi, a Lutz Kliche, Salvadora Navas, Mónica Zalaquett, Joe Gannon, John Carlin, Alejandro Aróstegui, Hermann Schulz y muy especialmente a mi hija Melissa.



GIOCONDA BELLI (Managua, Nicaragua, 1948). Novelista, periodista, poeta y activa participante en la política nicaragüense, nació en el seno de una familia acomodada, de padre empresario y madre fundadora del Teatro Experimental de Managua. Estudió en el Colegio de La Asunción en Managua y en el Real Colegio de Santa Isabel en Madrid, España, donde obtuvo el bachillerato en 1965. Tras obtener un diploma en Publicidad y Periodismo en Filadelfia, Estados Unidos, regresó a Managua.

Sus primeros poemas aparecieron en 1970 en el semanario cultural del diario *La Prensa* de su país. Su poesía, considerada revolucionaria en su manera de abordar el cuerpo y sensualidad femenina, causó gran revuelo. Su libro *Sobre la grama* le proporcionó en 1972, el premio de poesía más prestigioso del país en esos años, el «Mariano Fiallos Gil» de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua.

Fue una firme opositora a la dictadura de Somoza, por lo que tuvo que exiliarse a México y Costa Rica integrándose a las filas del FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional), organización en la que militó desde 1970 hasta 1994, habiendo llegado a ser miembro de su Comisión Político-Diplomática, condición en la viajó por Europa y América Latina obteniendo recursos y dando a conocer las motivaciones de su movimiento. Tras el triunfo sandinista fue representante sandinista ante el Consejo Nacional de Partidos Políticos y portavoz del FSLN en la campaña electoral de ese año. Dejó la vida política para dedicarse a escribir su primera novela, sin dejar nunca de lado la poesía.

En 1978, obtuvo el prestigioso Premio Casa de las Américas (Cuba) en el género poesía por su libro *Línea de Fuego*, al que se sumaron luego *Truenos y arco iris* (1982), *Amor insurrecto* (1985) y *De la costilla de Eva* (1987). En 1988, Belli publicó su primera novela *La Mujer Habitada*, que fue un éxito clamoroso de amplia resonancia internacional. En 1990, se publicó la segunda novela, *Sofía de los Presagios*. Después publicó *Waslala* (1996), *El País bajo mi piel* (2001), un testimonio-memoria de sus años en el sandinismo y *El pergamino de la seducción* (2005). En febrero del 2008 publicó la novela *El infinito en la palma de la mano*, galardonada con el Premio Biblioteca Breve 2008 y recientemente con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz; luego han aparecido las novelas *El país de las mujeres* (2010), Premio Hispanoamericano de Novela La Otra Orilla y *El intenso calor de la luna* (2014) siendo el ensayo *Rebeliones y revelaciones* (2018) su última obra a la fecha.

Belli es miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua, su obra ha sido traducida a once idiomas y vive desde 1990 entre los Estados Unidos y Nicaragua.